PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

OBRAS COMPLETAS

TOMO V

1921 – 1925

UNIVERSIDAD NACIONAL PEDRO HENRIQUEZ UREÑA
REPUBLICA DOMINICANA

Pedro Henríquez Ureña

OBRAS COMPLETAS
(1921 – 1925)
Tomo V

Recopilación y Prólogo de
Juan Jacobo de Lara

Santo Domingo, R. D.
1978

Publicaciones de la
Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña

©1979, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña
Dirección de Publicaciones,
Santo Domingo,
República Dominicana

PROLOGO*

N el cuarto volumen de las Obras Completas de Pedro Henríquez Ureña vimos sus trabajos publicados en el 1920. Este quinto volumen contiene sus trabajos publicados durante los años 1921 al 1925, incluyendo algunas cartas de los mismos años escritas a su íntimo y fraternal amigo Alfonso Reyes, quien vivía entonces en Madrid.

El primer trabajo que aparece aquí, es "Observaciones sobre el español en América," título que describe el tema y contenido del mismo. Muchos años más tarde don Pedro publicó una segunda parte y luego una tercera parte sobre el mismo tema. Luego aparecen trabajos publicados durante los años 1922 y 1923.

El primero se titula "Arte Mejicano" y trata de la obra y libro de Adolfo Best Mangord, a quien yo conocí muchos años más tarde, en 1959, durante mi visita en México.

---

*Para mejor información véase mi libro *Pedro Henríquez Ureña: su vida y su obra*, Santo Domingo, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, 1976, 244 páginas.

El segundo es una Conferencia que dio don Pedro en la Universidad de Minnesota, ante el Club de Relaciones Internacionales, titulada "Relaciones de Estados Unidos y el Caribe."

El tercer trabajo es un Memorándum sobre Santo Domingo titulado "Libertad de los pueblos pequeños y el Senado Norteamericano" que fue de sumo interés para nosotros los dominicanos en aquel momento.

Sigue "Orientaciones," que es un candente mensaje orientador que dirigió a la América Latina, a *nuestra* América, en aquellos momentos críticos de la civilización moderna que se iniciaron en 1914 con la gran guerra.

En este trabajo aconseja Henríquez Ureña que volvamos a comenzar, que en Europa ya no podemos buscar orientaciones, y en los Estados Unidos todavía menos. Hay que recordar que entonces, en 1923, cuando él lanzó este mensaje, todavía duraba la ocupación americana en Santo Domingo.

Concluye esta parte del volumen una serie de fragmentos varios, escritos durante esos años, que don Pedro titulaba "En la orilla". Unos contienen profundos pensamientos, otros son de temas españoles y coinciden con su libro de 1922 titulado *En la orilla: Mi España.*

Aún otros se refieren a sus viajes por la Europa de ese tiempo, y también a temas literarios.

A esos trabajos sigue la colección de "Cuentos de la Nana Lupe" que escribió don Pedro, y publicó sin firma, entre septiembre y diciembre de 1923. Fueron recogidos en volumen, con su nombre, en 1966; volumen que publicó la Universidad Nacional Autónoma de México conmemorando los veinte años de su muerte.

En 1925, ya establecido don Pedro en La Plata, ciudad universitaria de la Argentina, publicó el grupo de trabajos que sigue, de gran variedad de temas. El primero es sobre el supuesto andalucismo dialectal de América. El segundo incluye su carta-mensaje a su amigo Villareal, Director de "Estudiantina" a la cual anexaba la conferencia sobre *La*

Utopía de América, conferencia que dictó allí, en 1922, durante su visita con el grupo mexicano que encabezaba Vasconcelos. Le sigue "Patria de la Justicia", que fue la tesis de su discurso en una demostración de simpatía a un colega que salía en una misión especial al extranjero.

A esa trilogía de temas americanistas sigue "La influencia de la Revolución en la vida intelectual de México," excelente trabajo histórico-cultural que se ha reproducido repetidas veces, sobre todo en México.

Luego aparece "Caminos de Nuestra Historia Literaria" que como su título indica es un artículo sobre la literatura de la América española, sobre la cual, hasta ese momento, sólo extranjeros habían escrito algo, en sus propios idiomas, pero nada se había aún intentado por los propios hispanoamericanos. Don Pedro se remonta a los cuatro siglos de nuestra literatura y trae su análisis al momento en que escribía. El tema de nuestra historia literaria fue una preocupación de Pedro Henríquez Ureña, que culminó en su libro póstumo *Historia de la Cultura en la América hispánica,* veinte años después. Ese libro fue precedido por otro, poco antes de su muerte, sobre *Las Corrientes Literarias en la América Hispánica.*

Después de un par de páginas sobre don Federico García Godoy, llegamos al último de los artículos del tomo: "La Antigua Sociedad Patriarcal de las Antillas", que trata de las modalidades arcaicas de la vida en Santo Domingo durante el siglo XIX, que fue su conferencia en la Facultad de Ciencias Económicas de Buenos Aires, en el ciclo sobre tipos americanos de organización social.

Finalmente, aparece el "Epistolario", que se inicia con una carta a Joaquín García Monge, del *Repertorio Americano,* de San José de Costa Rica. Don Pedro le escribe en defensa de la *Revista de Filología Española.*

Luego tenemos una selección de cartas escritas por don Pedro, durante los años 1921 al 1925, a su íntimo y fraternal amigo mejicano Alfonso Reyes.

Estas cartas forman parte de la nutrida correspondencia

que mantuvieron esos dos grandes hombres entre sí durante unos cuarenta años, desde que Henríquez Ureña arribó a México en 1906 hasta su muerte en Buenos Aires en 1946.

Las cartas se explican por sí mismas: describen las noticias, preocupaciones, consejos, de Pedro para Alfonso.

Don Pedro había estado ya dos veces en Europa: durante el verano del 1917, y luego casi un año, de 1919 al 1920, trabajando con don Alfonso en el Centro de Estudios Históricos en Madrid. Allí estuvo en contacto con hispanistas que alcanzaron gran distinción tanto en España como en las Américas.

De España volvió don Pedro a su cátedra en la Universidad de Minnesota, pero el ambiente intelectualmente árido de una universidad americana, no podía satisfacerle, y oyó el llamamiento de su viejo amigo Vasconcelos, y se fue a México, a cooperar en el programa de educación y reconstrucción que allí se llevaba a efecto entonces.

Por eso muchas de estas cartas fueron escritas desde México, y cuentan, primero, de sus labores, de sus afanes, de sus proyectos, y, por último, de sus desengaños y vicisitudes. Finalmente, nos cuentan de su romance y matrimonio con Isabel Lombardo Toledano, y de su primera hija, y por fin, de su traslado a la Argentina en 1924.

Las últimas cartas ya fueron escritas desde La Plata, y cuentan sus impresiones de ese centro universitario, y de Buenos Aires, que visitaba con frecuencia.

El tomo sexto nos traerá sus trabajos escritos o publicados después del 1925. Seguiremos sus pasos en los comienzos de esa nueva etapa de su vida, su etapa argentina.

Juan Jacobo de Lara.

OBSERVACIONES SOBRE EL ESPAÑOL EN AMERICA*

ERIA tiempo ya de acometer trabajos de conjunto sobre el español de América. Los materiales abundan en la literatura, tanto la popular como la culta de temas populares, y en obras de filología o de gramática, especialmente bajo la forma de diccionarios de regionalismos (1). Entretanto, creo oportuno anotar unas cuantas observaciones preliminares.

1.— Zonas Dialectales.— En cualquier estudio sobre el castellano de América debe comenzarse por abandonar, siquiera temporalmente, las afirmaciones muy generales: toda generalización corre peligro de ser falsa. Diferencias de clima (2), diferencias de población, contactos con diversas lenguas indígenas, diversos grados de cultura, mayor o menor aislamiento, han producido o fomentado diferenciaciones en la

---

* En *Revista de Filología Española*, Tomo VIII, Madrid, 1921, octubre-diciembre, págs. 357-390.

En *Observaciones Sobre El Español en América y otros estudios filológicos*, Ed. de Juan Carlos Ghiano, Academia Argentina de Letras, Buenos Aires, 1977, págs. 1—44.

fonética y en la morfología (3), en el vocabulario y en la sintaxis (4). Ante tanta diversidad fracasa una de las generalizaciones más frecuentes: el andalucismo de América; tal andalucismo, donde existe —es sobre todo en las tierras bajas—, puede estimarse como desarrollo paralelo y no necesariamente como influencia del Sur de España (5).

Provisionalmente me arriesgo a distinguir en la América española cinco zonas principales: *primera,* la que comprende las regiones bilingües del Sur y Sudoeste de los Estados Unidos, México y las Repúblicas de la América Central; *segunda,* las tres Antillas españolas (Cuba, Puerto Rico y la República Dominicana, la antigua parte española de Santo Domingo), la costa y los llanos de Venezuela y probablemente la porción septentrional de Colombia; *tercera,* la región andina de Venezuela, el interior y la costa occidental de Colombia, el Ecuador, el Perú, la mayor parte de Bolivia y tal vez el Norte de Chile; *cuarta,* la mayor parte de Chile; *quinta,* la Argentina, el Uruguay, el Paraguay y tal vez parte del Sudeste de Bolivia. El carácter de cada una de las cinco zonas se debe a la proximidad geográfica de las regiones que las componen, los lazos políticos y culturales que las unieron durante la dominación española y el contacto con una lengua indígena principal (1, náhuatl; 2, lucayo; 3, quechua; 4, araucano; 5, guaraní). El elemento distintivo entre dichas zonas está, sobre todo, en el vocabulario; en el aspecto fonético, ninguna zona me parece completamente uniforme (6).

Dentro de cada zona hay luego subdivisiones. Así, en la primera, la zona mexicana, habría que distinguir, cuando menos, seis regiones: el territorio hispánico de los Estados Unidos, donde la lengua ha sufrido curiosas transformaciones fonéticas; el Norte de la República mexicana; la altiplanicie del Centro, donde se halla la ciudad de México, región que, como Castilla en España, da al conjunto su carácter fundamental, derivado en parte de la influencia del náhuatl, el idioma de los aztecas; las tierras calientes de la costa oriental en particular Veracruz y Tabasco; la península de Yucatán, donde ejerce influencia el maya; y la América Central,

comenzando en el Estado mexicano de Chiapas, que antiguamente formó parte de Guatemala. Y todavía es probable que la América Central se subdivida en regiones diversas.

II. Lengua Criolla.— Como el castellano convive con los idiomas indígenas en muchos países de América —y por lo menos en uno, el Paraguay, se halla todavía en inferioridad numérica—, son frecuentes los casos de mezcla de lenguas (7). A veces estas mezclas llegan a constituir dialectos intermedios: tal el hispano-náhuatl de Nicaragua, el cual se remonta quizás al siglo XVI, y ha servido, sobre todo, como lengua franca entre tribus indias de la América Central (8). En el Sudoeste hispánico de los Estados Unidos comienzan a notarse mezclas con el inglés (9).

La única lengua criolla que el castellano ha producido en el Nuevo Mundo bajo la influencia de la raza negra es el papiamento, y existe, no en regiones de la América propiamente llamada española, sino entre la gente de color de las islas de Curazao, Oruba y Buen Aire, holandesas desde 1634. La gente culta habla a menudo tres idiomas: castellano, inglés y holandés, y aun los escribe literariamente; así el poeta J. S. Corssen (10). Addison Van Name, en su artículo *Contributions to Creole Grammar* (11), menos conocido de lo que merece, hace observaciones interesantes al respecto: "Sorprende a primera vista descubrir que, si bien el criollo francés está muy extendido, no hay lenguaje criollo en las islas españolas: Cuba, Santo Domingo, Puerto Rico, Margarita (12), pero la diferencia en la proporción numérica de las dos razas, africana y europea, nos da la explicación: los blancos predominan sobre los negros."

En seguida Van Name cita y extracta observaciones del dominicano Esteban Pichardo, autor del primer libro sobre regionalismos de América; según él, los negros nacidos en Africa y llevados a Cuba mutilaban y corrompían el español; pero sus descendientes nacidos en la isla lo hablaban bien, "como los blancos del país, de su nacimiento o vecindad" (13).

Y agrega el escritor norteamericano:

"El criollo español se halla solamente en la isla de Curazao y sus dependencias, Oruba y Buen Aire, que fueron colonizadas por España, pero desde hace más de dos siglos están en poder de los holandeses. Este aislamiento respecto de la lengua madre es probable que haya influido en el desenvolvimiento de la criolla, puesto que en Surinam, bajo condiciones algo parecidas, hallamos el único criollo inglés que merece tal nombre. La abundancia y la plenitud de las vocales españolas, en comparación con las del francés, al dar a las sílabas una estructura más semejante a la de las lenguas africanas, hace más fácil la adquisición del castellano y pudo resultar menos favorable a la formación de una lengua criolla, así como el hecho de que el inglés esté ya de por sí tan acriollado en su gramática, ha impedido mayores avances en tal dirección" (14).

III. Distribución Geográfica de los Fenómenos Fonéticos.— Como es de suponer, el castellano de América se ha estudiado de modo incompleto, hasta ahora, en el orden de la fonética (15). Abundan las generalizaciones inexactas o vagas: las más conocidas se refieren al debilitamiento de la *de* y a la desaparición de la *elle* y de la *zeta.* Ilustraré lo que digo con unos cuantos ejemplos de las dificultades que ofrecerá el determinar la extensión geográfica de cada fenómeno fonético.

I. La D.— Es sabido que la "de" intervocálica o en posición final se debilita y aun se pierde en muchos lugares de América, como en la mayor parte de España —no sólo en Andalucía—; pero el fenómeno no es general (16), así, en las altiplanicies del Ecuador y parte de Colombia se conserva la *de* en las terminaciones —ado, —ada; igual cosa ocurre con frecuencia en la altiplanicie mexicana. Es verdad que, según Marden y Carreño (17), en la ciudad de México es usual la caída de la "de", no entre cualesquiera vocales sino solamente entre a—o y a—a; pero estas observaciones son incompletas. He vivido ocho años en aquella ciudad, y si bien la pérdida de la *de* no es desconocida, puedo asegurar que no sólo en la

clase culta, sino en gran parte de la clase baja, es frecuente el fenómeno contrario: el reforzar la "de" de tal manera, que hasta se oye a veces como doble: andaddo, paradda. En el *Journal of American Folk-lore* hay buen número de transcripciones de cuentos populares mexicanos recogidos en diversos lugares de la altiplanicie (18), y en todas invariablemente se transcribe la "de" intervocálica como sonido que subsiste (colorado, asadura, lado, espantado, casada, engañado, nada, marido), a pesar de que con frecuencia se procura recoger las peculiaridades más salientes de la pronunciación; v. gr.: servieta, orita (ahorita), yél (y él), oyía, muncha, tengasté (tenga usted), petrolio, patrás, miabía (me había), mia dejado, trajites, ricordar (despertar), yía (y ya), dijieron, todito los días. Y lo más significativo es que Marden mismo, al transcribir cuatro cuentos mexicanos con la pronunciación popular, escribe siempre –ado, –ada, y nunca –ao, ni au, ni –á: ti as burlado; no l'echo nada; sentado debajo di un árbol tejiendo una rede; va empezar a caír granisada... (19)

2. La G.– La pérdida de la "ge", que en España ocurre a veces delante de u (20), en América tiene formas diversas, dentro de áreas limitadas.

Según Espinosa, la pérdida de la "ge" intervocálica es frecuente en el castellano de Nuevo México: luego (lueo), me gusta (me usta); hay, en cambio, prótesis o epéntesis de la *ge* delante de ue (hueso –gweso) y en reemplazo de *be* (buey – gwey), o para evitar hiatos (yo o tú – yo go tú). (21)

Según Van Name, en el papiamento de Curazao la "ge" desaparece cuando va seguida de los diptongos ua, uo: agua – awa; su desaparición ocurre, además, al comienzo de palabra: guardar –wardá; y en las palabras que comienzan con el diptongo ue, la *ge* prostética, frecuente en español, no llega a surgir: huevo – webu (22).

Según Lenz, en el habla popular de Chile no hay *ge* delante de los diptongos que comienzan con u, excepto cuando precede ene (un hueso – un gweso); influjo probable de la falta de *ge* en el araucano o mapuche y en el quechua,

las dos principales lenguas indígenas que se hablaron en el país. Otra alteración de la *ge* en Chile consiste en pasar a *ye* (guerra yerra); en la posición intervocálica desaparece una que otra vez (laguna laúna). (23).

En la ciudad de México hay corrientes encontradas en la pronunciación de la *ge* delante de los diptongos que comienzan con u. (24) Por un lado, en las clases populares domina la influencia del náhuatl, favorable a la supresión de la *ge,* que no existía en la lengua indígena (agua awa, antiguo antiwo, Guadalupe Wadalupe; compárense las palabras de origen indio, como Chihuahua– Chiwawa, cacahuate – cacawate); por otro lado, en las clases cultas se impone en mayor o menor grado la influencia española, favorable a la *ge,* que así se ha introducido en muchas palabras indias, como aguacate (popular awacate), guajolote (pop. wajolote). Conozco mexicanos que al aprender inglés han de esforzarse para no decir Gwashington, gwater. Pero la pronunciación culta y la popular llegan a ponerse de acuerdo respecto de los diptongos ue, ui: en palabras de origen indio la *ge* no existe (ahuehuete – awewete, huepil – wepil, chiquihuite – chiquiwite, Ahizote – awisote); en palabras españolas la *ge* es frecuente: gweso, gwebo, gwero, y aun cirgwela, agwelo, gwey.

La prótesis o epéntesis de la *ge* delante de u, especialmente delante del diptongo ue, es común en el habla popular de otras regiones de América: las Antillas, Colombia, el Río de la Plata (25).

3. La LL.– Es corriente afirmar que en América – como en Andalucía y en gran parte de Castilla la Nueva, incluyendo Madrid–, la *elle* española se ha convertido en *ye;* pero en Colombia, a excepción de la parte septentrional (Antioquia y costa del Atlántico), subsiste la *elle.* Igualmente en Chile, exceptuado el centro, y en gran parte del Perú (26). Se me asegura que también subsiste en la provincia de Corrientes, de la República Argentina.

4.– LA Y.– La *ye* que pasa o se aproxima al sonido de j francesa, es característica de la pronunciación argentina y

uruguaya; convendría fijar sus límites geográficos. (27) En México existe también, en una región que comprende parte de los Estados de Veracruz (Orizaba y Córdoba), de Puebla y de Oaxaca.

En otras regiones de la zona mexicana (principalmente Nuevo México, Norte de México y Guatemala), como entre los judíos españoles, se pierde en ocasiones la *ye* situada entre dos vocales, cuando una de las dos es i: gallina—gayina—gaína, silla—sía, trillo—tríu, servilleta—servieta, y a veces basta que una de las dos vocales sea e: ella—ea, ello—eu. Pero el fenómeno se presenta con muy curiosas variaciones no sólo en su distribución geográfica, sino en las formas que toma en cada lugar. El caso contrario, la epéntesis de la *ye,* se da también: oía—oyía, traer—trayer. (28).

5. La J.— Hay diversos matices de *jota* en la América española. Según parece, a menudo tiende a reducirse como en Andalucía, a una aspiración sorda, pronunciada con poca fuerza (29); así en las Antillas. En la altiplanicie mejicana la *jota* es más fuerte que en las islas del Caribe, aunque no tanto como en Castilla. La *jota* de Chile, el Perú y la Argentina (dorsopost-palatal ante a,o,u, según Lenz) se acerca más aún a la castellana; pero no parece que, como frecuentemente ocurre en España, pase nunca de fricativa a vibrante (30).

6. La H aspirada.— La supervivencia del sonido aspirado procedente de *efe* latina, que hoy se encuentra —sobre todo en Andalucía— confudido con la *jota* regional, no es igual en toda la América española.

En la altiplanicie mexicana la supervivencia es incompleta, en el Perú es nula y en Chile se reduce al verbo *huir* (31). Pero en el habla campesina de las Antillas es frecuente —entre los campesinos de Santo Domingo es constante, con raras excepciones—, y en otros países todavía se transforma en hache aspirada o jota regional la efe moderna: fino (jino), difunto (dijunto), función (junsión) (Argentina), Felipe Filomena (Nuevo México), y aun ojrecer, jrente (Colombia) (32).

7. La N.— La *ene* en final de palabra es velar en gran

parte de América (por ejemplo, en las Antillas y en el Perú), como la *ene* castellana de cinco, manga, y así se dice come*m*, anda*m*, Martí*m*, nació*m* (el fenómeno me parece que explica las grafías populares canbiar, inpedir). En gran parte de la altiplanicie mexicana, en Chile y en la Argentina la *ene* sigue generalmente las reglas de la pronunciación de Castilla. (33)

8. La R y la RR.— Convendría fijar los límites geográficos del sonido fricativo que se emplea como *erre* doble a lo largo de la costa del Pacífico en la América del Sur (Chile y región interandina de varios países); se extiende también a la Argentina. Espinosa descubre esta erre fricativa en Nuevo México, si bien no en condiciones exactamente iguales a las que rigen para la chilena, e indica otras variedades de *ere* y *erre*. Ni en las Antillas ni en México he podido advertir, como sonido usual, *erre* fricativa (34).

La *ere* y la *erre* usuales de la pronunciación culta en las Antillas son semejantes a las castellanas; pero en el habla popular sufren modificaciones diversas. Así, en Puerto Rico es muy común la *erre* velar como la francesa (por ejemplo, en carro, risa, honra); sonido raro en Cuba y rarísimo en Santo Domingo. Y la *ere* en final de sílaba o de palabra puede:

a) Convertirse en un sonido relajado, intermedio entre *ele* y *ere*, que representa indistintamente a la una o a la otra letra, de tal modo que no hay diferenciación entre cardo y caldo, arma y alma —según la persona, este sonido se inclina hacia la *ele* o hacia la *ere* (35).

b) Convertirse en una aspiración como la que sustituye a la *ese* final en muchas regiones hispánicas: carne cahne, comerlo comehlo (36).

c) Vocalizarse —al igual que la *ele*—, convirtiéndose en i: porque (poique), comer (comei), sueldo (sueido); fenómeno poco extendido (37).

d) Convertirse en un sonido nasal, una *ene* alveolar relajada precedida casi siempre de una aspiración sorda; el fenómeno ocurre particularmente cuando en la palabra hay

otro sonido nasal: comer (coméhn), bañar (bañáhn), venir (veníhn), virgen (vihngen) (38).

e) Asimilarse a la consonante siguiente: cuerpo (cueppo), verde (vedde), carga (cagga), carne (canne), Carmita (Cammita), irse (isse), andar vivo (andab bibo), traerlo (trael-lo) (39).

f) Perderse (comer comé, porque poque); lo cual puede ocurrir también con la *ere* intervocálica en unas cuantas palabras de uso muy frecuente (quiero quieo quió, fuera fuea fua, comieron comión, parece paese) (40).

9. La *ese* y sus afines.– a) "La s castellana es cóncava, ápicoalveolar... Al Sur de la Península la s es convexa, dorso-alveolar" (la punta de la lengua se sitúa frente a los incisivos inferiores) (41). La *ese* hispanoamericana se clasifica con la del Sur, hasta ahora. Pero, según Lenz, la *ese* del Perú es ápicoalveolar; (42) no dice si la cara superior de la lengua toma forma cóncava o convexa, aunque cabría suponer lo primero. Es probable que las *eses* de varios países de América no sean ni cóncavas ni convexas, sino planas. De todos modos, entre ellas se observan muy varios matices; uno es, por ejemplo, la *ese* de las Antillas –especialmente la de Santo Domingo, en la cual la punta de la lengua se sitúa frente al nacimiento de los incisivos superiores, sin tocarlos (43)–; otro, muy distinto, es la *ese* de la ciudad de México, sonido prolongado en que la punta de la lengua se apoya más o menos en los incisivos inferiores. Como la fricación de la *ese* mexicana es muy larga, y además se pronuncia más o menos igual a principio y a fin de sílaba –sólo desaparece en ocasiones, como en España, delante de *eie* o de *erre:* todo los días, do reales–, se ha dicho que el habla de la ciudad de México es "un mar de *eses* del cual emerge uno que otro sonido". Cabe suponer que esta *ese,* cuyo timbre y longitud son distintos de los de cualquier otra que conozco, españolas o extranjeras, ha recibido el influjo de las consonantes del náhuatl, idioma que no poseía la *ese* propiamente dicha, pero sí cuatro sonidos, dentales o palatales, afines a la *ese,* y transcritos por los españoles del siglo XVI como C (tS), Z

(dS), tZ (que se pronuncia con los dientes cerrados) y *x* (sh); la c, tz y *x* con ásperas, según Fr. Alonso de Molina, lo cual me parece indicar que son sordas (44).

b) El debilitamiento de la *ese* a fin de sílaba es común en América en las tierras bajas; las Antillas, Venezuela, costa septentrional de Colombia, Chile, la Argentina. En la zona mexicana aparece en cuanto se desciende de la altiplanicie a la costa oriental, a Veracruz, y crece en Tabasco; existe también en Nuevo México.

Pero la *ese* final se conserva no sólo en la altiplanicie mexicana, sino en el Perú, y probablemente persiste a lo largo de los Andes hasta Colombia. (45)

c) ¿Hasta qué punto ha suplantado la *ese* a la *zeta* y a la *ce* delante de la *e* o *i*? Entre los indios del Cuzco (Perú), según me ha dicho D. José de la Riva Agüero, se oye la zeta, con el sonido castellano moderno, en palabras de uso muy común que representan el fondo antiguo de la lengua local: así los números cinco, diez, doce; y según D. Alejandro Azalde, entre los indios de Cerro de Pasco (Sierra del Perú) se oye a veces *diez,* con zeta castellana moderna, sorda, y a veces *diez,* con zeta antigua, sonora. En Santo Domingo creo percibir restos de la antigua c, que ya van perdiéndose, arrollados por la *ese:* entre las personas de edad de la clase culta, y aun entre algunos jóvenes, se advierte que en las palabras donde hay zeta, y sobre todo *ce* delante de *e* o *i* (hacer, decir), pronuncian a veces una sibilante sorda más cercana a los dientes que la *ese* del país y precedida como de una ligerísima *te.* Debe recordarse, además, que el sonido ts, de origen náhuatl, pero modificado, se oye todavía en México, donde acostumbran escribirlo *tz:* Atzcapotzalco, Tzintzuntzan, Atzimba (46). En cambio, no parece que exista en ninguna parte de América el *ceceo* a la manera andaluza, a pesar de su antigüedad comprobada (47).

d) Muy curiosa la nasalización (variable) de la *ese* final y adición (frecuente) de *ene* opaca en el Estado de Jalisco, de la República mexicana: Así, *puesn* es la caricatura corriente del habla vulgar de Guadalajara, capital del Estado (48).

e) Se afirma generalmente que el sonido sh del náhuatl, representado por los españoles del siglo XVI con la grafía x, se convirtió en la moderna *jota*, probablemente durante el siglo XVII. Pero la regla tiene muchas excepciones: a veces, la sh del náhuatl se ha conservado, en el adverbio *áxcan* –áshcan (49) y sus derivados axca y áxcale, y con menos persistencia en otras palabras, como ixtle, Ixtapalapa; a veces se ha convertido en *ese:* xóchitl (súchil), y a veces, por influencia de la grafía x, se ha convertido en cs en el habla culta (recuérdese la minuciosidad con que frecuentemente se pronuncian las consonantes en la ciudad de México): Mixcoac Micscoac, Necaxa Necacsa . La grafía x representa en el México actual hasta cuatro sonidos: es, como en ortografía española normal; s(Xochimilco Sochimilco, Taxco Tasco), sh (áxcan-áshcan) y j española moderna (México Méjico, Xalapa Jalapa), Oaxaca (Oajaca) (50).

El sonido sh se conserva en otras partes en palabras de origen indio: en Nuevo México shupilote (México sopilote) y muchas más (el sonido hasta penetra en palabras castellanas: mosca (moshca); en Yucatán, Xcalak y otras muchas de origen maya; en Guatemala, tapixcar (tapishcar), mixco-mishco, cacaxte-cacashte (51). En el papiamento de Curazao el sonido sh surge por palatización de la *ese* seguida de i: siete (shete), cielo (sielo shelu), dulce dulse (dushi). No creo que en Cuba se dé este fenómeno como supone Marden; en aquella isla sólo he oído la sh como relajación de la ch: chico (shico) (52). En Chile no existía la sh en el idioma araucano, y, naturalmente, no quedan vestigios de la antigua x española (53). Fuera de América sí se han conservado, entre los judíos españoles y en las Islas Filipinas, como en España en las regiones dialectales.

IV. *El pronombre "vos" y la conjugación.*– En el habla popular de gran parte de la América española –no en toda ella– el pronombre sujeto de segunda persona de plural, en su forma elemental, *vos*, ha reemplazado al de segunda persona del singular, *tú*. Pero ni el pronombre objeto *os* ni el posesivo *vuestro* han sobrevivido, y en su lugar se emplean *te* y *tuyo*,

tú. El verbo oscila. Los resultados son frases híbridas, como "vos te guardáis tu dinero para vos solo" (posible en Chile) y "vos te has guardado ese dinero tuyo para vos solo" (posible en la Argentina). Pero, en general, el vulgo emplea con exactitud el *usted* y las formas verbales y pronominales que lo acompañan.

Las clases cultas emplean *tú* y *usted;* pero tanto las clases cultas como las populares— en toda América— emplean el *ustedes* como plural único de *tú,* de *vos,* de *usted* o de cualquier combinación de ellos (54). La conjugación se reduce, pues, a cinco formas: la conjugación popular (en una parte de América) posee solamente las que corresponden a yo, vos, él, nosotros, ellos; la conjugación culta (fuera de la literatura), sólo las correspondientes a yo, tú, él, nosotros, ellos. La popular se semeja a la del inglés en que ha desaparecido el *thou;* pero el *tú* penetra en el habla popular de uno que otro de los países, y añade confusiones a las ya existentes (55).

A veces se dice que en las regiones donde se emplea el *vos,* las formas verbales de la segunda persona del plural han desterrado a las del singular; pero no hay tal: conviven con ellas, repartiéndose el dominio de los diversos tiempos de la conjugación (56).

A) En la Argeninta y el Uruguay se emplean, con el sujeto *vos,* tres tipos de formas verbales:

1) Las del singular.

2) Las del plural, coincidiendo unas veces con las normales del castellano de hoy (reís, vivís), y otras con las arcaicas en que faltaba la i de los modernos diptongos de la última sílaba (pensás, querés) o la de final (mirá, poné, decí).

3) Formas ambiguas, que pueden considerarse, bien como formas simplificadas del plural (estabas estabais), bien como formas del singular, porque lo son en la lengua culta (estabas, estarías, estuvieras) o en la lengua popular de regiones que no usan el *vos:* mirastes, estuvistes (57).

Así, en el lenguaje popular ríoplatense, el presente de indicativo emplea las formas arcaicas del plural en los verbos

terminados en—ar, —er: vos tomás, vos tenés, vos sos (58), las formas normales modernas del plural en los verbos terminados en —ir: vos reís; en unos cuantos verbos, las formas son ambiguas: vos das, vas, estás, ves, y en el verbo haber la forma es la del singular: vos has. El pretérito perfecto emplea formas ambígua : tomastes, vivistes, o pasa francamente a las formas del singular: tomaste, viviste; es posible que existan además las formas tomates, vivites, conocidas en gran parte de América, pero no hallo ejemplos de ellas. Son ambiguas las formas del pretérito imperfecto: tomabas, tenías, vivías, y las del condicional: tomarías. El futuro de indicativo, por influencia natural del presente de haber, usa las formas del singular: vos tomarás, tendrás, vivirás. El presente de subjuntivo usa generalmente las formas arcaicas del plural: tomés, tengás, vivás; las usa ambiguas en dar y estar: des, estés, y a veces pasa al singular: rías, seas, veas. El imperfecto de subjuntivo emplea formas ambíguas: tomaras, tuvieras, vivieras. No hallo ejemplos de las otras dos terminaciones del subjuntivo (—ses y —res); es de suponer que si existen y no han sido enteramente suplantadas por la de —ras, emplearán las formas ambiguas. El imperativo usa las formas simplificadas del plural: tomá, tené, viví; en unos cuantos verbos, las formas ambiguas: da, está, sé, ve (de ver). Ejemplos:

—¿Y qué querés recibir —Vos sos un gaucho matrero. Si no has dentrao en la lista? —Vos matastes un moreno.

—Más porrudo serás vos.

(José Hernández, *Martín Fierro.)*

¿Diaónde ese lujo sacás?

(Estanislao del Campo, *Fausto.)*

Dormite, hijo, dormíte,
si no te dormís...

Libráme, amén, de Merlín...
..que no te metás conmigo...
(Cantos populares americanos, recogidos por Ciro Bayo.)

—Percanta que me amuraste...
..que vos eras mi alegría...
..me hago ilusión que volvés...
...como si estuvieras vos...
—¿Te acordás, milonguita? Vos eras...

(Letras de tangos argentinos)

Hacélo que pase... ¡Mentís! Es a vos que estás con la fuente..

(Martín Gil, La guitarra y los doctores.)

¿Conocés el paraje?
Bueno, andá.

¿Sos vos, Francisco?...
Castigá entonces...

(Hugo Wast, *La casa de los cuervos.)*

Te la ví'enseñar pa que te consolés con ella... ¿Con qué te apedaste anoche? Avisá si has echao raíces en la cama... ¡Dame el pañuelo! ... ¿Vos también hablás paraguay? ...

(Javier de Viana, *Gurí)*

Tomá tu lata, vos... Che, me andás reculando latas. Dende hoy estás trasquilando carneros y risién me das. Ya te vide cuando fiste a tomar agua y llevabas cuatro vellones... Ya me tenés caliente.. Bueno, dí (imperativo de dir); pero ya sabés, no me volvás sin él... ¡Vos por aquí, *Abrilojo!* ¡Qué diablos habrás comido! ... ¡Porque pa pelarte a vos! ... ¡No siás popasao!

(Manuel Bernárdez, *El desquite.)*

Poném pronto hija, esos parches... Llenáme la mesa de sebo... ¿No ves? Ya gotiaste encima del paño... Y vos, gallina crespa, ¿de qué te reís? ... Pues tomá para que te rías todo el día... Si te hicieras respetar... No te hagás el desentendido...

Acércate y verás... ¿Tas sordo? Decí... ¿Encargaste el generito rosa? ... No, no me mirés con esos ojos... ¿Por qué me tratás de usted y con tanto respeto? ...

(Florencio Sánchez, *Barranca abajo.)*

Sí, vení... Tené paciencia... Que me veas vestida... ¿Y vos vas? ... ¿Sabés? ¿Y ahora me llevarás a paseo? ... No te enojés... No te metás, no seas bárbaro...

(Florencio Sánchez, *Los muertos.)*

¿Te querés callar, condenao? ¿No ves que vas a despertar a m'hijo el dotor? ... Dejá esa pobre criatura... Pero vos... lo estás echando a perder... Ponéte serio... Mirá que te pego...

(Florencio Sánchez, *M'hijo el dotor.)*

B) La conjugación popular chilena es distinta de la ríoplatense, y le dan carácter propio y peculiar las desinencias en — í. El presente de indicativo emplea generalmente las formas normales modernas para los verbos en —ar (tomáis, cantáis) y en —ir (vivís, decís), y para ser (sois), pero a veces oscila hacia las formas arcaicas o ambiguas, como en el Río de la Plata: vos te empeñás, estás lunático vos (59), y las formas de los verbos en —er son iguales a las de los verbos en —ir, fenómeno que se conoce también en el habla popular de Castilla y Aragón: tenís, querís, habís (60). La forma has, empero, parece subsistir también. El pretérito perfecto emplea comúnmente las formas del singular: tomaste, tuviste, viviste. El imperfecto y el condicional emplean formas ambiguas: tomabas, tenías, tomarías; igual cosa ocurre con el imperfecto de subjuntivo: tomaras, vivieras. El futuro de indicativo es enteramente nuevo, formado sobre el presente popular de haber (habís): tomarís, vivirís. El presente de subjuntivo, para los verbos en —er y en —ir, es normal: tengáis, viváis; pero el

de los verbos en —ar termina en —ís, caso que se da igualmente en Aragón: tomís, juguís, llevís. El imperativo oscila entre las formas del singular (ven, oye) y las del plural (tomá, vení, oyí); entre éstas, las que debieran terminar en —é (comé) suelen terminar en —í: comí (61).

Ejemplos sacados de trozos de literatura popular:

Métele como queráis... Muy engallado venís... Y en Alarcón hallarís la horma de tu zapato... Puesto que sois Salomón 1y tenís güenas potencias, 1 a todo lo que preguntelme has de dar cabal respuesta... Pero cuenta que no seáis 1 la suela de mi zapato... Pero me habís de decir... Oyeme, amigo Alarcón. . Si engolverme pretendiste, ! buen Alarcón, te engañaste. . Bájate de las estrellas, 1 deja los cielos en paz, 1 no te metáis con la luna... Aquí tenís mi sombrero, 1 dime... Agora, contéstamé... decí... Has hablado una herejía... ¿no sabís? ... ¿Por qué armáis el espantajo 1 y luego te espantáis dél? ... Pregúntame vos agora 1 y verís si te reculo... Contéstame... ¿Querís, arribano, ver? ... (Curioso: Si tú ponis la escalera...)

(Daniel Barros Grez, *Los Palladores)*

¿Querís que te lo cuente otra vez? ... Pásate p'al otro lao.. Andé p'ajuera y güelve ligerito; no te demorís mucho porqu'es muy bonito... Cuéntameló... Ñublao, ¿por qué sois tan malo que tapáis el sol? ... Preguntáselo... ¿Por qué hicists al hombre? ... Andavéte. . Arreglam'er capachito...

(Ramón A. Laval, *Cuentos chilenos de nunca acabar). (62).*

C) La conjugación popular de Colombia se acerca más a la ríoplatense que a la chilena; así, en el presente de indicativo ofrece tomás, tenés, salís, sos; el pretérito perfecto, tomastes, salistes, o bien, tomates, salites; el imperfecto, tomabas, salías; el condicional, tomarías; el presente de

subjuntivo, tomés, salgás; el imperfecto, tomarás, salieras; el imperativo, tomá, tené, salí, í. La principal diferencia estriba en el futuro de indicativo, que no termina en –ás, ni en –ís como el de Chile, sino en –és (tomarés, podrés), y presupone la forma popular habés como presente de haber, la cual no encuentro registrada, sin embargo. De las indicaciones de Cuervo se infiere que las clases semicultas tratan de usar las formas en –ais, –eis de los dos presentes y del pretérito, y al hacerlo incurren en formas curiosas: ereis, amaisteis, háyais, váyais, véais, séais. Igualmente registra Cuervo, para el presente, formas como tenís, habís, que, según él, se emplean en la mayor parte de América, hasta en la Argentina (63).

D) Centro–América tiene conjugación parecida a la de Colombia: su futuro termina generalmente en –és, pero también puede terminar en ás. La forma habés (presente de indicativo de haber) se halla en Nicaragua; pero también existen has y habís. Las vacilaciones del pretérito son evidentes: coexisten –astes, aste y –ates, –istes, –iste e –ites.

Ejemplos centroamericanos:

–Ja, ja, ja. –¿De qué te rís? ..
–¿Bos biste eso? – Yo–Vos cantáis lo que quedrás...
–Conque crés que los milagros
los hasen los santos? –Creo.
Pos estás equibocao...

–¿Sabés quién? –No. –Pos oyí...

–Cantáte La Panameña...
– ¡Andá trélo (traedlo) vos, pasmada!
–Calláte, no seás raspao..
–Bos tal bes no te acordás
porque estabas rematao...
–¿Habís bisto el Día del Juicio?

(Aquileo Echeverría, Costa Rica, *Concherías.)*

..Acabutelo de jartar—le dije a la esposa.

(Joaquín García Monge, Costa Rica, *Filadelfo el primero.)*

Agorita mesmo te reclarás, gu sos cristiano, gu sos judío..

(Ricardo Fernández Guardia, Costa Rica, *Un alma.)*

¿Sabés que me marcho? Hora mesmo te vas apiando esa sotana.. Si no habís de ser un buen Padre no te ordenás... ¿Vos venís de San José? ... ¡Ves qué vaina! ... Vos tenés la culpa... Mirá, Merceditas, aprendé a amarrate esos justanes... ¿Ya te confesastes? ... Tenés que confesar que sos muy dejada... ¿Pus no dicen que ya despreciastes a Cirilo? ... No me repliqués... Oyí que ruido... Andá, no seas tonto... Vos ves que yo soy buen católico...

Date preso, conmigo no jugás... Matálo, Venao, matá a ese bandido... Te morís si te meniás... Rendíte... Venite, Venao, ya te encausaste... Supe que te habías estorrentao... ¿Onde te metiste? .. Buscálo vos a ver si lo encontrás... Sabé que tenés dos mil pesos de premio por lo que habís hecho... Andá vete... Onde ves alguna señal te volvés corriendo...

(Luis Dobles Segreda, *Costa Rica). (64)*

Oílo pidiendo su trago... Ya sabés que compramos en el canasto y vas echando en el saco que dejás onde don Pepe... Andá vos a ver qué preparan y date ligero... Vos ve a ver cómo te las componnés... Entretenélo... Andá decíselo... ¿Ahí estabas, crespa? ... No siás desconsiderao... ¿Pero vos ves que yo no la tengo? ¡No seás tonto! ... A mí no me tratés de cochino, porque vos sos un jaranero... ¡No seás chancho! No viste... Corré, trete (traed-te) un diez de ajonjolí... ¿Le echastes comino al picadillo? Meniá bien la mistela de leche... Apiáte la miel... Oyí Regina... ¿Le dijistes de los cuetones de luces? ... Bueno sería que jueras templando.. Añidíla... Regina, sacáte pa los músicos.. ¿Ves, Concho? Pa que viás.. Y vos podías estar en lo que estás.. ¿Vos también dijiste que a

no? . . Niña, vos parecés una madre de poró. ¿Por qué te has de encaprichar? .. No repasás tus lecciones o te negás a hacerme los mandados, no salís . No salís, porque ya oíste. ¿Sabés qué parecías? ...

(Manuel González Zeledón, *Costa Rica) (65).*

Anda vete.. Estáte quedito.. Alzá la pierna y lambé.. ¿Volverés por más? .. ¿Querés que te lo cuente otra vez? .. Andá pronto.. Veníte vos.. Conformáte vos..

(Alberto Membreño, *Hondureñismos) (66).*

Vení ayudáme.. ¿Que hacés allí? .. Aquí estás vos.. ya verés.. ¿Qué has hecho con mi nana? .. Ora te vas.. Vendémela.. Volverés otra vez a tu ser.. Ve vos, muchacho, ya estás tamaño de grande y no sabés hacer nada.. Quédate vos abajo.. Cuando ya hayás comido bastantes.. ¿Ya comites bastantes? .. Vos sí que sos listo.. Me dejás atrás..

(Atrián Recinos, *Cuentos populares de Guatemala). (67).*

E) No poseo elementos bastantes para describir las vicisitudes de la conjugación en el Ecuador ni en Venezuela; pero parece que allí es mayor que en otras partes la confusión entre las formas del plural y del singular:

¿Te habís caído a la lagua? ... Y te habís mojao... Entonces lo que vos tenés, cristiano, es que habés cogío frío, y ora er frío se te ha metío pa dentro... ¿Y bos que ices, Trenidá? ... ¿Cómo te llamas bos, Pollo? .. ¿Qué años tenés? ... ¿Y bos pa qué sevís? ... Bos tacuerda... Bos me has dicho... A ver, bos, Colorao, ¿de qué partido eres bos? ... Cánta bos, Domitila... Firma vos por él...

(José Antonio Campos, Ecuador) (68).

Atenéte a que te den
y no hágas diligencia...

Dices que sí me queréis...
Empréstame tu rosario...

¡Ay! No me digáis adiós
cuando por la calle vais,
que parece que me dices
adiós para nunca más...
Pensás que por tus enojos
me derrito como cera;
más bonito habías de ser
pa que yo me derritiera...
Si no te casáis conmigo
dame mi piña, demonio...
Me dijiste que eras firme...

(Cantares populares de Venezuela) (69)

Me pagaréis el pasaje cuando podáis. ¡Adiós! Y que encontréis buenos en Caracas a todos los tuyos (70).

(Pío Gil, *El Cabito.)*

V. *Distribución Geográfica del "Voseo".*— No es raro tropezar con afirmaciones generales que atribuyen a toda la América española el *voseo* o uso del pronombre *vos* y formas verbales correspondientes (71). Pero tales generalizaciones son infundadas, porque más de la tercera parte de la población de la América española ignora el uso del *vos.* El *voseo* existe en la mayor parte de la América del Sur (72), se extiende a toda la América Central, incluyendo el Estado mexicano de Chiapas, y ha pasado al papiamento de Curazao (73). Pero el *vos* no existe en México, fuera de Chiapas; basta leer el *Periquillo Sarniento* de Fernández de Lizardi, y *La linterna mágica* de Cuéllar, riquísimos archivos de la lengua popular mexicana, para convencerse de la ausencia del *vos* (74). Igualmente falta en el Sudoeste hispánico de los Estados Unidos, y podría decirse que falta totalmente en las Antillas

españolas (Cuba, Santo Domingo, Puerto Rico), si no fuera porque en Cuba quedan rezagados entre los campesinos de la provincia del Camagüey, restos de *voseo*, que en otro tiempo fue más común, aunque nunca general en la isla (75). México y las Antillas son, pues, regiones, no de *voseo*, sino de *tuteo*, como la mayor parte del Perú.

NOTAS

(1) Véanse las indicaciones bibliográficas del Conde de la Viñaza, *Biblioteca histórica de la filología castellana*, Madrid, 1893, págs. 911 a 930; R. Lenz, *Diccionario etimológico de voces chilenas derivadas de lenguas indígenas americanas*, Santiago de Chile, 1905-1910, págs. 58 a 90; C. Carroll Marden, *Notes for a Bibliography of American Spanish*, en el tomo II de los *Studies in honor of A. Marshall Elliott* (hacia 1911), y M. de Toro Gisbert, *Americanismos*, París, s. a. (hacia 1912), págs. 169-219. Los principales *Vocabularios* allí mencionados son los de S. A. Lafone Quevedo (Argentina); Ciro Bayo (Argentina y Bolivia); D. Granada (Argentina y Uruguay); M. L. Amunátegui, A. Echeverría y Reyes y Z. Rodríguez (Chile); Juan de Arena y R. Palma (Perú); C. R. Tobar (Ecuador); R. Uribe Uribe (Colombia); B. Rivodó (Venezuela); C. Gagini (Costa Rica); A. Membreño (Honduras); A. Batres Jaúregui (Guatemala); J. García Icazbalceta, E. Mendoza y C. A. Robelo (México), y J. M. Macías y E. Pichardo (Cuba). Entre los posteriores de que tengo noticia se cuentan los de T. Garzón y L. Segovia para la Argentina (cfr. M. De Toro Gisbert, *Los nuevos derroteros del idioma*, París, 1918), de A. Malaret para Puerto Rico *(Diccionario de provincialismos de Puerto Rico*, 1917) y de A. Zayas y Alfonso para las palabras indígenas de las Antillas *(Lexicografía antillana*, Habana, 1914).

2. La influencia del clima, tan difícil de distinguir, por lo general, parece manifestarse en el siguiente caso: en la República mexicana es fácil observar diferencias fonéticas, unidas a gran semejanza de vocabulario, entre la ciudad de México, situada en tierra fría, a más de 2,000 metros sobre el nivel del mar, y el puerto de Veracruz, en la tierra caliente. En la capital, las consonantes se pronuncian con gran precisión y aun minuciosidad, en cualquier posición que estén —así, el difícil grupo tl, con ele sorda, del idioma náhuatl, en palabras como Tlatlanqui, Citlaltépetl, Popocatépetl, tlaco, tlacuache (otras veces clacuacho)—; las vocales son breves, y las inacentuadas tienden a perderse: bloques para apuntes (blocs pr'apunts) viejesito (viejsito); precioso (psioso); pase usté (pas-sté); en Veracruz, la vocal recobra —al menos en gran parte —su plenitud española, y en cambio la consonante en fin de sílaba y en otras posiciones, verbigracia, la de intervocálica, tiende a debilitarse, si bien no tanto como en las Antillas, donde el vulgo acostumbra— según su propia expresión— "comerse las letras". Es probable que en toda América haya parecidas diferencias de fonética entre las tierras bajas y las tierras altas (cfr. R. J. Cuervo, *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*, sexta edición, París, 1914, párrafos 746, 749, 751, 758, 771 y 776, y R. Menéndez Pidal, *Manual de Gramática histórica española*, cuarta edición,

Madrid, 1918, página 85, nota): las tierras altas parecen propender, verbigracia, a conservar la *ese* en fin de sílaba y la *de* intervocálica; las tierras bajas tienden a la pérdida de ese y de. En la Sierra del Perú, según se me informa, se tiende a hacer breves las vocales, como en la altiplanicie de México.

3. Véase más adelante los datos sobre la conjugación.

4. Ejemplo: en las Antillas, en Veracruz y en Colombia se emplea el "que" adverbial a la francesa en lugar de donde, cuando, como, etc.: allí es que está entonces fue que lo hizo; así es que se hace; por eso es que voy (cfr. R. J. Cuervo, Apuntaciones críticas, párrafo 460: el fenómeno me parece francamente popular, y no debido a influencia francesa, porque lo he encontrado en lugares donde se lee muy poco y donde hace cincuenta años llegaban muy pocos libros traducidos del francés); pero en México no existe semejante empleo del "que". Tampoco existe en México el uso de "donde" como equivalente del "chez" francés, uso frecuente en el Norte de España, en las Antillas, Colombia, Costa Rica, Perú y Chile; para esos casos, en la Argentina se emplean las frases adverbiales en lo de, a lo de, etc. En cambio, la generalización sobre el loísmo de América, el empleo sistemático de *lo* como acusativo masculino, sí parece justa (cfr. R. J. Cuervo, Los casos enclíticos y proclíticos del pronombre de tercera persona en castellano, en *Romanía*, 1895, XXIV, 108, 109, 230, y 235, y notas a la Gramatica de Bello, edición de París, 1916, nota 121, y R. Lenz, *La oración y sus partes*, Madrid 1920, párrafo 52); el "le" acusativo de la lengua escrita y aun del habla culta, nace siempre de imitación literaria donde he podido observarlo. El antiguo dativo "ge" sobrevive entre los campesinos del Sur de la República Dominicana, con pronunciación de jota moderna, en frases como ge lo doy, ge lo digo.

5. La idea del andalucismo se insinúa, de seguro por simple inadvertencia, aun donde menos se la espera; por ejemplo: "propia de Andalucía, y por lo tanto de América", en R. Menéndez Pidal, *Gramática histórica*, pág. 87 (bastaría suprimir el "por lo tanto"). R. J. Cuervo me parece representar la opinión justa, apoyada en buenos datos: "toda la Península dio su contingente a la población de América" *(El castellano en América*, en el *Bulletin Hispanique*, 1901, III, 41-42; Véanse además *Apuntaciones críticas*, párrafo 996 de la sexta edición, y prólogo a la quinta). F. Hanssen, en su *Gramática histórica de la lengua castellana*, Halle, 1913, se limita (Pág. 3) a decir que "el lenguaje popular de América se parece en muchas particularidades al "sermo rusticus" de España, y especialmente al andaluz". Igualmente T. Navarro Tomás, Manual de pronunciación española, Madrid, 1918: "En líneas generales, la pronunciación hispanoamericana se parece más a la andaluza que a la de las demás regiones españolas." R. Lenz, en sus *Beiträge zur Kenntnis des Amerikanospanischen* (Zeitschrift für romanische Philologie, 1893, XVII, 189), opina que los colonizadores procedían de todas las provincias de España, lo cual hubo de producir una especie de nivelación lingüística ("eine sprachliche Ausgleichung"); pero en el primero de los *Ensayos filológicos americanos* (anales de la Universidad de Chile, 1894, LXXXIX, 113 a 132) hace concesiones a la noción muy divulgada, pero no probada, de que en la colonización predominaron los extremeños y los andaluces. A las pruebas aducidas por R. J. Cuervo creo útil agregar una que está al alcance de todos: recórrase la lista de los españoles más conocidos que pasaron a América durante los primeros cincuenta años de la conquista, y se verá que los andaluces y extremeños suman menos que los nativos de otras regiones de España, especialmente de las dos Castillas. La

proporción exacta en que cada región española contribuyó a formar la población de América podría determinarse mediante el examen de los registros de naves en el Archivo de Indias; tarea que no sería demasiado larga y sí fecunda en resultados. Interesante ensayo es el de Ricardo Rojas. *El idioma de los conquistadores*, capítulo VI del primer tomo de su *Historia de la literatura argentina*, Buenos Aires, 1918; sería útil reunir mayor cantidad de materiales.

6. De estas zonas conozco personalmente las dos primeras; de las demás conozco gran número de individuos. Al contrario de lo que sugiero para la América española, en el inglés de los Estados Unidos la división en tres zonas (Nordeste, Sudeste y Oeste) se basa en diferencias fonéticas principalmente.

7. Como ejemplos de mezcla entre el castellano y lenguas indígenas de la América del Sur, véanse *Cantos populares americanos*, recogidos por Ciro Bavo en la *Revue Hispanique*, 1906, XV, 805 (romance de Bolivia); *Paraguay native poetry*, recogida por R. Schuller en el *Journal of American Folk-lore*, 1913, XXVI, 338–350, y *Folk-lore araucano*, recogido por Tomás Guevara en los *Anales de la Universidad de Chile*, 1910, CXXVII.

8. Véase The Güegüence, a comedy ballet in the *Nahuatl-Spanish dialect of Nicaragua*, con traducción y estudio de D. G. Brinton, Brinton's Library of Aboriginal American Literature, vol. III, Filadelfia, 1885. Sobre la lengua del Güegüence hay un estudio, poco satisfactorio, de A. M. Elliott, *The Nahuatl Spanish dialect of Nicaragua*, en el *American Journal of Philology*, 1884, V.

9. Cfr. A. M. Espinosa, Speech mixture in New México, en *The Pacific Ocean in history*, New York, 1917, págs. 408–428. 10. Cfr. C. Carroll Marden, Notes for a bibliography of American Spanish, págs. 289–290.

11. En las Transactions of the *American Philological Association* correspondientes a los años 1869–1870, vol. I, Hartford, 1871, Págs. 124-125. El estudio de Van Name sobre el papiamento de Curazao (págs. 149 a 159) es más completo que el de F. A. Coelho, *Os dialectos romanicos ou neolatinos en Africa, Asia e America*, en *Boletín da Sociedade Geografica de Lisboa*, 1880, págs. 174–177.

12. Isla cercana a la costa septentrional de la América del Sur; pertence a Venezuela.

13. Esteban Pichardo, *Diccionario provincial*, casi razonado de voces y frases cubanas, cuarta edición, Habana, 1875, Pág. x. La primera edición se publicó en 1836. Como precursor del escritor dominicano debe citarse al español Antonio de Alcedo, que incluyó un vocabulario de palabras americanas en su *Diccionario geográfico-histórico de las Indias occidentales*, Madrid, 1789.

14. W. Meyer-Lübke atribuye a Santo Domingo y a la isla de Trinidad, equivocadamente, dialecto negro-español (en la Introducción al estudio de la lingüística romance, Heldelberg, 1901, párrafo 17 de la traducción española de Américo Castro, Madrid, 1914, y en el artículo "Die romanischen Sprachen", pág. 449 del volumen *Die romanischen Literaturen und Sprachen*, de la colección *Die Kultur der Gegenwart*, Berlín y Leipzig, 1909; para otros datos geográficos incompletos o erróneos en las obras de Meyer–Lübke, al tratar de la distribución geográfica del español, véanse la Gramática de las lenguas romances, I, párrafo 4, y el artículo "Romance languages" en la *Enciclopedia Británica*, undécima edición, tomo XXII, 510). He combatido el error en mi artículo "La lengua de Santo Domingo" en la *Revista de Libros*, 1919, III; precisamente el español de la

República Dominicana, tanto el popular como el culto, se aparta de sus orígenes europeos mucho menos que el de otros países de América. Véase, por ejemplo, esta opinión con que tropiezo al azar: "Es tan claro y castizo el lenguaje que usa la autora (Cleopatra Cordiviola, argentina) que más bien parece de Colombia, de Santo Domingo o de Cuba que de la República del Plata" (Enrique Gay Calbó, *Cuba Contemporánea*, 1919, XIX, 211.) Compárense además Otto Schoenrich, *Santo Domingo*, Nueva York, 1918, Págs. 172–173 –aunque contiene errores en materia lingüística como en otras materias, es uno de los pocos libros que hablan del castellano en aquel país –, y el *Diccionario provincial* de Pichardo, que trae muchas referencias a la patria del autor.

El error de Meyer-Lübke pudo nacer de interpretar mal lo que dice G. Baist, *Die spanische Sprache*, en la primera edición del primer tomo del *Grundriss de Gröber* (Estrasburgo, 1888). Dice Baist, después de hablar del castellano en la mayor parte de América: "Endlich hat sich auf mehreren der früher beherrschten Antillen unter den Negern die spanische Sprache erhalten, so in S. Domingo, Trinidad, Curaçao..." Como se ve, Baist no dice que el español haya degenerado en aquellas islas, aunque bien pudo afirmarlo respecto de Curazao; su equivocación consistía en separar a la República Dominicana, independiente desde 1821, de las otras "unabhängigen Kilonien" de que habla antes, y considerar curiosa la persistencia del español allí, "entre los negros" como si los blancos del país hablaran otra lengua ni allí se hubiera hablado nunca otra que la española desde que desaparecieron las indígenas. Tal vez Baist no distinguía claramente entre las dos naciones de la isla: la República Dominicana, el Santo Domingo español, y la República de Haití, el antiguo Saint Domingue de los franceses, donde se habla principalmente criollo francés. De todos modos, en la segunda edición del primer tomo del *Grundriss* (Estrasburgo, 1904-1906), Baist persiste en separar a Santo Domingo de las otras Repúblicas hispánicas; pero ya no limita a los negros el español que allí se habla: "Endlich hat sich auf mehreren, in S. Domingo, unter den Negern in Trinidad, Curaçao..."

El español de Trinidad se conserva normal, a diferencia del de Curazao. La isla fue española desde fines del siglo XV hasta 1797, en que pasó a manos de Inglaterra; a fines del siglo XVIII recibió mucha inmigración de las Antillas francesas. El francés, sobre todo el patois antillano, llegó a predominar (véase Anthony Trollope, *The West Indies and the Spanish Main*, Londres, 1859, cap. XIV). Hoy, según la *Enciclopedia británica*, undécima edición, artículo "Trinidad", "se habla inglés en las ciudades y en algunos distritos rurales; pero en el Norte, y generalmente donde se cultiva el cacao, predomina el patois francés, y en varios distritos se usa todavía el español".

15. Como contribuciones de valor pueden citarse: R.J. Cuervo, *Apuntaciones críticas*, cap. X; R. Lenz en los *Beitrage* mencionados antes y en los *Chilenische Studien*, publicados en *Phonetische Studien*, 1892 y 1893, V–VI; C. Carroll Marden, *The Phonology of the Spanish dialect in Mexico City*, en las *Publications of the Modern Language Association of America*, 1896, XI (trabajo juvenil del distinguido hispanista; no exento de imperfecciones, pero muy útil); E. C. Hills, *New Mexican Spanish*, en las *Publications of the Modern Language Association of America*, 1906, XXI, y A. M. Espinosa, *Studies in New Mexican Spanish*, en la *Revue de Dialectologie Romane*, 1909, I (trabajo metódico riquísimo en datos).

16. R. Menéndez Pidal, *Gramática histórica*, párrafo 35, 4.

17. C. C. Marden, *The Phonology... of México City*, párrafo 8, 23 y 39, y A. M. Carreño, *El habla popular de México*, en la *Revista de la Facultad de Letras y Ciencias* de la Habana, 1916, XXIII, 28.

18. Journal of American Fokl-lore, tomo XXV, 1912, F. Boas, materiales recogidos cerca de la capital; tomo XXVII, 1914, J. Alden Mason, materiales del Estado de Jalisco; tomo XXVIII, 1915, P. Radin, materiales del Estado de Oaxaca; tomo XXXI, 1918, E. M. Gómez Maillefert, materiales de Teotihuacán, cerca de la capital.

19. Some Mexican versions of "Brer Rabbit" stories, en *Modern Language Notes*, 1896, XI.

20. Cfr. T. Navarro Tomás, Pronunciación española, párrafo 129, y V. García de Diego, *Elementos de Gramática histórica castellana*, Burgos, 1914, pág. 25. *Véase también la Revista de Filosofía Española*, 1914, I, 101, y 1920, VII, 396.

21. A. M. Espinosa, Studies..., párrafos 97, 114, 118, 123, 131, 137, 140, 166, 181 y 245. El fenómeno contrario también ocurre: huevo —buebo, véanse párrafo 124.— E. C. Hills, New Mexican Spanish, págs. 720 y 723. Véase también C. C. Marden, reseña del trabajo de Espinosa, en Modern Language notes, 1911, XXVI, 157.

22. A. Van Name, *Contributions...*, Pág. 151: "Gu before a and a loses the g; e. g. awa (agua), warda (guarda)... Initial h is dealt with quite after the cockney fashin. Before the diphthong ue, where in Spanish it is strongly Aspirate (!), in Creole, as also in the Cuban, it is silent; thus webu (huevo), wesu (hueso), werfanu (huérfano). "C. C. Marden, *The Phonology of... Mexico City* párrafo 48, infiere de ahí que también en Cuba se da el fenómeno guarda —warda; pero no es así, y lo único que Van Name quiso indicar —partiendo del error de creer que en castellano debe aspirarse la hache — es que en Cuba no se pronuncia la de huevo, hueso. A la verdad, en Cuba como en todas las Antillas, el habla popular tiende a las formas gwa, gwe, gwi aun en palabras que admiten otra pronunciación. Véanse en el *Diccionario provincial* de Pichardo palabras como anacagüita, cacagual, guacal (los mexicanos escriben actualmente huacal), guacamol, (Costa Rica huacamol, México guacamole), guaco, guachinango (en México a menudo huachinango o huauchinango), guajaca (tal vez etimológicamente igual a Oaxaca, que los mexicanos cultos pronuncian a veces con cuatro sílabas: O-a-ja-ca), guano, güero.

23. R. Lenz, *Beiträge...*, Págs. 192, 204 y 209, y especialmente *Diccionario etimológico...*, Págs. 92 a 95, y *Chilenische Studien*, V. 161-162.

24. Cfr. C.C. Marden, *The Phonology...*, párrafos, 27, 48, 52, 78, 84, 85, 103 y 106 (exposición no muy clara); J. García Icazbalceta, *Vocabulario de mexicanismos*, México, 1899, artículos guacamole, guacamote, guachinango, guaje, guajolote, guamúchil, guarache, güero, y A. M. Carreño, *El habla popular de México*, págs. 20 y 25.

25. R. J. Cuervo, *Apuntaciones críticas*, párrafos 766; F. M. Page, *Remarks on the gaucho and his dialect*, en *Modern Language Notes*, 1893, VIII, 23 (el artículo está plagado de errores, pero los ejemplos son aprovechables); A. M. Elliott, *The Nahuatl–Spanish dialect of Nicaragua*, Págs. 60 y 62; J. M. Dihigo, *El habla popular al través de la literatura cubana*, en la *Revista de la Facultad de Letras y Ciencias* de La Habana, 1915, XX, 70, 71, 80 y 81 (trabajo hecho con criterio puramente ortográfico). Cfr. H. Schuchardt, *Die Cantes flamencos*, en

Zeitschrift für romanische Philologie, 1881, V, 312; A. R. Gonçalves Vianna, reseña de los *Etudes de phonétique spagnole* de F. M. Josselyn, en la *Revue Hispanique*, 1906, XV, 855; R. Menéndez Pidal, *Gramática histórica*, pág. 94, y V. García de Diego, *Elemntos...*, Pág. 25.

26. Cfr. R. J. Cuervo, *Apuntaciones críticas*, párrafo 758, y R. Lenz, *Beiträge..*, Págs. 195, 210 y 211; *Chilenische Studien*, V, 275, y VI, 31, y *Diccionario etimológico*, págs. 98-99.

27. Cfr. R. Menéndez Pidal, *Gramática histórica*, Pág. 92; F.M. Page, *Remarks on the gaucho*, Pág. 23, y A. Morel–Fatio, reseña de las *Apuntaciones críticas* de Cuervo, en Romania, 1879, VIII, 622 (dato de G. Maspero). –C. C. Marden, *The Phonology..*, párrafo 59, dice que también existe en Centro–América, en la República del Salvador.

28. E.C. Hills, *New Mexican Spanish*, Pág. 719; A.M. Espinosa, *Studies...*, párrafos 81, 97, 158 y 187; véanse también párrafos 159 y 162 para las ocasionales transformacions de ye en j inglesa (John) o en j francesa (Jean). En la costa del Perú no es desconocida la asimilación y desaparición de la ye (11) cuando se halla en contacto con la vocal i: amariyo amarío; asimilación que en el Río de la Plata y en parte de México ha sido evitada por la transformación de la ye en sonido semejante a la j francesa, en la región andina desde Colombia hasta el Perú por la conservación de la elle, y en las Antillas, como a menudo en Andalucía, reforzando la ye y haciéndola pasar de fricativa a africada.

29. R. Menéndez Pidal, *Gramática histórica*, Pág. 93; T. Navarro Tomás, *Pronunciación española*, párrafo 134; F. Hanssen, *Gramática histórica*, párrafo 28, y A. Castro reseña de la obra de Hanssen, en la *Revista de Filología Española*, 1914, I, 101.

30. R. Lenz, *Beiträge..*, Págs. 190 y 210; *Chilenische Studien*, VI, 29 y 30 y *Ensayos filológicos americanos*, págs. 120-121. Sobre J (k) en Venezuela, véase G. Milladrdet, reseña de la pronunciación española de Navarro Tomás, en el *Bulletin Hispanique*, 1921, XXIII, 74.

31. R. Lenz, Beiträge.., Págs. 190-191, y Ensayos.., Pág. 127. La opinión de Lenz es que la aspiración única de huir debe explicarse por una contaminación de huí con respecto a fui huì.– C. C. Marden *(The Phonology. .*, párrafos 26 y 65) sólo registra, para México, halar, hoyo, humo, y casos de fue (hue), fui (hui). A. M. Carreño. *El habla popular de México*, pág. 23, extiende más el fenómeno: hablar, hervir, hondo. Existe en México la pronunciación fierro, como en la Argentina, contra el jierro de las Antillas. La desaparición de la jota o aspiración procedente de sonidos distintos de la efe latina (por ejemplo, hache aspirada indígena) se observa en México en palabras como jobo (universal en las Antillas) (h)obo, jenequén (h)enequén, pitajaya (véase Pichardo, *Diccionario provincial)* pitaya (así en este octosílabo de canción popular mexicana: "hermosa flor de pitaya").

32. F. M. Page, *Remarks the gaucho..*, Pág. 23; A. M. Espinosa, *Studies..*, párrafos 121, 129, 136, 139, 190 y 248; R. J. Cuervo, *Apuntaciones críticas*, párrafos 754 y 775, y J. M. Dihigo, *El habla popular al través de la literatura cubana*, págs. 73 a 75.– Cfr. R. J. Cuervo, Disquisiciones sobre antigua ortografía y pronunciación castellana, en la *Revue Hispanique*, 1895, II, 66 a 68, y notas a la Gramática de Bello, nota 1 de la edición de París, 1916; H. Scnuchardt, *Die Cantes flamencos*, Págs. 305, 306, 314 y 315; R. Menéndez Pidal, *Gramática histórica*,

Págs. 102-103; F. Hanssen, *Gramática histórica*, pág. 108; V. García de Diego, *Elementos...*, págs. 37 y 38 (notas interesantes), y A. Castro, reseña de la obra de Hanssen, Pág. 100.— Las principales palabras que se escriben (por la mayor parte) con hache, procedente o no de efe latina, y que los campesinos de Santo Domingo, cerca de la ciudad capital, pronuncian con sonido aspirado, son (haciendo omisión de la mayoría de las derivadas, como habla, hablanchín): haba, habado, hablar, haca (siempre con aspiración, aun en el habla culta, y escrito jaca), hacer, hacha (de cortar), hacho, halar, hallar, hamaca (sin aspiración en el habla culta; pero: jamaquear), hambre, haragán, harto, harrear, harriero, hasta, hayaca (culto: sin aspiración), haz, hebra, hechizo, heder, hembra, hendir (pero rehender; también rehendija), herrir, hermoso (raro: comúnmente pierde la aspiración), herver o hervir, hicaco (en culto: a veces sin aspiración), hico, hicotea (idem id.), hiel, (pero también yel), hierro, higa, hígado, higo, higüera, hijo, hilvanar, hincar, hincahar, hinojo (raro), (siempre con aspiración), hobo (idem), hocico, hogaza, hoguera, hojoto (siempre con aspiración), holgar, hollín, honda, hondo, horca, hormiga, horno, horungar o hurungar, horro, hosco (pero también fosco), hovero (rara vez sin aspiración, aun en el habla culta), hoyo, hozar, huchar o ahuchar, huella (nunca gwella), huir, humo, hundir, huraco, huraño, hurgar, hurón, hurtar, huso, hutía. En contra: sin aspiración, harina, hebilla, hielo (o yelo); pero en Costa Rica, se jiela), hojalda (hojaldre; cfr. México: hojaldra), horma (de zapato). Curioso: hollejo gollejo.

33. R. Lenz, *Beiträge...*, Págs. 191 y 195; *Chilenische Studien*, VI, 162, y *Diccionario etimológico*, Pág. 98; pero no es exacto atribuir la ene velar a todo México; cfr. C.C. Marden, *The Phonology...*, párrafo 69.— Sobre el fenómeno en España, véanse T. Navarro Tomás, *Pronunciación española*, párrafo III, y A. R. Goncalves Vianna, reseña citada, Pág. 855.

34. R. Menéndez Pidal, *Gramática histórica*, Págs. 89—90 (véase también la segunda edición, Madrid, 1905, Págs. 65—66); R. Lenz, Beiträge.., Pág. 210; *Chilenische Studien*, V. 277—288, y VI, 18, y *Diccionario etimológico*, Págs. 96—97; A. M. Espinosa, *Studies...*, párrafo 110; C. C. Marden, *The Phonology...*, párrafos 58, 60, 63 y 64 (persistencia de la erre castellana en México). —Cfr. T. Navarro Tomás, Pronunciación española, párrafo 117 (como fenómeno ocasional en España).

35. Compárese el fenómeno con los casos similares que traen R. J. Cuervo, Apuntaciones críticas, *pág. 749; R. Lenz, Beiträge.., pág. 210, y* Chilenische Studien , 275 y 289—292; A. M. Espinosa, *Studies..*, párrafos 141 y 143; H. Schuchardt, *Die Cantes flamencos*, pág. 316 y T. Navarro Tomás, *Pronunciación española*, pág. 92, nota.— Entre los negros incompletamente hispanizados de Cuba era tendencia común convertir en ele cualquier ere: tlaña (extraña), jembla (hembra), lible, tlipa, puchelito, quelo (quiero); véase J. M. Dihigo, *El habla popular al través de la literatura cubana*, págs. 65, 74, 75, 76, 79 y 80.

36. Cfr. H. Schuchardt, *Die Cantes flamencos*, pág. 318; A. M. Espinosa, *Studies..*, párrafo 144 y J. M. Dihigo, *El habla popular* al través de la literatura cubana, Pág. 78 (los escritores cubanos escriben generalmente ese: casne decislo; creo que quieren representar la ese reducida a aspiración).

37. Ocurre el fenómeno en la región de Santiago de los Caballeros, Norte de la República Dominicana, y en otros lugares del campo; véanse estos versos de

Juan Antonio Alix, poeta popular de Santiago que publicaba en hojas sueltas:

Bien me lo dijo Isabel:
con esos negros mañeses (i.e., haitianos)
no te vayas a metel.

Existe entre los jíbaros de Puerto Rico. Cfr. C. C. Marden, *The Phonology..*, párrafo 63.— Pichardo, *Diccionario provincial*, pág. X, lo observaba en negros curros de la Habana y Matanzas. También lo ponían en boca de negros los escritores cubanos de hace medio siglo, como Cirilo R. Villaverde y José Victoriano Betancourt; véase J. M. Dihigo, *El habla popular...*, pág. 87.— El cambio de ere o ele en i existe en Andalucía: lo he oído en Sevilla. Cfr. H. Schuchardt, *Die Cantes flamencos*, Pág. 317.— En el inglés de Nueva York ocurre la transformación de r en i; cfr. C. H. Grandgent, *More notes on American pronunciation*, en *Modern Language Notes*, 1891, VI, 460–461, y H. L. Mencken, *The American Language*, Nueva York, 1919, Pág. 158. Mencken lo atribuye a la influencia del Yiddish, el dialecto alemán de los judíos.

38. Cotéjese con los datos de R. Lenz, *Beiträge...*, pág. 210, y H. Schuchardt, *Die Cantes flamencos*, pág. 310.— J.R. López, en su artículo *La voz de los dominicanos*, en el diario *El Tiempo*, de Santo Domingo, 1919, atribuye a los dominicanos pronunciación nasal; pero exagera: la nasalidad abunda, pero no puede atribuirse, ni con mucho, a la mayoría de la población. Sobre la nasalidad en Nuevo México, véase A. M. Espinosa, *Studies...*, párrafos 20 a 34.

39. Este no es sino uno de los casos en que la consonante en fin de sílaba se relaja —fenómeno constante en la pronunciación popular de las Antillas, como desarrollo de una tendencia general del idioma— y se asimila a la consonante siguiente: pulpo (puppo), esfera (effera), mismo (mimmo). El resultado es en ocasiones, sobre todo en el habla semiculta, una curiosa coincidencia con el italiano: acto (atto), admirar (ammirar), adepto (adetto), eclipse (eclisse). Cfr. R. Lenz, Beiträge.., Pág. 210, y R. J. Cuervo, Apuntaciones críticas, párrafo 776.

40. Igualmente se pierde la ele final, como en estos versos populares de hacia 1850, en la República Dominicana:

Advierten los de Baní
que en Azua no hacen macutos...
Aquí no dicen jiquí,
ni sá, baú ni cordé;
tampoco se dice mie...

Una y otra pérdidas se dan en España y América; véase T. Navarro Tomás, *Pronunciación española*, Pág. 92, nota, y R. J. Cuervo, Apuntaciones críticas, párrafo 771. Compárese además el vasto repertorio de ejemplos recogidos y clasificados por K. Pietsch, *Zur spanischen Grammatik*, en *Modern Language Notes*, 1911, XXVI. Sobre la ausencia de varias de estas modificaciones de la ere en la altiplanicie mexicana, véase A. M. Carreño, *El habla popular de México*, págs. 23 a 25. En Costa Rica, en Venezuela y en otros países se pierde la ere final de los infinitivos con pronombre enclítico: decilo, llamase, manteneme.

41. R. Menéndez Pidal, *Gramática histórica*, Pág. 88. Cfr. T. NAVARRO Tomás, *Pronunciación española*, párrafo 108; A. R. Goncalves Vianna, *Etude de phonologie portugaise*, en *Romania*, 1881, XII, 52–53, y reseña citada, Pág. 853; A. Castro, reseña citada, Págs. 100–101.

42. R. Lenz, *Chilenische Studien*, VI, 21–22.

43. No me atrevo a hacer afirmaciones muy generales sobre la ese de Santo Domingo, porque estoy fuera del país; pero una señora dominicana de 70 años, a quien consulto mientras escribo me asegura que su ese es cóncava y la punta de la lengua se sitúa frente al nacimiento de los incisivos superiores. Le falta, sin embargo, el timbre como de sh que los extranjeros perciben en la *ese* castellana. La impresión que esta *ese* dominicana produce en un profesor manchego a quien he consultado comparándola con la suya propia, es que la lengua se sitúa más abajo y su contacto es más ligero que en la *ese* de Castilla: el sonido resulta más sibilante. Son menos sibilantes, y se acercan más al timbre castellano, como de sh, la *ese* de Chihuahua (Norte de México), muy distinta de la que se oye en la capital de la República, y de la costa central del Perú. Observo la primera al escribir este artículo, en un joven norteamericano que aprendió el español en Chihuahua, donde residió desde los nueve hasta los diez y ocho años de edad hablando inglés y castellano: su *ese* inglesa se apoya en los incisivos inferiores; para su *ese* española, que es muy distinta, me asegura que su lengua no toma forma cóncava ni convexa, sino que permanece plana, con la punta frente al nacimiento de los incisivos superiores, sin tocarlos.

44. "Silbaba las *eses* como un mexicano", en la novela *A fuego lento*, del cubano Emilio Bobadilla.– Sobre las consonantes del náhuatl, véase Fr. Alonso de Molina, *Arte mexicana*, 1586, reimpresa en México, 1886, págs. 61, 62, 67 y 68.– C. C. Marden, The Phonology..., párrafo 42 (véanse párrafos 88 y 90), hace notar la persistencia de la *ese* en la ciudad de México, contra lo qe ocurre en Veracruz, indicado por F. Semeleder en su artículo Das Spanishce der Mexicaner, 1890. W. Meyer–Lübke se equivoca, pues, al generalizar sobre el español de México diciendo que "la pérdida de la d, g, entre vocales, de s delante de consonates y en posición final, se ha llevado más lejos que en el país de origen *(Enciclopedia Británica*, XXII, 510; véase también la *Introducción al estudio de la lingüística romance*, traducción española, párrafo 213); tal vez sea confusión entre México y Nuevo México.– Sobre la ese chilena y argentina, véase R. Lenz, Beiträge..., Págs. 209, 210 y 212, y *Chilenische Studien*, V, 274–276, y VI, 19–22.

45. A. M. Espinosa, *Studies..*, párrafo 153; R. Lenz, *Beiträge..*, Págs. 191 y 209; *Chilenische Studien*, V, 274, y *Diccionario etimolójico*, Pág. 96; R. J. Cuervo, *Apuntaciones críticas*, párrafo 776; F. Hanssen, *Gramática histórica*, párrafo 153, y H. R. Lang, reseña del libro de Hanssen, en *Romanic Review*, 1911, Págs. 335–336.

46. No lo registra C. C. Marden, *The Phonology...*, pero véase la cita que hace de Eufemio Mendoza en el párrafo 90: la tz indígena "ha desaparecido casi por completo para dar lugar a la z escrita, no pronunciada sino como s; algunas veces en los diminutivos se cambia en c suave, como en Mexicaltzsingo, que se escribe y pronuncia Mexicalcingo". Me figuro que Mendoza quiso indicar la persistencia de ts (c), con tc suave, en tzingo, como yo lo he oído pronunciar; de

otro modo no se comprende que haga distinción entre ce y ese. Creo ver aquí otro problema: ¿persistió en México hasta hace cincuenta años— cuando escribía Mendoza (1872) — una ligera distinción entre *s y c (ts)*, como la que creo advertir en Santo Domingo? Tal vez, y ello explicaría por qué se oye decir de tarde en tarde, entre la gente semiculta del uno y del otro país, que la *ce* y la *zeta* no se pronuncian de igual manera, aunque conceden que la zeta se pronuncia comúnmente como ese: noción confusa, y al parecer absurda, pero que bien pudiera representar el residuo de una distinción fonética muy atenuada que acabó o está acabando de perderse en nuestros días.

47. R. J. Cuervo, Disquisiciones sobre antigua ortografía y pronunciación Castellanas, Pág. 41 (cita de Jiménez Patón, del año 1614, que distinguía entre el zezeo sevillano y el *seseo* valenciano). Bueno es recordar que en el castellano de las Pronvincias Vascongadas la imposición de la zeta es cosa del siglo XIX; véase el interesante artículo de R. Sánchez Mazas, La tragicomedia de la 'ese" y de la "ce", en el diario de Madrid *El Sol,* 7 de enero de 1921. Con relación a Extremadura, hay que precaverse contra el error, común en escritores extranjeros que no la han visitado, de suponer que allí se pronuncia la zeta como *ese:* la unificación de los dos sonidos debe de existir sólo en la parte Sur de la provincia de Badajoz; pero en el Norte de ella y en la provincia de Cáceres se distinguen la *ese* y la *zeta* y hay lugares donde se distinguen dos matices de ellas, sorda y sonora. Véase R. Menéndez Pidal, *Gramática histórica,* Pág. 97, nota.

48. C. C. Marden, *The Phonology...,* párrafo 69, y A. M. Carreño, El habla popuiar de Méjico, Pág. 47. En Madrid he oído —como fenómeno limitado a muy pocos individuos — una forma de nasalización de la ese final, pero muy distinta de la que se observa en el Estado de Jalisco; la nasalización mexicana podría representarse burdamente como *puessn* (la ese es muy larga, nasalizada, y la ene es alveolar o dental, pero a veces falta); la madrileña es pueh.

49. Cfr. J. García Icazbalceta, *Vocabulario de mexicanismos,* artículo áxcan.

50. C. C. Marden, The Phonology.., párrafo 37, sólo regitra shoco, shunde, shoma; véanse además párrafos 88 a 91.

51. Cfr. A. M. Espinosa, *Studies...,* párrafos 151, 165 y 166; E. C. Hills, *New Mexican Spanish,* Págs. 707 y 722, y K. Lentzner, *Observations on the Spanish Language of Guatemala,* en *Modern Language Notes,* 1893, VIII, 84.

52. Cfr. A. Van Name, *Contributions...,* Pág. 150 y C. C. Marden, *The Phonology..,* párrafo 37. Es posible que Van Name no haya querido incluir a Cuba en el fenómeno si (sh), sino solamente en los otros que menciona: (ll (y), z (s), v (b). Véase A. M. Espinosa, *Studies...,* párrafo 163.

53. R. Lenz, *Ensayos filológicos americanos,* pág. 128, y *Beiträge...,* Págs. 190 y 203.

54. La tendencia a emplear ustedes como plural único no es desconocida en España (Andalucía, Cataluña); pero no ha llegado al completo desarrollo que en América; véase R. J. Cuervo, *Apuntaciones críticas,* párrafo 333. Una que otra vez ocurren confusiones como se vais (se van más os váis; véase *El patinillo,* de los Quintero) y veisos acomodando (por idos acomodando; véase F. Araujo, *Recherches sur la fonétique espagnole,* en *Fonetische Studien,* 1893—1894, VII, 39).

55. Así he podido observarlo en el habla familiar de estudiantes argentinos: alternan vos podés y vos puedes, vos pensás y vos piensas. Según parece, estas

confusiones no se extienden al habla campesina en el Río de la Plata; pero sí, por ejemplo, en Venezuela.

56. Procuro dar en seguida una descripción y comparación de las formas verbales de la segunda persona del plural en las principales regiones de voseo, porque todas las que conozco son incompletas, sobre todo en lo que atañe a establecer las diferencias fundamentales entre diversos países. Como alusiones al voseo de la Argentina, véanse, entre muchas, Ciro Bayo, "Vocabulario de provincialismos argentinos y bolivianos", en la *Revue Hispanique*, 1906, XIV, artículo vos, y Juan B. Selva, *El castellano en América*, en la *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, 1905, IV, 201-202. Pero aun sería útil recoger todas las variantes que ofrecen en los diversos países los verbos más erráticos: haber, ser, ir, ver, estar, dar, hacer, decir, saber, reir, venir, oir.

57. Cfr. R. J. Cuervo, "Las segundas personas de plural en la conjugación castellana", en *Romanía, 1893, XXII, y R. Menéndez Pidal*, Gramática histórica, párrafo 107.

58. Pero recuérdese el tú sos de Juan del Encina y Lucas Fernández, Cfr. R. *J. Cuervo*, Las segundas personas..., Pág. 73, y *Apuntaciones críticas*, párrafo 295.

59. Antonio Orrego, citado por Hanssen, *Gramática histórica*, párrafo 493; aunque la cita de Hanssen trae *empeñas*, estimo que debe de ser errata por *empeñás*.– Por su parte, la Argentina a veces oscila hacia las formas que predominan en Chile; véase este cantar de la provincia de Córdoba: "Aquí me tenía sintao, Ipesaroso y afligío, I y el mal que me hias hecho I lo hey sentío,"

60. Cfr. R. J. Cuervo, *El castellano en América*, Pág. 50. En Chile los verbos de la segunda conjugación han llegado a imitar a los de la tercera hasta en la primera persona del plural del presente: tenimos, comimos, por tenemos, comemos. Otra forma curiosa en Chile es el regresivo yo hey (presente de haber), arcaísmo, o bien reflujo de soy, doy, voy, estoy. Cfr. R. Menéndez Pidal, *Gramática histórica*, Págs. 241–242; F. Hanssen, *Gramática histórica*, párrafo 219 y 230, y especialmente K. Pietsch, *Zur spanischen Grammatk*, en *Zeitschrift für romanische Philologie*, 1911, XXXV, 174-177.

61. R. Lenz, Zur spanisch amerikanischen Formenlehre, en *Zeitschrift für romanische Philologie*, 1891, XV, describe en parte la conjugación chilena. Como era de esperar, el primero en llamar la atención sobre sus peculiaridades, con el propósito de corregirlas, fue Bello, *Gramática de la lengua castellana* (1847), cap. XIII, y antes en las *Advertencias sobre el uso de la lengua castellana* (1834). Juzgando por la literatura popular impresa (por ejemplo, R. A. Laval, *Oraciones populares, ensalmos y conjuros chilenos*, en los *Anales de la Universidad de Chile*, 1910, CXXVI; R. Lenz, *Sobre la poesía popular impresa en Santiago de Chile*, en los *Anales*, 1919, CXLIII, 571), pudiera creerse que el *tú* penetra en las clases populares y produce confusiones con el *vos;* pero donde ocurren esas confusiones es en las clases semicultas, ya Bello *Advertencias..*, denunciaba errores como vos eres, mira tú. La literatura popular, cuando se escribe, sufre el influjo de la semicultura; pero el habla de las clases bajas desconoce esas confusiones, según Lenz. Adviértase que el *voseo* del Río de la Plata, cuando se escribe, se atiene generalmente a fórmulas estrictas; en los dramas de Florencio Sánchez el empleo del *tú* o del *vos* define con exactitud la situación social y la cultura del personaje. Pero en la realidad el *voseo* abunda en el habla familiar de las clases cultas de la Argentina y el Uruguay, alternando con el tuteo –el cual se considera de rigor al

escribir cartas—, y es en esas clases donde se observan confusiones frecuentes en el empleo de las formas verbales: según antes indiqué, se oyen a la vez vos pensás y vos piensas, vos podés y vos puedes.

62. Anales de la Universidad de Chile, *1909, CXXV.*

63. La conjugación colombiana puede reconstruirse mediante las indicaciones dispersas de R. J. Cuervo en diferentes trabajos suyos: *Apuntaciones críticas,* párrafos 291, 295, 296, 297, 298, 312, 332 y 334 (véanse también las ediciones anteriores y la reseña que de la segunda hizo A. Morel—Fatio en *Romania,* VIII, 622); *El castellano en América,* páginas 45, 50 y 51, y *Las segundas personas...* Pág . 96.

64. L. Dobles Segreda, *Rosa mística,* Heredia, 1920, Págs. 42, 46, 49, 59, 97, 100, 155, 156, 187, 235 y 236, y *Por el amor de Dios,* Heredia, 1918, págs. 34, 36, 37, 38, 39, 45, 49, 50, 52, 53, 55, 56 y 79.

65. M. González Zeledón, *La propia,* San José de Costa Rica, 1921, passim. En las páginas 119, 121 y 130 puede verse "yo" en lugar de "mí", como pronombre terminal (uso conocido en Aragón y Valencia): "Vos sabés que a yo no me va ni me viene..." "¿Y a yo se miolvidaba? ..." Igualmente en L. Dobles Segreda, *Rosa mística,* pág. 45: "¿Sí gusta bailar con yo? " Este empleo de *yo* se explica por ser *mí* el único pronombre terminal distinto de su pronombre sujeto; los demás son iguales; vos, a vos; él, a él; nosotros, a nosotros, etc. Pero *mí* coexiste con *yo:* "A mí no me trapé" ('trapee'), *Rosa mística,* Pág. 236.

66. A. Membreño, *Hondureñismos,* tercera edición, México, 1912; véanse Págs. 14, 18, 49, 57, 80, 167 y 168. En las páginas 167—168 anota estas formas del verbo ser: vos *sos, fuistes, serés, seas, sé* y estas del verbo estimar: *estimás, estimastes, estimarés.*

67. *Journal of American Folk-lore,* 1918, XXXI; hay cuentos en *tú* y cuentos en *vos.*— K. Lentzner, en sus *Observations on the Spanish language of Guatemala,* da otros ejemplos, pero se confunde al querer explicarlos.— En la *Loga del Niño Dios,* escrita en el castellano estropeado de los indios mangues de Nicaragua y publicada por R. Schuller en *Journal of American Folkklore,* 1914, XXVII, se hallan estas formas: habís, habéis, has, estás, dices, pasarás, vayas, tengás.— El Sr. D. Salomón de la Selva, escritor nicaragüense, me trasmite las siguientes formas como usuales entre el vulgo de León, su ciudad natal: verbo *ser: sos, fuiste* (variante: *fuiestes), eras, serás* (variante rara: *serés), seás* (variante rara: *séas), fueras, fueses, fueres, sé; verbo estar: estás, estuviste* o *estuviestes, estabas, estarás, estés, estuvieras, estuvieses, estuvieres, estáte* (dice no haber oído nunca *está,* solo, como imperativo); verbo *dar: das, diste* o *distes, dabas, darás* (variante rara: *darés), des, dieras, dieses* (raro, y falta *dieres), da;* verbo *ir: vas, fuiste* o *fuistes, ibas, irás, vayas, fueras, fueses* (raro), *ve;* verbo *ver: ves, viste* o *vistes,* vías (variante: *veías), verías, verás, vieras, vieses, vieres, ve;* verbo *decir: decís, dijiste* o *dijistes decías, dirías, dirás, dijieras, dijieses,* (raro), *decí;* verbo *reir; reís, reíste* o *reístes, reías, reirías, reirás* (variante: *rierás), rieras, rieses* (raro), *reí; verbo* oir: oís, *oíste* u *óiste* (variantes: *oístes* u *óistes), oías, oirás, oirías, oyeras, oyeses* (raro), *oí* u *oyé* (variantes: oyí, óye): verbo *hacer: hacés, hiciste,* o *hicistes, hacías, harás, harías, hicieras,* hicieses (raro), *hacé* (variante: *haz),* verbo *saber: sabes, supiste* o *supistes, sabías, saberás* o *sabrás, saberías* o *sabrías, sepás, supieras, supieses* (raro), *sabé;* verbo *venir: venís, veniste* o *viniste* (variantes: venistes o vinistes), *venías,*

vendrás (variante: *venirás), vendrías, vengas, vinieras, vinieses* (raro), *vení;* verbo *salir: salís, saliste* o *salistes, salías, saldrás* o *salirás, salgás, salieras, salieses,* (raro), *salí;* verbo *haber: habés* (variante: *has), hubiste* o *hubistes* (variantes: *habiste* o *habistes), habías, haberás* o *habrás, haberías* o *habrías, hayás, hubieras, hubieses* (raro).

68. J. Antonio Campos, *Rayos católicos y fuegos fatuos,* Guayaquil, 1911, segunda edición, Págs. 7, 8, 51, 62, 63, 86, 87 y 112.

69. *Proben venezuelanischer Volksdichtungen,* recogidas por A. Ernst en *Zeitschrift für Ethnologie,* XXI, 525–535.

70. Ya listo para publicarse este trabajo, el escrito venezolano don Humberto Tejero me comunica los datos siguientes: En la mayor parte de Venezuela (la Costa y los Llanos) las clases cultas emplean solamente el *tú* y el *usted;* el *vos* se halla relegado a las clases populares, que lo usan junto con el *tú* y en confusión con *él:* se pasa del *tú* al *vos* en una misma conversación, y las formas verbales son, de preferencias, las de la segunda persona del plural. En la región de los Andes venezolanos (Estados de Táchira, Mérida y Trujillo) no se usa el *tú;* se dialoga, en general, por medio del *usted,* y el *vos* se usa de superiores a inferiores solamente, por ejemplo, el hacendado al peón, el amo al criado, y en muchos casos se emplea como tratamiento despectivo. En Colombia, en la región andina próxima a Venezuela, ocurre lo mismo que en los Andes venezolanos.

71. Así, no están debidamente limitadas las afirmaciones de R. Lenz, *Diccionario etimológico,* Pág. 16, y *La oración y sus partes,* párrafo 156; F. Hanssen, *Gramática histórica,* párrafo 493, o W. MeyerLübke, *Gramática,* III, párrafo 97, sobre pronombres; la explicación sobre las formas verbales, *Gramática,* II, párrafo 130, está bien limitada a "la América del Sur", aunque no es exacto afirmar, sin limitaciones, que las formas del plural han reemplazado a las del singular.

72. He citado ejemplos de la Argentina, del Uruguay, de Chile, del Ecuador, de Colombia y de Venezuela. Ciro Bayo, *Vocabulario de provincialismos,* da a entender que se usa en Bolivia, por lo menos en el Sudeste. R Lenz, Zur spanisch-amerikanischen Formenlehre, Págs. 518 y 519, lo observa en el Sur del Perú. Según mis informes, se extiende en el Mediodía peruano hasta Arequipa, y existe además en el extremo Norte (Piura), cerca del Ecuador. Pero la costa central (por ejemplo, la región de Lima) y la Sierra del Perú sólo conocen el *tuteo;* así lo comprueba la literatura. No hallo el *vos,* sino el *tú,* en el castellano-guaraní de los cantares paraguayos publicados por R. Schuller, *Paraguay native poetry.*

73. Cfr. A. Van Name, *Contributions...,* pág. 154; dato que parece indicar el parentesco del papiamento con la costa septentrioal de la América del Sur más bien que con las Antillas mayores. El *vos* (bo) entró al papiamento sin la compañía de *vosotros* ni de *vuestro,* y ha creado sus propios plurales y posesivos: *boso* o *bosonan* ('vosotros'); bo ('tuyo') y 'vuestro'.

74. Véanse, además, los materiales folklóricos mencionados antes, en los cuales nunca se halla el *vos.*

75. Pichardo, *Diccionario provincial,* Pág. x, dice: "En Tierra–Dentro, singularmente en Puerto Príncipe y Bayamo, es aún muy usado el antiguo pronombre personal *vos,* mal expresado el verbo que le sigue por una especie de síncopa de rutina, v.gr.: *vos habís visto..., vos sabís esto..,* por *vos habéis visto.., vos sabéis esto...*" Ninguno de los novelistas y costumbristas cubanos que he leído

recoge al *vos*. El Sr. D. Vicente Menéndez Roque, del Camagüey, dice, en nota que me comunica el escritor cubano D. Regino E. Boti: "Todavía puede asegurarse que el *vos*, suplantando al *tú*, se usa con bastante frecuencia entre los campesinos camagüeyanos, si bien su empleo se va limitando cada vez más... Se pronuncia *vo*... Los campesinos, cuando van a la ciudad o tienen oportunidad de hablar con una persona desconocida, nunca emplean dicho vocablo... Se oye comúnmente *traélo* por *tráelo* o *traedlo*, *vendélo* por *vendedlo*."

"RELACIONES DE ESTADOS UNIDOS Y EL CARIBE"

PUNTOS DE LA CONFERENCIA DADA, EN INGLES, ANTE EL CLUB DE RELACIONES INTERNACIONALES DE LA UNIVERSIDAD DE MINNESOTA.

L MAR CARIBE es el punto principal de aplicación de la Doctrina Monroe. La Doctrina, tal como se concibe hoy, se aplica realmente hasta la línea ecuatorial: al sur del Ecuador apenas tiene aplicación.

Las playas del Caribe: parte de México, las seis repúblicas de la América Central, Colombia, Venezuela, colonias inglesas, francesas, holandesas, norteamericanas (y hasta hace poco danesas), y tres países insulares independientes: Cuba, Haití, Santo Domingo.

Las colonias insulares de Inglaterra. Paraísos tropicales. Vida fácil. Clases superiores; clases inferiores que trabajan para aquéllas (sistema muy inglés). Los negros bien tratados: según los ingleses, se les considera como iguales si se educan. ¿Defecto? Falta de espíritu. Las colonias no tienen espíritu.

---

*Publicado en *El Heraldo de la Raza*, México, Tomo I, Núm. 9, 15 de mayo de 1922.

En *Pedro Henríquez Ureña en los Estados Unidos*, Ed. de Alfredo A. Roggiano, México, 1961, Págs. 200–203.

Hace años, en esta misma Universidad, el poeta irlandés Padraic Colum explicaba que Irlanda no quería ser colonia inglesa porque una colonia no es nada. Y agregaba: ¿Qué es el Canadá? Yo agregaré: ¿Qué es Australia? Australia ha creado dos mecanismos famosos, uno político, el "Australia Ballot System" y uno económico, el "Torrens System". Pero eso es poco para quienes, como yo, piensen que los mecanismos no son las más altas creaciones humanas; para Matthew Arnold, buen gobierno no era sino buen mecanismo.

¿Abandonará Inglterra esas colonias? Probablemente no, mientras no se decida a desmembrar el Imperio Británico.

Francia tampoco abandonará sus colonias por ahora. Ni probablemente Holanda, que, aunque país pequeño, tiene gran imperio colonial.

Los países independientes y la doctrina Monroe. Lectura del texto de la Doctrina de Monroe. Ha servido como cortina entre la América Latina y Europa. Europa no se ha quejado; no se ha quejado Inglaterra, porque es, en parte, la autora de la Doctrina. El único país que se dice se ha quejado (no oficialmente) es Alemania. Bismarck la llamaba una "impertinencia" (¿o una "colosal impertinencia? "). Por lo demás, la América Latina ha sabido defenderse: así en el caso de México y el Imperio de Maximiliano. Las quejas contra la Doctrina son de la América. ¿Por qué? Porque la Doctrina no es fija: varía con cada presidente. Wilson tuvo dos doctrinas Monroe: Primera, 1913, ayudar al desarrollo del buen gobierno y el predominio de las ideas democráticas en toda América; segunda, 1915, dejar a la América Latina resolver sola sus problemas. Aplicación vacilante y contradictoria: resultado, según Taft: "ni esperamos ni vigilamos; intervenimos atropelladamente y no es de extrañar que ahora se nos atribuya la culpa de la anarquía que reina en México". Sin embargo, tal es el poder de la palabra, cuando representa ideas elevadas y las expresa bien, que conozco mexicanos que mantuvieron su fe en Wilson a pesar de todas sus contradicciones.

Las aplicaciones: Cuba, 1898: entrada en la guerra y

ocupación de Cuba. Mala impresión en Europa; aún hoy se cree allí que los Estados Unidos se han apoderado de Cuba. El primer gobierno americano fue eficaz y honrado. Luego, gobierno cubano. Luego, revolución en 1906 y nuevo gobierno americano: fracaso y corrupción. Desde entonces, constante intervención en asuntos cubanos, pero siempre a medias, y contribuyendo a empeorar las cosas con la incertidumbre de la espada de Damocles.

Haití. Invasión económica. Revolución y ocupación en 1915. Presidente gobernado por los americanos. Los haitianos son negros en su inmensa mayoría, y se dice que los soldados y marinos norteamericanos de la ocupación proceden de los Estados del Sur, donde el negro está mal considerado, y que se han entretenido en matar haitianos. La noticia circuló en la prensa norteamericana, pero luego, como según esa misma prensa el norteamericano siempre tiene razón, se dijo que eran los haitianos quienes habían matado a los norteamericanos y hasta se los habían comido. Esto me hace recordar el chiste según el cual en Alemania se decía que no eran los alemanes quienes habían cometido atrocidades con los niños y las mujeres belgas, sino los niños y las mujeres belgas quienes habían cometido atrocidades con los soldados alemanes. Tales atrocidades, más que culpa de los norteamericanos, son culpa del sistema: el sistema de ocupación militar de un país extranjero.

Santo Domingo. La deuda pública. La Convención de 1907, para unificar y garantizar la deuda, con artículo sobre la necesidad de no aumentarla. La deuda se aumentó, por causas de fuerza mayor, pero no hubo empréstito extranjero, sino pequeños préstamos nacionales y deudas inevitables (por ejemplo, por falta de pago a los empleados).

Los Estados Unidos, entonces, pretenden adquirir el dominio de todos los elementos militares y económicos del país. Negativas de dos gobiernos. Los Estados Unidos tratan de compeler por hambre, no entregando al gobierno dominicano su dinero recaudado en las aduanas por norteamericanos. El gobierno dominicano continuó, sin

dinero. Entonces, ocupación, en noviembre de 1916. No se ha encontrado ningún dominicano que sirva de instrumento a Washington como presidente de ficción. No se ha peleado contra la ocupación, porque el país se convenció de que cualquier intento de guerra podría servir de pretexto para conquista. Sólo unos cuantos se han ido al campo: son los bandidos de que habla la prensa norteamericana —bandidos que no roban y que sólo pelean cuando pueden—. La ocupación de Santo Domingo es un fracaso, con quizá la única excepción de la instrucción pública, para la cual ha habido más dinero disponible por disminución de otros gastos, faltando el gobierno nacional. ¿Por qué del fracaso? Principalmente por los métodos militares. Los dominicanos dan dinero para trabajar con él por su independencia, enviando delegados fuera.

Crítica: no se debe tratar a las naciones débiles por medio de la fuerza. "Las naciones deben ser tratadas como los individuos" (Wilson). No debe haber apremio de fuerza por deudas (Drago, Calvo), como no lo hay para el individuo. El militarismo no produce sino males.

Ninguna nación tiene derecho a pretender civilizar a otra. ¿Estamos seguros de que hay grados de civilización? ¿O son tipos, clases de civilización? Hay quienes dicen que es una fortuna que no se haya pretendido civilizar al indio de los Estados Unidos: así ha conservado su civilización propia, por ejemplo, su arte, que según un notable crítico, es el mejor arte que se produce en el país, mejor que Whistler, Homer y todos los pintores famosos (el crítico es Pach). ¿Pero están civilizados todos los Estados de la Unión? Si se pretende civilizar a Haití ¿por qué no civilizar el Estado de Georgia? Y ¿quién decide cuál país es civilizado y cuál no? Sólo la fuerza lo decide, hasta ahora: y si la fuerza hubiera de decidirlo, no tendríamos por qué quejarnos de Alemania: su teoría era ésa: como la nación más civilizada, debía civilizar al resto del mundo. No hay, pues, derecho para querer civilizar a otras naciones. Pero suponiendo que hubiera civilizaciones superiores, y que ésta fuera una de ellas, ¿por qué no

convendría (a Santo Domingo, a Haití, a Cuba) ser colonias norteamericanas? Primero, porque una colonia norteamericana debe ser un fracaso: véase el caso de Puerto Rico. Económicamente, la Isla está decayendo, en cuanto atañe a la posibilidad de mantener a "todos" sus habitantes, aunque una minoría se haya hecho más rica que antes, y los portorriqueños emigran aún al pobre Santo Domingo. El Partido de la independencia en Puerto Rico. Y luego una colonia es, como dije antes, una cosa sin alma, sin alma propia: sus modelos los recibe de la metrópoli. Los que no hayan vivido en un pequeño país independiente no conocen el sentimiento que existe en ellos de estar elaborando su propia vida, creando su propio tipo y modo de ser, creando constantemente. Cada nación pequeña tiene alma propia y lo siente.

¿Y ser Estado de la Unión? Tampoco —aun suponiendo que fuera posible. Somos demasiado diferentes. Habría que abandonar el idioma, y no queremos. ¿Por qué? Por la misma razón que el muchacho que quiere ser pintor no oye los consejos de su padre que quiere hacerlo ingeniero o abogado.

El ideal de la civilización no es la unificación completa de todos los hombres y todos los países, sino la conservación de todas las diferencias dentro de una armonía.

Solución para las relaciones internacionales del Caribe y los Estados Unidos: primera, tener una política bien definida y clara en Washington, respetando la libertad de los pueblos pequeños; segunda, cooperar con el A.B.C. para la aplicación de principios difíciles. Sólo así se logrará suprimir las desconfianzas.

ARTE MEXICANO*

REO que tiene extraordinaria significación el trabajo que ahora da al público Adolfo Best Maugard. Representa el esfuerzo más hondo y el hallazgo más original sobre el carácter de las artes plásticas en México. Pocas veces, y en América ninguna, se ha alcanzado a definir con precisión tal, con penetración tan segura, los rasgos distintivos del arte de un país. Como las normas que propone el libro están aplicándose desde hace algún tiempo, —ya en su segundo año—, la publicación da la necesaria confirmación teórica, y completa el desarrollo de las ideas que constituyen el sistema de arte mexicano concebido por Best.

*

**

Me ha tocado la forma de ver, si no el nacimiento, al

---

* *El Mundo*, México, 1922. (Con la firma "León Roch")

** *Método de Dibujo*, (Tradición, Resurgimiento y Evolución del arte mexicano"; (aparece al final de *Arte Mexicano, sobre Adolfo Best Maugard)*, México, Secretario de Educación, 1923.

En *Repertorio Americano.* San José de Costa Rica, VII, No. 3, Oct. 8, 1923, Págs. 41—43.

menos buena parte del desarrollo del "sistema Best." Hacia 1910, cuando Adolfo era muy joven, "el joven pintor que promete," tomó a su cargo la tarea de ilustrar una obra etnológica del sabio investigador Franz Boas: allí debía representarse en toda su minuciosa variedad la decoración arcaica de las viejas tribus del Valle de México. A medida que Best trabajaba en aquellos dibujos, que pasaron de dos mil, iban definiéndose bajo sus ojos los motivos o elementos lineales que constituían la decoración indígena y los métodos adoptados al emplearlos. Despierta su curiosidad, estudió entonces el arte decorativo de otras tribus mexicanas, fuera del Anáhuac. Años después, como maestro en escuelas públicas, ensayó la aplicación de los principios que iba descubriendo. Luego, los viajes, dentro de México y fuera, el estudio de las artes de diversos países y épocas distintas, esclarecían sus ideas. En el país, no sólo las artes anteriores a la conquista le revelaron sus secretos, sino también las artes populares de hoy: en ellas reaparecían los principios que rigieron al indígena antiguo. Aun en la era colonial, la arquitectura de origen europeo revela en ocasiones la mano del indio en la reaparición de sus motivos y sus métodos.

En 1921, el "sistema Best" había cuajado. El artista tuvo oportunidad de aplicar sus ideas en la espléndida decoración de la noche mexicana con que se celebró el Centenario de la consumación de la Independencia en el Bosque de Chapultepec; allí utilizó, entre otros elementos de arte indígena y popular, los de una curiosa tradición decorativa que era costumbre tomar a burla pero que representaba la valentía del color vivo, hijo del trópico, en medio del gris que invadió la capital: la "pintura de pulquería." A fines de 1921, en el viaje que hicimos a Yucatán, pude ver la primera aplicación pedagógica del "sistema Best," ya completo en sus líneas generales. Best aprovechó la breve visita a Mérida para exponer sus ideas, en dos conferencias, a los alumnos de la Escuela local de Bellas Artes, y los resultados fueron excelentes.

En 1922 se adopta el "sistema Best" en las escuelas

públicas del Distrito Federal, bajo el nombre de *dibujo mexicano.* Inútil es decir que provocó una ingente oposición: los maestros de tradición académica, los partidarios de la miopía realista, los rutinarios de toda especie, se alzaron en guerra. Pero en las escuelas, gracias a los maestros inteligentes, el sistema triunfaba: los niños se dedicaban a él con entusiasmo; el dibujo mexicano les ofrecía juntamente la novedad de poner en su trabajo espíritu nacional y la ocasión de crear libremente, no ya de copiar y repetir sin iniciativa y sin deseos. Mediando el año, en el mes de julio, la exposición de trabajos escolares de los cursos de dibujo, al inaugurarse el nuevo edificio de la Secretaría de Educación Pública, reveló al público la magnitud de la reforma iniciada y los nuevos horizontes abiertos a la inventiva del niño, a su sentido de la forma y del color.

Después los trabajos de los niños se expusieron en San Francisco de California y en Nueva York. De su éxito en la Exposición de Artistas Independientes bastará, para dar idea, citar la opinión (entre otras que pudieran escogerse) de Thomas Craven: "El trabajo de los niños mexicanos es producto de una ingenuidad primitiva; pero nunca hay torpeza en él. En realidad, la obra de esos niños mexicanos, tanto en dibujo como en composición, era mucho mejor que los cuadros de algunos señores neoyorquinos de cierta importancia."

En medio de esta actividad, Best no descansaba intelectualmente. En la práctica, la aplicación de su sistema le iba revelando dónde debían introducirse modificaciones. En teoría, aclaraba y afinaba constantemente sus ideas en el yunque de la discusión con sus amigos, especialmente con la vigorosa y aguda inteligencia de Manuel Rodríguez Lozano.

Así nace, por fin, el libro, el cual debe señalar el camino para otros esfuerzos semejantes de "nacionalismo" en México y en toda América.

*

**

La significación extraordinaria que descubro en la obra

de Adolfo Best estriba en que, cuando todos corremos en busca del "carácter americano," este hombre sutil y penetrante viene a darnos la fórmula mexicana, indiscutible, en las artes del dibujo. La fórmula es clara: estudiando las formas que empleaba el indio antes de la conquista en sus artes plásticas, estudiando las formas que emplea el mexicano de hoy en sus artes populares cuando no imita de cerca lo europeo, los elementos lineales se reducen a siete: la línea recta; la línea quebrada; el círculo; el semicírculo; la línea ondulosa; la ondulosa en forma de *ese* o "línea de belleza"; la espiral. Con estos siete motivos se pueden representar, y de hecho se representan, todas las cosas existentes o imaginables. Pero el empleo de ellos no es absolutamente libre: no deben nunca cruzarse las líneas, a menos que el objeto cuya representación se busca lo requiera (y aun entonces la forma de cruz puede simularse sin que haya cruce de líneas). El antiguo arte mexicano no cruzaba líneas, ni las semejantes ni las desemejantes; donde se crucen, la decoración será o parecerá asiática o europea, pero no mexicana. Y para fines decorativos, los siete motivos de las artes mexicanas del dibujo se organizan de dos maneras: en serie dinámica, la greca, y en serie estática, a la que Best da el nombre mexicano de petatillo.

De estos principios, —cuyo descubrimiento, como todos los que ofrecen este carácter de adivinación certera, parecería fácil si no conociéramos su lenta gestación y su carácter único en toda América, —se deriva naturalmente un sistema de enseñanza, cuyo resultado será conservar el carácter mexicano en todo lo que se produzca mediante su aplicación. Tal es el sistema que está ya en su segundo año en las escuelas públicas de México y que ha reemplazado, con gran deleite de los estudiantes, al antiguo que comenzaba con la mecánica "copia del yeso" y acababa con el mezquino y siempre fracasado intento de reproducción fotográfica del natural. Se inició, en su primer año, como sistema aplicado solamente al dibujo, sobre superficie plana; ahora se ha extendido a otras maneras de arte plástica y a la enseñanza de los trabajos manuales, y

los niños trabajan en el modelado de volumen, el relieve, y la figura recortada en silueta, antes de entrar al dibujo plano.

Para la enseñanza del "sistema Best" se han adoptado reglas especiales que lo facilitan. Al principiante se le aconseja dibujarlo todo plano, sin sombrear en busca del efecto de volumen, sin pretensiones de perspectiva: así se huye de todo empeño innecesario de realismo; además, se le alienta a pintar según su fantasía, sin preocuparse por si lo pintado se ajusta o no a una realidad existente. Por fin, se le permite equivocarse: si las líneas están torcidas, si las formas son inexactas, si las proporciones resultan falsas, no importa, al principio; no se les obliga a rehacer el dibujo, sino a hacer otros, a seguir adelante, en la confianza de que cada nuevo ensayo enseñará a ver mejor, a trazar con mayor firmeza, a expresarse con mayor claridad.

¿Representa el "sistema Best" una limitación, como pretenden sus opositores? De ningún modo. Yo lo concibo como una iniciación. Esta iniciación da al estudiante la seguridad de que su esfuerzo se modela en el carácter de su propio país; no le prohibe emplear, más adelante, motivos y métodos inventados o adoptados en otros países; pero le da el secreto de su tradición propia: dentro de ella podrá siempre expresarse el artista; dentro de ella podrá alcanzar expresión humana, todo lo amplia y profunda que la conciba, pero siempre con acento suyo, de su tierra natal.

LIBERTAD DE LOS PUEBLOS PEQUEÑOS Y EL SENADO NORTEAMERICANO.

(MEMORANDUM SOBRE SANTO DOMINGO*)

A República Dominicana está situada en una isla, parte de la cual está ocupada por la República de Haití. Tal vecindad ha sido fuente de muchas desventajas. Desde luego, la mayor de ellas es quizá la tendencia, frecuente en países extraños, a imaginar que las dos naciones son similares. No pretendo que no haya ninguna semejanza con los haitianos, cuyo esfuerzo hacia la constitución de una nacionalidad, con todos sus fracasos, merece respeto. Pero el hecho es que Santo Domingo es enteramente diferente en raza (y mucho), en lenguaje (allí se habla el más puro español del Nuevo Mundo y existe una literatura local de más de cuatro siglos), en costumbres y tradiciones. Su parentesco real es con Cuba y Puerto Rico, y también con Venezuela.

---

*Publicado en *Heraldo de la Raza*, México, 15 de febrero de 1923, pp. 45–46.

En *Pedro Henríquez Ureña en los Estados Unidos*, Ed. de Alfredo A. Roggiano, México, 1961, Págs. 204–207.

Siempre se ha sentido allí la necesidad, especialmente por las clases educadas, de mantener en el país la esperanza de desarollar una vida civilizada propia, por la conservación de su identidad hispanoamericana, contra la cultura impuesta por cualquier poder extranjero. Por más de cien años, la escasa y antes pacífica población del país ha estado resistiendo invasiones o anexiones por todos lados: Francia, España y aun Haití. Aun el proyecto de anexión a los Estados Unidos en 1871 tuvo que ser la causa de levantamientos militares. Esta necesidad de defensas explica muy bien los hábitos belicosos adquiridos por los habitantes y las continuas revoluciones.

En 1907 se firmó un Tratado o Convenio entre el gobierno de los Estados Unidos y el de la República Dominicana para el arreglo de la deuda pública de ésta. De acuerdo con este Convenio, empleados americanos vigilan la recaudación de ingresos en las aduanas de Santo Domingo, y cada mes toman la suma necesaria para el pago de intereses y para disminuir el fondo de la deuda extranjera, constituida ahora por un empréstito obtenido para el arreglo del Convenio (1908). Desde 1907, la recaudación de esa suma no ha sufrido interrupción. Además, el artículo 111 del Convenio estipula que la deuda pública de Santo Domingo "no se aumentaría, salvo por previo acuerdo entre el Gobierno Dominicano y los Estados Unidos". El Gobierno Dominicano interpeta tal artículo comprendiendo solamente deudas contraídas por empréstitos, no deudas adquiridas por déficit en el presupuesto nacional; el gobierno norteamericano lo interpreta, al menos desde la separación de Mr. Bryan, abarcando toda especie de deudas.

Entre 1907 y 1911 ninguna dificultad surgió respecto a la interpretación del Convenio. Entre 1912 y 1914 hubo disturbios en el país que aumentaron los gastos del gobierno, y, en consecuencia, la deuda interna, no por empréstitos extranjeros sino por préstamos interiores y por déficit. En 1915, el Gobierno Americano propuso al Presidente Jimenes un plan de vigilancia americana, que incluía: 1o. la vigilancia de las recaudaciones de todos los ingresos por empleados

americanos, es decir, la extensión del control americano a los ingresos interiores, como ya estaban las aduanas bajo la vigilancia norteamericana (habiéndose empleado con respecto a tales oficinas aduaneras la famosa expresión de Mr. Bryan "los Demócratas dignos de ayuda"); 2o. la supresión del ejército, que debería ser suplantado por una policía a las órdenes de los empleados americanos. Más tarde, la administración propuso también el "control" norteamericano de todos los medios de comunicación: ferrocarriles, telégrafos, teléfonos, estaciones inalámbricas. El Presidente Jimenes rehusó aceptar este plan, puesto que no puede aceptarse conforme a la Constitución dominicana. Además, todas las vigilancias oficiales debían ser pagadas con salarios exorbitantes, como es costumbre, en comparación con las finanzas del país, y la experiencia no ha demostrado que los empleados extranjeros sean necesariamente más honrados ni más eficaces que los nativos.

El Presidente Jimenes renunció en 1916 y el Dr. Francisco Henríquez y Carvajal fue elegido por el Congreso como presidente de coalición aceptado por todos los partidos. El gobierno norteamericano presentó nuevamente las demandas que he resumido antes, y encontrando una segunda negativa, decidió esta vez obtener la aceptación por la fuerza. Esta presión consistió en tomar posesión de todas las oficinas recaudadoras en Santo Domingo y en rehusar la entrega de cualquiera suma al Gobierno Dominicano. Por cuatro meses, del 31 de julio al 29 de noviembre de 1916, tal Gobierno no tuvo dinero para pagar a sus empleados; ni siquiera para alimentar a los presos que tuvieron que ser alimentados por beneficencia privada. Los empleados dominicanos demostraron su patriotismo permaneciendo en sus puestos sin ser pagados. Viendo que no era suficiente la presión económica, el 29 de noviembre se empleó la fuerza militar: el capitán H. S. Knapp lanzó una proclama declarando que la República Dominicana estaba en estado de ocupación militar sujeta a un gobierno militar y bajo leyes militares. Su proclama invoca el Artículo 11 del Convenio de 1907. Pero ningún Convenio ni acuerdo

alguno da ningún derecho de intervención militar en Santo Domingo. Para nuestro país no hay nada semejante a lo que es para Cuba la enmienda Platt.

Los domínicanos han preferido permanecer sin ningún gobierno nacional antes que conceder que éste fuera un mero instrumento de Washington como en el caso de Haití; es decir, antes que conceder ningún derecho constitucional a un poder extraño. Mientras tanto, todos los derechos civiles han sido suprimidos y en su lugar rigen las leyes militares; el ejercicio del voto ha sido suspendido y durante tres años ni siquiera un regidor ha sido elegido por el pueblo; la censura a la prensa y hasta hace poco a toda correspondencia era muy estricta; no hay libertad de palabra, ni derecho de agrupación; los trabajadores no tienen miedo alguno para hacerse oír; y muchos casos de justicia que deberían juzgarse en las cortes regulares del país, se juzgan de un modo arbitrario por prebostes militares, creando así un estado de temor e inseguridad entre el pueblo.

Mientras tanto, la República Dominicana se ha omitido en la lista de los países autorizados para ingresar a la Liga de las Naciones, aun a pesar de estar incluida en la de aquellos que rompieron relaciones con Alemania.

El Dr. Henríquez y Carvajal está actualmente en Washington tratando de demostrar a la Administración que tal estado de cosas no puede continuar, sobre todo después que la Guerra Europea ha terminado. Nuestro principal deseo es que se devuelva la soberanía nacional a los dominicanos, única solución ajustada a derecho. Pero si esto tardara, entonces, los métodos del gobierno militar deben siquiera modificarse, restringiendo la aplicación de la justicia militar solamente a asuntos militares, limitándose la censura, y dejando a los dominicanos la responsabilidad de intentar una reorganización de nuestro país, con lo cual se acrecentarían las probabilidades todas de desarrollo nacional y de estabilidad del gobierno.

Pero ya hace seis meses que tales ideas se hicieron presentes al Departamento de Estado y fueron generalmente

bien recibidas por los funcionarios de aquí, y sin embargo nada se ha hecho. La decisión de nuestro caso constantemente se retarda o se pospone. No existiendo libertad de discusión, nadie parece sentir el deber de llegar a un plan definitivo, mientras que los dominicanos continúan sufriendo, meses y meses, la forma anormal de gobierno que ahora prevalece en su país.

Hay un hecho particular en esta situación: el Presidente de los Estados Unidos está obligado a respetar a los Estados de la Unión; está obligado a consultar y a pedir autorización del Senado para tratados o para guerra con poderes extranjeros. Pero en casos como el de Santo Domingo y otros países latinoamericanos, puede obrar como le plazca sin ninguna coacción, sin siquiera una palabra de explicación al Senado, cuyo consejo y autorización omite en tales casos. Las intenciones del presidente, en el caso de Santo Domingo, pudieran ser honradas, como lo pretende el Gobierno; pero los medios escogidos han sido anormales y la difícil situación creada por ellos ha durado tres años, durante los cuales no se ha obtenido una verdadera discusión del caso, una discusión que a algo condujese.

Si los actos relativos a Santo Domingo, tanto como los relativos a los países latinoamericanos vecinos, se hicieran públicos y fueran discutidos libremente, la política del Gobierno Americano sería ciertamente más clara y definida y las relaciones con Hispanoamérica recibirían un gran impulso.

ORIENTACIONES*

UNCA como ahora necesita la América Latina normas, orientaciones, nuevo espíritu, definición de su vida propia. Nunca como ahora necesitan dirección —en particular— las naciones tropicales de América, las desorganizadas, las amenazadas.

La crisis de la civilización moderna, que se inicia en 1914 y se agrava día a día, ha dejado huérfana, espiritualmente, a nuestra América; la está obligando a buscar en sí misma sus normas. Hasta ayer, Europa había sido la maestra; a ella le pedíamos la doctrina y la moda, el método y la máquina. Los Estados Unidos se iban convirtiendo en la maestra auxiliar. El origen extranjero, para las ideas o para los artefactos, era entre nosotros prueba de calidad; la aprobación extranjera, cuando la obteníamos, —desganada y entre distingos,—era la consagración. Y esta sumisión a Europa era, por partes iguales, útil y perjudicial. Util cuando, por ejemplo, nos mantenía

---

* *El Universal*, México, Abril, 1923.
Repertorio Americano, VI, Núm. 9–10. Págs. 130–31.

fieles a la tradición espiritual que parte de Grecia, de Roma, de Israel; cuando no daba la conciencia de que heredábamos el esfuerzo de España. Pero perjudicial cuando nos hacía creer que, fuera de la tradición, de la herencia, nada significaríamos; que nuestro papel sería siempre aprender y continuar; que ni en la honda originalidad de nuestro pasado indígena ni en el carácter singular de nuestra vida presente encontraríamos con qué crear nuevo espíritu.

Nuestra pueril sumisión, no sólo nos hacía dudar de nuestra energía propia, y cerrar los ojos para las cosas que tenemos de aprecio y vigor, sino que a veces nos dejaba desconcertados, sin discernimiento, ante Europa: así, los tesoros de la herencia secular que recibimos del Mediterráneo los cambiábamos incautamente por las piedras falsas de cualquier propaganda francesa o alemana o inglesa; pretendíamos reemplazar la enseñanza esencial y viva de Sócrates y del Evangelio con las ideologías librescas de Compte o de Nietzsche; estábamos prontos a olvidarnos de la tragedia ática y de los frescos florentinos en el trivial ambiente de los teatros del "Boulevard' y el Salón de Otoño; en el templo, sustituíamos nuestras imágenes de madera pintada, hijas de una noble tradición artística, con las ridículas esculturas de fábrica comercial compradas en Barcelona o en Hamburgo; en nuestros edificios, abandonábamos la solidez y el decoro de la arquitectura española, que entre las manos de nuestros constructores había adquirido caracteres propios, por la mala imitación de Versalles, o hasta de Chicago. Aun en el vestir (pero ahí peca el mundo entero!) el poderío de la flota inglesa nos ha obligado a adoptar el concepto que del traje humano tienen los habitantes de Londres; sólo la mujer –por una vez siquiera menos ilógica que el hombre– no se dejó deslumbrar por el espejismo político, y prefirió los consejos de París; pero aun ella había sido incapaz de descubrir cuánto de admirable existía en los trajes regionales de América hasta que las nuevas corrientes la obligaron a volver los ojos hacia su tierra.

No hay que exagerar, sin embargo: no se crea que todos,

y en todo, fuimos siervos de Europa; nuestro americanismo, nuestros nacionalismos, no nacieron en este siglo: existen desde que alcanzamos la independencia política. Hombres de visión genial, héroes, fundadores, maestros, nos habían señalado el camino. Pero sólo ahora la corriente se hace general, baña a toda nuestra América, y hasta se convierte en doctrina oficial.

Y la razón es clara: Europa ha fracasado; ante los ojos de la discípula, la maestra ha perdido la autoridad porque ha perdido el decoro de la vida pública. De Europa sólo permanecen intactas, para nosotros, las grandes cosas del pasado; el presente es error y mal, vanidad y tiranía, como en Inglaterra y Francia, o nebulosa desesperante, como Rusia y Alemania. Los hombres que en Europa luchan por la verdad y el bien están solos, acosados, y aun ellos se equivocan, cegados por la persecución. Todavía aprendemos mucho de la labor "objetiva" de los investigadores europeos, de los hombres de ciencia; pero en las normas de la perfección espiritual y de la justicia social, Europa apenas nos ofrece ya otra cosa que confusión y desconcierto. El río se ha vuelto turbio desde sus fuentes. Y, fracasada Europa, hemos descubierto que los Estados Unidos tienen muy poco de suyo que enseñar: ¿serán doctrina útil las vaguedades y las contradicciones de Woodrow Wilson, las vulgares aberraciones de Roosevelt? Ni siquiera —aunque valen mucho más— la filosofía de William James, caducada a los pocos años de nacer, ni la pedagogía de John Dewey, admirable sin duda, pero cuyas novedades las pensaban o ensayaban desde tiempo atrás nuestros pobres maestros ignorados, ni menos el demoledor escepticismo de Henry Adams, el Hamlet de la Nueva Inglaterra en crepúsculo. Sólo concordamos con los rebeldes de las nuevas generaciones, cuya prédica se encontraba ya en síntesis, en el *Ariel* de Rodó; pero esos rebeldes sólo aspiran, por ahora, a destruir, a libertar a su patria de la opresión espiritual que produce la organización de la vida toda según la norma utilitaria; nada edifican todavía, y nosotros tenemos que edificar.

Tenemos que edificar, tenemos que construir, y sólo podemos confiar en nosotros mismos.

VOLVAMOS A COMENZAR

En Europa no podemos buscar orientaciones. En los Estados Unidos, todavía menos. El que pretenda escuchar la voz de apóstoles lejanos, cuando los clamores de la guerra y de la paz armada ensordecen el aire, no hará sino perderse en la selva oscura. Dondequiera que, en la América Latina, se hacen ensayos para alcanzar pleno entendimiento de la vida nacional, automáticamente se ha roto el contacto con Europa: a México, el peculiar aislamiento en que desde hace diez años lo mantienen sus problemas, nacionales o internacionales, lo ha obligado a bastarse a sí mismo en muchos órdenes, y al fin su nacionalismo se ha vuelto consciente y deliberado; en el Brasil y en la Argentina, se está en el comienzo del nacionalismo total, que anime la vida entera del país. El ejemplo de México despierta resonancias en la América Central; el del Brasil y la Argentina las despertará en toda la América del Sur.

Pero ¿basta el propósito —se me dirá,— basta el deseo para que realmente seamos dueños de nuestros destinos espirituales? ¿Tenemos ya con qué sustituir los modelos y los

consejos de Europa? No: nuestra labor, nuestras normas, están por crear o en vía de creación. Y es deber de todos los capaces de esfuerzo colaborar en ellas, ayudar a definirlas.

Para ello, todo trabajo será útil, todo pensamiento será camino hacia la claridad. Y los propósitos principales deben ser "volver a comenzar", volver a la raíz de las cosas, a las ideas fundamentales y seguras, y conocernos bien, darnos cuenta de todo lo que somos y de todo lo que podemos ser.

Hemos vivido en perpetua confusión, sin normas definidas, sin nociones precisas, porque hemos olvidado en la mayor parte de los casos, pensar las cosas desde su raíz, desde su fundamento. La aspiración de nuestras clases directoras, salvo unos pocos espíritus fuertes y claros, era "estar al día", conocer la útima novedad de ideología política o de invención artística que estuviese en boga en París o en Berlín. Ignoramos el A B C de las ideas esenciales y corríamos tras el X Y Z de la moda.

¿No pretendíamos crear aristocracias intelectuales cuando no existía siquiera la base del alfabeto en las masas del pueblo? Tales aristocracias no eran sino caricaturas de los grupos superiores europeos: el vacío intelectual en torno de ellas las diezmaba constantemente; la falta de estímulo vivo las hacía descuidades y pueriles, las mantenía en el nivel de "parvenus" de la cultura.

Y en el orden político ¿no es verdad que la confusión de ideas ha sido continua en la clase dirigente? Las grandes empresas nacionales de América, —tales, la obra de Sarmiento en la Argentina, la Reforma en México, — se realizaron afrontando la oposición de la mayor parte de la "gente culta", empeñada en invocar contra ellas toda especie de teorías discutibles.

Abandonemos, pues, el desorden de ideas en que hemos vivido; despojemos de complicaciones artificiales nuestros problemas: "volvamos a comenzar", y para comenzar de nuevo propongámonos alcanzar siempre la claridad y la precisión. Procediendo así, hasta los más humildes de entre nosotros podremos encontrar orientaciones necesarias a

nuestra vida, soluciones para nuestros conflictos. En más de una ocasión, —lo hemos visto,— se ha resuelto, ya uno, ya otro de los diversos problemas que preocupan a las naciones de la América Latina con la mera aplicación de principios elementales, aplicación, eso sí, enérgica y perseverante.

¿Es complicado, por ejemplo, el problema de la educación popular? A juzgar por los libros que se escriben sobre él, lo parecería. Por dondequiera que se ha vencido, la fórmula ha sido sencilla: fundar escuelas. ¿Es complicado suprimir las diversiones bárbaras? Hay quienes disertan, a propósito de ellas, de estética, y de sociología, y de economía. Pero dondequiera que se les ha buscado el remedio, se ha encontrado, y es sencillo: prohibirlas. ¿Es complicada la higiene de las ciudadaes? Lo es, sin disputa, mucho más que otras cuestiones; y sin embargo, dondequiera que se le ha dado solución, la solución ha sido rápida. Así, pues, antes de aterrarnos con las complejidades imaginarias de nuestros problemas, pensemos si no es posible, —lo será muchas veces, aunque no todas,— simplificarlos, reducirlos a sus términos elementales.

Como con los problemas prácticos, así con los del espíritu: antes que todo, urge simplificar, urge aclarar. Que cada uno haga interiormente su discurso del método. Y volvamos a comenzar: sólo así tendremos certeza de que echamos a andar por el buen camino: sólo así tendremos la esperanza de evitar el dédalo del pensar confuso.

Y por fin, nuestra vida espiritual, nuestra existencia de naciones obligaddas a sí mismas, exige que penetremos a lo hondo de la esencia de nuestro ser de pueblos. Conozcámonos; sepamos cómo es la tierra en que vivimos, todo lo que encierra y todo lo que podrá recibir; sepamos cómo es el hombre que habita, qué tradiciones viven en él y lo impulsan o lo detienen; descubramos y unamos todo cuanto servirá para crear, para instaurar la nueva civilización que ha de ser nuestra, la que debe dominar espiritualmente el porvenir.

EN LA ORILLA*

I

EL buen gusto es natural. El mal gusto se adquiere por hábito, por diario contacto, desde la infancia, con las cosas mediocres.

II

Hay épocas en que el mal gusto no existe, como no existía la mentira en el reino de los caballos que visitó Gulliver. Las excavaciones en el suelo griego lo demuestran. Aun hoy se me dice que el mal gusto es desconocido en la pintura de los indios hopis, como probablemente no existe tampoco en la música popular de Asturias o de Andalucía. En esos grupos humanos el instinto de selección es certero y no permite errores de gusto.

**Boletín de la Universidad de Buenos Aires*, 1921, III, Epoca IV, Núm. 6, Págs. 7–9.

III

Si el buen gusto es natural, ¿por qué el mal gusto llega a formar escuela? Por acumulación: el primer error, abriendo camino a los inhábiles, a los torpes, engendra errores nuevos.

IV

Hay climas donde el sentido de la belleza no es claro y seguro como en otros. Donde las cosas se envuelven en brumas, ¿es extraño que cueste trabajo alcanzar la pureza de líneas? Donde es difícil percibir la totalidad de los objetos (todos hemos oído contar que en la bruma de Londres a veces se ve sólo la mitad de un coche), ¿no ha de resultar raro el sentido de las proporciones justas? Donde se toca el cielo con las manos, ¿puede abundar el sentido de la infinitud del espacio, como en los pintores de Umbría? Donde la luz es escasa, ¿puede abundar el dón de representarla? Donde el clima excita al esfuerzo, y además lo exige incesante para asegurar la simple subsistencia, ¿puede abundar el sentido del equilibrio y reposo?

V

El don de Grecia: "Sophrosyne". El don de Italia: "lungo studio", grande amore. El don de Francia: "ordre et beauté, luxe, calme et volupté".

VI

¡Pero es que existe el encanto de la bruma, de la vaguedad, de las líneas indecisas! Sí; pero es una belleza derivada, complementaria. Si no viviésemos ahora en la anarquía ideológica y estética, apenas habría que repetirlo. Naturalmente, instintivamente, el hombre prefiere la luz a las sombras, el espacio abierto a las prisiones, las costas del Mediterráneo a los "fiords" de Noruega.

VII

Ver belleza en la oscuridad, ver carácter en la fealdad, son conquistas fundadas en el contraste. No son nuevas: el reino de las sombras está en la "Odisea"; Tersites está en la Iliada. Pero la importancia que les atribuyó el siglo XIX es hija del romanticismo. El "feísmo", que la arquitectura medioeval y la novela picaresca emplearon con propósito grotesco o satírico, aspira a dominar, disfrazándose bajo nombres diversos.

VIII

Hagamos justicia a Verlaine: no quiso fundar el predominio de la vaguedad; aspiró solamente a combinarla con la pureza de líneas, soñó con la "chanson griese oú l'indécis au précis se joint".

IX

Las gentes de climas fríos y nebulosos no son insensibles a la belleza: eso no es humano, no es posible sino como aberración. Son insensibles a la fealdad. La confunden con la belleza o la justifican con el nombre de "carácter". Obsérvese su mal gusto en cuestión de perros: compárese el galgo con el "bull dog" y el "Daschhund".

X

Durante muchos años creí que no me agradaba la música religiosa: salvo contadísimas excepciones (a veces, en Bach), me resultaba soporífera. Desde El Mesías hasta Parsifal. Mi mala fortuna me hacía oír música religiosa de compositores protestantes. Pero al fin oí la "Misa breve", de Palestrina, y recordé la música eclesiástica de mi infancia, y mientras la escuchaba me parecía ver figuras juveniles danzando al sol.

Decididamente, aun en el orden religioso hay que mediterraneizar la música.

XI

—Me gustan los franceses porque tienen corazón.

—Pues a mí, Monsieur Frelin, me gustan porque tienen cabeza.

EN LA ORILLA*

PARA mí España, siendo varia en extremo, es una, muy una; y nunca lo siento más que al entrar en ella o al salir de ella. Así, al entrar de Francia a tierra española, por el camino vasco, sentí que los hombres se habían vuelto tristes. Y los vascos no parecen, entre los españoles, hombres tristes! Al salir de España a Francia, por el camino catalán, tuve la impresión de que había salido del país de los edificios improvisados, y siempre a medio terminar, hacia el país de los edificios bien concebidos y acabados. Y eso a pesar de que el Rosellón, la región catalana de Francia, está íntimamente unida a las cosas hispánicas: así, el altar barroco, dorado, de la Capilla de la Virgen en la Catedral de Perpiñán podría pertenecer a una iglesia de México.

Lo diré desde luego: mi primera visita a España la hice con prejuicios. La historia del dominio español en América no

---

**Repertorio Americano,* San José de Costa Rica, 27 de febrero, 1922. Con el título 'Preliminares' en *En la Orilla, mi España,* México, 1922.

se ha limpiado aún de toda pasión; el español de América es, de necesidad, luchador, y se ve obligado a enseñar las garras; los " artículos de exportación", en el orden espiritual, que en España se fabrican para nosotros, son de calidad discutible. Pero la llegada a tierra española desarma en seguida. Si llegamos, sobre todo, de países en que dominan otra lengua y otra civilización —aunque sea de Francia—, creemos estar de regreso en la patria: Cádiz y Santo Domingo son, para la imaginación excitada, una misma ciudad: los muelles de Barcelona se confunden con los de La Habana o sus avenidas con las de México; el Mediterráneo es, para el deseo visionario, el Caribe; y, ya en plena aura sentimental, hasta recitamos los versos del poeta venezolano:

.... Y el toque lisonjero
y la gracia que toma,
hasta en labios del tosco marinero
el dulce son de mi nativo idioma....

El contacto con la vida española, fuera de Madrid, lejos de los "vicios de la corte", es toda una lección de humanidad: aquella vida de gentes sufridas y bondadosas, a quienes los siglos de dura experiencia no han quitado el don de simpatía, antes les han enseñado el comunismo de "hoy por tí y mañana por mí", y a quienes sólo excita a rebeliones la ciega tiranía de los poderosos incapaces de toda inteligencia y de todo amor. En ellos sobrevive el viejo espíritu de la democracia española que tuvo su origen en los Pirineos y su apogeo en Zaragoza.

Y luego, lejos del Mediterráneo, en las tierras frías donde se habla inglés, basta la silueta del chopo —desterrado entre hielos— para darnos la nostalgia de España: aquellos chopos, hermanos de los de Grecia e Italia, pero más solitarios, que en hileras bajan las pendientes como para ir a beber en los ríos.

No todo es sentimentalismo. Hay, también, la convicción intelectual. He aquí un pueblo que realizó grandes cosas, que trata de realizarlas todavía, que conserva una capacidad

sorprendente, en desproporción con sus medios, con sus recursos de acción. Por mi raza ha hablado el espíritu; por mi raza hablará de nuevo: todo está en que vuelva a dominar todos los medios de expresión.

Una vez que hemos descubierto los tesoros espirituales de España, se convierte en obsesión —tanto sentimental como intelectual— el problema de su presente y de su futuro. ¿Por qué la nación española no vence los estorbos que la detienen, por qué no vuelve a ser señora de sus destinos? Hay veces en que nos da la ilusión de haber entrado en el camino de su vida nueva y poderosa; otras veces, cuando la vemos "en el comienzo del camino, clavada siempre allí la inmóvil planta", le deseamos un cataclismo regenerador como el de Rusia. O como el de México.

Pero la obsesión ¿no es contagio del pesimismo ambiente? El pesimismo sobre las cosas de España, característico de sus hijos ("y si habla mal de España es español"), no es sino exageración de la tendencia crítica, hija del Mediterráneo. Sobre los pueblos de tradición latina se alza siempre, y para toda cosa, como paradigma platónico, la idea de perfección. Desde que Roma quedó fascinada por los inmarcesibles arquetipos de Grecia, el espíritu crítico de los pueblos latinos exige siempre, en toda obra, aquella perfección cuyo secreto se revelaba a los griegos como verdad cotidiana. Pero la crítica, si se ejerce con exceso, es enemiga de la actividad creadora; y a todas las gentes de lengua española conviene predicarles que apliquen el espíritu crítico, no al simple juicio de la obra ajena y conclusa, sino a la depuración de la obra propia que se está haciendo, a enfrenar el instinto de improvisación.

La improvisación, carácter dominante de la moderna historia española, es fruto igualmente de la historia. El año de 1492 da la clave: en el momento mismo en que los españoles terminan el largo proceso de su independencia, la reconquista de su territorio, inician la conquista de América. No hubo tregua: en vez de detenerse a completar su civilización, España se improvisa maestra del mundo nuevo. Así, viviendo

en pie de guerra, y de guerra que implicaba la constante instabilidad de la población, España no puede acometer aquella labor perseverante, cuidadosa, sin interrupciones, sin caídas, que representan los diez siglos de civilización francesa, o los seis siglos de civilización inglesa, estrictamente inglesa, o la incomparable cultura que Italia funda entre el siglo XII y el XVI y que nunca ha permitido, ni en los peores instantes de anarquía, eclipses como el de España hacia 1700. Y sin embargo, aquella improvisación genial que es "la España de los Siglos de Oro" alcanzó a imponerse, durante más de cien años, al mundo todo: en Europa, dando modelos; en América, echando los cimientos de la nueva civilización, la que habrá de dominar espiritualmente el porvenir.

EN LA ORILLA*

EL alma del bárbaro, dice Santayana, odia la justicia y la paz. El hombre del Norte, de los climas fríos del Norte, señora, es bárbaro porque cree en la primacía de la voluntad sobre la inteligencia; de la fuerza que consuma hechos, sobre la justicia que razona sus preceptos; de las restricciones rituales en la conducta, sobre la libertad fundada en la razón y el gusto; del esfuerzo, sobre el resultado; de la agitación y la lucha, sobre el equilibrio y la armonía. Por eso, y por las exigencias de los climas septentrionales, ha creado la barbarie industrial en que vivimos, rodeados de la sombría fealdad cuya propagación aterraba a William Morris.

—El cual, señor mío, no era ningún hombre del Mediterráneo.

—No: era inglés. El inglés, a pesar de las teorías germánicas del siglo XIX, es por su educación teutónico en parte y en parte románico, ser contradictorio...

Repertorio Americano, San José de Costa Rica, 19 de marzo, 1923. Cuba Contemporánea, 1924, Págs. 290—298.

—¿Y nosotros, los norteamericanos, no participaremos de esa dualidad favorable?

—¡Ay señora! Creo que el clima de los Estados Unidos, menos suave que el de Inglaterra, y el delirio de lucha y de actividad económica creado por necesidades de crecimiento, han contribuido a producir la regresión al tipo septentrional: los Estados Unidos resultan más germánicos, más bárbaros, que Inglaterra.

—Y ya que ha hablado usted a más y mejor sobre nuestra barbarie ¿me permitirá expresar mi sospecha de que los hombres del Sur son peores que bárbaros, en fin, que son salvajes?

—No lo niego. Pero es más fácil civilizar al salvaje que al bárbaro.

*

Nada más complicado que el salvaje: toda su vida está gobernada por extenso código de "tabúes". Nada menos puro que el bárbaro: su vida moral es una perpetua lucha entre el temor a sus propios instintos y el deseo de justificarlos. Sólo el espíritu, echando luz constantemente sobre las cosas, puede darnos la verdadera libertad; sólo la civilización perfecta crea la perfecta sencillez.

*

El inglés, ser contradictorio... Cuando, a mediados del siglo XIX, los alemanes se declararon dueños absolutos de la investigación histórica y de la filología, Inglaterra fue clasificada autoritariamente entre las naciones germánicas. Había "razas" destinadas al éxito, el dios del siglo; otras destinadas al fracaso: la "raza latina", por ejemplo. Y veinticinco siglos de historia se explicaban así: breves triunfos de Roma, triunfos de Italia, Francia, España, merced a la sangre bárbara que la rejuveneció... El inglés tenía éxito; era, por lo tanto, inevitablemente, germánico. ¿Qué mucho, si

también se pretendía que los antiguos griegos eran germánicos de origen?

La historia inglesa, en la pluma de los escritores "victorianos", sufrió extrañas torsiones para probar la tesis teutónica. Inglaterra estuvo poblada por celtas; durante más de cuatro siglos fue romana... Pero era fácil deshacerse de estos celtas latinizados: según Green, según Freeman, los teutones invasores del siglo V limpiaron a Inglaterra de celtas, matándolos o haciéndolos huir al País de Gales. Para ello, es verdad, habría que suponer enormes movimientos de población: los teutones habrían tenido que atravesar el Mar del Norte, no en pequeños grupos de piratas, sino en masas innumerables, a bordo de barcos como los trrasatlánticos modernos; y el aniquilamiento y destierro de los celtas —mera suposición— no va de acuerdo con las costumbres de aquella época, en que los enemigos se entendían fácilmente después de la victoria y convivían sin esfuerzo, aceptando su inferioridad los vencidos.

No terminaban ahí las dificultades para los historiadores "victorianos": en 1066 sobreviene la conquista francesa; Francia e Inglaterra quedan íntimamente unidas; los ingleses hablan el francés —junto con el inglés antiguo, llamado antes *anglosajón* que subsisste entonces como lengua inferior, se afrancesa a toda prisa y se transforma totalmente—, desde el siglo XI hasta el XIV. Urgía reducir a polvo — en los libros— esta segunda "romanización" de Inglaterra: había que mantener la "pureza de raza", la pureza teutónica del inglés. La cosa resultó fácil: por fortuna, la conquista francesa lleva el nombre popular de *conquista normanda,* porque el jefe era Duque de Normandía. Consta que sus tropas no eran sólo normandas, ni con mucho; Guillermo llevaba consigo multitud de picardos y angevinos. Y después de la conquista, franceses de toda Francia, hasta provenzales, iban a Inglaterra como quien va a una provincia de su país. Pero normandos habían de ser para los escritores "victorianos"; y los normandos eran teutones... ¿Cómo? ¿teutones los burgueses de Rouen y del Havre, teutón Cornielle, teutón Flaubert? No, esos no...

¿Pues cuáles? Los del siglo XI, "solamente" los del siglo XI... "Los piratas escandinavos habían descendido sobre la costa normanda y la habían poblado". Es verdad que pocos piratas debieron de bajar a aquella costa, porque no llegaron a imponer su lengua, sino que adoptaron la francesa, la de los habitantes con quienes se mezclaron, a cuya civilización se acogieron. Pero el historiador no se arredra: si los hechos no le dan la razón, los reducirá a fórmulas interesadas; y así, los conquistadores del siglo XI son normandos y los normandos eran teutones. La pureza de raza se había salvado. La que había salido muy maltrecha era la lógica. Pero ¡qué tienen que ver los ingleses con la lógica!

*

La "nordomanía" de nuestra época se explica fácilmente como el culto ingenuo del éxito: el Norte tuvo éxito durante el siglo XIX; alcanza éxitos todavía. Pero hay más: a veces, lo que se impone es el espejismo romántico de la sencillez, de la pureza espiritual, del vigor juvenil. Las gentes del Norte —se cree— son menos complicadas que las del Mediterráneo; y la complicación —se pretende— es signo de decadencia. Admirar al bárbaro inventor de máquinas y lector de la Biblia, es, por lo tanto, herencia del siglo XVIII, de la idealización del hombre primitivo. Responde a una tendencia paradójica, común en los momentos agudos de la civilización: por ella admiraba Platón a Esparta, Tácito a los germanos.

*

Como Maeztu se declara "desencantado de los países extranjeros", muchos podemos declararnos desencantados del maleficio de la "nordomanía". En momentos de disgusto, hasta se nos figura que el Norte sólo produce cosas malas: la calvicie, la miopía, el puritanismo, la idea de la lucha por la vida...

*

El trópico, —afirmaba la sociología popular del siglo XIX, especialmente la inglesa y la alemana—, no es buen escenario para la alta civilización. El calor la estorba... Visitando colonias tropicales de Inglaterra, —Trinidad, por ejemplo— pensamos que aquella opinión pudiera contener verdad. Pero luego Belem y Recife, en el Brasil, prueban lo contrario... ¿No deberíamos limitarnos a afirmar la ineptitud del inglés para crear civilización en el trópico?

*

De paso en la colonia británica de Trinidad, es fácil observar las limitaciones del inglés: no sabe comer, y aunque vive en el trópico no se aprovecha de los ricos frutos que brinda a su paladar; le son indiferentes las flores, y así, aunque el trópico le ofrece maravillas para sus jardines, prefiere el absurdo prado de césped verde, donde puede entregarse ¡con cuarenta grados de calor! a sus juegos de clima frío.

*

El éxito engendra la imitación: todos los sabemos. Pero no siempre advertimos que las imitaciones tienden a convertirse en deformaciones. Así, cualquier tema, cualquier problema humano cuya representación, en literatura, tenga éxito, se deforma con la repetición, y sus últimas interpretaciones llegan a contradecir la realidad en que pretenden apoyarse; surge una casuística cuyo punto de partida es el problema planteado en las obras que tuvieron éxito y cuyo desarrollo se limita a variaciones de planteo; en estas variaciones, obra de la sola imaginación, sin apoyo en la realidad inmediata, se avanza siempre, como es natural, hacia la irrealidad, hacia el absurdo.

Así ocurrió con el honor en el teatro español de los siglos de oro: el tema nace de casos de la vida, pero poco a poco va alejándonos de ella a través de la casuística de

Calderón, hasta dar en situaciones inhumanas o imposibles como la de *El médico de su honra.* Así ocurrió con la licencia de costumbres en el teatro inglés bajo Carlos II: en las deliciosas comedias de Congreve los personajes viven en el mundo de las costumbres paradójicas. Así ocurre hoy con el tema del adulterio entre los rezagados del teatro francés y entre sus secuaces italianos: Dumas hijo impuso el adulterio en el teatro realista, y desde entonces los dramaturgos se dedicaron a presentar variaciones del tema, extremando día por día los casos, y, desde luego, perdiendo de vista las variaciones de la vida francesa. Henri Becque, en *La parisienne,* pareció darnos el caso último con la sátira del problema; pero no: la casuística persistió durante cuarenta años más, y así se ven, en el siglo XX, dramas como los de Bataille o los de Pirandello, realistas en apariencia pero en verdad fantásticos e imposibles en sus "données".

*

Uno de los sofismas que ha puesto en circulación el capitalismo contemporáneo, para oponerse al socialismo, es que el hombre se mueve por el dinero y que, por lo tanto, el dinero no puede suprimirse, a menos que se desee paralizar la actividad humana. El argumento demuestra que las doctrinas populares del capitalismo no han llegado ni siquiera a la altura de la "escuela liberal": todavía están ancladas en la economía política de la Edad Media; todavía se cree que el oro es la riqueza.

No siendo el dinero más que representación, signo de cosas sustanciales cuyo disfrute sí mueve al hombre, y no pudiendo desaparecer esas cosas sustanciales, aunque su disfrute se organice de modo nuevo, no podrán desaparecer las incitaciones a la actividad.

Una mañana, en la ardiente primavera de Castilla, mientras atravesábamos la sierra del Guadarrama rumbo a Segovia, me repetía un millonario intelectual, o intelectual millonario, el pueril argumento.

—¿Ha hecho usted por dinero —le dije— una sola de las cosas de su vida que juzgue importantes?

—No...

—No lo ha necesitado usted, me dirá. Pero yo sí lo necesito, y tampoco he hecho por dinero una sola de las cosas de mi vida a que concedo importancia.

*

Hay quienes dicen que en nuestros días abundan los escritores de ideas originales, sobre todo entre los ingleses. Pero todo es cuestión de forma: todo estriba en el modo de presentar al lector las ideas. Hasta hace poco, una idea nueva se le presentaba sin alardes: se exponía, sencillamente. Ahora, no sólo las ideas nuevas se anuncian con clamor de trompetas, sino que a las ideas viejas y familiares se les da forma de paradojas para que parezcan novedades. Chesterton y Papini nos aturden con su estrépito, nos deslumbran con su pirotecnia, para convencernos, por ejemplo, de que la Tierra gira alrededor del Sol... Gracián recomendaba "no dar en paradoxo por huir de vulgar". Ahora, Perogrullo se vuelve paradójico.

*

El vulgo de la cultura habla mucho de "entender" o no "entender" las obras de arte. En el sentido riguroso de las ideas, no hay nada que "entender" en arte: los cuadros o las sinfonías no son silogismos ni teoremas; lo que importa, ante ellos, es tener los sentidos libres para la percepción virginal. El problema no es de inteligencia sino de gusto: cuando el buen gusto natural del hombre no ha sido falseado por la mala educación, la obra maestra se le impone siempre. Eso sí, la obra maestra ha de ser primaria, no "derivada": primaria como la *Iliada,* como las tragedias griegas, como los dramas de Shakespeare. En las obras derivadas, producto de gabinete, de selección excesiva, la dificultad para el espectador no es sino

la del previo conocimiento de los orígenes, la posibilidad de recoger alusiones.

*

Muy fino, Barbey d'Aurevilly. Muy ingenioso. Sino que le preocupan demasiado, como a su heredero Marcel Proust, la distinción, la elegancia, el "monde".

—Es que el "monde", la sociedad elegante, era cosa relativamente nueva en tiempos de Barbey.

—¿Cómo había de ser cosa nueva? Provenza, la Italia del Renacimiento, la Francia de los Luises...

—Quiero decir que la sociedad elegante era cosa nueva como "fin en sí", como mundo que halla en sí propio, y no fuera, su objeto y su justificación. Para las cortes medievales, el interés de la vida social estaba en los ejercicios de valentía y de ingenio, las justas y los torneos, las contiendas literarias. Para las cortes del Renacimiento, el fin era la cultura, con toda la amplitud humana que cabe atribuirle al Mediterráneo: así, los ideales del "Cortesano" de Castiglione pudieron trasmitirse, sin absurdo ni paradoja, a los héroes trágicos de Cornielle. Y el ideal francés bajo los Luises no era otro: el "honnete homme" era el paradigma del caballero, y las actividades de la gente distinguida eran, entre otras, discutir de literatura en el "Hotel Rambouillet", tomar partido en favor de una de las tendencias contrarias que se disputaban el dominio de la ópera, ayudar las empresas pedagógicas de la Maintenon, aprender ciencia con Fontenelle o escepticismo con Voltaire, aplicar ideas de Rousseau, ensayar la utopía retrospectiva de Arcadia.

—Pero también pensaban en la elegancia, en la ostentación...

—Sí. La elegancia era requisito, pero no fin de la vida, en la sociedad aristocrática. No se había convertido en fin lo que sólo es medio. En el siglo XIX, a medida que el "mundo elegante," el que por tradición lo era, va perdiendo el poder político, se declara dueño único de la distinción.

—Ardid de guerra.

—Y recurso para conservar dominio. En tiempos de Barbey, la situación era nueva, y el "monde" tenía encanto equívoco. Y todo lo equívoco hacía las delicias de Barbey. Pero poco a poco, la distinción y la elegancia fueron vaciándose de contenido, refugiándose en los signos exteriores. A la distinción del "hombre honesto" sucedió la del hombre bien vestido; la elegancia en el cultivo de todas las artes se redujo a la elegancia para bailar; el placer de respirar ambiente de distinción espiritual se convirtió en la vanidad de moverse dentro de círculos cerrados. El "monde", al perder su contenido, acabó por perder interés. Al "dandy" de Barbey, que agradaba como reliquia pintoresca, sucedió el "snob" de Thackeray, el más intolerable de los tipos sociales.

*

Viajando por Italia, se advierte cómo los pintores de la gran época coincidieron con el cubismo al reducir a fórmulas geométricas las formas exteriores que tenían ante sí. La cara de la mujer se reduce al triángulo en Florencia, al óvalo en Roma, al círculo en Venecia, al pentágono en Milán. Y así son, en realidad, las caras de las mujeres italianas en nuestros días como en el siglo XV.

(El triángulo florentino: desde Fray Filippo Lippi hasta Verrocchio, pasando por Baldovinetti Filippino, Ghirlandaio y Botticelli. El óvalo romano: Rafael. El círculo veneciano: los Vivarini, los Bellini, Giorgione, Tiziano, Lotto, Palma. El pentágono milanés: comienza en Leonardo —cuya Virgen de las rocas todavía ofrece el triángulo florentino—, alcanza su fórmula en Mona Lisa, y luego lo repiten hasta la fatiga Boltraffio, Luini, Melzi, Solario. –

EN LA ORILLA*

IRIASE que la historia está sujeta a una ley de aceleración. Los cambios trascendentales se suceden, al parecer, en progresión geométrica decreciente cuya fórmula aproximada sería: 3000: 1000: 333: 111. Si tomamos como punto de partida la época de Moisés y de la emigración israelita, veinte y cinco siglos antes de nuestra era, encontraríamos, a la distancia de tres mil años, la emigración de los bárbaros del Norte al Sur de Europa. Mil años después, sobreviene la transformación europea del siglo XV; antes de que se completen trescientos cincuenta años, sobreviene la Revolución Francesa; y de ésta a la Guerra Europea median poco más de cien años. Si la ley de aceleración se cumpliese, antes de cuarenta años ocurrirá otro cambio trascendental: ¿quizás la "bolchevización" del mundo? Pero como los períodos en que deberían realizarse nuevos cambios, después de aquél, serían cada vez más cortos, y

---

* *La Cuna de América*, Santo Domingo, agosto, 1923.

acabaríamos por tener revolución diaria, cabe suponer que el término de nuestra aceleración será un cataclismo: volveremos al caos, y de él surgirá lentamente una nueva evolución histórica, sujeta a igual aceleración que la nuestra.

LOS CUENTOS DE LA NANA LUPE*

* Estos cuentos fueron escritos por Pedro Henríquez Ureña y publicados sin firma en *"El Mundo"*, de México, de septiembre a noviembre de 1923.

En edición conmemorativa, a los veinte años de su muerte, los publicó la Universidad Nacional Autónoma de México en 1966.

INDICE

En los volcanes 91
En Jauja 99
Con las brujas 131
Con las hormigas y la cigarra 141
Con el cuervo y el coyote 145
Con las ranas 149
Con el león 155
Con el camello 167
Con el perro 173
Con el corderito 177
Con el gallo y las gallinas 179
Con el zorro azul 183
Con la cigüeña 193
Con el burro 207
Con el burro y el ratón 215

EN LOS VOLCANES

ABIA una vez, en un pueblecito no lejos de México, un matrimonio que tenía dos niños. El papá se llamaba Don Nacho; la mamá se llamaba María. De los niños, uno era hombrecito, tenía nueve años, y se llamaba Nachito; le decían "El Pelón" porque el pelo se le caía sobre la frente y había que cortárselo a cada rato. La mujercita tenía ocho años, se llamaba como su mamá, y le decían Mariquita, y también "La Chachalaca", porque hablaba mucho y metía mucho ruído.

Los papás no eran ricos, pero tenían una buena huerta y vivían muy a gusto. En la huerta había muchas cosas buenas para comer y para vender, pero a Nachito y Mariquita les gustaban los dulces que les traían de la capital más que las frutas de su huerta.

Hasta les gustaban más los dulces que hacían los indios del pueblecito. Los papás tenían que impedirles que comieran demasiados dulces, porque a veces se enfermaban del estómago y había que tenerlos tres días en cama y darles

medicinas amargas; pero a ellos se les olvidaban las enfermedades antes de que pasara un mes.

También les gustaba irse a pasear lejos de la casa, aunque los papás les habían dicho que podían perderse y encontrarse con brujas. Ellos decían que nunca habían visto una bruja; pero los papás les contaban que las brujas eran unas viejecitas jorobadas, con la barba y la nariz muy grandes, que andaban a caballo en palos de escoba y se robaban a los niños para hacerlos trabajar.

En sus paseos, Nachito y Mariquita no habían encontrado a ninguna bruja, pero sí a otro ser extraño que no les hizo nada malo, sino que, al contrario, se hizo muy amigo de ellos. Un día que trataban de coger unas tunas sin espinarse, oyeron una carcajada que venía de adentro del nopal, y de pronto vieron caer a su lado dos tunas bien maduras. Nachito y Mariquita bien hubieran querido coger las tunas de una vez y comérselas, pero les entraron ganas de saber cómo había sucedido aquello. Se pusieron a mirar bien al nopal y de pronto vieron una cosa que nunca habían visto antes.

Nachito "El Pelón" y Mariquita "La Chachalaca" estaban azorados de ver que del nopal caían las tunas sin que ellos las hubieran tocado. Y lo que vieron fue la figura pequeñita de un duende que se movía entre el nopal sin espinarse.

Al ver a los hermanitos azorados, el duende saltó de entre el nopal riéndose con una risa que sonaba como cuando se toca un vaso de vidrio fino con el filo de un cuchillo. Era un hombrecito no más alto que un gallo; con una barba blanca que le llegaba hasta la cintura, pero con la cara rosada y fresca, los ojos azules, y todo él muy rápido de movimientos. Iba vestido de blanco, con un capuchón en la cabeza.

—¿No querían tunas? ¡Pues ahí tienen todas las que quieran! —les dijo a los niños clavados en el suelo por el azoramiento; con una varita tocó el nopal y cayeron como cincuenta tunas rojas. Era el mes de septiembre, y los nopales

reventaban de tunas maduras; se veían la mitad verdes y la mitad rojos.

—¿Quién es usted? —preguntó al fin "La Chacalaca".

—Yo soy yo.

—¿Y no tiene nombre?

—¿Yo? Me llamo Don Yo de Córdoba.

—Pero yo he oído a mi papá decir que él se llama así también.

—¡Cuentos! Tu papá se llama Don Nacho.

—¡Ay, es verdad! Así le dice la gente.

—Ya ves.

—Bueno, pero yo lo he oído responder: "Don Yo de Córdoba".

—Haciéndose el chistoso, hijita. No hay más Don Yo de Córdoba que Don Yo de Córdoba.

—¿Y por qué es usted tan chiquito y tan viejo?

—Porque quiero. Cuando quiero soy grande.

—¿De veras?

—Si, de veras. Pero deja que hable "El Pelón"; no hables tanto tú; por eso te dicen "Chachalaca".

—¿Y usted cómo lo sabe, si nunca nos había visto?

—¿Tú qué sabes? Pero no te azores: Don Yo de Córdoba lo sabe todo.

Entonces habló "El Pelón" y le preguntó:

—Si usted lo sabe todo ¿sabe cómo se va a la montaña de nieve, donde se puede tomar nieve sin pagar?

El duende se quiso morir de risa. Nachito y Mariquita no comprendían por qué.

Al fin les dijo:

—¡Cómo no he de saber! Vamos allá.

El duendecito con cara fresca y barba de viejo, cuando Nachito y Mariquita le preguntaron por la montaña de nieve donde se toma nieve sin pagar, les dijo:

—Síganme.

Y echó a andar por la carretera amarilla; era tan pequeñito que se perdía en el suelo y a veces los dos niños no podían verlo.

Mientras iban andando, Mariquita no paraba de hacerle preguntas:

—¿Y cómo es que usted nos puede llevar a la montaña de nieve, y mi papá dice que está muy lejos y que para ir allá hay que tomar el tren, uno de los trenes que echan humo, y que después hay que andar a caballo y después a pie, y apenas entonces se llega a donde está la nieve?

—¡Chachalaca tan habladora! Ya verás, ya verás...

—Pues la verdad es que así, andando a pie, yo no creo que lleguemos nunca, porque de aquí ni siquiera vemos la montaña. Y eso que son dos, que no es una sola la que tiene nieve, y de mi casa se ven cuando no hay muchas nubes, y unas veces tienen nieve de limón y otras veces tienen nieve de fresa, cuando ya va a ser de noche.

El duendecito se rió con tanta fuerza y de manera tan extraña que parecía como si se cayeran y se rompieran una docena de vasos.

Nachito dijo:

—Yo creo que esta Chachalaca se equivoca, y que la nieve de las monañas no es de limón ni de fresa, y que no se come. Eso me dijo mi papá, y él sabe lo que dice.

—¡Cállate, Pelón! —dijo Mariquita enojada—. Eso lo dice mi papá porque no quiere que nos vayamos tan lejos; cree que nos perderíamos. Y de que es lejos, es lejos; yo no sé cómo vamos a llegar. Este Don Yo de Córdoban...

—De Córdoba, de Córdoba, hijita.

—Pues como sea; yo digo...

—Oye —le interrumpió el duendecito— ¿tú no quisieras tener que caminar mucho?

—Claro que no; figúrese no más que...

—Bueno, bueno, aquí tienen estos anillitos como ópalos; cada uno de ustedes se pone uno, así como yo (y él tenía otro anillo chiquito), y cierra los ojos y piensa en que quiere llegar adonde se toma nieve sin pagar.

Así lo hicieron, y no abrieron los ojos hasta que Don Yo de Córdoba, les dijo:

—¡Ya!

Y entonces vieron delante de sí dos montañitas de nieve de muchos colores, parecidas a los dos volcanes que se ven de México, el Popocatépetl y el Iztlaccíhuatl; sólo que, con el asombro que tuvieron, no se dieron cuenta de que éstas que tenían delante eran muy pequeñas, y no como los volcanes. Le preguntaron al duendecito, muy contentos, si podían comer de aquella nieve, y él contestó:

—Vamos a ver.

Nachito y Mariquita estaban encantados frente a las montañitas de nieve a donde los había llevado el duendecito.

—Mira, mira —gritaba Mariquita— hay nieve de fresa! Yo voy a tomar... Pero ¿con qué? No tenemos cucharas, ni barquillos, y si la cojo con los dedos se me enfrían demasiado, y además mi mamá dice que no se debe comer nada con los dedos.

—Vamos a ver si encontramos barquillos siquiera —dijo Don Yo el duende.

—¿Qué te parecen los de este arbolito?

Nachito y Mariquita se volvieron hacia donde les indicaba el duende, y vieron un arbolito verde, parecido a los de Nochebuena, que tenía barquillos en las puntas de las ramas. Los hermanitos se pusieron a palmotear y a bailar de gusto, y Mariquita fue la primera que cogió barquillos y se acercó a la nieve para llenarlos.

— ¡Mira nieve azul! ¿De qué será? —gritó Nachito.

— ¡Ay, qué bonita, Pelón! —dijo "La Chachalaca".

—Tú sabes, mi papá dice que él ha comido nieve azul en la tierra de lo gringos...

—Sí, pero acuérdate que mi papá dice que no debemos decirles así, que es feo y ellos se enojan.

—Bueno, pues los americanos. Dicen que hacen nieve azul y que sabe a almendra.

— ¡Ay, qué bueno! Vamos a probarla.

—De pistacho le llaman a esa —les dijo el duende.

— ¡Está rebuena! Pero mira, allí hay verde.

— ¡Ay, ésta sabe más fría que la otra!

—Como que es de menta —les explicó el duendecillo.

—¿Y esa de color de mango? —preguntó Nachito.

—Pues de mango es.

—¿Aquella si es fea! Parece sucia —dijo la Chachalaca.

—Pues es de mamey.

—Pues aunque sea fea —dijo Nachito— a mí me gusta mucho el mamey.

—Bueno, chamacos, no comer más que hace daño. Si fueran a probar de todas, no acababan. Hay hasta de frutas que ustedes no conocen: guanábana, marañón, níspero...

—¡Pero yo quiero más! —pateó Mariquita— ¡Yo quiero más!

Nachito, razonable, le decía: "Mejor vámonos, Chachalaca"; pero ella no quería oír razones.

—Si no fuera porque tienen esos anillitos de ópalo en los dedos... —dijo Don Yo de Córdoba— Porque mientras los tengan se les cumplen todos los deseos...

—¡Ya ves! Ahora me quedo aquí, y pruebo de todas las nieves.

—Pero nos podríamos ir a otras montañas más grandes, donde hay más nieve —propuso el duende.

—Así sí. Vamos, vamos —gritaba la Chachalaca muy contenta y hasta Nachito dijo que sí.

—Bueno, a cerrar los ojos y a pensar que quieren ir.

Nachito y Mariquita no sintieron, frente a estas grandes masas de nieve, una alegría como la que tuvieron al ver las montañitas de nieve de muchos colores. Aquello les parecía extraño...

—No sé, pero aquí no me dan ganas de tomar nieve —dijo Mariquita.

—¿No será que ya tomaste mucha? —preguntó el duende riéndose.

—Yo tampoco tengo ganas —dijo Nachito—. No sé por qué me parece que ésta no se come.

—Ahora sí atinaste —le contestó el duende—. Esta es la verdadera nieve de las montañas, que es blanca y no es buena para tomar, porque no sabe más que a agua, además, que nadie la hace sino que cae del cielo como lluvia. La otra, la

que se hace para tomar, ni siquiera le llaman nieve en muchas partes.

—Entonces tenía razón mi papá... Pero de allá de mi casa yo veo estas montañas, y unas veces la nieve se ve blanca, y otras veces se ve rosada, y hasta azul la he visto yo.

—La nieve es blanca aquí arriba, pero de lejos cambia de color con la luz del sol. Pero vamos a acercarnos, para que la prueben.

—¡No, que está muy fea! —dijo Mariquita.

—Pues ¿cómo esta nieve no es buena para tomar y la de las montañas chiquitas sí? —preguntó "la chachalaca".

—Porque estas son montañas de verdad y aquellas montañitas son de juguete, apenas como del alto de una casa —explicó Don Yo el duende—, y yo las tengo para invitar a mis amigos.

—¿Y tiene usted muchas cosas buenas así? —preguntó Nachito abiendo tamaños ojos.

—Ya veremos... ya veremos... Pero ahora, vengan por acá y miren.

Se llegaron a una peña muy grande, y desde allí miraron para abajo. Se veía un gran valle, en que había tierra de distintos colores: unas veces era amarilla, otras veces roja, otras veces negra, otras veces blanca. Se veían manchas verdes donde había árboles o sembrados; a veces se veían casas, y Don Yo de Córdoba les enseñó una gran mancha polvorienta, diciéndoles:

—Allí es México.

—¡Ay, qué raro, qué raro! —gritaba Mariquita.

—¿Y mi casa por dónde queda? —preguntó Nachito.

—Por allí, a la izquierda —explicó Don Yo el duende.

—¡Pero no se ve nada! dijo Nachito.

—Yo quiero ver bien mi casa —dijo Mariquita—. ¿Si quiero la veo con ayuda de mi anillito?

—¡Claro! Cierra los ojos, piensa y verás.

Y era verdad. Los dos niños hicieron lo que les aconsejó el duende y cuando abrieron los ojos vieron todo el interior de su casa, aunque estaba muy lejos. El papá acababa de llegar

a la casa, y la mamá le decía que estaba muy enojada porque los niños se habían ido hacía mucho rato y no aparecían.

—¡Ay, vámonos, Chachalaca! —dijo Nachito asustado.

—¡Ay, sí, sí, Pelón! —decía Mariquita llorando.

—Bueno, bueno, váyanse, ya saben cómo —les dijo el duende—. Mañana nos vemos.

—¡Qué bueno! —respondieron los dos hermanitos—. Queremos que nos enseñe otras cosas como hoy.

EN JAUJA

Al día siguiente de haber conocido al duende Don Yo de Córdoba, Nachito y Mariquita no pensaban más que en volverlo a ver. Nachito quería contárselo todo a su mamá, pero "La Chachalaca" decía que no, porque iban a querer estorbarles que se vieran con el duendecito, creyendo que podía hacerles algún mal.

—Ya ves —decía Mariquita—, mi papá nunca nos quería llevar a las montañas de nieve, y para Don Yo ¡ya ves qué fácil!

—Sí —contestó Nachito—, pero mi papá tenía razón; que esa nieve no sirve para tomar y allá arriba hace mucho frío y es muy lejos.

—Sí, pero el duende sí tiene montañas de nieve dulce.

—Bueno, pero ésas son de él.

—Y figúrate que dice que tiene otras cosas buenas. Vámonos a buscarlo...

—Mejor sería —dijo Nachito, siempre razonable— ir primero a la escuela.

— ¡No, qué escuela! ¡Este Pelón con su escuela!

—Pues no, yo voy primero a la escuela, porque si no la maestra se queja con mis papás, y a mí, como soy hombre, me castigan más que a ti.

—Eso crees tú, pero hay veces que mi papá dice que "por un gustazo un trancazo" y mi mamá canta aquello de "aunque me espine la mano me he de comer esa tuna".

—No, pues yo no —insistió el Pelón—; yo primero voy a la escuela. Si tú quieres ver al duende, vete sola, que quién sabe cómo te vaya sin mí.

Mariquita, que nunca se había visto sola sin su hermanito en ninguna aventura, se quedó callada, pensando, y al fin dijo:

—Bueno, pues iremos a la escuela, pero en seguidita que acabe vamos a buscar a Don Yo.

Y así fue. Ya a las doce, al salir de la escuela, se apartaron de sus compañeros, cerraron los ojos y pensaron en que querían encontrarse con el duende. Al rato se hallaban frente a los nopales, como el día anterior, y de entre las tunas saltó Don Yo de Córdoba riéndose con su risa como de cristal fino.

—¿Qué quieren hoy los señores? —preguntó a los niños pasándose la mano por la barba.

—Yo quiero ir donde hubiera automóviles —dijo Nachito— y quiero uno para mí.

—¡Poca cosa pides!

—Pues yo no —dijo Mariquita—, yo no quiero automóviles, yo quiero ir donde haya muchos dulces.

—¡Qué dulces ni qué nada! —dijo enojado Nachito.

—Pues yo sí quiero dulces —pateó Mariquita.

—Bueno, bueno, quietos —dijo el duende—, vamos primero a una parte y luego a otra. ¿Qué tal?

—Así sí... —contestó Mariquita ya contenta. —Pero que no estemos mucho rato con los automóviles.

—Vámonos, vámonos, ya saben cómo —dijo Don Yo. Y pronto se encontraron frente a un pequeño palacio de cristal, donde había muchos automóviles, pequeños también.

—Supongo que no querrías automóviles grandes, sino como para ti, para tu tamaño —le dijo el duende a Nachito.

—Si, pero no de juguete —contestó el niño—. Yo los quiero de verdad.

—Estos son de verdad, aunque chiquitos. ¿Y cuál quieres, uno europeo o uno americano?

—Uno americano, claro.

—Bueno, te durará menos; pero de todos modos no te había de durar mucho ninguno, porque los has de maltratar.

—Que no, que yo ya sé manejar, porque Carlitos es hijo del señor que tiene el único automóvil del pueblo, y como él ya tiene catorce años lo dejan manejar, y él me ha enseñado un poquito.

El duendecito sacó el automóvil del palacio de cristal al campo, y se lo entregó a Nachito. El niño comenzó a darle, pero se equivocaba; Don Yo el duende le daba consejos con mucha paciencia, cosa que muy pocas veces tienen los que enseñan a sus amigos a manejar automóviles; pero la que perdía la paciencia era Mariquita. Al fin el automóvil echó a andar por la carretera, pero se echaba unas veces demasiado hacia la izquierda, otras veces demasiado hacia la derecha.

Mariquita seguía enojada:

—Ya ves: ¡si tú ni sabes! Así nada más vamos a perder el tiempo, y hasta nos vamos a caer a algún barranco, y nunca vamos a llegar a... a donde yo quiero.

—¿A Jauja? —le preguntó Don Yo de Córdoba.

—¡Ay, de veras! Allá todo es de dulce.

—Sí, lo mejor será que vayamos en este mismo automóvil.

Dando saltos, y tropezando con piedras, y desviándose a cada rato, iba el automóvil guiado por Nachito, con gran disgusto de "La Chachalaca" y gran diversión de Don Yo de Córdoba el duende. "El Pelón" sudaba y sudaba, pero iba contento porque aprendía a manejar y el automóvil era suyo.

—¿Por qué mejor no dejamos este Fotingo y nos vamos a Jauja con los anillitos de ópalo? —dijo al fin Mariquita.

—¡Qué no es Fotingo! gritó Nachito, y por atender a contestarle a "La Chachalaca", por poco se mete dentro de

unos nopales; pero el duendecito, metiéndole mano a la dirección, logró sacarlo del peligro y enderezarlo.

—Bueno, lo que sea, bien chiquito es —contestó con enojo la niña.

—No, hijita, es coche de buena marca —le dijo Don Yo —y es chiquito para que lo pueda manejar tu hermano. Ya te imaginas cómo le iría con uno de esos coches grandes. Y si no te divierte el auto, diviértete mirando el camino.

—¿Qué le voy a ver al camino? Puros magueyes y nopales; y las montañas ya me las sé de memoria. Por eso quiero que ya lleguemos a Jauja, porque si no llegamos allá pronto no nos alcanzará el día.

—¡Ay, y la escuela! Hay que comer, y hay que volver a las tres, y en casa nos estarán esperando —dijo Nachito.

—No no sé ni para qué te acuerdas de eso —dijo Mariquita—; lo mejor es divertirnos y después veremos cómo nos las arreglamos.

—Tiene razón tu hermano —le explicó el duende—. Hay que ver cómo vuelven ustedes temprano a su casa, para que no los castiguen. Dirán que se estuvieron una hora más en la escuela porque les dieron trabajo que hacer, y que como era "dibujo mexicano" del que inventó el señor Best, y ustedes no tienen en su casa muchos lápices de colores, se quedaron allá.

—¿Y usted, no puede hacer que el tiempo no pase, y que lleguemos a casa como si no nos hubiéramos escapado a pasear? — —preguntó "La Chachalaca".

—No, hijita, todavía no he aprendido. Antes se decía que eso no se podía hacer. Ahora, quién sabe. Uno de estos días me voy a hablar con el sabio alemán que entiende de eso.

—¡Ay, qué bueno sería! Pues ahora lo mejor será que nos vayamos prontito a Jauja, para poder volver a casa.

Don Yo el duende estuvo de acuerdo, cerraron los ojos, apretaron los anillitos de ópalo y sintieron que el automóvil volaba por los aires. Cuando el duende les dijo: "Ya", se encontraron frente a una ciudad que parecía hecha de vidrios de todos colores. Mariquita palmoteaba de gusto, y Nachito le

dio con tanta fuerza al automóvil, que tropezaron con la primera casa y se les vino encima toda una pared de merengue, y salió muy enojada la dueña, que era una mujercita hecha toda de yemas de huevo.

Don Yo de Córdoba, el duende, se había escondido en uno de los repliegues del coche y había lanzado tales carcajadas que parecía como si se hubiera venido abajo toda la vajilla de una casa: Nachito creyó que le ha bría roto una pared del comedor a la dueña de la casa de merengue. Mariquita, que no pudo esconderse, quedó toda envuelta en la masa blanca y muy asustada.

La dueña de la casa, la mujercita hecha de yema de huevo, salió en seguida, amarilla de rabia, más amarilla que de costumbre y le dijo:

—¿No saben que aquí están prohibidos los automóviles? ¡A quién se le ocurre venir a Jauja en armatostes de hierro! Aquí no se permite nada de hierro. Van a tener que pagar una buena multa y además componerse la casa.

Los niños, con el susto, no atinaban a responder nada. El duendecito habló:

—No se preocupe, señora, ahora mismo vamos a componer su casa. A ver, chamacos, toquen los anillitos de ópalo, cierren los ojos y piensen en que quieren que vengan a componer la casa de la señora.

Así lo hicieron, y en seguida se presentaron unos hombres pequeñitos muy blancos, como si ellos también fueran de merengue, y se pusieron a componer la casa. Traían masas de merengue cortadas como adobes y las ponían unas sobre otras; a los pocos momentos se veía que la casa quedaría compuesta muy pronto.

La mujercita de yemas miraba aquello con asombro y decía a su marido, hecho de yemas también, que salió poco después:

—Yo no sé quiénes serán estas gentes que con tanta facilidad hacen componer lo que rompen. Se ve que son gente decente. Porque a cada rato vienen a Jauja extranjeros que no nos hacen ninguna gracia, sobre todo esas brujas que nos

roban todo lo que pueden para llevárselo y hacer casas de dulce donde puedan coger a los niños.

Y dirigiéndose a los del automóvil:

—Miren, como veo que son ustedes personas decentes, no le diré nada a la policía. Eso sí, les aconsejo que se lleven de aquí el automóvil antes de que se entere todo el pueblo, para que no les pongan multa.

—¡Ya ves —dijo Mariquita, recobrando al fin el habla—, ya ves para qué nos sirve el automóvil! Y ahora tenemos que quitarnos todo el merengue de encima.

—Y eso es un poco difícil, porque yo no tengo agua; aquí nos lavamos con jarabe —dijo la señora.

—¡Ay, y ahora qué hacemos! —decía Mariquita queriendo llorar—. Voy a tener que andar sucia hasta que llegue a mi casa.

—Yo creo que les pueden dar agua en "Las Fábricas Centrales de Jauja". Allí tienen un pozo, el único de la ciudad, y hacen todo el jarabe que se consume y nos lo mandan por tubería a las casas. Aquí nunca dejamos que llueva, porque se nos disolverían los edificios, y hemos suprimido el agua en las casas particulares porque a veces cualquiera se descuidaba y con que se derramara una poca se venía abajo todo y ocurrían desgracias. Pero allí en "Las Fábricas Centrales" cuidan científicamente el uso del agua.

—Bueno —dijo el duende—, vamos a despachar el automóvil. A ver, Pelón, tú mándalo que salga en seguida de Jauja y se vaya a esconder detrás de unos nopales.

Nachito bajó del automóvil, le dio las órdenes necesarias con su anillo de ópalo, y los dos hermanitos y el duende echaron a andar a pie por las calles de Jauja, buscando el edificio de "Las Fábricas Centrales".

A medida que Nachito y Mariquita, en compañía del duende Don Yo de Córdoba, atravesaban las calles de Jauja, iban descubriendo cosas interesantes. Había casas de todos colores: blancas de merengue, y las gentes que había adentro eran como hechas de yemas de huevo, según habían visto con los que vivían en la casa con que chocó el automóvil de

Nachito; amarillas de yema, y las gentes que había adentro eran como hechas de merengue; rojas, verdes, azules, moradas, rosadas, de caramelo en su mayor parte y las gentes que había adentro eran de colores que formaban contraste con los de la casa. Los árboles eran, como habían oído contar, de caramelo verde. El piso de la calle era de turrón.

Mariquita hubiera querido pararse a probar de todo lo que veía, pero, como estaba toda untada del merengue de la pared que les había caído encima con el choque del automóvil, prefería llegar pronto a "Las Fábricas Centrales de Jauja" a ver si les daban agua para lavarse, y que en ningún otro lugar del pueblo tenían agua pura, sino jarabe. Nachito, por su parte, tenía también prisa en llegar, porque apenas podía ver con tanto merengue que tenía pegado en la cara.

Apretando el paso, pues, llegaron a una plaza, donde había palacios muy hermosos, grandes en comparación con las casitas que formaban la ciudad. No se detuvieron a mirarlos, por la prisa, y quedaron en volver allí apenas estuvieran lavados y limpios, porque había muchas cosas que ver. Por fin, detrás del palacio que les pareció sería el de gobierno encontraron un edificio grande, de madera, y no de dulce como los demás.

—¿Y por qué esta casa es de madera, y no de dulce como las otras? —preguntó Nachito.

—Porque aquí hay que usar mucha agua, y ya ves lo que pasaba en las casas cuando les dejaban llegar agua, que en cualquier descuido en que se saliera el agua se venía abajo una pared. Así es que decidieron hacer de madera este edificio para que no hubiera percances.

—¿Y qué fabrican aquí?

—Pues aquí se fabrica todo lo que necesita la ciudad: se hace el jarabe que corre por las tuberías; se hace todo el dulce que sirve para componer las casas, como pasó con la que ayer rompió Nachito; se hacen muebles, se hacen objetos de comedor y de cocina... Pero vamos para adentro a pedir agua.

El duendecito fue a saludar al jefe de las fábricas, uno de los hombres más altos de Jauja: era como del alto de uno de

nuestros muchachos de nueve o diez años, como Nachito precisamente, pero tenía grandes bigotes como de cocinero francés. Se veía que era muy fuerte, muy recio, porque estaba hecho de turrón apretado, como el de almendras que hacen en Alicante. Todo él iba vestido de cuero, con gran mandil y con guantes; en la cabeza llevaba también gorro de cuero, y de él colgaba una visera con que podía taparse toda la cara, dejando sólo huecos con vidrios para los ojos.

—Buenos días, señor Don Yo de Córdoba —dijo con muy buen humor el jefe—. Mucho gusto de tenerlo por acá. Ya sabe que sus visitas son siempre agradables; no es usted de los visitantes que traen molestias, como muchos otros que vienen a Jauja.

—Muy buenos días, don Escarragut de Narbona —contestó el duende, con no menos buen humor—. Ya sabe que la discreción es la mejor virtud de los duendes y que cuando molestamos a los demás es porque ya nos tienen muy cargados. Pues aquí vengo de paseo con dos amiguitos.

—Mucho gusto, mucho gusto —dijo sonriendo don Escarragut—, pero parece que los amiguitos se acercaron demasiado a una pared fresca. ¡Cómo vienen! Pero siempre sucede así a los que vienen a visitarnos.

—No fue precisamente como usted supone. Yo no recordaba que aquí estaban prohibidos los automóviles y no se lo dije a tiempo a estos amigos, así es que este joven venía manejando su auto y tropezó con una casa de merengue a la entrada de la ciudad.

—¡Malo, malo! — dijo don Escarragut, frunciendo el ceño—. ¿Y qué han hecho para componerla?

—Oh, por eso no se preocupe. Traemos anillos de virtud, y todo se compuso. Ahora necesitan agua.

—Bueno, bueno —y don Escarragut desarrugó el ceño—, voy a llamar al jefe de pozos.

Tocó entonces cuatro llamadas en un timbre, y se apareció otro hombre recio, hecho de naranja cristalina, vestido de cuero más fuerte que el que llevaba don Escarragut.

Después de las presentaciones obligadas (en Jauja son todos muy corteses), dijo:

—Don Aurancio, lleve a estos amigos a que se laven. Y tenga cuidado no vayan a hervir, como les pasó a aquellos otros....

Nachito y Mariquita se miraron asustados; pero el jefe de las fábricas les dijo, mirándolos maliciosamente:

—No tengan miedo; les irá bien si lo hacen todo con cuidado y nó como cuando le embistieron a la casa de merengue.

Don Aurancio, el jefe de pozos de "Las Fábricas Centrales de Jauja", llevó a Nachito y a Mariquita a las calderas para que allí se quitaran el merengue que se les había pegado a la ropa. Mariquita, que era muy amiga de hablar y discutir, pero muy cariñosa y muy trabajadora, comenzó por lavar la ropa de Nachito; después lavó la suya, que estaba menos sucia. Mientras la ropa se secaba, les prestaron unos "overalls" de hule. Mariquita, además, viendo que Nachito tenía las manos sucias, tanto del merengue como de haber manejado el automóvil, se las lavó con agua bien caliente.

Mientras le lavaba las manos, observó el anillito de ópalo que le había regalado el duende Don Yo, y al acabar, se lo pidió prestado para compararlo con el suyo.

—¡Ay, mira! El tuyo se ve a veces como si fuera azul y el mío como si fuera rojo. ¿Cómo será el de Don Yo?

En esto, Don Yo llegaba a ver cómo les iba; Mariquita le pidió su anillito, y se puso a jugar con los tres.

—La piedrecita de éste es como verdosa. ¡Qué bonito! Yo quisiera tener muchos diferentes. ¿Y usted no puede regalarme muchos?

—Ya veremos... Primero hay que portarse bien, y que se vea que haces buen uso de tu anillito.

En esto Mariquita decidió volver a lavarse las manos, y dejó los tres anillitos en uno de los lavaderos. Estaba muy divertida en Jauja, con tantas cosas nuevas como veía, y no

pensaba en otra cosa; pero Nachito sí se acordaba de su casa y de su escuela, y dijo:

—Si nos pudieran prestar otra ropa, y mañana volvíamos a buscar ésta, que todavía no está seca...

—Pues no se puede —les dijo don Aurencio— porque aquí la ropa es de dulce, como todo, y ustedes no se la pueden poner, apenas los que trabajamos en "Las Fábricas Centrales" tenemos estas ropas de cuero y de hule para que no se nos meta el agua; pero sería muy raro que llegaran ustedes a su casa y sobre todo Mariquita, vestida de hule.

—Pronto ha de estar seca la ropa, no se apuren —dijo Don Yo de Córdoba—. Anda a ver, Chachalaca.

Y Mariquita vio que ya estaban secas y se vistieron los dos niños, y Nachito insitió en que ya debían irse, porque habían perdido mucho tiempo. El duende dijo que Nachito tenía razón, que lo mejor sería volver al día siguiente, y que entre tanto sus buenos amigos de Las Fábricas les regalarían unas cajitas de dulce.

— ¡Qué bueno, qué bueno! —palmoteaba Mariquita—. Yo quiero una de chocolates, y otra de cerezas cristalizadas, y otra de peras y otra de confites, y otra de guayabate, y otra de jalea de membrillo, y otra de quesadillas de coco...

— ¡Qué manera de pedir! —dijo Nachito.

Al fin le dieron a Mariquita diez cajitas, cada una diferente; las cajitas eran de caramelo de distintos colores, muy pintadas y adornadas con moñitos de dulce, y las metieron en una cesta hecha de naranjas cristalizadas.

—La cesta es recuerdo mío —les dijo don Aurancio—, porque yo soy de naranja, del barrio de los naranjales en Jauja.

—Muchas gracias —contestó Mariquita, feliz como nadie—. Tú la llevarás, Pelón. Adiós, adiós, vámonos.

Pero cuando se disponían a irse vieron que les faltaban sus anillitos.

— ¡Ay, se quedaron en el lavadero!

Corrió Mariquita para adentro, en busca de sus anillitos de virtud, pero cuando llegó al lavadero no encontró nada.

—Deben de haberse caído en el agua —les explicó Don Aurancio— y se habrán ido por las tuberías, y a estas horas correrán en el jarabe del drenaje.

Don Yo de Córdoba se puso muy serio, y los dos hermanitos se quedaban mirándolo asustados. Al fin Nachito preguntó:

—¿Y no nos podemos ir?

—Claro que no. Ni a pie, porque ni siquiera estamos en América. Jauja está en el Océano Pacífico, y si ustedes no vieron que pasábamos el mar es porque yo tengo buen cuidado de que cierren siempre los ojos cuando vamos de un lugar a otro para que no se asusten de verse volar por el aire. Así es que por ahora nos quedaremos en Jauja viviendo de puro azúcar hasta que la suerte nos saque de aquí.

Nachito y Mariquita se quedaron azorados al comprender que tenían que quedarse en Jauja, sin saber cuándo podrían regresar al valle de México, donde vivían sus padres. Lo peor del caso era que el duendecito Don Yo de Córdoba había perdido su anillo de virtud, por el descuido de Mariquita, y no tenía manera de moverse de allí.

Como Nachito era muy amigo de conocer todas las máquinas y los inventos, y decía que cuando fuera grande iba a dedicarse a inventor, pensó en comunicarse con sus papás por telégrafo, y así se lo dijo a Don Escarragut de Narbona, el director de "Las Fábricas Centrales de Jauja".

—No podemos comunicarnos con México —le contestó el jefe—, Jauja se fundó para no tener comunicación con el mundo de los hombres, que hacen vida desgraciada por sus ambiciones de poder y de dinero, mientras nosotros sólo aspiramos a una vida dulce.

El duendecillo sonrió al oír a Don Escarragut hablar de "vida dulce".

—¿Por eso todo es aquí de dulce?

—Precisamente; el dulce de que estamos hechos aquí nosotros y todas nuestras cosas, no es más que la representación material de nuestros deseos de vivir en paz y alegría. Si dejáramos venir aquí a los hombres de carne y

hueso, o si estuviéramos en comunicación con ellos, pudiera suceder que les tomáramos sus ideas y nos volviéramos desgraciados, o a ellos se les ocurriera venir a conquistarnos y acabar con nosotros. Hasta aquí sólo pueden llegar personas con recursos extraordinarios, como los anillos de virtud que ustedes traían, pero de nada sirven los vapores ni las locomotoras ni los aeroplanos ni los telégrafos con hilos o sin hilos...

—Pues si ustedes son felices —dijo Nachito, que todo lo oía con mucho interés—, ¿por qué tienen policía? A mí me parece que donde hay policía es porque la gente no es buena ni feliz.

—¡Ah! —explicó Don Escarragut—. La policía no es para nosotros; es para los que vienen de fuera y no saben conducirse. No hemos podido evitar que vengan las brujas a Jauja, con su manía de robar dulce. Pero las brujas hacen mucho menos daño del que nos harían los hombres. Dicen que en otro tiempo las brujas eran muy malas; yo no sé si es verdad. Ahora tienen muy poco poder, sólo que pueden viajar por el mundo entero montadas en su palo de escoba, y como no les gusta trabajar se roban lo que pueden para comer y se roban también a los chicos para que trabajen por ellas.

—Pero a mí me han dicho que se comen a los niños —interumpió Mariquita.

—No, hijita, las brujas de ahora, por lo menos, no sé yo que se los coman. Sólo sé que los hacen trabajar como esclavos, lo cual ya es bastante malo. ¿Verdad que a ti no te gustaría que te tuvieran trabajando todo el día, cargando leña, y haciendo carbón, cocinando, y lavando?

—No, claro, a mí me gusta todo eso, pero hacerlo de juego, por gusto.

—Ya decía yo... Bueno, ahora necesitan ustedes instalarse; pero como aquí no tenemos casas vacías, será necesario que les hagan una, y a ver cómo se acostumbran a vivir en una casa de dulce.

Tocó Don Escarragut el timbre seis veces, y vino un señor todo de dulce de piña. Era el jefe de construcciones.

—Don Atanasio, a ver si les construimos una casa a estos amigos. Y que sea del dulce menos pegajoso, turrón como el mío, por ejemplo. Y cubrir las paredes con obleas. Vayan, pues, y ayuden al señor diciéndole todo lo que crean necesario para que la casa quede a su gusto. Para la noche ha de estar acabada.

Nachito, Mariquita y el duende Don Yo de Córdoba fueron con Don Atanasio, el hombre hecho de dulce de piña, jefe de construcciones de Jauja, a escoger los materiales para su casa. El jefe de Las Fábricas Centrales les había aconsejado de turrón estilo de Alicante, por duro, y el tapiz de obleas para cubrir las paredes de manera que no se pegaran ellos en el dulce. Los niños estuvieron mirando con cuidado todas las clases de ladrillos de dulce, que se hacían en Las Fábricas Centrales: les enseñaron muchas muestras distintas; había unas gentes que querían casas sólidas, hechas de frutas duras "cubiertas", de turrones, cocadas y alfajores, y había otras gentes que preferían casas ligeras, de fantasía, hechas de merengue o de yemas o de miel hilada. Las gentes de menos pretensiones se contentaban con casas de caramelo que era el ladrillo más fácil de hacer.

A Mariquita todo le divertía. Nachito estudiaba seriamente las cosas y de pronto se le ocurrió una idea:

—Bueno, ustedes no dejan correr el agua en su ciudad para que no se les deshagan las casas; pero, ¿y cuando llueve?

—Aquí no llueve —les explicó Don Atanasio—. Esas nubes que ves las ponemos en el cielo, porque adornan y además son útiles; tapan el sol a medio día. Pero esas nubes no son de agua, sino de algodón de azúcar. Cuando se fundó Jauja, se hicieron arreglos con los poderes del cielo para que no lloviera nunca.

Al fin Nachito pensó que los ladrillos más sólidos eran los que les habían aconsejado, y convenció a Mariquita, demostrándole que así la casa parecería de piedra de cantera, sobre todo si se fabricaban trozos grandes para ponerlos en la fachada. Pero "La Chachalaca" quiso que pusieran adornos de otros dulces, con colores diferentes, como si fuesen

azulejos, y así se hizo. El duendecito los dejaba hacer: se veía que estaba a disgusto con la idea de tenerse que quedar en Jauja, hasta quién sabe cuándo, por el descuido de Mariquita con los anillos.

Pero había que hacer el plan de la casa, de acuerdo con las necesidades de los que iban a vivir en ella, y escoger el estilo de construcción. Les enseñaron modelos, y escogieron uno de dos pisos de altura, el más grande que se podía hacer en Jauja, pues Nachito y Mariquita eran del tamaño de las personas más altas de la ciudad. Como estilo, dijo Nachito que él prefería el mexicano colonial, pero le dijeron que no lo conocían. Entonces "El Pelón" se ofreció a explicarles cómo era, dándose mucha importancia, y le contó que había una piedra llamada "tezontle" y otra llamada "chiluca" y que a él le gustaba más la "chiluca", y que era gris clara mientras que el "tezontle" era roja oscura. Hicieron, pues, una casa que pareciera de chiluca con azulejos y en estilo mexicano.

Mientras los albañiles de Jauja construían la casa de estilo colonial mexicano en que debían vivir Nachito y Mariquita con Don Yo, los hermanitos, aconsejados por el duende, se dedicaron a buscar muebles y objetos de uso diario. Mariquita estaba encantada con la idea de que iba a tener muebles hechos de dulce, pero el duende se reía de ella, y le decía que iba a resultar muy gracioso verla sentada en una silla de caramelo sin poderse levantar de ella porque se le había pegado la ropa.

Lo malo era que, como en la ciudad no se fabricaban sino cosas dulces, la situación era muy apurada. El duendecito aconsejó que los muebles que debían ser fuertes se hicieran de caramelo y se cubrieran con obleas, y que los muebles blandos, como los sofás, se hicieran de pan.

Pero había una dificultad seria: el cuarto de baño. Se necesitaba agua, y se necesitaban muebles que el agua no deshiciera.

¡Y en Jauja no había otra agua que la de los pozos de "Las Fábricas Centrales", ni tubería para llevarla hasta las casas! El duende podía pasárelo sin agua, si quería, porque

como no era de carne y hueso sino en la apariencia no tenía necesidades parecidas a las de los hombres. ¡Pero los dos muchachos! Nachito se acordó de que había oído decir que en otro tiempo sí se mandaba agua hasta las casas, porque le llamaban la atención toda clase de trabajos y de cosas mecánicas, y preguntó si no quedarían por ahí restos de aquellas tuberías. Don Escarragut, el jefe de las Fábricas, hizo que lo llevaran al último patio, al cobertizo donde se guardaban cosas viejas, y allí encontraron tuberías antiguas. Nachito en persona se puso a trabajar con los obreros para hacer pasar aquella tubería por debajo del piso de la calle y hacerla llegar hasta la casa nueva, que quedaba bastante lejos, porque en Jauja no hay lugares vacíos en medio de la ciudad y no se puede construir una casa nueva sino en los extremos. A veces parecía que la tubería aquella no iba a alcanzar, porque había muchos pedazos maltratados e inútiles, pero juntando unos con otros se pudo hacerla llegar hasta la casa.

Faltaba todavía la instalación del cuarto de baño, y les dijeron que no era posible hacerla de metal ni de porcelana; en Jauja se admitían muy pocas cosas de metal, y se trataban con mucha prudencia, porque el menor golpe que con él recibiera uno de los habitantes podía causarle la muerte o romperle una pierna o un brazo; y en "Las Fábricas Centrales" tenían unos objetos de porcelana, pero habían obligado a las brujas y a los trasgos a traerlos a cambio de dulce.

—Ni aun los objetos de madera los hacemos nosotros —explicó don Escarragut, porque es necesario derribar árboles y cortarlos, cosas que nosotros, hechos de materiales dulces, no podemos hacer, porque nos partiríamos en pedazos. Cortar los árboles y trabajar la madera son los castigos que imponemos a las personas que vienen de fuera y no se conducen bien; por eso podemos tener siempre madera en nuestros depósitos, y con ella trabajan esos extranjeros que cometen delitos.

Nachito ofreció hacer él mismo, con la ayuda que pudiera darle Mariquita, y hasta el duende si quería, los

objetos que necesitaba para el cuarto de baño. Se puso, pues, a trabajar, y a eso de las ocho de la noche los tenía hechos, aunque no muy buenos que digamos. Trabajó tanto durante todo el día, que apenas se sentó en uno de los sofás hechos de pan se quedó dormido sin cenar, hasta el día siguiente.

Al día siguiente de su llegada a Jauja, Nachito y Mariquita se despertaron muy sorprendidos de no hallarse en su casa. Recordaron entonces todo lo que les había sucedido, y eran tantas cosas que les parecía como si hubieran estado años lejos de sus papás.

Fueron a lavarse y les dio mucha risa tener que hacerlo en lavamanos de madera. Apenas lavados, se fijaron en que no tenían toallas, y Nachito salió inmediatamente a ver al director de "Las Fábricas Centrales". Don Escarragut le dijo que de tela era imposible dárselas, porque no había; que de oblea, con la cual se hacían las toallas para los habitantes de Jauja, tampoco era conveniente para ellos, pero que se las mandaría hacer de papel. Nachito pidió de una vez que se les hicieran sábanas, porque también se les habían olvidado; Mariquita se había quedado dormida en el primer sofá en que se sentó, lo mismo que su hermano, y no se habían fijado en todo lo que les faltaba.

Después, a la hora del desayuno, pensaron que no habían hecho provisiones de ninguna clase, y no sabían qué se podía hacer para comer todos los días en Jauja; el día anterior se habían contentado con los dulces que les regalaron, y no se les había ocurrido pensar si diariamente iban a comer dulce y nada más. Cuando comenzaban a discutir el problema de la comida, llamaron a la puerta: era uno de los repartidores de "Las Fábricas Centrales" que llegaba a ofrecerles la comida del día.

—Pues ¿cómo es eso? —dijo Mariquita—. ¿Aquí no tenemos que ir al mercado a comprar la comida?

—No— le respondió el repartidor, que era un hombrecito de aspecto sencillo, hecho de caramelo rojo—; aquí no se compra ni se vende.

Mariquita se quedó azorada. Nachito, a quien le gustaba

oír las conversaciones serias de las personas mayores, se acordó de una que había oído a su papá:

—Entonces ustedes son como los bolcheviques.

—No sé qué será eso —dijo el repartidor.

—Pues dicen que en Rusia gobiernan los bolcheviques, y que ni compran ni venden, ni dejan que nadie sea dueño de nada, sino que quieren que todo sea de todos y que todos trabajen para todos. Y como dicen que quieren hacer al mundo entero como ellos, creí que de eso les habría venido a ustedes la idea de arreglar así las cosas.

—No, aquí no tenemos nada que ver con las gentes de carne y hueso, y cuando algunas llegan hasta aquí es porque las acompaña algún duende, como a ustedes; y como los que vienen son siempre niños, no es mucho lo que cuentan de cómo se gobiernan los hombres...

—Pero aquí vienen también brujas —interrumpió Mariquita— y las brujas son de carne y hueso.

—Eso sí no sé. Lo parecen. Pero unos dicen que las brujas son mujeres de carne y hueso que se han puesto muy viejas, y otros dicen que nada más tienen la apariencia, pero que no son seres humanos. Lo que sí sé es que no están hechas como nosotros, y no tienen gran dificultad en trabajar con la madera cuando las castigamos por algún daño que hayan hecho, mientras que para nosotros la madera resulta demasiado dura...

—¿Y cómo es que, estando ustedes hechos de dulce, y pudiendo quebrarse con facilidad, no les hacen nada las brujas y las obligan a trabajar?

—Porque hemos inventado una red para coger en ella a todo el que venga de fuera y quiera hacernos daño. Todos nuestros gendarmes llevan una de esas redes, y todos los habitantes sabemos silbar de manera que inmediatamente, en dos o tres segundos, llegan los gendarmes y cogen al que quiera hacernos daño. Pero no puedo decirles más, porque está prohibido contarles a los extranjeros el secreto de las redes de defensa, y luego, aunque yo quisiera, sé muy poco de

cómo están hechas... Y... bueno, díganme qué quieren que les deje de comida, porque ya tengo que irme.

—Déjenos leche, y café, y pan —dijo "La Chachalaca"— y para el mediodía...

—Pues... —dijo el repartidor, rascándose la cabeza— pan sí traigo, pero de café sólo jarabe y de leche sólo cajeta.

Mariquita, azorada, no atinó sino a pedir que le dejaran de lo que hubiera, escogido lo que más se parecía a su comida de costumbre.

—¿Y usted qué querrá, Don Yo? —le preguntó al duende.

—Yo, nada, Chachalaca, con irme de paseo por el bosque tengo todo lo que necesito. Por suerte hay bosques aquí en la isla y no son de dulce los árboles. Pero ya verás, tú, que tanto querías venir a Jauja, a qué sabe vivir en una ciudad toda hecha de dulce, cuando uno no está hecho de dulce también.

Durante todo el día, el primero que pasaban en aquella casa nueva, mexicana por el estilo, pero toda de dulce como las demás de Jauja, Nachito y Mariquita pasaron el tiempo descubriendo dificultades que no se esperaban. Mariquita era quien las descubría: que no podían limpiarse los dientes con los cepillos que usaban los habitantes de Jauja; que les hacían falta peines aunque fuera de madera; que los trastos se rompían fácilmente... El Pelón se pasó el día corriendo a "Las Fábricas Centrales" para reponer lo que se rompía o para hacer las cosas nuevas que les faltaban.

—Ya ves —decía cuando acababa de hacer dos peines— yo hago todas estas cosas, porque me fijo cómo trabajan los hombres, y tú, Chachalaca, que siempre estás diciendo que soy demasiado serio, no hubieras sabido arreglártelas aquí.

—Sí —contestaba Mariquita enojada— crees que es la gran cosa haber hecho dos peines, qué quién sabe cómo estarán; a lo mejor me van a arrancar los cabellos. Pero cepillos de dientes no has podido hacer.

—Eso no, porque es más difícil, y además, aquí no hay con qué hacerlos. Nos contentaremos con unos palitos, y pasarnos la toalla muy fuerte sobre los dientes después.

—Sí, sólo nos faltaba limpiarnos los dientes con los dedos. Pero ya que te fijas en tantas cosas ¿a que no has pensado en que se nos van a acabar aquí estos trajes que traemos puestos, si no nos vamos pronto?

—¡Ay, es verdad! ¡Cómo nos haremos! Le preguntaremos a Don Yo de Córdoba.

—¿Don Yo? Don Yo se fue de muy mal humor, y le pregunté si no quería nada, y me dijo que no, que se iba al bosque y que no le veríamos la cara en mucho tiempo. Yo me puse a llorar entonces y me dijo que si lo necesitábamos lo llamáramos cantando una canción. Me la enseñó; se llama El Rey de los Elfos; dice que dondequiera que se cante él la oye y si comprende que la cantan para llamarlo viene lo más pronto que puede. Es muy bonita pero triste. Te la enseñaré.

—Bueno, pero ¿y nuestros trajes? ¡Ah, ya sé! Aquí nos hacemos unos de papel, y guardamos éstos hasta el día en que podamos irnos.

—¡De veras, qué bueno!

Mariquita saltaba de gusto, y Nachito salió otra vez corriendo a "Las Fábricas Centrales" a pedir que se les hiciera la ropa de papel.

Cuando ya se acercaba la noche, recibieron una visita que no esperaban. Era el jefe de policía de Jauja, hombre recio, hecho de cocada, con grandes bigotes y cejas espesas. Mariquita se asustó, Nachito abría los ojos muy grandes.

—No se asusten —les dijo el jefe, que se llamaba don Cocayo— no les va a pasar nada malo; como ustedes están ya viviendo aquí, y no es probable que se puedan ir muy pronto, vengo para que arreglemos las cosas de la manera que aquí se acostumbra. Aquí la policía tiene muy poco qué hacer, del que dicen que tiene entre los hombres de carne y hueso; quiero decir que aquí no suceden cosas malas sino cuando las hacen gentes que vienen de fuera, y la ocupación principal de la policía es distribuir el trabajo de los habitantes.

Mariquita respiró fuerte, ya tranquila, y Nachito miró con interés.

—Y ¿a nosotros nos tocará trabajo qué hacer?

—Sí, pero no mucho. Una hora o dos horas al día. Aquí todos trabajamos, pero nunca mucho. Los hombres y las mujeres trabajamos de tres a cuatro horas cada día, en "Las Fábricas Centrales" o en nuestras casas o en los bosques. Los niños, desde que tienen siete años, trabajan también, pero nunca más de una hora al día. A ustedes les pedimos que trabajen un poco más algunos días, porque son más fuertes que nuestros niños y pueden hacer cosas que nosotros no podemos hacer y que nos hacen falta.

—Muy bien —dijo Nachito, poniendo cara muy razonable— pero ¿no tienen escuelas ustedes para sus niños?

—Sí tenemos, pero sólo duran dos o tres horas cada día. Dicen que entre las gentes de carne y hueso la escuela dura muchas horas; entre nosotros, no, porque no enseñamos cosas inútiles. Cosas que allá sirven para la vida, pero que resultaría inútil enseñarles aquí.

—Bueno, ¿y cómo pagan ustedes el trabajo?

—No pagamos; creí que ustedes sabrían que aquí ni se compra ni se vende ni hay dinero. Todos trabajamos para todos, y todos tenemos lo que necesitamos: en los almacenes hay de sobra... Así es que ustedes pueden pedir todo lo que quieran, no como obsequio, que es como se los hemos dado hasta ahora, sino porque tienen derecho a todo desde que trabajen.

—¿Y la escuela será muy aburrida? —preuntó Mariquita.

—Yo creo que no. Es una escuela en que los niños preguntan al maestro lo que quieren saber; no es el maestro quien les pregunta lo que han leído en libros.

—¡Ay, qué raro! —dijo Mariquita.

—¿Entonces aquí no hay libros? —preguntó Nachito.

—Sí, pero no se usan en la escuela; sólo son para gusto de los que quieren leerlos. Y todos leemos porque nos gusta.

Quedaron convenidos, pues, en cómo trabajarían desde el día siguiente, y Don Cocayo se despidió muy amable.

Durante varios días, Nachito y Mariquita estuvieron a gusto en Jauja, asistiendo a la escuela y trabajando; y como la

escuela y el trabajo les quitaban muy poco tiempo, les quedaba mucho para jugar y divertirse.

Al principio, Mariquita encontraba muy raro tener que jugar con niños tan pequeñitos de tamaño como eran los de Jauja, aunque tenían la misma edad que ella; se figuraba que tenía que tratarlos como una mamá; pero como eran muy inteligentes, y sabían muchos juegos bonitos, estaba muy contenta con ellos. En lo que sí tuvo que poner cuidado fue en no tocarlos con demasiada violencia, porque se quebraban: el primer día le rompió un brazo a una niña, que era de caramelo, y mandó que le aplicaran untura de jarabe cada hora y la pusieran al sol: al otro día estaba buena.

Entre cinco y seis de la tarde se abrían los cinematógrafos y los teatros. Como no se pagaba, cada quien iba a lo que prefería. Cuando el cinematógrafo era cosa nueva, les contaron a Nachito y Mariquita, muchos habitantes de Jauja iban a ver películas en que se representaban dramas y comedias; pero después pensaron qeu todo eso era mejor verlo en teatros, con gentes como ellos mismos, cuya voz se pudiera oír. Sabían que entre las gentes de carne y hueso muchas iban al cinematógrafo y no al teatro, porque de los dos el cine era el más barato, y se podían ver buenos artistas, mientras que en el teatro, aunque era más caro, no había siempre artistas buenos. Nada de eso sucede aquí en Jauja, decían, porque como ni el cinematógrafo ni el teatro cuestan dinero, nadie tiene que pensar en hacer economía; y en el teatro no trabajan sino los artistas que han demostrado mucho talento.Por eso el cinematógrafo se usa sólo para escenas de la naturaleza, para lecciones científicas y para guardar el recuerdo de las cosas que suceden: toda la historia de Jauja, desde que había cinematógrafo, se conservaba así, y de cuando en cuando se exhibían partes interesantes de ella. Desde luego, el cinematógrafo registraba siempre la visita de personas extrañas a la ciudad, y muy pronto Nachito y Mariquita pudieron verse en película, acompañados del duende Don Yo visitando "Las Fábricas Centrales". Como Nachito quería conocer los principales sucesos de la historia de Jauja,

les dieron una fiesta especial en que pudieron ver cosas muy curiosas, como la gran procesión de homenaje al inventor de las redes de defensa cuando cumplió cien años de edad, la gran invasión de brujas europeas que vinieron a robar dulce durante la Guerra Grande (dicen que entonces faltaba mucho el azúcar en Europa); la llegada de las focas que se salieron del mar a quererse comer las casas de chocolate; los enjambres de abejas que a veces se les escapaban a los cuidadores (porque en Jauja tenían muchas) y después de volar como nubes negras sobre la ciudad se amontonaban sobre las paredes de las casas... Pero siempre los habitantes de Jauja se libraban de estos peligros, porque inventaban muy buenos medios de defensa.

Durante unos diez días, Nachito y Mariquita estuvieron muy contentos en Jauja, enterándose de cómo vivían los habitantes, de lo que hacían y de cómo se divertían, todo ello muy distinto de lo que sucede en el mundo de las gentes de carne y hueso. Mariquita, sobre todo, era feliz probando cada día dulces distintos, no solamente los que ya le gustaban en México, sino muchos más que nunca había conocido. Como en Jauja no se hacía otra cosa que dulces, eran capaces de hacer todos los que existen en el mundo de los hombres y además otros muchos que los hombres nunca habían imaginado.

Pero a los diez días comenzaron los niños a ver que no se sentían bien. Estaban muy pálidos los dos, y Nachito tenía náuseas. Fueron a ver al médico principal, y él les dijo que no sabía curar a las gentes de carne y hueso sino a las gentes de Jauja, hechas de dulce, pero que se figuraba lo que les sucedía: el alimentarse de dulces no era conveniente para ellos, y se estaban enfermando. La cosa había ocurrido ya a otros visitantes que se habían quedado algún tiempo en Jauja. Les recomendó, pues, que se fueran al bosque y se alimentaran de frutas; además, les dio una orden escrita para el jefe de los establos, con el fin de que todos los días les dieran leche para tomar.

Los dos hermanitos se fueron inmediatamente a los

establos, que quedaban en las afueras de Jauja. Allí tenían unas vaquitas, como de la mitad de tamaño de las que existen entre los hombres de carne y hueso; había también cabras y burritas. Cerca de los establos estaba el campo, con mucho pasto verde, a donde se sacaba a los animales a pastar.

Nachito le presentó la orden del médico al jefe de los establos. Don Lactio de Itaca, hombre muy blanco, hecho de dulce de leche claro. Era tan amable como todos los habitantes de Jauja, y les ofreció darle leche inmediatamente y les preguntó si querían tomarla al pie de la vaca. Los niños dijeron que sí, y Don Lactio los acompañó a uno de los establos, llevando consigo dos perros muy pacíficos. Cuando llegaron al establo, los dos perros ordeñaron a las vaquitas, y la leche caía en jarrras que ellos mismos habían puesto debajo.

Muy azorada, Mariquita preguntó por qué eran los perros, y no las gentes, quienes ordeñaban a las vacas. Don Lactio les explicó que resultaba peligroso que las gentes de Jauja ordeñaran, porque, como las vacas eran más fuertes que ellos, en cualquier movimiento les hacían daño. En los primeros tiempos de Jauja, las vacas, si se enojaban, mataban fácilmente a los vaqueros; y hasta cuando no se enojaban, cualquier movimiento brusco le rompía el brazo al ordeñador. Discurrieron entonces enseñar a los perros a ordeñarlas, y los perros habían aprendido con mucha facilidad, y de ellos nunca había nada qué temer, porque eran muy tranquilos, querían mucho a los amos y nunca les hacían daño, ni por descuido; al contrario, tenían siempre mucho cuidado para evitarles cualquier golpe o tropiezo. Ahora ellos se encargaban de todo el cuidado de los demás animales, y entendían muy bien las órdenes que se les daban; ellos sacaban al campo y volvían a traer a los establos las vacas, las cabras y las burras; ellos las ponían en orden y las obligaban a tranquilzarse si se ponían inquietas. Cuidaban también de los animales machos, que eran menos, y estaban encerrados en otros establos; los perros eran también los que los sacaban al campo, y después los separaban de las hembras y se los llevaban; los hombres de

Jauja encargados de los establos iban junto a ellos, diciéndoles lo que tenían que hacer.

Acabadas de ordeñar las vacas, los perros quitaron del suelo las jarras, tomándolas por el asa con los dientes. Los niños veían aquello con asombro, y esperaban que en cualquier momento se les iban a caer las jarras o se iban a derramar; pero los perros, con mucha habilidad, los trajeron hasta ellos y las pusieron en sus manos. Nachito y Mariquita se tomaron cada uno una jarra, y después de tantos días de no tomarla, les pareció la leche mejor que todos los dulces.

Cuando Nachito y Mariquita hubieron tomado su leche en los establos de las afueras de Jauja, saludaron a Don Lactio, se despidieron y se fueron al bosque. A poca distancia de donde terminaba el pasto de las vacas, comenzaban los grandes árboles. Allí encontraron los dos hermanitos muchas plantas de tierra caliente, que ellos no habían visto nunca, aunque conocían las frutas: mangos, guayabas, cocoteros, bananos, piñas... Encontraron después otros de los que no conocían ni las frutas, y preguntaron sus nombres al joven habitante de Jauja que mandaron con ellos para acompañarlos. Se llamaba Citronio de Almería, y estaba hecho de dulce de limón, dulce que los hermanitos nunca habían comido antes de venir a Jauja. El les explicaba:

—Este se llama marañón. . Este hicaco... Este guanábana... Este es hobo...

Probaban las frutas nuevas; a Mariquita le gustaban unas, pero otras no.

—¡Ay, ésta agarra la garganta!

—¡Ay, ésta parece hecha de algodón!

—¡Ay, ésta sí es buena, huele a rosa!

—¡Ay, ésta parece de madera! ¡Qué dura!

—¡Ay, ésta tiene muy buena pulpa!

Nachito le decía que no llamara malas las frutas tan pronto.

—Hay que probar más de una vez, y no todas juntas tampoco, hasta hacer que le gusten a uno todas.

—¿Y para qué quiero yo que me gusten todas? Con comer de las que me gustan nada más...

—Es que así no sabes por qué les gustan las otras a los demás.

—¿Y a mí qué?

—Pues cuando estés donde no haya más que de las que no te gusten ¿qué haces?

—Es verdad... Pero ya veremos. ¡Ahora hay tantas de todas!

Nachito le preguntó a Citronio:

—¿Y dónde hay plantas de las frutas que nosotros conocemos más, manzanas, y peras y duraznos, y fresas?

—Esas las tenemos en lugar especial, porque en Jauja estamos en tierra caliente y no se dan bien.

—¡Ah, será como en esas casas de vidrio en que tienen flores en México! Dicen que en otras partes, donde hace mucho frío, tienen muchas casas así, para flores de tierra caliente...

—Sí, pero fíjate que aquí no hace frío nunca...

—Pues entonces es al revés. ¿Y cómo hacen ustedes para que crezcan esos árboles de tierra fría?

—Ahora lo verás.

Siguieron andando por el bosque, y durante media hora vieron árboles que no conocían, y helechos grandes como árboles... Y vieron dos montañas, y entre ellas una barranca grande oscura, y de la barranca subían los árboles por las pendientes. Antes de entrar a la barranca se veía bien la figura de los árboles: todos iban a terminar a la altura de la montaña, las copas se juntaban como formando techo, de manera que los árboles que nacían en la pendiente, y los que estaban ya muy bajos eran tan altos como la montaña.

Y vieron orquídeas de todas las formas y de todos los colores. Mariquita vio unas mariposas posadas sobre los árboles, y quiso acercarse a verlas:

—Cógelas —le dijo Citronio.

—Pero si no tengo con qué... Si las quiero coger con la mano, se me van.

Mariquita entonces extendió la mano, y cogió una mariposa amarilla salpicada de puntos rojos. La mariposa no se movió. Entonces Citronio la arrancó por fuerza.

—¡Ay, qué extraño! ¿Por qué no quería despegarse?

—Porque no es mariposa: es una flor, es una orquídea.

—¡Ay, qué lindo! Yo quiero muchas.

Y se puso a arrancar un manojo de mariposas blancas y amarillas, para llevárselo.

Mariquita iba muy contenta por el bosque, en compañía de su hermano y de Citronio de Almería, llevando en la mano sus flores en forma de mariposas. Citronio le enseñó otras orquídeas extrañas, en forma de picos de ave, en formas de lazo; pero ella no encontraba ningunas como sus mariposas.

Nachito, curioso siempre para las cosas serias, dijo que quería ver dónde crecían los manzanos, los perales. Citronio les dijo que había que atravesar la barranca de los árboles muy altos, y fueron hacia ella.

—¿Y por qué —preguntó Nachito— estos árboles crecen así, y van haciéndose más chiquitos mientras más arriba nacen en la montaña, y todos tienen las copas a un mismo nivel?

—Porque todos buscan el sol, todos quieren que les dé mucha luz y calor en las hojas, y cuando llegan a la altura en que les da todo el sol que necesitan, ya no crecen más; pero los de abajo crecen y crecen hasta que encuentran la luz.

Atravesaron la barranca, y los niños se asombraban de ver qué largos eran los troncos de los árboles que nacían en el fondo; nunca se habían figurado que hubiera árboles tan altos. Nachito, sin embargo, recordó:

—Dice mi papá que él ha visto árboles muy altos en California. Y dice que los hay muy anchotes, y que en uno han abierto los americanos un túnel para que los coches pasen por adentro.

—¡Ah, qué gringos! —dijo Mariquita.

—Esta Chachalaca.

—No sé bien de qué hablan ustedes —dijo Citronio.

Nachito le explicó quiénes eran los "gringos"; Citronio sabía que existían, pero no que los llamaran así.

Al acabar la barranca, llegaron a otros bosques y estaba oscuro.

—¿Por qué está tan oscuro, si todavía es temprano? —preguntó Mariquita.

—Porque este bosque lo tenemos cubierto para que no haga calor.

—¡Ay, de veras, que hace frío!

—¿Y con qué lo tienen cubierto? —preguntó Nachito.

—Con nubes de las que hacemos de algodón dulce. Como estos árboles crecen donde hace frío, y esta es tierra caliente, hay que tener frío este bosque durante una parte del año. En verano, que es cuando dan flores y frutos, quitamos las nubes; ahora, que ya va entrando el otoño, ponemos unas pocas nubes que tapen el sol; cuando llega el mes de diciembre, ponemos nubes muy espesas, y en abril, quitamos unas pocas, y para mayo las quitamos todas.

—¿Y cuando llueve no se derriten las nubes?

—No, acuérdense de que en Jauja tenemos hechos arreglos con los poderes del cielo. En la ciudad nunca llueve. En los campos donde crecen las plantas de tierra caliente sí llueve siempre que queremos. Y en este bosque solamente llueve durante el verano, precisamente en la época en que quitamos las nubes de algodón.

—¡Qué bueno sería que donde nosotros vivimos lloviera nada más cuando quisiéramos! ¿Por qué no se hará?

—Porque dicen que las gentes de carne y hueso todo lo enredan, y nunca se ponen de acuerdo.

Cuando Nachito y Mariquita iban a salir del bosque de árboles de tierra fría para regresar a la ciudad de Jauja, oyeron una voz que los saludaba de entre los manzanos y reconocieron al duende Don Yo de Córdoba que estaba metido en una flor.

—Muy bien, hijos míos, veo que ya se convencieron de que no es posible vivir sólo de dulce. No sólo de dulce vive el niño.

—Pues sí —dijo Mariquita— nos estábamos enfermando

ya, pero hemos ido al establo a tomar leche y luego venimos a los bosques a comer fruta.

Y se puso a contar su excursión con toda clase de pormenores, lo cual divertía mucho al duende.

—Bien, chamacos, voy a acompañarlos hasta Jauja. Las frutas son mejores que los dulces, pero estoy aburriéndome después de tantos días aquí. O tal vez no me aburro de estar aquí, sino de saber que no puedo irme.

—¡Ay, cuánto lo siento! ¡Y pensar que si no me descuido con los anillitos de virtud no nos hubiéramos tenido que quedar en esta isla!

—Bueno, hija, no te apures ya, pero ten cuidado en otra ocasión. Yo he querido inventar algún modo de salir de esta isla de Jauja; pero los primeros días que me vine a pasear a estos bosques me interesaba tanto todo lo nuevo que iba encontrando, que no pensaba en otras cosa, y ayer y hoy, que ya comencé a aburrirme, no se me ha ocurrido nada. ¡Si siquiera viniesen otros seres de fuera que nos ayudaran! Parece que vienen ahora pocos visitantes a Jauja! ...

—Sí —dijo Citronio de Almería— vienen pocos, porque molestaban mucho y hemos procurado estorbarles la venida, sobre todo a las brujas. Pero siempre recibimos dos o tres visitas cada mes.

—Pues que sirvan para algo los que vengan ahora.

Así iban conversando, andando por el bosque, y el duende saltando de árbol en árbol. Nachito y Mariquita comenzaban a cansarse, pues llevaban más de dos horas de paseo, cuando vieron las primeras casas de Jauja a la distancia; apretaron el paso, y cuando ya estaban muy cerca llegaron dos señoras, una de merengue y otra de azúcar cande, vestidas de fantasía, con trajes de oblea color violeta, y les dieron la noticia de que en "Las Fábricas Centrales" se habían encontrado uno de los anillos de ópalo.

Apretaron otra vez el paso, y llegaron a "Las Fábricas", donde Don Escarragut de Narbona, el jefe, les tenía guardado el anillo. ¡Era el pequeñito del duende!

—¿Y cómo lo encontraron? —preguntaba Mariquita.

—Pues barriendo, en un rincón, entre la basura.

—¿Y no aparecieron los otros?

—No; buscamos con mucho cuidado en todos los rincones, cosa que no se nos había ocurrido hacer, porque estábamos seguros de que los tres anillitos se habían ido por el lavadero; pero no se encontró ningún otro anillo.

—Muy bien —dijo el duende— con éste yo me voy, y volveré a buscarlos.

— ¡Qué bueno, qué bueno! —gritaban los dos niños.

—¿De manera que se alegran de irse de Jauja? —les preguntó maliciosamente Don Escarragut.

—No es eso, es que mis papás... —dijo Mariquita.

—No pensabas mucho en tus papás cuando te empeñaste en venir a la ciudad de dulce...

—Bueno —dijo el duende— yo me voy en seguida. No hay que perder tiempo.

— ¡Adiós, adiós! Vuelva pronto a buscarnos.

Nachito y Mariquita estaban contentísimos de que el duende, Don Yo de Córdoba, hubiera encontrado su anillo de virtud, y de que se hubiera ido de Jauja, ofreciéndoles volver a buscarlos, para que regresaran a México. Se fueron a su casa, a prepararse, y se cambiaron de ropa, quitándose la de papel que les habían hecho en Jauja y volviendo a ponerse la de tela con que habían llegado. Aunque los dulces les habían hecho daño, por ser lo único que habían comido en diez días, Mariquita no se olvidó de su deseo de llevar dulces de Jauja para su casa, y pidió a "Las Fábricas Centrales" que le regalaran una docena de cajas de los mejores, escogiendo muchos de los más raros, para dejar azorados a su papá y su mamá, que no los conocerían. Ahora no le parecían mal las frutas extrañas, que encontraba feas en el bosque, y sólo pensaba en la extrañeza de sus papás.

—Y no creo que sea demasiado pedir —decía Mariquita—, porque todos los días les hemos trabajado, no diré que hasta cansarnos, pero sí haciéndoles cosas útiles.

—No, hija mía —le había contestado Don Escarragut—, se han portado ustedes bien aquí en Jauja, y de todos modos

aquí hay derecho de pedir todo lo que uno quiera, porque para todos hay de sobra: aquí no hay pobres ni ricos, todo el mundo tiene lo que quiere, y tanto como quiera y a nadie puede metérsele en la cabeza el ridículo orgullo de decir: "Yo tengo más que mi vecino." Sólo al que no trabajara tendríamos que cortarle las raciones diarias; pero aquí a nadie se le ocurre no trabajar, y a los que vienen de fuera, si son molestos, los obligamos a someterse.

—Bueno —le preguntó Mariquita—, si ustedes tienen esos bosques tan hermosos, con tantos árboles frutales ¿por qué yo nunca veo que coman fruta?

—Porque nosotros no nos alimentamos de frutas, sino de dulces, que es de lo que estamos hechos.

—Entonces ¿para qué tienen esos bosques?

—Para hacer dulces con las frutas, así como tenemos establos para hacer dulce de leche...

—Y el azúcar ¿de dónde lo sacan?

—De unas minas.

Nachito se quedó sorprendido: él había oído decir que el azúcar se fabricaba en grandes máquinas, con jugo de plantas como la caña y la remolacha; y había oído decir que la sal se podía sacar de las minas, pero el azúcar no.

—Eso es entre la gente de carne y hueso —le explicó Don Escarragut—, pero precisamente Jauja se estableció en una isla que tenía minas de azúcar. El día que se enteraran las grandes naciones, ya las veía yo mandar barcos a conquistarnos; pero nunca podrán saber dónde queda nuestra isla.

Entretanto se hizo de noche, y Nachito y Mariquita, en su casa, esperaban el regreso de Don Yo con gran inquietud, haciendo muchos planes sobre todas las cosas que iban a contar en su casa y en la escuela. Pero pasaba el tiempo, y Don Yo no venía. Los habitantes de Jauja se acostaron, y en todas las casas se apagaron las luces.

Ya cerca de media noche, oyeron los hermanitos ruido, y corrieron a la puerta, creyendo que tal vez había llegado el duende. Pero al abrir vieron que el ruido lo hacían cuatro brujas que estaban arrancándole pedazos a la casa. Como era

la primera vez que veían brujas, se quedaron mirándolas fijamente; las pudieron reconocer, porque eran como siempre les habían dicho: muy viejas, encorvadas, con la nariz y la barba muy grandes. Las brujas los vieron, y se les echaron encima: dos cogieron a Nachito y dos a Mariquita y los montaron en grandes palos de escoba y los ataron. Los hermanitos gritaron pero en seguida les taparon la boca y se la ataron con pañuelos. Se acordaron de que los habitantes de Jauja atrapaban a las brujas con redes, pero ellos no tenían redes de aquéllas ni sabían manejarlas.

Los gritos de los niños fueron oídos en Jauja, pero demasiado tarde; cuando los que los oyeron salieron de sus casas, con redes en las manos, a ver de qué se trataba, los niños iban ya con las brujas por los aires en sus palos de escoba.

CON LAS BRUJAS

Las cuatro brujas se llevaron a Nachito y a Mariquita volando sobre sus palos de escoba por los aires en medio de la noche, hasta sus casas, que estaban en medio de un bosque oscuro. A la entrada del bosque tenían una casita a medio construir, hecha de dulce; cada vez que podían iban a Jauja a robar dulce y lo agregaban a la casita, para atraer a los niños. Al llegar con Nachito y Mariquita, se detuvieron a la entrada del bosque, agregaron a la casita los pedazos de dulce que habían desprendido de la casa de los dos hermanitos en Jauja, y después echaron a andar hasta llegar a las casas en que vivían.

Ya en sus casas, dos brujas se llevaron a Nachito y dos a Mariquita, y los ataron con cadenas al pie de sus camas, y los hicieron dormir en el suelo. Los dos hermanitos estaban muy tristes, pero pensaban que quince días antes se hubieran asustado mucho más, porque todavía estaban en duda de si las brujas se comían o no a los niños, pero ahora sabían que sólo los hacían trabajar.

—Imagínate, Anabolena, qué suerte habernos encontrado

a estos chicos. Ya estábamos cansadas de tanto trabajar. Como el último chico se nos escapó hace tanto tiempo, y...

Cállate, Lucreciaborgia, mira que esta chica oye lo que decimos, y no vayas a contar cómo se escapó el otro. Los chicos son el diablo.

—La verdad es que dicen que más sabe el diablo por viejo que por diablo; pero los muchachos, con ser muchachos, le ganan.

Mariquita, oyendo esto, pensaba que los niños habían de escaparse con facilidad del poder de las brujas, y que Nachito, que estaba siempre estudiando todo lo que veía y le gustaban las cosas mecánicas y los inventos, de seguro pensaría en el modo de escapárseles. Se acostó, pues, en el suelo quitándose antes el vestido, y las brujas no le dieron ni almohada ni estera, ni frazada, así es que durmió con mucho frío, cubriéndose con su trajecito echado encima.

Al día siguiente se levantaron cansados, pero no mucho, porque los niños resisten bien las molestias cuando están sanos. A Mariquita se le ocurrió una buena idea: hacerse la enferma. Dijo que le dolía la cabeza y el cuerpo todo, y que sentía la nariz tupida, y que se figuraba que tendría gripe. Las brujas se alarmaron.

Ya ves, Lucreciaborgia, no debemos tratar a los chicos con tanta dureza. Más vale que pasemos a esta chica a la cama en que dormía Cataderrusia, y que se abrigue, porque si se nos muere es igual que si no la hubiéramos encontrado.

La pasaron, pues, a una cama vieja y medio rota, pero de todos modos mejor que el suelo, y la arroparon bien. Ella se hacía cada vez más enferma, y le trajeron café con leche bien caliente, con buen pan, y medicina amarga, que Mariquita fingió tomar sin disgusto, pero escupió del otro lado de la cama en cuanto salieron. La bruja a quien le decían Anabolena discutía enojada con la otra:

—Ahora estamos peor que si no hubiéramos cargado con esta muchacha, porque tenemos que trabajar para nosotras y para ella. Y todo porque tú te empeñas en que hay que tratarlos a la baqueta. Si han de trabajar para una, pues más

vale que estén fuertes y sanos; si no, es como matar la gallina de los huevos de oro.

—Es que también tú los consientes demasiado, y nunca vigilas, y yo muchas veces los he encontrado, cuando a ti te tocaba ver qué hacían, jugando con las yerbitas del campo, y todo porque tú les habías ido dizque a buscar plantas de virtud secreta.

—Será como sea, pero lo que sé es que a mí me da mejor resultado mi modo de tratarlos que a ti el tuyo. Y si se van, no es por mí...

—Pues por mí no será...

Y así estuvieron discutiendo toda la mañana.

Mientras tanto, a Nachito lo habían puesto las otras dos brujas, Dubarrina y Juliaragona, a cortar leña en el bosque. Se le ocurría hacer una trampa en que cayeran, pero temía que, si atrapaba a una sola, las demás, sabiendo que él lo había hecho, lo azotarían. Decidió, pues, seguir pensando hasta dar con algún plan que no tuviera inconvenientes serios.

Mientras Mariquita se pasaba el día en la cama, engañando a las brujas y haciéndoles creer que estaba enferma, Nachito trabajaba cortando leña en el bosque. Pensaba qué haría para fabricar una trampa en que cayeran las brujas, pero el plan se le complicaba mucho, porque podía caer en la trampa una bruja sola, y después venir otra de ellas, y soltarla, y maltratarlo a él si comprendía que él lo había hecho. Y además, las brujas no lo dejaban solo sino muy poco rato, y él estaba atado con cadena, y la cadena tenía candados, uno que se cerraba sobre sus pies y otro que se cerraba en el lugar donde estuviera atada la cadena.

Pasó, pues, todo el día sin poder atinar qué haría para librarse de las brujas. Apenas se alejaba una, venía la otra a ver cómo trabajaba, y a veces se peleaban:

—Mira Juliaragona, que por no estar cuidando a este chico no va a hacer nada, y tenemos mucho trabajo atrasado.

—Siempre has de reclamar, Dubarrina, cuando no te toca. Más lo cuido yo que tú, que cuando te pones a pensar en la

corte de los reyes de Francia te quedas como ida y no ves lo que pasa cerca de ti.

—Pues peor te pones tú cuando te acuerdas de Italia, y que si los Duques, y que si los Cardenales... Y total, pueblos viejos que no se pueden comparar con París.

Nachito se asombraba de aquellas discusiones que no entendía: comprendió solamente que hablaban de sus tiempos pasados, pero las cosas que decían eran muy extrañas, porque hablaban de reyes de Francia y él había oído decir que ya se habían acabado. Como siempre que tenía ganas de saber, quiso preguntarles a las brujas, y les habló, pero aserrando madera con todas sus fuerzas para que no creyeran que por conversar dejaba el trabajo:

—¿Y cómo es eso de los reyes de Francia, si dicen que no los hay ya?

Juliaragona, enojada contra su compañera, le respondió inmediatamente:

—Claro que no los hay, y que cuando los hubo no valieron nada, sino que ésta se figura que los conoció, y que vivió en la corte de Luis Quince...

—Pues sí que viví —contestó la otra.

—Y te figuras que fuiste mujer célebre, y por eso te dicen Dubarrina, que ni se sabe cómo te llamabas de veras. Pero la mujer que tú pretendes que eres murió, y bien muerta, porque le cortaron la cabeza en la guillotina, y de eso hace bastante más de cien años.

—Edad no me vengas a sacar, porque si yo tengo más de doscientos años, tú tienes más de cuatrocientos. Digo, si va uno a creer que eras quien pretendes, porque la Julia que tú dices que eres murió creo que de la peste, porque en tu famosa Italia había pestes a cada rato.

—¡Bueno! Y que en París nunca se moría nadie. Digo, si tu famoso rey Luis Quince...

Nachito se quedó sin enterarse de gran cosa, porque las dos brujas, que realmente parecían tener centenares de años, se enredaban en mil pormenores; sólo pudo sacar en claro que

se figuraban haber sido mujeres famosas, pero lo que cada una creía la otra se lo negaba.

Por la noche, las brujas dejaron suelto a Nachito dos o tres veces, y él pudo darse cuenta de que tenían unos frascos con substancias raras; se acercó a leer los nombres que tenían, como en las boticas, y vio que había venenos. En pedazos de papel echó buena cantidad de polvo de tres o cuatro venenos de aquéllos, e hizo el plan de echarlos en la comida que tenía que ayudar a las brujas a preparar al día siguiente.

Nachito se acostó pensando en qué haría al día siguiente para envenenar a las brujas con los venenos que había encontrado en la casa; pero se le presentaba una nueva dificultad: si él envenenaba a Dubarrina y Juliaragona, las otras dos brujas, Anabolena y Lucreciaborgia, que tenían presa a Mariquita, lo descubrirían, y todo se quedaría en nada. Cansado de hacer planes, se durmió al fin, en el cuartito donde lo metieron las brujas, porque, habiendo visto que Mariquita se enfermó (así creían) por dormir en el suelo, creyeron que era lo mejor darle comodidades a Nachito, que así podría trabajarles y no enfermarse.

Las brujas se habían acostado temprano, poco después de anochecer, y Nachito también; pero a las doce de la noche sonó el reloj, muy fuerte, y Nachito despertó oyendo ruido en la casa, y, aunque no pudo salir de su cuartito por la cadena que lo ataba a la cama, llegó hasta la puerta y vio que las brujas se preparaban a salir, montadas en sus palos de escoba. Al poco rato salieron, y las oyó conversar con las dos vecinas, y luego las cuatro se fueron agitando el aire. En las dos casas se habían quedado solos Nachito y Mariquita, pero no podían comunicarse... Nachito pensó:

— ¡Qué buena ocasión para intentar huir, o cualquier otra cosa que nos salvara de esta situación!

En eso recordó al duende Don Yo de Córdoba, y pensó que de seguro habría ido a Jauja a buscarlos y no los había encontrado.

— ¡Si pudiera venir!

Así pensaba, cuando oyó una risa de cristal que conocía muy bien. ¡Don Yo de Córdoba había llegado!

—¡Ay, qué bueno! —exclamó Nachito—. Y yo que pensaba que no iba usted a venir. ¿Cómo vino hasta acá?

—Queriendo. ¿No recuerdas que con los anillos de virtud se va a cualquier parte?

—De veras. ¿Y nos fue a buscar a Jauja?

—Precisamente. Anoche llegué, y vi que habían desaparecido ustedes. Esperé a la mañana, y los vecinos me contaron que las brujas se los habían robado; que cuando ellos salieron a ver qué pasaba, porque oyeron los gritos, ya iban muy lejos, y no pudieron echarles las redes a las brujas.

—¿Y cómo no vino en seguida a buscarnos?

—Porque lo mejor era esperar a las doce de la noche, cuando las brujas salen a recorrer el mundo en sus palos de escoba. Así no hay necesidad de pelear con ellas. Me fui, pues, de Jauja, a arreglar muchos asuntos, y ya cuando fueron las doce vine para acá.

—¿Y nos podrá sacar de aquí?

—Claro. Nada más sencillo. Ahora traigo muchas cosas útiles, y no solamente los anillitos.

Sacó del bolsillo una lima, y le dijo:

—Lima, lima.

Y la lima limó la cadena de Nachito y pronto quedó libre, y luego entraron a la casa vecina, y soltaron a Mariquita.

—Ahora —dijo Nachito— vamos a envenenar a las brujas. Les dejaremos preparado algún plato con veneno...

—No se lo comerían —dijo el duende— y además yo no puedo matar a nadie. Mejor les haremos otra jugada: vamos a encerrarlas aquí dentro de sus casas.

—¡Ay, qué bonito! ¿Y cómo?

—Les ponemos a todas las puertas y ventanas cerraduras que ellas no puedan abrir. Les dejamos abierta la puerta de la calle, y cuando ellas entren, y la cierren, se quedarán encerradas.

A Nachito y Mariquita les interesó mucho el plan del

duende Don Yo de Córdoba, de dejar presas a las brujas dentro de sus propias casas.

—Bueno —le dijo Nachito al duende— usted dice que no puede matar a nadie...

—Claro, me está prohibido; el día que yo matara me moriría.

— ¡Ay, qué raro! —exclamó Mariquita.

—Sí —dijo Nachito— pero encerrando a las brujas de manera que no puedan salir, se morirán de hambre, y es lo mismo que matarlas.

—No —les respondió el duende— porque primero vamos a dejarles qué comer. Las vamos a dejar a pan y agua. Y, además, les dejaremos leña para que no se mueran de frío en el invierno, que aquí es fuerte.

Nachito se quedó pensando, y al fin preguntó:

—Bueno ¿y cuando se acaben las provisiones, no se mueren las brujas?

—No, porque antes de que eso suceda vendrán a sacarlas. Al cabo de unos meses, pasa por aquí cualquiera y abre las puertas.

—Entonces —terció Mariquita— no tiene mucha gracia dejarlas encerradas. Yo creo que lo bueno hubiera sido matarlas.

—Ya te he dicho que eso no puedo hacerlo ni dejarlo hacer. ¡Qué ganas de matar tienen estas gentes de carne y hueso! Hay otra cosa que no sabían ustedes: hay brujas de diferentes clases, unas que se vuelven brujas de puro viejas; otras que se vuelven brujas de puro malas, y otras que son buenas mujeres encantadas. Una de esas, si se queda mucho tiempo sin salir a volar de noche sobre palos de escoba, empieza a quitársele lo bruja, y si entonces se la encuentra una persona de buenos sentimientos, sobre todo algún príncipe joven, puede salvarla. ¡Qué sabemos si están en esa situación!

—Yo no lo creo —dijo Mariquita— porque yo las oí pelearse y se decían la una a la otra que habían sido mujeres muy malas; que una de ellas engañaba a su marido y él la mandó matar, y que la otra envenenaba a los hombres.

—Y las que me cogieron a mí también se decían cosas... —agregó Nachito.

—No lo crean; a veces se hacen ilusiones cuando están encantadas. Y sea como fuere, vamos a prepararlo todo, porque se pasa el tiempo y a las brujas puede ocurrírseles venir.

El duende sacó del bolsillo una cesta muy chiquita, y le dijo:

—Pan, cesta, pan.

La cesta se hizo grande, y echó a andar sola, ante el mayor asombro de los dos niños. Al poco rato volvía llena de pan, lo descargba en el comedor de una de las casas, y volvía a salir y regresaba con una nueva carga. Así estuvo haciéndolo mucho rato, hasta dejar medio llenos los dos comedores de las dos casas.

Mientras tanto, el duende se sacó del bolsillo una hacha chiquitita como la cesta y le dijo:

—Corta, hacha, corta.

El hacha se hizo grande, echó a correr sola hacia el bosque, y pronto se oyó que cortaba árboles a toda prisa.

El duende se sacó del bolsillo una carretilla chiquitita, y le dijo:

—Leña, carretilla, leña.

La carretilla creció y echó a andar hacia el bosque. Al poco rato regresó con leña y comenzó a llenar las cocinas de las brujas.

Por fin, Don Yo de Córdoba se sacó de los bolsillos muchos trastecitos, y todos comenzaron a trabajar en las puertas y ventanas de las casas poniéndoles cerraduras que no podían abrirse.

Los instrumentos mágicos a quienes el duende Don Yo de Córdoba dio órdenes de que pusieran cerraduras nuevas, que no se pudieran abrir, a todas las puertas de las dos casas donde vivían las brujas, trabajaron con gran rapidez y en menos de una hora estuvo todo hecho.

Terminado el trabajo, el duende recogió sus trastecitos, los hizo volver de tamaño pequeñísimo, y se los guardó en el

bolsillo. Entonces él y los niños dejaron las casas de las brujas, y se fueron andando por el bosque.

Mientras andaban, el duende les dijo:

—Si quieren ustedes, podemos esperar por aquí, cerca de las casas, a que lleguen las brujas. Nos esconderemos entre los árboles.

Los niños decidieron esperar, y las brujas regresaron pronto, como a las tres de la mañana, sobre sus palos de escoba. Estaban inquietas por Nachito y Mariquita, y en cuanto oyeron el primer canto del gallo Cantaclaro, lo pusieron como pretexto para dejar a sus amigas en el aquelarre, aunque éstas aseguraban que aquel canto no era el anuncio del día, porque el cielo estaba todavía muy obscuro. Llegaron sorprendidas de ver abiertas las casas, se metieron a toda prisa, y las cerraron con fuerza. Al poco rato se oyeron sus voces de azoramiento al ver tanto pan y tanta leña, y Anabolena quiso salir inmediatamente para avisar a las dos vecinas; cuando pretendió abrir la puerta, vio que no podía, llamó a Lucreciaborgia, y al fin se dieron cuenta de que allí habían puesto una cerradura nueva.

Igual pasó en la otra casa: Dubarrina quería salir para contarles a las otras lo que había encontrado y preguntarles si ellas no habían hallado cosa igual en su casa, cuando se dio cuenta de que no podían abrir las puertas. Ensayaron abrir las ventanas, y descubrieron que también era imposible. Trataron de hablarse de una casa a otra con gritos, pero no podían entenderse: la gritería era espantosa.

—Así se estarán —dijo el duende— hasta que haya quien pase por aquí y se le ocurra abrir las puertas a la fuerza, cosa que tendrá que suceder. Vámonos, pues.

Nachito y Mariquita apretaron sus anillos, cerraron los ojos, y al poco rato se encontraron en México, cerca de su casa.

—¿No sería mejor esperar a mañana —dijo Nachito— para volver a casa? Si llegamos ahora, despertamos a papá y a mamá, y ya no volverán a dormirse. Mejor sería dejar que durmieran y llegar mañana temprano.

—Vámonos a pasear a mis jardines —dijo el duendecito— a menos que quieran dormir.

—No tenemos sueño.

Y el duende los llevó a unos jardines donde había muchas flores raras y hermosas, pero todas pequeñas, como si fueran jardines para muñecas. Mariquita estaba encantada. Nachito preguntaba cómo se había hecho aquello, y el duende le explicó que los seres pequeños como él, y con poder como el suyo, hacían casas y jardines y montañas y de todo, semejante a aquellos en que vivían los hombres, pero más pequeños. Sólo que, cuando se cansaban, los deshacían, y después se hacían otros nuevos.

En aquellos jardines vieron el amanecer, y Mariquita preguntó si aquel era el sol que ella conocía. El duende le explicó que sí; que sus poderes no llegaban hasta hacer otro sol nuevo.

Entonces, ya de día, el duende los acompañó hasta su casa, y allí les pidió que le devolvieran los dos anillitos de ópalos, porque era mejor que él los guardara, y les prometió verse con ellos de cuando en cuando. Nachito y Mariquita entraron a su casa, encontraron a su papá ya vistiéndose para salir y a su mamá dirigiendo a la cocinera en la cocina. Fue tanto el gusto que recibieron los papás de volver a verlos, que no los reprendieron; pero la mamá se hizo contar y repetir muchas veces la historia de todo lo que les había pasado, y los obligó a prometer que nunca volverían a irse de paseo con el duende.

CON LAS HORMIGAS Y LA CIGARRA

La Nana Lupe dio por terminada la historia de Nachito y Mariquita cuando regresaron a México, después de haber visitado Jauja y caído en poder de las brujas; pero, como le pedíamos que nos contara otras cosas que les hubieran sucedido se puso a escarbar en su memoria y recordó cuentos nuevos.

Nachito y Mariquita —nos dijo— se estuvieron en su casa quince días sin atreverse a ver al duende, Don Yo de Córdoba. Doña María les pidió que no volvieran a verlo, y ellos lo prometieron, aunque sabían que les bastaba irse al campo y ponerse a desear que viniera el duende para que él se apareciera entre los nopales. Pero una tarde que buscaban tunas, Mariquita se acordó del duende, y tuvo ganas de que viniera, y aunque no se puso expresamente a desearlo, él se apareció.

—Ay —decía Mariquita— no sé cómo ha venido...
—Pues tú querías verme —le respondió el duende.
—Sí quería yo, pero no me puse a llamarlo.

—Llamarme, llamarme no... Pero como supe que querías verme, vine.

—Es que le habíamos prometido a mamá que no lo veríamos nunca más.

—Bueno, pero nada malo ha de pasarles. Yo tendré mucho cuidado de que nunca se vayan demsaiado lejos y de que siempre puedan volver.

Se quedaron allí, paseando entre los nopales, buen rato, y el duende les contaba muchas cosas, que ellos no sabían de las plantas y de los animales. Nachito preguntó:

—¿Es verdad que hay animales que hablan?

—Las cotorras...

—No, esas repiten palabras nada más, pero no conversan. Yo digo animales que hablan y discuten y explican.

—Pues en el mundo en que viven ustedes no los hay, o, mejor dicho, los hombres no entienden el lenguaje de los animales. Pero en mi jardín sí puede entenderse.

—Pero nosotros hemos estado en su jardín y no oímos hablar a los animales.

—No, porque estaban durmiendo. Pero si se hubieran fijado habrían entendido lo que cantó el gallo. Si quieren ir allá...

—¿No nos pasa nada?

—No, yo cuidaré de que no pase nada.

El duende les prestó dos anillitos de virtud, y cerrando los ojos, y queriendo llegar, en seguida estuvieron en el jardín. Don Yo los llevó junto a un gran hormiguero: las hormigas, que eran grandes, no se habían contentado con abrir hoyos en la tierra, sino que habían hecho unas como chozas o jacales de dos pisos, sobre el suelo, y en ellas cabía Don Yo. Aquellas hormigas estaban acarreando muchas cosas que arrancaban de las plantas vecinas: granos, y frutitas, y hojas... Una cigarra verde se les acercó y les habló: las hormigas se hablaron entre sí, tocándose unas a otras las cabecitas, y mandaron a una de las más grandes a hablar con la cigarra. La cigarra les dijo que ya empezaba a hacer frío y que estaban secándose las plantas

cuyas hojas se comía ella; como veía que ellas guardaban tantas cosas, deseaba que le dieran de comer.

Nachito y Mariquita se quedaron sorprendidos al ver que entendían todo el discurso que decía la cigarra, y les pareció que la hormiga jefe le ofrecería de comer. Pero se sorprendieron más que antes al ver que la hormiga contestaba.

–De ningún modo podemos darte de comer. Lo que guardamos es para nosotros...

–Pero algo les sobrará.

–Eso no sabemos. A veces sobra, a veces falta. ¿Tú por qué no guardas?

–Porque yo no hago casa. Yo me hospedo en árboles verdes, y me ha ido bien todo el verano, mientras hizo calor. Canto, y todos se ponen contentos.

–Pues debías guardar que comer para el invierno, como nosotros. Debías trabajar. El que no trabaja no come.

–Pero yo trabajo. Hay días que trabajo mucho. Canto de tal manera que me siento muy cansada al llegar la noche.

–No creo que sea trabajo eso de cantar. Nosotros no cantamos.

–Pues sí es trabajo...

–De todos modos, no importa. Ya vas a morirte: tú no puedes resistir los inviernos como nosotros. El verano del año que viene, nacerán tus hijos, y nos vendrán con los mismos cuentos al acabarse el calor. Todos los que no saben pensar en el día de mañana acaban pidiéndonos dinero a los que nos creen ricos. Adiós: que te den de comer los que se pusieron contentos oyéndote cantar, si es que ellos tienen de qué.

La cigarra metió la cabeza en el hueco de una piedra, muy triste, y así se estuvo hasta que sintió que dos hormigas le tiraban de una de las alas.

–Ah, ya quieren hasta comerme –dijo–. Pues no, que todavía no me he muerto. Y mi carne pudiera hacerles daño: tal vez aprenderían a cantar.

Y echó a volar. Mariquita la llamó y se puso a conversar con ella. La cigarra seguía muy triste.

–Creo que sí voy a morirme. Me siento muy débil.

—Pues no —dijo Mariquita— yo te haré una casa y te pondré comida en ella.

Y con ayuda del duende le arregló un nido caliente de hojas en el hueco de un árbol, y allí le amontonaron hojitas que pudiera comer. La cigarra se quedó ya contenta y cantó hasta que Nachito y Mariquita se volvieron a su casa. No cantaba ahora con tanta fuerza como antes; su voz era más pequeña, pero cantaba con más delicadeza: su canción era una canción de otoño.

CON EL CUERVO Y EL COYOTE

Aquella tarde en que Nachito y Mariquita oyeron en el jardín del duende la conversación entre la cigarra y la hormiga, y la niña le hizo nido y le dio alimento a la pobre cantora, volvieron temprano a su casa. Convencidos de que podían seguir visitando el jardín del duende sin extraviarse ni tardar en volver, a la tarde siguiente se fueron al campo y se pusieron a desear que viniera Don Yo de Córdoba. El duende apareció en seguida, bailando sobre las espinas del nopal sin clavarse, y se los llevó a su jardín.

Mariquita se puso a coger flores, una de cada mata, porque quería que todas fueran distintas, y había muchísimas, como ella sólo había visto allí. Nachito se dedicaba a ver en qué eran diferentes unas de otras.

En eso estaban cuando vieron un cuervo de plumas negras muy brillantes que picoteaba un gran pedazo de queso en el suelo. Poco a poco se le fue acercando un coyote, y cuando ya iba a echársele encima lo vio el cuervo, y voló, llevándose el pedazo de queso en la boca, hasta plantarse en una rama de árbol. El coyote se quedó abajo, mirándolo, y pensó que no lo podía alcanzar.

—Vuela demasiado —decía en voz baja— y no lo he de poder devorar. Pero si pudiera quitarle el queso, que parece del mejor de Holanda... Qué bien se ve lo anaranjado del queso, con lo rojo de la cáscara, junto a las plumas negras del cuervo. Son tan negras las plumas, que azulean.

Las últimas palabras las dijo ya en voz alta, y el cuervo comenzó a poner atención. El coyote siguió hablando alto:

—Don Cuervo es un ave muy hermosa.

El cuervo lo miraba con asombro, pero en su expresión se veía que no estaba convencido de que el coyote hablara desinteresadamente.

—Lo engañaré con la verdad —oyeron los niños que decía en voz baja el coyote; y luego, levantando la voz:

—Yo bien sé que la gente dice que el cuervo es feo; pero hay tanta gente de mal gusto... Basta ver los Kewpies y los Bilikens que tienen en sus casas. ¡Cómo va uno a hacer caso de lo que dicen! Pero luego, cuando quieren elogiar a una mujer de pelo negro dicen que su cabelllera es como el ala del cuervo: quiere decir que los poetas sí se han dado cuenta...

Mariquita estaba azorada del largo discurso que echaba el coyote, y no comprendía que elogiara tanto al cuervo cuando poco antes se lo había querido comer.

—Lo negro muy negro es hermosísimo—seguía diciendo el coyote—. Sobre todo, cuando de negro que es se ve azul. Mi pariente el zorro, muy amigo de los cuervos que comen queso, me cuenta que en Grecia, donde él nació, había un dios de cabellos negros y le cantaban himnos diciéndole que tenía los cabellos azules. El zorro dice que eso era porque se embriagaban para cantarle al dios; pero no es verdad: es que aquella gente sí sabía lo que decía, y sabía ver... El zorro es demasiado práctico: no le gustan las cosas bellas; no piensa más que en su provecho. Yo, aunque soy de la familia, soy de otro modo. Como nací en México, sé ver y sé oír.

El cuervo miraba ahora con mucho interés al coyote.

—Y francamente, no sé por qué atacan al cuervo. Dicen que saca los ojos, y que se los saca hasta al que lo cría. Pero yo nunca he sabido que nadie haya visto suceder eso. ¿Por qué

no se defenderá el cuervo? El, que sabe hablar con voz de hombre.

El cuervo no resistió más, y rompió a hablar:

—Calumnias, calumnias...

Al abrir la boca, el queso se le cayó y el coyote se le echó encima. El cuervo, azorado, dejó de hablar; luego, al darse cuenta de lo que le había sucedido, echó a volar furioso detrás del coyote dándole picotazos en la cabeza. El coyote se detuvo para defenderse y atacar por su parte, pero le era imposible hacerle nada al cuervo. Entretanto, el queso rodaba por el suelo y Nachito se apoderó de él:

—Basta de pelear —les dijo—. Le devuelvo su queso al cuervo, pero le quitaré un pedazo para el coyote, en castigo de haberse dejado engañar.

—Es que todo el queso es mío —gritó el cuervo.

—El queso será de quien lo hizo, y no tuyo: tú se lo robaste a su dueño. Así es que conténtate con lo que te devuelvo.

CON LAS RANAS

Aquella misma tarde, cuando se alejaron el cuervo y el coyote, Nachito y Mariquita siguieron paseándose por los jardines de Don Yo de Córdoba. Llegaron a un estanque, y oyeron cantar muchas ranas:

—Bbrekekekex, brekekekex, coac, coac.

Mariquita y Nachito cogieron piedras y las tiraron al estanque. El coro de ranas siguió croando:

—Brekekekex, brekekekex, coac coac.

Los niños estaban azorados de ver que no se callaban con las pedradas, pero poco después, cuando parecía que estaban más contentas, olvidadas de las piedras, se callaron todas. Así estuvieron unos minutos, y al fin volvieron a croar:

—Brekekekex, brekekekex, coac coac.

Volvieron a tirarles piedras, y siguieron ellas croando, pero al rato se quedaron en silencio, para volver a empezar después. Nunca parecían hacer caso de las piedras sino después de pasado buen rato.

—Son muy curiosas mis ranas —les dijo el duende—. Nunca quieren confesar de una vez que tienen miedo.

Anduvieron los niños otro poco, y vieron un pozo con brocal bajo, y de él subían grandes ramas de helechos. A la orilla del pozo había dos ranas, solas, conversando.

—Coack, qué bueno que hemos encontrado este pozo. Ya estaba yo muy cansada de tanto saltar. Buen trecho hay desde el estanque que se nos secó hasta aquí.

—Pues no estaba yo menos cansada, coac, coac —dijo la otra—. ¿No será bueno meternos en el pozo?

—Coac... no. Hay que ver bien. ¿No será demasiado hondo? Figúrate: si se seca ¿cómo salimos después?

—Tienes razón. Habrá que informarse primero.

Nachito, que ya iba tomando la costumbre de conversar con los animales les habló:

— ¡Qué prudentes son las señoras!

—Sí que hay que ser prudentes —le contestó la rana calculadora—. En nuestra familia hemos aprendido con la historia de nuestras antepasadas y el dios Zeus.

—¿Pues cómo fue eso?

—Una vez las ranas de una gran laguna, muy al norte de Grecia, querían rey. No eran enteramente griegas, de manera que no tenían aspiraciones democráticas, como los griegos de verdad, que se gobernaban entre todos; querían rey, como los bárbaros.

—¿Sólo los bárbaros tienen reyes? —preguntó Mariquita.

-Es cuestión de opinión —dijo la rana—. Los griegos así pensaban. Ello es que aquellas ranas, a las que yo no me parezco, le pidieron rey al dios principal en que creían los griegos, a Zeus.

—¿Y por qué no a Dios, como nosotros? —volvió a preguntar Mariquita.

—Pon tú que le llamaran Zeus y que fuera el mismo.

—Pero decías que dios principal... ¿Creían que había muchos?

—Eso dicen; bueno, tú crees que hay Dios y muchos santos; pues así creían ellos que había dioses mayores y menores... Zeus, el mayor de los dioses, les tiró un palo desde arriba. El palo, al caer, hizo mucho ruido, las ranas se

asustaron y se escondieron debajo del agua; pero luego, viendo que todo estaba tranquilo, fueron sacando las cabezas, y las más valientes se fueron acercando al palo:

—Señor, coac... Brekekekex, señor... El palo no contestaba; las ranas siguieron acercándosele, y acabaron por subírsele encima. . A los pocos días no hacían más que reírse de él, diciendo que no servía para nada, ni mandaba, ni se daba a respetar, y se figuraba que lo iban a tomar por sabio porque no hablaba... Al fin armaron una revolución, y entre todas sacaron de la laguna al palo, que no hizo nada por impedirlo ni se defendió de ninguna manera. Ya triunfantes, se lanzaron todas a la laguna, gritando al cielo: "Brekekekex, Brekekekex... Otro rey, otro rey..." Las muy bárbaras se parecían a los bárbaros que piden: Otro toro... Zeus, enojado por la injusticia que cometieron con el rey pacífico, les echó ahora un culebrón, que las devoró a todas excepto a las pocas que se salvaron huyendo por caminos polvorientos hasta que pudieron encontrar otra laguna. Si no huyen, se habría acabado entonces la especie de las ranas.

Cuando la rana prudente acabó la historia de las imprudentes que pedían rey, Nachito declaró que era muy interesante.

—¿Y desde entonces son prudentes las ranas?

—No crea, hay de todo. Después de aquello del rey que se las comió, sucedió la historia de la que quiso parecerse al buey.

—¿Pues cómo fue eso?

—No sé bien. Unos dicen que la rana era muy vanidosa y quiso competir con el buey en tamaño, otros dicen que estaba contando el cuento muy a lo vivo; ello es que se puso a inflarse, inflarse, inflarse... y cuando ya estaba resultando enorme ¡puf! reventó... Pero tengo mucha sed, voy a beberme las gotas de agua que hay en las hojas de este helecho que sale del brocal del pozo.

—No te vayas —dijo Mariquita— cuéntame otras historias de tu familia.

—Te puedo dar buenos informes —dijo Nachito— si nos dices más. Bebe y vente.

La rana subió a saltos al brocal, bebió y regresó a conversar.

—Pues sí, no se han acabado la imprudencia ni la vanidad entre las ranas. Hubo una que vivía en los charcos de un camino y le aconsejaron que se mudara de allí. —¿Porqué? —contestó—. Aquí he vivido siempre, y nunca me ha sucedido nada. Aquí vivió mi madre, y murió de vieja. Aquí vivió mi abuela... —"Bueno, y tu bisabuela, y tu tatarabuela; pero hay peligro..."

—"Es que tenemos práctica, y cuando se acerca una carreta nos apartamos."

—"Eso irá bien con las carretas, pero ahora van a pasar por aquí carros nuevos, que van muy aprisa. Se llaman automóviles. Adiós." —La consejera se partó del camino, y en ese momento vino corriendo el primer automovil que pasaba por aquel camino. La rana de los charcos no tuvo tiempo de apartarse, y el automóvil la aplastó.

¡Qué tontas son las ranas! —dijo Mariquita oyendo las historias que le contaba la rana viajera.

—No creas que sólo las ranas son tontas. ¿Pues y las gentes? Te podía contar yo cada cosa que he sabido de los hombres.

—No, yo no quiero que me cuentes cuentos de nosotros. En mi casa oigo bastantes... Quiero saber de las ranas.

—Pero es bueno que pienses que todo lo que nos sucede a nosotros puede muy bien suceder entre los hombres. Los animales no somos los únicos que tenemos defectos. Así es que todo lo que me oigas contar aplícalo, y verás que te sirve. Tu ocurrencia me hace recordar la historia de una de nosotras con una gallina.

—¿Pues cómo fue eso? preguntó Nachito.

—Estaba una vez una rana croando sola: "Brekekekex coac", cuando oyó un gran escándalo: "Co-cocococo-coiaco, cococococococoriaco." Como era muy curiosa, quiso saber qué sucedía y a saltos se fue buscando el lugar de donde venía el

ruido. Pronto vio que era una gallina, la cual cacareaba rodeada de otras muchas, que la miraban fijamente y de cuando en cuando decían en voz baja y muy despacio: "Creo, creo." La rana quiso saber más, pero era peligroso acercarse a las gallinas saltando por el suelo, porque la podían picotear, así es que se subió a un arbolito, y desde allí, sintiéndose segura le habló a la gallina escandalosa: "Brekekex, brekekex, ¿qué pasa? " La gallina, encantada, se esponjó y le contestó: "Co-co-coriaco, acabo de poner un huevo." La rana se echó a reír: "Coac, coac, coac... ¿Y eso es todo? " La gallina, furiosa, quiso volar hasta el arbolito y picotearla, pero no pudo, porque tenía un ala recortada precisamente para que no volara bien; entonces se contentó con responderle a la rana: "Pues sí es todo, pero un huevo sirve de algo... En cambio tú te pasas todo el santo día gritando ¡Brekekekex! y no haces nada de provecho. Antes de ponerle faltas a otro, fíjate si tú no las tienes también."

La rana que contaba los cuentos, al acabar, dijo que tenía sed, y que además ya era tiempo de darle los buenos informes ofrecidos.

—Otra historia —pidió Mariquita— y te decimos lo que quieres saber.

—Bueno, voy a beber primero.

—Bebe y vente.

La rana fue a saltitos, hasta el brocal del pozo, bebió en los helechos, y volvió a hablar.

Es verdad que a veces somos vanidosas las ranas. Por eso una de nosotras, que era prudente, le advirtió a una de sus hijas: "¿Ves esa caña que baja por el río, con aire como de cosa importante? Pues no vale nada: Es hueca y vacía." Pero ya estoy cansada de tanto hablar y de tanto andar, y todavía no sé dónde voy a vivir.

—Pues síguenos y verás: no tienes que meterte en este pozo, que es hondo; aquí cerca hay un buen estanque.

Echaron los dos niños a andar y las dos ranas a saltar, hasta llegar al estanque, donde había tantas otras. Las dos

viajeras se lanzaron al agua muy contentas, y se despidieron de Nachito y Mariquita.

—Muchas gracias. Adiós. Brekekekex, brekekekex.

CON EL LEON

Después de su conversación con las ranas viajeras, Nachito y Mariquita regresaron a casa cuando ya iba a ser de noche. Tenían temor de que su mamá supusiera que andaban de paseo con el duende y le contaron que se habían detenido frente a una laguna que descubrieron, tirándoles piedras a las ranas. La mamá les dijo que la ocupación le parecía muy poco interesante y el papá les aconsejó que no se entretuvieran en hacer daño a los animales; pero los niños les aseguraron que sólo tiraban piedras a la laguna por ver cuánto tiempo tardaban las ranas en callarse.

Al día siguiente, volvieron a pasear con Don Yo de Córdoba, pero le dijeron que ya estaban cansados del jardín y que preferirían un bosque, con árboles grandes.

—Pero eso sí, que en el bosque podamos también entender lo que dicen los animales.

—Muy bien, así lo haremos. Junto al jardín tengo bosques muy hermosos.

Y el duende se los llevó a un bosque de pinos, y a poco de llegar vieron allí un venado grande, de piel lustrosa y

manchada, con gran ramazón de cuernos. El venado estaba mirándose en un gran charco, y Nachito le preguntó.

—¿Qué haces allí?

—Me miro y me admiro.

—¿También los venados son vanidosos? —dijo Mariquita.

—No es vanidad —contestó el venado—. Es que soy realmente hermoso. Mi piel es lustrosa como la seda. Pero fíjense bien: no soy uno de esos venados amarillos, que no se ven mal, pero que resultan vulgares. Mi piel es más obscura y tiene manchas. ¿Y han observado mis cuernos? Son hermosísimos. ¿Nunca han visto los árboles en invierno cuando no tienen hojas? Pues tengo más cuernos que ramas tiene cualquier árbol. Y además ¡qué bien repartidos están! Forman una corona magnífica.

Mariquita, que a veces le daba por burlarse, le dijo:

—Pero tienes las patas muy flacas.

El venado se disgustó con aquello, pero disimulando dijo:

—Sí, no son muy gruesas. Es lo único que no me agrada por completo...

Nachito le observó:

—Pero así flacas te sirven para correr.

El venado respondió:

—Yo preferiría...

Pero no pudo seguir, porque se acercaban unos cazadores. Echó a correr, y los cuernos se le enredaron entre las ramas de un árbol bajo. Nachito y Mariquita lo miraban con interés, temiendo que no pudiera escapar de los cazadores. Pero el venado pudo desenredar los cuernos de las ramas y volvió a correr como el viento. Los cazadores no pudieron cazarlo.

—Ya ven —les dijo el duende— los cuernos de que estaba tan orgulloso el venado iban a ser la causa de su muerte; en cambio, las patas, que lo avergonzaban, son las que lo han salvado.

Pasaban por allí dos coyotes, y uno de ellos saludó a Nachito:

—Buenas tardes. Supongo que te acordarás de mí. Yo soy el del queso del otro día.

—¿Qué buscabas ahora por aquí?

El coyote, que era franco, le dijo:

—Creí que los cazadores matarían al venado, y quería comerme lo que dejaran. ¡Pobres venados! Se creen la gran cosa, porque tienen grandes cuernos, hermosa piel y buena carne, pero por eso mismo los matan. Y cuando no mueren por los cuernos, mueren por los pies.

—¿Cómo así? —preguntó Nachito.

—Pues que caen en trampas y quedan presos de los pies. Así sucedió con aquel que cogimos cuando íbamos cazando con el león.

—¿Pues cómo fue eso?

—Creí que la cosa era bien conocida. Una vez decidimos tres coyotes cazar en compañía de un león. Como el león muchas veces deja la parte que no le gusta de los animales que mata, y nosotros nos la comemos, creímos que a todos nos convendría el arreglo, porque nosotros podríamos coger, con nuestra astucia, animales que él no podía matar por sorpresa, como lo hace. Así es que hicimos una trampa, y cayó en ella un venado. Era lo primero que cogíamos desde que nos juntábamos para cazar. El león tenía hambre, porque hacía días que no lograba coger nada, y cuando lo llamamos para que hiciera el reparto del venado, tomando para sí las partes mejores, que le gustan (por ejemplo, los sesos), le dieron ganas de comerse todo el animal, y dijo: "Haremos cuatro partes: ésta, la primera, será para mí; la segunda será para el más valiente, y me toca a mí, porque el más valiente soy yo; la tercera será para el más fuerte, y me toca a mí, porque el más fuerte soy yo; la cuarta será para mí también, porque me llamo león." Naturalmente allí acabó nuestra sociedad de cazadores.

—¡Qué bandido es el león! —dijo Mariquita, cuando terminó el cuento en que el rey de los animales, como le llaman a veces, se adjudica todas las porciones de la caza.

—¿Crees tú —dijo el coyote que había contado el

cuento– que sólo los leones hacen eso? Los hombres fuertes, sí son injustos, también...

–Pero el león tiene buena fama –dijo el otro coyote– y muchas veces no la merece. Acuérdate de aquel que se hizo el enfermo.

–¿Pues cómo fue eso? –preguntó Nachito.

–Una vez un león estaba poniéndose viejo y apenas podía cazar. Comenzó a pasar hambres. A veces tenía que comerse las sobras que dejaban otros animales menos fuertes, lo cual, para cada uno de sangre real, es una gran humillación. Por supuesto, él esperaba que nadie lo viera; pero los coyotes a veces lo sorprendíamos, y no le decíamos nada para que no se enojara. Viejo y todo, era peligroso andar cerca de él cuando estaba irritado.

– ¡Pobre! –dijo Mariquita–. ¿Y nadie lo ayudaba?

–Sí, los chacales, que adulan siempre a los leones; pero no podían conseguirle gran cosa, porque sólo tienen buen olfato para las cosas podridas. Bueno, el león se hizo el enfermo y mandó a los chacales que se lo dijeran a todo el mundo por los bosques, y les rogaran a todos que fueran a visitarlo, porque se sentía muy solo. Además, el león todavía se cree rey, y espera que se le hagan homenajes.

–Ya no; también entre los animales van acabándose los reyes. Como hemos visto que los hombres pueden acabar con todos nosotros, ya no le tenemos respeto especial a ninguno. Pero no faltan animales que crean todavía en eso de los reyes y la nobleza y las cortes, y muchos fueron a visitar al león, a veces nada más que por darse tono y contar que tenían amistad con el gran personaje. Yo me encontré a un venado que iba rumbo a la cueva y le dije: "¿Qué es eso? En otro tiempo decías que el león era muy tirano; que los que sabíamos matar debíamos hacer una revolución en contra suya; pero ahora vas a visitarlo." –"No, enemigo suyo nunca he sido; ya ves que siempre me respetó, aunque hubiera podido matarme, como a muchos parientes míos; en realidad, nos llevábamos bien... Es de buenos sentimientos, y, de todos modos, personaje muy distinguido, de la mejor familia del

reino animal. Yo no creo en esas cosas de cortes, pero siempre..." —"Bueno, el tigre... Realmente, es demasiado feroz; pero ¡qué animal tan elegante! ¡Qué piel! ¡Qué movimientos! Feroz y todo, no pierde la distinción." —"No, claro, mata muy bien. Un zarpazo, y ¡zas! queda partida en dos la víctima. ¿Nunca has visto a los de Bengala? Tienen dos metros de largo..." —"¡Qué mal gusto! —interrumpió el venado, tembloroso. —No hables así de cosas tan tremendas." —"¿Es de mal gusto? Pues y la pantera. ." —"Se ve que le tienes mala voluntad a la familia. Adiós." —"Adiós —le contesté— deme noticias de Su Felina Majestad al regreso." Y allá se fue, muy orondo, con los cuernos muy en alto y esponjando la piel para que la admiraran; yo creo que por la piel se figuraba que valía tanto como la familia real. ¡El pobre! Así le fue...

—¿Pues qué le pasó? —dijo Mariquita.

—Ya verás. Yo veía a muchos animales ir a la cueva del león, pero nunca me acerqué. Los chacales vinieron a verme: —"¿Qué es eso? Su Majestad está muy sorprendido de ver que no vas a visitarlo, ni tú ni nadie de tu familia." —"Muchas ocupaciones, amigo mío; cuesta trabajo ganarse la vida. Apenas hay qué comer; hay muchos muertos, con la sequía. Ya ves que el león, con ser quien es, apenas tiene qué llevarse a la boca." El chacal frunció el entrecejo: "¿Que no tiene qué comer el león? No sé quién andará contando eso. Quieren desacreditar a la familia real. Política, intrigas... —Pues ahora que está enfermo, le llevan andando solos los platos ¿verdad? " —"No sé qué quieres decir. No se puede tratar con esta gente, que ha perdido el respeto a la autoridad." Y se fue el chacal, agitando la cola con furia.

—¿Y qué era eso de los platos que andaban solos? —preguntó Nachito.

—Hijo mío, los animales que entraban allí no volvían a salir. Cuando murió aquel león, porque su vejez ya no tenía remedio, fui a visitar la cueva. Lo primero que me encontré fue la piel de aquel venado presuntuoso que quiso presumir de amigo del león.

—Yo he oído —dijo Nachito—, que el león es una fiera generosa.

—Pues a veces sí —dijo el coyote del queso—. Cuando tiene toda su fuerza hace cosas buenas. Así aquella vez del leopardo y el perro.

—¿Pues cómo fue eso?

—Una vez acababa un león de matar un toro. Estuvo esperándolo subido sobre una roca, hasta que el toro pasó cerca; entonces saltó sobre él, montándosele en la espalda, y con dos zarpazos le abrió la cabeza. Un leopardo de muchas pretensiones había estado acechando también al toro, desde un árbol y cuando vio que el león lo había matado se acercó a reclamar una parte. —"Yo te doy con gusto una parte para que comas, pero ¿por qué reclamas como si tuvieras derecho a ella? "

—"Porque tengo derecho —contestó el leopardo—; yo he estado acechando al toro."

—"Pero eso no te da ningún derecho; tienes demasiadas pretensiones, y cualquier día revientas de vanidades; pero te aseguro que no reventarás de comerte a este toro, porque no te tocará ni la pezuña."

—"Es que..."

—"Nada, acércate si te atreves."

El leopardo vio que el león estaba irritado y se azotaba a sí mismo con la cola; tuvo miedo, y se fue refunfuñando, gruñendo entre dientes; que si el león era un tirano insoportable, que si abusaba de su fuerza...

—Pues la verdad es que sí abusaba —interrumpió Nachito.

—Eso depende de cómo miremos las cosas. Si quieres decir que el león se le impuso al leopardo porque sabía que su fuerza era superior, es verdad. De todos modos, en seguida demostró generosidad. Andaba por allí un perro salvaje, con mucha hambre y miraba el toro muerto sin atreverse a acercarse. El león lo vio, y, calmado el enojo que tenía contra el leopardo, le invitó a acercarse y a comerse un pedazo del toro. Pero el perro no se atrevía.

—"¿Tienes miedo? " —preguntó el león.

—"Pues la verdad... la verdad es que sí."

—"Pero no debes tener miedo; acércate."

—"... Gracias, pero..." Y el perro seguía sin acercarse. Entonces el león partió en dos pedazos al toro, se llevó uno y le dejó el otro al perro salvaje diciéndole:

—"Te dejo ese buen pedazo, y me voy de aquí para que puedas comértelo, en paz y sin temor".

Acababa el coyote de contar el cuento cuando apareció un león. Mariquita ya estaba asustándose y Nachito lo miraba con asombro, cuando el duende les dijo:

—No tengan miedo. El león no se acercaría sin mi permiso y no se atrevería a hacerles daño. Además, ha comido bien.

—No vengo —dijo el león— sino a conversar. Oí que hablaban de mí y quise venir. Los leones, yo creo, sabemos ser tolerantes con los débiles. Y a veces nos recompensan muy bien. Así me pasó con el ratón del campo.

—¿Pues qué sucedió?

—Una vez estaba yo durmiendo debajo de un árbol, y un ratón hacía ruido corriendo entre las hojas secas y me quitó el sueño. Desperté rugiendo, y el ratón no me hizo caso; seguía removiendo las hojas secas y se escondía entre ellas, jugando conmigo, aunque me veía disgustado. Al fin lo atrapé, y ya lo iba a aplastar de un manotazo cuando me rogó que le perdonara la vida. Así lo hice. Poco después, caí en una trampa de cuerdas, y aquel ratón, oyéndome rugir, acudió a verme, y al darse cuenta de lo que me pasaba royó las cuerdas y me libertó.

—Yo he oído contar —dijo Nachito— que una vez un hombre le sacó una espina de una pata a un león, y que el león no quiso comérselo cuando se lo echaron en el circo para que lo devorara.

—Es posible —dijo el león que visitaba el bosque del duende— aunque la historia no me la habían contado. Lo que sé es que ahora en los circos no nos echan ni conejos que devorar, cuanto menos hombres.

—Eso —terció el duende Don Yo— sucedió en el circo

romano, hace mucho tiempo: entonces sí se echaban hombres a las fieras. Ahora dicen los hombres que eso estaría muy mal.

—¡Quién sabe! —dijo el león—. Yo creo que si se hiciera iría mucha gente a verlo. Dicen que en Yanquilandia la gente va a ver quemar hombres como si el espectáculo fuera muy divertido.

—Los yanquilandeses dicen que eso no es malo —agregó uno de los coyotes— porque los hombres a quienes queman son negros y no les parecen iguales a ellos. Pero yo los he visto quemar blancos. La costumbre de quemar...

—Francamente —dijo el león— no sé por qué los hombres acusan tanto a las fieras. Los leones no nos matamos unos a otros, ni los lobos; pero el hombre es lobo para el hombre ¡Y vanidosos! Hasta presumen de fuertes. El otro día tuve aquí mismo una discusión con un hombre, a quien Don Yo de Córdoba invitó a cazar (cosa que no debía hacer, porque introduce el desorden en el bosque)...

—Si los leones tienen derecho a cazar en este bosque —dijo el duende— ¿por qué he de prohibírselo a los hombres, cuando son mis amigos? Además que sólo los dejo cazar animales que abunden, como los venados.

—Bueno —continuó el león— el hombre aquel no pretendía atacarme a mí, sino al contrario, conversar, y me aseguraba que yo no era rey de animales ni cosa que lo valiera, porque los hombres eran más fuertes que los leones. Yo le dije que era absurdo decir eso; se comprende que el hombre se declare más inteligente que el león, porque hace más cosas que el león que requieren su inteligencia; construye ciudades, barcos, carros... La verdad es que esas cosas puede hacerlas porque anda en dos pies y tiene manos. Los que sólo tenemos patas no podemos hacer muchas cosas aunque nuestra inteligencia nos diga cómo pudieran hacerse... ¡Pero pretender el hombre llamarse más fuerte que el león! De todos modos, aquel hombre quiso demostrarme la superioridad del hombre, y me llevó a la salida del bosque donde hay una estatua de Hércules venciendo al león de Nemea.

—"¿No ves?" —me dijo— "Ahí tienes la prueba, ahí tienes al hombre venciendo al león." Yo le respondí: —"Eso es pintar como querer. Otra cosa sería si la estatua la hubiera hecho un león."

—¿Y es verdad —preguntó Nachito— que hubo un león que se enamoró de una muchacha?

—Eso dicen, pero yo no lo ví. Dicen que se enamoró de la hija de un hombre del campo, y quería casarse con ella; pero el padre tenía miedo de que la devorara, así es que le dijo que, por ser hija delicada y débil, era necesario que el león se sacara los dientes y se cortara las uñas. El pobre enamorado aceptó, y cuando se presentó sin uñas y sin garras, el campesino agarrró una tranca y le partió la cabeza.

A Nachito le divertía mucho conversar con el león, sabiendo que la fiera no le haría nada, y hasta Mariquita encontraba aquello muy interesante. Como era maliciosa, le dijo:

—Pero si los leones son tan justos ¿por qué cuentan aquello de "porque me llamo león"?

—Raum —rugió el león, como si fuera a disgustarse— yo no sé si es verdad, pero no crean que siempre nos asociamos con otros animales que saben portarse bien. Mal me fue con aquel lobo, pariente de estos señores coyotes.

—¿Pues qué pasó? —preguntó Nachito.

—Viajaba yo por los Estados Unidos, y como no conocía bien el terreno me asocié con un lobo. Una vez, ya cayendo la tarde, oímos el "be-he-eh" de las ovejas. El lobo, conociendo que era caza menor, dijo: "Esta es la mía; nada más fácil que matar dos o tres ovejas, y me luzco con este personaje extranjero. A él le dejaremos matar toros, búfalos y demás." Declaró que iba en seguida a buscar la comida del día; que era cosa de pocos minutos; que yo no tenía que molestarme... Se fue, y al rato volvió diciéndome que estaban muy flacas y no valía la pena comérselas. "Bueno —dije yo— pero flacas y todo lo mejor es comérselas. Hasta ahora no hemos cazado nada en el día." —"Es que de veras, señor, de veras no valen la pena, —insistía el lobo— como son puro hueso van a hacerle daño a

los dientes." —"Me como yo los huesos si es preciso. Voy a ver esos animalitos." Me fui en dirección de donde se oían los balidos, y descubro que las ovejas no estaban solas, sino que las iban llevando a recoger en los rediles sus pastores acompañados de buenos perros. El lobo se había asustado, y no quería confesar la verdad. Estaba como su pariente el zorro con lo de las uvas.

—¡Señor! —exclamaron los coyotes—. Hoy toca hablar mal de toda nuestra familia.

—¿Pues cómo fue eso de las uvas? —preguntó Nachito.

—Ya te lo contaré después; pero creí que lo sabrías, porque hasta los cachorritos conocen el cuento. Bueno: vi por qué se había asustado el lobo, y le dí la razón, aunque me disgustó su mentira. Era cosa de arreglárselas para atrapar dos o tres de aquellas ovejas, que no tenían nada de flacas. Me escondí detrás de unas rocas y comencé de rugir: no era cosa de salirle al frente a aquellos pastores, que iban vestidos como los cowboys de cinematógrafo y llevaban pistolotas y rifles. Cuando oyeron mis rugidos, apretaron el paso; los perros se pusieron a ladrar, y corrían de un lado para otro juntando las ovejas. Yo seguí rugiendo y ellos iban cada vez más aprisa. Al fin echaron a correr, y yo detrás, escondiéndome siempre y rugiendo. Con la prisa dejaron atrás dos ovejas, y yo les eché mano; estaban muy sabrosas. Todavía le di de comer al lobo, porque, al fin y al cabo, en tierra extraña, pensé que me convenía su ayuda. Pero me disgusta la mentira de los lobos y todavía más la de los zorros.

—¿Pues qué hizo aquél de las uvas? —insistió Nachito.

—Pues igual cosa que el de las ovejas. Vio unas uvas que colgaban en racimos sobre una tapia, y estaban diciendo: "Cómeme", digo, a los que comen uvas, porque yo no las pruebo. El zorro creyó que sería fácil alcanzarlas, y se puso a saltar, pero fue inútil, estaban demasiado altas. Después de ensayar muchas veces, se convenció de que no las alcanzaría, y se quedó contemplándolas buen rato. En eso pasó por allí un cuervo, y como los cuervos les tienen mala voluntad a los zorros desde el asunto del queso, le preguntó con burla:

–"¿Qué tal? ¿Tenemos ganas de uvas?" –"¡Oh no! –contestó el zorro– no están maduras". –"Pues para mí, como no están demsiado altas, sí están maduras."

Nachito y Mariquita estaban divertidísimos con la plática del león (¡nunca se habían imaginado poder conversar con el rey de los animales!) y se les iba pasando el tiempo, cuando el duende Don Yo de Córdoba les advirtió que debían regresar a su casa, porque se les iba a hacer tarde. Se fueron, pues, y llegaron al anochecer con gran disgusto de la mamá, que decía:

–Yo creo que estos niños ven al tal duende. Mañana voy a buscarlos a la escuela.

–No, mamá –dijo Nachito–, no hay necesidad. Nosotros vendremos temprano.

CON EL CAMELLO

Al otro día Nachito y Mariquita le dijeron al duende que no irían con él, ni tampoco en los días siguientes. Regresaron temprano a su casa aquella tarde, y después cada día regresaban con un poquito más de retraso, pero sin irse con el duende. Entre tanto, Nachito le pedía a su papá que le comprara libros donde hablaran de animales. El papá les trajo de México uno con muchas ilustraciones, que representaban animales de todas clases. Nachito leyó mucho sobre cómo eran esos animales, y cómo vivían, y mil cosas muy curiosas; Mariquita, más perezosa para leer, se contentaba con saber lo que su hermano le refiriera de sus lecturas. Al fin, entusiasmado con todo lo que había aprendido, decidió que volvieran a visitar los bosques del duende, y una tarde lo llamaron y se fueron con él.

Nachito dijo que quería conocer los camellos, y el Don Yo hizo venir uno. Mariquita se lo encontraba gracioso con sus jorobas, y aunque no le dijo nada comprendió el camello por qué ponía ella la cara risueña al mirarlo.

—Yo sé —murmuró al fin el camello—. que mi figura les parece ridícula a muchos.

—Pero eres muy útil —le dijo Nachito—. En los desiertos sirves de mucho.

—Claro está, porque sé pasarme semanas enteras sin comer y hasta sin beber. Pero nadie se burlaría de mí si mis antepasados hubieran tenido buen juicio.

—¿Pues qué sucedió?

—Uno de mis antepasados se quejaba con Zeus, el dios griego, cuando repartió sus dones a los animales, de que le habían dado poco. —"¿Crees que te he dado poco?" —le dijo Zeus, "Te he dado resistencia como a muy pocos animales. Muy pocos tienen la vida asegurada como tú." —"Pero no tengo con qué atacar a mis enemigos." —"No te hace falta." —"Pues yo creo que sí: el león y el tigre tienen garras, el jabalí tiene colmillos, el toro cuernos..." —"Pero repito que no te hace falta nada de eso." El animal siguió insistiendo, y Zeus disgustado le dio un golpe en la espalda, y le salió allí una joroba. Inmediatamente a todos los camellos que ya existían les salió una joroba en la espalda. Uno de ellos, al verlo, corrió a hablarle a Zeus y a quejarse, pero como iba de mal humor le faltó al respeto y entonces Zeus le hizo salir una segunda joroba. Por eso hay ahora dromedarios con una joroba y camellos con dos.

—Pero ahora los camellos tienen mucha paciencia ¿verdad? —preguntó Nachito.

—Sí, desde entonces aprendimos, porque todavía otro volvió a quejarse y entonces Zeus le recortó las orejas y a todos se nos quedaron cortas. Comprendemos que lo mejor es acostumbrarnos a la suerte que nos toca y tratar de mejorarla con nuestro trabajo pero no con quejas. Muchos no saben las ventajas de su propia situación hasta que una experiencia se las demuestra. Y si no, aquí está el burro que lo diga.

Un borriquito blanco se acercaba, y terció en la conversación:

—Yo a veces me quejo de que se burlen de mí y me tomen como ejemplo de estupidez, pero me acuerdo de lo que me contó mi padre.

—¿Pues cómo fue eso?

—Iban mi padre y otros burros, llevando a cuestas a unos indios cuando vieron pasar una caballería muy briosa con militares bien vestidos como jinetes. Los burros se pusieron a quejarse de que a ellos nunca les tocaba llevar tan buenos arreos ni darse tanta importancia como aquellos caballos. En eso se encontraron los militraes con enemigos y se pusieron a pelear. Al poco rato, muchos de aquellos caballos habían sido heridos o muertos. Entonces mi padre les dijo: "No creo que tengamos nada que envidiar a la suerte de los caballos."

—¿Estarán todos los animales descontentos de su suerte? —preguntó Nachito al camello.

—No sé; es probable que sí.

—Pues hay unos que parecen satisfechos, como los venados —observó Mariquita—. ¿No te diste cuenta?

—Y es verdad —dijo el borriquito—. Aquí viene el pavo real, que es de los más vanidosos.

Y dirigiéndose al ave:

—¿Tu eres feliz, verdad? Digo, mirando cómo te esponjas para que te vean tus maravillosas plumas.

—Es verdad que mis plumas me gustan mucho y hago que todos las vean. Pero procuro que todos olviden mi voz. Uno de mis antepasados era favorito de la diosa Hera, la esposa de Zeus; oyó cantar al ruiseñor, y tuvo envidia; le pidió a la diosa que le concediera una voz como aquella: "El ruiseñor es un pajarillo insignificante y feo: ¿por qué se le ha concedido tan buena voz?" La diosa, enojada por su envidia y su codicia, le contestó: "Las cosas buenas están repartidas igualmente entre todos los animales. Si el ruiseñor tiene voz, tú tienes plumaje, y eres de buen tamaño. En tu plumaje llevas el resplandor del arco iris, ¿qué más quieres?" Y desde entonces los pavos reales no podemos aspirar a tener buena voz. Pero ya ves, hay quienes nos envidian.

—¿Quién? —preguntó Mariquita.

—Pues el grajo.

—¡Ah! —exclamó Nachito—. Yo he visto ese pájaro en mi libro. Es muy feo.

—Pues el grajo a veces se roba nuestras plumas y se las pone. Durante buen rato se pavonea con ellas, y los otros animales creen que es uno de nosotros, pero al fin se le acercan y ven que tiene otra cabeza, y que todo él es distinto, y empiezan a quitarle las plumas a picotazos, hasta que lo dejan como es, en medio de grandes risotadas.

—Y luego —terció el duende— como dicen: "Cuando falta el pavo real hace la rueda el pavo." O como le llamaban los aztecas, el guajolote.

—Ahí tienen ustedes al animal vanidoso —dijo el pavo real—. Ese tiene poca cosa de qué estar orgulloso, y sin embargo, se esponja y abre sus plumas como si fueran iguales a las mías.

—Pero es muy bueno para comer —dijo Mariquita—. En mole ¡fff! es para chuparse los dedos.

—Eso será bueno para los hombres —contestó el pavo real— pero al guajolote no debiera ponerlo orgulloso.

En el bosque cantaban muchas aves, y se oyó la voz del cuclillo que decía:

—Cucú, cucú.

—Oigan a ese pájaro —dijo el pavo real—. No dice más que su nombre: es el cucú.

—¿Y por qué no dice otra cosa? —preguntó Mariquita—. ¿No sabe decir nada más?

—Sí sabe, y cuando se le habla responde; pero a la hora de cantar no canta más que su propio nombre, como si se anunciara.

Mariquita y Nachito se echaron a reír:

—Entonces es como esos anuncios que repiten y repiten el nombre del sombrero o del jabón que quieren que compre la gente ¿verdad? ¿Y por qué hace eso el cucú?

—Ya verán. Una vez vino de la ciudad una golondrina, cansada del ruido: contaba que en la casa donde vivía, porque había hecho su nido en el techo, pusieron una fábrica, y que quiso cambiar de casa y no encontró ninguna donde no hubiera fábrica o donde no hubiera una cerca, de manera que el ruido era insoportable. Entonces se vino al bosque, y puso

su nido en un agujero que hizo en la piedra floja de una colina cuya pendiente era recia como una pared. El cucú se puso a conversar con ella mientras agujereaba la piedra, y le preguntaba: —'Tú que conoces bien a los hombres, porque vives en sus casas, dime: ¿qué dicen de nuestro canto? ¿Qué piensan del ruiseñor? —' Dicen primores. Todo el mundo cree que nadie canta como él. ¡Pobre! Por eso lo meten en jaulas." "¿Y de la alondra?" —También la elogian mucho, pero prefieren oírla cantar en el campo, cuando sale el sol y ella echa a volar hacia arriba, siempre hacia arriba, subiendo y cantando" —"¿Y el mirlo?" —"Pues no tanto; reconocen que sabe cantar, pero dicen que es burlón." —"Y... bueno ¿de mí qué dicen?" —"De tí, no sé. Nunca los he oído hablar de tí". El cuclillo se puso furioso y dijo —"Si no se acuerdan de mí, yo los obligaré a acordarse. Desde ahora me oirán hablar siempre de mí: Cucú, cucú, cucú."

—Pues no es sólo el grajo el que se roba mis plumas —dijo el pavo real—. Quiero decir que muchos animales se apoderan de cosas ajenas para engañar. Así este señor borriquito.

—¡Yo! —exclamó el burro— ¿Qué cosa ajena me he cogido yo? Satisfecho, vivo, sobre todo desde que me escapé del poder de los hombres y ando libre en los montes.

—¿Pues quién fue el que se puso la piel del león?

—Ese era pariente mío, pero hace mucho que sucedió el caso.

—¿Pues cómo fue eso? —preguntó Nachito.

—Una vez un burro se encontró una piel de león, y se la puso encima, y se dedicó a corretear los campos. Todos los animales se asustaban de él, y él estaba encantado de inspirar tanto miedo, cuando antes nadie se lo tenía. Un coyote, astuto como siempre, tuvo sospechas al ver que el falso león no rugía ni devoraba a nadie, y lo siguió a escondidas, hasta que lo oyó rebuznar en el fondo del bosque, pero bajo, para que no lo oyeran, y le vio las grandes orejas, que los demás animales, por huir de él, no le habían notado. El coyote le hubiera arrancado la piel pero temió a la patadas, y prefirió irse a avisar al dueño del burro. El dueño, que lo creía

muerto y suponía se lo hubiera comido el león de cuya presencia en aquellos campos todos hablaban, tomó un palo y fue a buscarlo; lo apaleó, lo hizo volver a casa, naturalmente se cogió la piel del león, para ponerla en su sala, contando que era de una fiera que él había matado en una cacería.

—Menos mal que cuentas las debilidades del hombre —dijo el burro—. Pero te olvidas de tu pariente la avutarda.

—No es porque la tenga a menos —replicó el pavo real—. Cada animal es como Zeus lo hizo, decíamos en tiempos de los griegos. Pero no es pariente mía.

—Como apenas puede volar...

—Gracias por la amabilidad. Parientes de poco vuelo tengo bastantes, como mi bien ponderado primo el pavo.

—¿Pues qué ha hecho la avutarda? —preguntó Mariquita—. Yo no la conozco.

—Yo sí la he visto en mi libro. Es gorda y bajita —dijo Nachito— ¿Qué hace?

—Como quien no dice nada —explicó el burro—, se roba los huevos de los otros pájaros, porque no le gusta que sus hijos sean torpes para volar y de feo plumaje. Así se hace la ilusión de que van a tomarla por ave distinguida, con hijos hermosos. Cuando nacen los polluelos de los huevos ajenos, ella va por todas partes contando que tiene hijos hermosísimos, que volarán tanto como el águila, que cantarán como el ruiseñor... Todos esperan aquella sorpresa, y cuando los pajaritos salen por primera vez a ensayar vuelos, detrás de ella, que poco les puede enseñar, vienen a verla los otros pájaros, y el ruiseñor dice: "¡Anda! Ahí va uno mío; ése nació del huevo que me robaron y no sabía yo quién; ven para acá, hijo." El ruiseñor joven, al oir la voz que entiende mejor, deja a la avutarda. Y así van reclamando, uno la alondra y otro el canario, y otro la golondrina, y acaba la avutarda por quedarse con los dos o tres polluelos que nacieron de huevos suyos y no robados. Entonces pretende que esos vuelen y canten: pero todo lo hacen como ella, y al fin se esconden para que no se burlen de sus pretensiones fracasadas.

CON EL PERRO

Nachito y Mariquita se despidieron de aquellos animales, y con el duende Don Yo de Córdoba siguieron andando por el bosque hasta llegar a la orilla de un arroyo ancho y tranquilo. Allí vieron un perro que llevaba un pedazo de carne en la boca y miraba atentamente el agua. De pronto, el perro soltó la carne que tenía en la boca y se echó al agua. Los niños se quedaron sorprendidos, no comprendiendo aquello, y cuando el perro salió nuevamente del arroyo le preguntaron qué era lo que había hecho.

—Vi debajo de mí otro perro que llevaba otro pedazo de carne en la boca y quise quitársela. Pero cuando me eché sobre él desapareció, y, lo que es peor, yo solté el pedazo de carne que era mío y ahora se me ha perdido: se me cayó dentro del agua, que yo no había visto hasta que me sentí dentro del arroyo.

Los niños no comprendían bien aquello, pero el duende les explicó:

—Este perro no se dio cuenta de que estaba frente al arroyo, y vio en él su figura, creyó que era la de otro perro

con otro pedazo de carne en la boca. Ya ven: por pretender robar al perro imaginario perdió lo suyo.

—Es que yo tenía mucha hambre —dijo el perro— y quise comerme también el otro pedazo.

—Eres demasiado envidioso —le dijo el duende—. Si ya tenías lo tuyo, no debías de envidiar lo ajeno, que ni siquiera era mejor que lo tuyo. Bien castigado estás.

—El castigo no me quita el hambre —replicó el perro.

—No; el hambre es el castigo —conestó el duende—. Y luego qué tontería: no conocer tu figura.

—¡Qué quieres! Los perros pobres no vivimos en casas con espejos y no se nos ocurre mirarnos en el agua, así es que ni sabemos qué figura tenemos.

¡Pobre! —dijo Mariquita—. ¿No le pudiéramos encontrar su pedazo de carne dentro del arroyo? No es hondo...

Se acercaron al arroyo y vieron la carne en el fondo; el perro se echó al agua y la sacó.

—Agradece a esta niña el no haberte quedado con hambre —dijo Don Yo— y para otra vez quítate la envidia y acuérdate de que más vale pájaro en mano que ciento volando.

El perro, que era tonto, respondió:

—Como yo no he de coger pájaros...

—Quiero decir que no abandones lo que ya tienes por coger lo que no tienes. Y vete, que tu compañía nos sirve de poco.

—¿Cómo es eso de más vale pájaro en mano? —preguntó Nachito.

—Se cuenta de muchas maneras. Unos dicen que un gavilán había cogido un ruiseñor y lo iba a matar para comérselo. El ruiseñor suplicaba y le decía que, por ser él tan pequeño, lo alimentaría poco, y que mejor esperara a coger pájaros más grandes, como los que pasaban, volando en aquel momento. Le hablaba además de su canto, que le agradaría. El gavilán contestó que él no entendía de música y que como los pájaros que pasaban volando no los había cogido, y quizás no iba a poder cogerlos, no lo alimentaban, así es que no

atendió a los ruegos del ruiseñor y lo devoró diciendo: Más vale un pájaro en la mano que ciento volando.

– ¡Qué malo! –exclamó Mariquita.

–Otros dicen que fue una lechuza –pero yo no sé si las lechuzas se comen a los ruiseñores. Otros dicen que fue un cazador. De todos modos, hace ya tanto tiempo de eso, que no se sabe bien lo que pasó.

Al poco rato vieron venir por la orilla del arroyo un corderito corriendo a toda prisa. Al ver a Nachito y Mariquita, corrió hacia ellos, y al preguntarle qué le sucedía les prometió decírselo después de algún rato, porque ahora le era imposible: venía sin aliento.

CON EL CORDERITO

Cuando el corderito se tranquilizó, Nachito y Mariquita le preguntaron qué le sucedía. El les contó que venía huyendo de un lobo. A Nachito le interesó mucho, porque nunca había visto lobos, aunque a cada rato oía hablar de ellos, y en su libro los tenía pintados.

—Yo estaba bebiendo en el arroyo, cuando vi que se acercaba el lobo, y comencé a alejarme, pero él me vio y me dijo: "¿Por qué me ensucias el agua que voy a beber? Mereces que te devore." Yo le contesté: "Mal puedo ensuciar el agua que bebas, porque el arroyo corre de allá para acá, y no de acá para allá." El lobo siguió mirándome con ojos de fuego y dijo: "Pues tú eras el que hablabas mal de mí el año pasado." Yo me defendí: "No pude ser yo, porque el año pasado yo no había nacido." —"Pues entonces fue tu hermano mayor, que se parece mucho a ti." —"Yo no tengo hermanos, —contesté—, mi madre es muy joven y yo soy su único hijo." —"Pues entonces fue uno de tus parientes. No pretendas excusarte. Te he de devorar." Y echó a correr hacia mí, pero yo salí huyendo y he tenido la suerte de llegar hasta aquí.

Bien dicen que los tiranos se sirven de cualquier pretexto para hacer el mal.

En eso vieron que el lobo se acercaba, por las orillas del arroyo, andando y bebiendo. Dentro del agua venía, y detrás de él, un cocodrilo. El cocodrilo le hablaba al lobo:

—¿Por qué bebes andando? Hace daño beber así.

El lobo contestó:

—Sí que hará daño, pero más daño me haría beber tranquilo, para que tú llegaras y me tragaras.

—Ya ves —le gritó el duende— tú sabes también lo que es huir de quien nos quiere devorar.

El lobo volvió la cara y vio al corderito con los niños y el duende, y dijo:

—Es que este cordero es muy falso...

—Nada, nada —replicó el duende —a éste no le harás nada.

—¡Ay, qué bueno! —gritó Mariquita—. Yo me lo quiero llevar a casa.

—¿Y si tu mamá sospecha de dónde ha salido?

—Yo le digo que me lo he encontrado en el campo y que no tiene amo.

—Pero tu papá, que es muy honrado, dirá que se lo debe devolver al amo, porque alguno debería tener.

—Bueno —dijo Nachito— le avisamos a todo el mundo que nos hallamos al cordero y que se lo devolveremos a su dueño cuando lo reclame.

—Ah —dijo Don Yo— mucha gente se presentará a reclamarlo.

—Eso no —contestó Nachito— porque preguntaré señas especiales que tenga el cordero, y como no han de poder decírmelas no se lo entregaremos.

—Veo que eres muy inteligente; vámonos, pues, con el animalito, y volveremos por aquí mañana.

CON EL GALLO Y LAS GALLINAS

Al día siguiente, volvieron Nachito y Mariquita al bosque de Don Yo de Córdoba donde se entendía la charla de los animales, y se encontraron a un galllo que se paseaba rodeado de muchas gallinas. Todos buscaban cosas por el suelo y escarbaban la tierra.. Cada vez que encontraban algo de comer, que era a cada momento, murmuraban las gallinas: "Cro, cro, cro." Pero cuando el gallo encontraba algo lo anunciaba con voz sonora y todas las gallinas corrían a ver y a celebrarlo. Hubo un momento en que el gallo encontró en el suelo un grano rojo, y creyendo que sería un fruto llamó a todas las gallinas a que celebraran su hallazgo.

— ¡Co-co-ri-co!

Todas llegaron aleteando y cacareando, y entonces el gallo muy serio, picoteó el grano rojo esperando partirlo. El grano no se partió, y el gallo siguió picoteando inútilmente, ante el gran asombro de las gallinas.

Al fin el duende le dijo:

—¿No ves que eso no se come? Es un rubí.

—¿Pues si no se come, para qué sirve?

—Para adorno. A los hombres les gusta mucho.

—Pues allá ellos. A mí no me sirve de nada. Como los hombres no tienen nada hermoso en el cuerpo, se adornan con nuestras plumas y nuestras pieles y hasta con piedras. Pero ¿para qué necesito yo piedras rojas, si mi cresta es más roja?

—Pero no echa reflejos de luz como esta piedra —dijo Mariquita—. Yo la quiero. ¿Puedo llevármela?

—No, eso no —dijo el duende—, tus papás se asombrarían y todavía no es tiempo de que te gusten las piedras preciosas. Pero ya ves cómo varía el aprecio que se hace de las cosas según las personas y según los animales. Por eso se habla de echarles perlas a los cerdos como el mayor disparate.

En aquel momento vieron llegar un coyote, y el gallo y las gallinas que por vivir en el bosque tenían fuerza para volar, se subieron a un arbolito. El coyote se acercó, vio a una de las gallinas en el árbol y se puso a conversar con ella:

—¿Cómo está la señora? Me dijeron que no gozaba de buena salud.

—No me siento muy bien.

—¿Por qué no baja para que vea si tiene fiebre? Ya sabe que tengo algo de médico.

—Aquí estoy bien.

—No lo crea. Subida en el árbol tiene que hacer esfuerzos para sostenerse con las patas. En cambio aquí en el suelo puede estar echada.

—Gracias por el interés, pero no tengo ganas de moverme. Creo que si bajo de aquí me muero.

El coyote entendió la burla, y se puso a darle vueltas al árbol, por si la gallina se bajaba. En eso distinguió al gallo, trepado también allí, por otro lado.

—Hola, Don Cantaclaro de Francia...

—Gracias por el nombre, que es el del personaje más ilustre de la familia.

—Pero ¡cómo te le pareces!

—Demasiado honor... Creo que exageras...—contestaba el gallo burlándose.

—Pero yo debo de haberte conocido en alguna parte. ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Pico de Orizaba. Y no creo que nos hayamos visto antes; ya ves, todavía vivo.

—¡Guasón! ¿Por qué no bajas a dar un paseo? Hay muy buenas cosas en este bosque.

—Ya voy —fingió el gallo— . Y desde aquí arriba veo venir a unos hermosos perros de caza, que nos harán compañía.

El coyote, por miedo a los perros, dijo:

—Ahora que me acuerdo... No voy a poder ir al paseo. Mi mujer me dijo que volviera pronto, y como somos recién casados...

—¡Pero coyote! Por unos perros...

—No es por los perros, te aseguro. Adiós, que tengo prisa.

CON EL ZORRO AZUL

Cuando el duende vio que el gallo había hecho huir al coyote con aquella mentira, dijo:

—Este gallo no es como aquel de que hablaba el viejo Don Juan Manuel.

—¿Pues cómo fue eso? —preguntó Nachito.

—Un gallo era perseguido una vez, como éste por el coyote, por un zorro. El zorro lo instaba a que se bajara, pero el gallo no lo hacía. Entonces el Zorro le dijo que para vengarse de su poca confianza iba a hacer caer el árbol, y se puso a roer el tronco. El gallo se asustó y se puso a volar de árbol en árbol, y cada árbol donde se paraba lo roía el zorro; el gallo no pensaba que el zorro tardaría mucho en roer los troncos y que él no tenía por qué agitarse tanto, así es que siguió volando y cambiando de lugar, hasta que en un momento de descuido cayó al suelo y el zorro lo devoró.

—Nunca he visto zorros sino en mi libro —dijo Nachito.

—¿No los hay aquí en el bosque? —preguntó Mariquita.

—Sí, llamaremos uno —contestó el duende.

El duende dio un aullido especial, y al poco rato se apareció un hermoso zorro azul, que saludó a todos muy amable. El gallo y las gallinas, que habían ido bajando del árbol, volvieron a subirse a él, y desde allí participaron de la conversación.

—Sí, sí, ya sé que esta familia no ha querido bajar del árbol a instancias del coyote.

—Tu primo ¿verdad? —le dijo el duende.

—No lo negaré; como precisamente es el pariente pobre, no debemos negarlo. Pero digo que no insistiré con la familia gallinácea para que baje, ya sé que no había de bajar. De todos modos, bien se están arriba, aunque no sea de noche.

—¿Y qué nos cuentas de tu vida? —le preguntó Nachito—. ¿Te ha sucedido cosa notable?

—Contaré un episodio divertido en que por poco pierdo la vida. Una noche me metí al patio de una buena casa y tuve allí un festín. Por respeto a los vecinos del árbol no diré qué cosas buenas había en aquel patio. Estuve muy entretenido, tanto, que no me di cuenta de que ya llegaba el día; ya había luz completa en todas partes cuando me decidí a salir, y en las calles andaba mucha gente. Quise escaparme escurriéndome junto a las paredes, pero en eso pasaba un grupo que no podía dejar de verme, y decidí hacerme el muerto. Me tendí en la acera, y los que pasaron se detuvieron a verme; esta piel azul que es mi orgullo es también mi perdición porque todos quieren matarme para cogérsela y hacerle un abrigo a alguna mujer. Aquellos hombres se detuvieron a mirarme, y uno dijo: —"¡Qué buena piel! Vamos a traer una carretilla para llevarnos a este animal." Yo pensé: Esta es la mía. Mientras van por la carretilla me escabullo. Pero uno de ellos dijo: —"Bueno, ve a buscarla, y te esperamos aquí." Yo seguí haciéndome el muerto hasta ver en qué paraba aquello. Uno dijo: —"Dicen que con los cabellos de la frente se evita el mal de ojo." Y quiso cortarme cabellos de la frente con una navaja. Pero otro le gritó: —"¡No seas bruto! Echas a perder la piel." Otro dijo entonces: —"Lo que sí es bueno contra los panadizos es la uña; voy a sacarle una." Yo me dejé sacar la

uña, sin moverme a pesar del dolor. Otro dijo que mis dientes eran buenos contra el dolor de muelas, y me sacó uno. ¡Figúrense lo que me dolería! Pero lo soportaba yo todo tan bien que siguieron creyéndome muerto. Al fin dijo uno que el corazón del zorro era bueno para preservar contra el dolor de corazón y que mientras venían con la carretilla me lo podía sacar. Al oír aquello, decidí arriesgar el todo por el todo, y me levanté y eché a correr. Por suerte, la sorpresa no los dejó a aquellos hombres hacer nada, y aquí me tienen ustedes.

—¿Es verdad —preguntó Nachito al zorro azul— que los zorros son muy inteligentes?

—Tenemos la fama, y no faltan zorros que la propaguen, como aquel que se encontró con el leopardo.

—¿Pues cómo fue eso?

—El leopardo estaba hablando de su gran hermosura, de las admirables manchas de su piel, de la distinción de su paso, que no se siente.

—Como los del gato —dijo Mariquita.

—Son parientes, pero el gato se ha dejado domesticar, y ya lo ven mal los miembros de la familia. El leopardo, por ejemplo, se creería insultado si se le recordara el parentesco del gato. Aquel leopardo, pues, se elogiaba, delante del zorro, no uno azul como yo, sino de esos vulgares zorros amarillos que no tienen ninguna distinción. Mi pariente lo dejó hablar, y después le dijo:

—No es verdad, no eres tan hermoso, yo lo soy más.

—¿Estás loco? Cómo vas a comparar tu pelaje de lana amarillenta con la seda manchada de mi piel...

—Eres muy vulgar —contestó el zorro—, sólo piensas en la hermosura del cuerpo. Pues soy mejor que tú porque mi hermosura está en la inteligencia, no en la piel—. Y se marchó muy orondo, dejando al leopardo con la boca abierta con aquella respuesta que no esperaba.

—¿Y es verdad que es superior la hermosura de la inteligencia a la del cuerpo? —preguntó Nachito.

—Yo creo que no —dijo Mariquita.

—Pues yo creo que sí —dijo Nachito.

—Es cuestión de opiniones —les dijo el duende—. Pero además —agregó dirigiéndose al zorro azul—, además de la fama de inteligentes, no tiene la especie zorruna fama de muy honrada.

—Eso no lo debo yo juzgar —dijo el zorro azul— pero a veces es demasiada la prevención en contra nuestra, como en el caso del mono y el lobo.

—¿Pues cómo fue eso?

—El lobo alegaba que el zorro le había robado una buena pieza de carne, la cual el lobo decía haber guardado bien escondida para que nadie la descubriera. Los dos animales discutieron largo rato, hasta que decidieron llamar al mono para que juzgara y decidiera. El mono oyó a las dos partes, hizo como que pensaba y después dijo:

—Es posible dudar de que el lobo haya tenido guardada una pieza de carne; pero no es posible dudar de que el zorro se la haya robado.

—Pero a veces sí hemos demostrado los zorros mucha inteligencia, como cuando cazaba uno de nosotros con un león y un lobo.

—¡Ah —dijo Nachito. —¿Cuando ocurrió aquello de "porque me llamo león", en que el león se quedó con todo? Pero entonces no veo en qué estuvo la inteligencia...

—No, no fue entonces, fue después.

—¿Pues cómo fue eso?

—El león, el lobo y el zorro iban cazando juntos; el zorro, con sus pasos que no se oyen, descubrió dónde estaba descansando un venado, y les avisó a los otros dos animales. El león acudió, y con dos zarpazos despachó al venado. El lobo se puso a bailar de gusto, y tenía tantas ganas de comer que cuando el león le dijo que hiciera el reparto se guardó el pedazo más grande.

—¿Y este león querría todo el venado, como la otra vez?

—No, éste ya sabía que no era conveniente cogérselo todo, porque no lo ayudarían a cazar; así es que de buena fe iba a permitir que cada quien se llevara su parte. Pero la torpeza del lobo lo enojó mucho, porque el león reclama

siempre las mayores consideraciones, y ya irritado mató de un zarpazo al pobre animal. Entonces le dijo al zorro que repartiera lo que quedaba. El zorro, con toda prudencia, tomó para sí una parte pequeña, y le dejó al león la parte mayor y mejor. El león, complacido con aquello, le preguntó: —¿Quién te enseñó a repartir con tanta habilidad? —¿Quién? —dijo el zorro. El cadáver del lobo.

Mientras el zorro azul contaba esta historia, se acercó una leona, y saludó a todos, que le contestaron con mucha cortesía. El gallo, desde el árbol, le cacareó una marcha de honor. La leona, cuya falta de melena sorprendió a Mariquita, se daba, sin embargo, tanta importancia como si fuera león y llevara coronada de pelo la cabeza.

—El zorro se entretiene, en nuestra ausencia, en hablar mal de los leones —dijo.

—De ningún modo, señores —intervino el duende— el zorro ha contado con toda imparcialidad cuentos de todo el mundo.

—Pues para que se le quite la vanidad, y no crea que todos son como el leopardo, que no supo qué contestar, les referiré la discusión que tuvimos hace poco una zorra y yo. La presuntuosa de la zorra me decía que ella tenía muchos hijos y que por eso la envidiaban otros animales que nunca llegan a tener sino poca familia. "Cada año —me decía—, tengo yo una buena partida de cachorros. Pero otros... Mire al elefante." —"¿Pretenderás hablar de las leonas también? " La zorra, envalentonada con su charla dijo: "Pues al que le venga el saco que se lo ponga." Indignada le respondí: —"Tus pretensiones son ridículas, porque tus hijos serán muchos, pero ¿qué son? Zorros y nada más. Mis hijos son pocos, pero son leones." Ella se asustó creyendo que iba yo a hacerle algo, pero le volví la espalda y la dejé allí plantada y escarmentada de su vanidad.

El gallo que oía la conversación desde su árbol, y que no tiene buena voluntad a los zorros, como es natural, habló al fin, sin bajar de las ramas, por supuesto:

—Mucho hay que decir, realmente, de las habilidades del

zorro y de sus pretensiones. Este gran personaje azul no se acuerda de las veces que ha tenido que huir de mí.

—No sé cómo...

—Pues verán ustedes: cuando yo cacareo, el zorro huye, porque cree que despertarán los hombres y acudirán a perseguirlo. Así ocurrió hasta con aquel zorro que se vistió con piel de lobo.

—¿Pues cómo fue eso?

—El zorro le decía a su pariente el lobo que estaba descontento de su suerte: —"Tengo siempre que robar por engaño, rondando las viviendas de los hombres para meterme en los gallineros. Y, francamente, la carne de gallina me tiene ya cansado; muy a menudo me tocan gallinas o gallos viejos, porque los más jóvenes, al verme llegar, vuelan y se trepan adonde yo no los alcance. Y luego el gallo comienza a cacarear, y ahí viene el amo con sus mozos armados de palos." —' Tienes razón, dijo el lobo—; no hay como la vida libre del campo, y la caza del animal salvaje. Es verdad que a fuerza de cazarlos acaba uno con ellos, como sucede ahora, así es que tengo que dedicarme a atacar los ganados de los hombres, y eso no deja de tener peligros." —"De los peligros me reiría yo —replicó el zorro—, con tal de no comer más carne de gallina. Si me enseñaras tu sistema..." —"Muy bien —dijo el lobo—. Hace poco murió mi hermano mayor, puedes coger su piel y disfrazarte con ella, porque eso te ayudará bastante." En seguida se puso a enseñarle el arte de la caza mayor, y el zorro estaba encantado, porque aprendía con mucha facilidad. Cuando se consideró bien enseñado, quiso que los dos salieran a cazar, y allá se fueron, el lobo verdadero y el lobo fingido, detrás de un rebaño de ovejas que los pastores llevaban a encerrar. Las dos fieras se pusieron a aullar con tanta furia que asustaron a los pastores y a los perros, y no se diga a las pobres ovejas. Todos corrían para llegar cuanto antes al redil. Cuando ya iba el zorro a lanzarse sobre las ovejas, oyó mi canto: "Co-coricó", y salió huyendo olvidándose de su piel de lobo, y de las lecciones, y del maestro. El lobo verdadero sólo tuvo tiempo de atrapar una

oveja y llevársela al campo. El zorro lo alcanzó y le pidió que le diera un pedazo; pero el lobo lo despachó con cajas destempladas diciéndole: —"Si no tienes el valor de lobo, no pretendas cazar cosa seria. Vuelve a comer carne de gallina vieja."

Entre tanto llegó un gato montés, que tampoco tenía muchas simpatías por el zorro, y dijo que a él no le faltaban cosas que contar.

—El otro día —refirió—, me encontré con un zorro amarillo...

—Menos mal —dijo el zorro allí presente—, nosotros los de piel azul...

—Sólo falta que digas los de sangre azul. Todos los zorros son iguales para mí.

—No diré yo lo mismo de los gatos —respondió el zorro—. Los hay monteses, que son salvajes, y los hay domésticos, que son bien educados.

—Orden, orden, señores —dijo el duende, poniendo paz.

—Pues aquel zorro amarillo se puso a decirme que él era muy inteligente y que sabía muchos modos de escapar a la persecución. "¿Y tú sabes muchos?" —me preguntó— "No, —contesté—, desgraciadamente, si ahora vinieran a perseguirme, lo único que podría hacer es subirme a este árbol." —"Es poca cosa. . Me das lástima." —contesté yo con paciencia. En aquel momento vimos venir unos perros de caza, con sus amos, y apenas nos olieron se lanzaron furiosos hacia nosotros. Yo inmediatamente trepé al árbol. El zorro amarillo echó a correr, pero los perros corrían más y lo alcanzaron y lo hicieron pedazos.

—Mucho más hay que contar del zorro —dijo el gallo—. ¿Recuerdas lo que le hiciste al pobre mono?

—Yo no le he hecho nada —dijo el zorro azul.

—Pues sí debías ser tú, porque era un zorro azul.

—¿Pues qué fue eso? —preguntó Nachito.

—En uno de estos bosques, pero más al norte, había muerto un león que se daba aires de rey de los animales. Al morir él, se reunieron los animales que creían en reyes y

noblezas para ver a quién le tocaba el poder. Como no había descendientes del león, decidieron elegir al animal que mostrara mayor nobleza. El zorro pretendió que lo eligieran, no porque él crea en los reyes, pues tiene muy poco respeto a la monarquía y sabe que ya no goza de ningún prestigio, sino por vanidad pura. Pero como allí juzgaban a los candidatos, enumerando sus defectos y sus méritos, imagínense cómo pondrían al zorro; fue tan acerba la crítica, que se retiró indignado. Al día siguiente, supo con gran disgusto la noticia: había sido electo rey el mono. Este había demostrado que sabía andar con gran solemnidad, dándose aire majestuoso; que tenía toda clase de habilidades; que se parecía mucho al hombre... En fin, hizo tantas monerías que aquellos animales, capaces de creer en reyes, declararon que todo lo hacía admirablemente y que nadie lo igualaría a la hora de llevar el manto y la corona. Dicen las malas lenguas que aquel mono había trabajado en circo y allí había aprendido tantas habilidades. A los pocos días, los animales democráticos tenían acosados a los aristocráticos con sus burlas, porque el pobre mono hacía muchas tonterías queriendo darse importancia; pero sus partidarios lo exusaban diciendo que eran rarezas. El que no lo podía aguantar era el zorro, y decidió hacerlo caer. Una vez vio a unos hombres preparar una trampa destinada a los animales carniceros, poniendo dentro una carne. En seguida que la vio terminada, corrió a decirle al mono que había visto un gran tesoro y venía a darle aviso para que se apoderara de él. El mono acudió muy confiado, y cuando llegó vio que era simplemente una carne. – ' ¿Cómo? –dijo–. Esto es carne, y a mí no me sirve de nada." –"¿Cómo? –exclamó el zorro, fingiendo ignorancia de las costumbres del mono–. ¿Un rey que no come carne? " –"Efectivamente, no la como; ni siquiera tengo buenos dientes para comérmela." –"Bueno –insistió el zorro–, ya que no te la comes, por lo menos puedes tomarla y obsequiarla a tus mejores cortesanos. Es un magnífico pedazo, y el regalo te dará prestigio " –"Muy buena idea –declaró el mono–. Voy a coger la carne." Tendió la mano a coger la

carne y quedó cogido en la trampa. Entonces comenzó a quejarse del zorro y a llamarlo traidor. El zorro, descaradamente, le dijo: "¿Eres rey y no sabes conocer una trampa? "Y allí lo dejó, hasta que llegaron los hombres y se lo llevaron; dicen que el pobre mono volvió a trabajar en el circo. Así acaban a veces los reyes modernos.

—Pues por el estilo se burló del tigre —dijo el gato montés.

—¿Qué le hizo? —preguntó Nachito.

—En un bosque estaban, como de costumbre, muchos animales, cada uno entregado a sus actividades propias. Entre ellos se hallaban un tigre y un zorro. En eso llegaron al bosque unos hombres y todos los animales echaron a huir; pero el zorro y el tigre vieron que no traían armas y que sólo uno de ellos se entretenía en tirar flechas. —"Calculo que no son de peligro —dijo el tigre—, no vienen armados." —¿Crees? —dijo el zorro con sorna—. "Sí" —contestó el tigre enojado por la burla, y se puso a lanzar grandes rugidos avisando a los demás animales que no tuvieran miedo, porque él iba a atacar a los enemigos. El zorro se escondió a ver lo que iba a suceder. El tigre salió al frente, y apenas lo divisó el arquero le disparó una flecha que le fue a dar directamente al corazón. —"¿Conque calculabas que no era de peligro? " —dijo el zorro con nueva burla. El tigre, con gran seriedad se limitó a contestarle: —"Calculé mal" —y murió.

CON LA CIGÜEÑA

Como aquella conversación se prolongaba demasiado, y cada vez llegaban nuevos animales a conversar, con la despreocupación que reina en el bosque cuando se sabe que no hay peligros, el duende Don Yo de Córdoba dijo a Nachito y a Mariquita que se fueran a su casa y que volvieran al siguiente día, porque se les hacía tarde.

—Pero quiero que esté el zorro aquí cuando volvamos —dijo Mariquita.

—Muy bien —dijo el zorro—, aunque sea para que todos me caigan encima. Pero no será la primera vez.

A la tarde siguiente, en efecto, allí estuvo el zorro azul, y acudieron otros animales a hacer tertulia. Los niños se interesaron mucho al ver llegar a la cigüeña, a la cual sólo conocían pintada, con sus patas larguísimas y su pico no menos largo.

La cigüeña dijo que una vez había hecho paz con el zorro, el cual le aseguró que no le haría daño, ni trataría de comérsela; antes al contrario, la invitó a comer.

—Imagínense ustedes que cuando llego encuentro una

gran comida, y en seguida siento gran apetito. Pero al querer tomar la sopa me encuentro con que está servida en platos como los que usan los hombres, y yo, que por lo largo de mi pico tengo que comer y beber en platos y vasos en forma alargada, apenas pude sorber unas cuantas gotas. El zorro, entonces, se apoderó de mi plato diciendo: —"Ya veo que no te gusta mucho la sopa. Me la tomaré para que no se pierda." —"No es la sopa, es que con esos platos no puedo tomarla." —"¡Qué lástima! Pues a mí me parece tan buena, que voy hasta a lamer el plato." Yo rabiaba de hambre y de envidia, porque la sopa estaba buena. Luego vino el arroz, en plato llano, y con gran trabajo, a fuerza de picotear, llegué a comer algo de él. Esperaba yo que después viniera un pescado, pero el zorro me dijo con aire compungido: "Cuánto lo siento! Pero como yo no como pescado..." ¡Y yo que esperaba tragarme dos o tres pescaditos, o dos o tres buenos trozos de pescado grande, como acostumbro! Entonces vinieron los platos de carne y, aunque no la como, me puse a picotearla para no quedarme enteramente con hambre. El zorro, al ver que yo no podía tragármela, se la comió, a pesar de estar picoteada por mí, por el gusto de causarme envidia. Y así fue todo. Hasta los vinos los sirvió en copas anchas, y me daba mucho trabajo beber. En fin, que salí de allí con hambre y con sed, y tuve que irme a desquitar en el río, atrapando pescaditos y bebiendo agua buena.

—Es que te habías burlado mucho de mí —dijo el zorro azul—. Cada vez que me pillabas descuidado me dabas de picotazos, y ¡con ese pico tuyo!

—Pero tú bien que me hubieras devorado una vez, si no hubiera estado allí toda mi familia para hacerte huir a picotazos. Pero ya verán —continuó la cigüeña—, yo decidí que el zorro me las pagara, y allí mismo, aquel mismo día, lo invité a una comida que daría yo. Esta comida la serví toda en vasos largos, como los que usamos las cigüeñas para meter el pico hasta el fondo, y en ellos puse todas las cosas que más le gustaran al zorro. El, naturalmente, sólo podía comer o beber lo que hubiera muy arriba de los vasos, y le

daba mucha rabia, sobre todo, no poder comer más de un picadillo de carne de carnero, que sabía yo era cosa que le gustaría mucho. Pronto comprendió de qué se trataba, y hay que decir que en eso sí se portó bien. Al despedirse me dijo:

—"Estamos a mano. Yo no creí que las cigüeñas tuvieran tanta chispa como yo, pero me gusta reconocer el talento, y no me enojo de la burla. El que gasta una broma debe saber tomar con buen humor la broma que le den."

El león que había estado conversando en ocasión anterior con los niños y los animales en el bosque del duende Don Yo de Córdoba regresó aquella tarde y tomó la palabra contra el zorro.

—No han de saber ustedes la jugada que nos hizo este mañoso animal al tigre y a mí.

—No. Es mucho atrevimiento —dijo Nachito—. ¿Cómo fue eso?

—Pues una vez que había mucha hambre, porque la sequía había hecho morir a muchos animales y apenas se encontraba caza, andábamos los carniceros hambrientos por el bosque, cuando vimos a unos cazadores perseguir un venado, dispararle y matarle. Tenía yo tanta hambre, que decidí apoderarme de aquel venado, aunque me pusiera en peligro con los cazadores, y avancé rugiendo. Oí, al mismo tiempo, rugidos de tigre. Tantos rugidos asustaron a los cazadores y huyeron dejando el venado. El tigre y yo llegamos al mismo timpo al lugar donde estaba la víctima y como cada uno pretendía apoderarse de ella, y los dos teníamos mucha hambre, peleamos por ella. Peleamos largo rato, y como los dos éramos muy fuertes nos hicimos muchas heridas, hasta que caímos al suelo sin poder movernos. Más nos hubiera valido repartirnos aquel venado, pero el hambre nos había hecho ciegos. Cuando estábamos allí caídos los dos, respirando fuerte y rugiendo de cuando en cuando, se acercó este zorro azul, se aseguró de que no podíamos movernos, y se llevó el venado dando aullidos de burla.

—Ea— dijo el zorro—, tantos cuentos sobre mí, aunque sean contra mí, indican que les parezco importante. Pero yo

he de referir una historia a favor mío, ya que entre ustedes no hay imparcialidad.

—¿Contra quién será? —preguntó la cigüeña.

—Contra el hombre, de quien tenemos derecho de hablar mal todos los animales. Una vez me perseguían unos cazadores y yo no sabía ya dónde podía esconderme, porque entre los hombres y los perros no me dejaban lugar donde no me encontraran. En eso me encontré con un campesino que cortaba leña, y, confiado por esta vez, le rogué que me dijera dónde podía esconderme. Me señaló su cabaña, que estaba allí cerca, y me metí en ella. Cuando me creía más seguro, llegaron por allí los cazadores, y le preguntaron al leñador dónde estaría yo. Como él sabía que yo estaba oyendo todo, porque la cabaña estaba muy cerca y además me interesaba oír, les contestó: ¡Quién sabe! Pero además yo estaba mirando por la puerta entreabierta y vi que con la mano les hacía seña indicándoles la cabaña. Los cazadores, sin embargo, no entendieron aquello, y se fueron, cuando yo ya me preparaba a huir por el lado contrario. Entonces esperé a que se alejaran y salí de la cabaña para volverme a mi madriguera. —'Oye —me gritó el leñador—. No seas mal agradecido. Ni siquiera das las gracias por el asilo que te di." —"Te las daría —le dije—, si tu mano fuera tan honrada como tu lengua."

Una cabra que llegó por allí dijo que también tenía que quejarse del zorro.

—¿Pues qué te ha hecho? —preguntó Nachito.

—Una vez íbamos paseando, lo cual les parecerá extraño, porque en general el zorro prefiere devorarme a pasear conmigo, pero en aquella ocasión vi que acababa de comer bien, y comprendí que no me haría nada. Acepté ir de paseo, por ver si algo aprendía yo de su famosa sabiduría, pero después comprendí que él quería ver si yo lo ayudaba a encontrar agua para beber después de su gran comida. No había agua en aquellos campos, y los dos teníamos sed. Después de mucho buscar algún arroyo, no encontramos otra cosa que un pozo, y el zorro declaró que aquello era excelente para beber. No era muy hondo, y pudimos bajar,

con cierta prudencia. Bebimos a nuestro gusto... Cuando acabamos, quisimos salir y descubrimos que si el pozo no era muy hondo para bajar a él, sí era muy hondo para subir y volver a salir. —' ¿Qué haremos? —interrogué yo— Si yo tuviera tu inteligencia... Pero tú serás capaz de descubrir el modo de que salgamos de aquí. El zorro sequedó pensando, y al fin dijo: —"Mira: pégate bien a la pared del pozo, levanta tus patas, y alárgate todo lo que puedas. Subiendo por encima de tu cuerpo, y después por tus cuernos, llegaré yo afuera. Cuando esté afuera, te ayudaré a salir." Dicho y hecho; me levanté sobre las patas de atrás, apoyé las de delante, y el zorro echó una carrera sobre mí y salto desde la punta de mis cuernos al campo. Como no vi que se volviera atrás para sacarme, le grité: "Eh, oye, te olvidas de mí" —"No me olvido, pero no puedo sacarte. Ten paciencia. Debiste comenzar por no bajar al pozo." —"Entonces tú sabías que no podríamos salir de aquí? " —"Yo sabía que tú no ibas a poder salir, pero yo sí." —"Pues si para eso sirve la inteligencia, maldita sea" —le contesté yo, como despedida.

—¿Y cómo saliste de allí? —preguntó Mariquita.

—Pues me puse a hacer: "Me-eh-eh" cada media hora, esperando que me sintieran.

—Pero ¿y si te sentía una fiera?

—Eso no lo pensé. Tenía tantas ganas de salir de allí, que no pensé en otra cosa.

—No revelas mucha inteligencia —dijo el zorro.

—Tal vez no, pero me salió bien. Pasaron por allí unos hombres, me vieron dentro del pozo, buscaron unas cuerdas, me lazaron los cuernos y me sacaron. Creyeron que yo me iba a quedar con ellos, pero en cuanto me soltaron los cuernos les di dos topes y eché a correr. Ellos me gritaron: " ¡Mal agradecida! ', pero yo les dije que la esclavitud no puede ser el pago de ningún favor.

—Vamos —dijo el zorro azul— ya que todos se ponen en contra mía, contaré la historia de uno de mis parientes. Iba el zorro —era uno de esos amarillos pardos— corriendo a escape porque detrás le venían unos cazadores con muy buenos

perros. Sucedía esto en Inglaterra, donde los hombres se entretienen en cazarnos; lo consideran una gran diversión. Corriendo, corriendo, llegó hasta una cerca, y pensó que podría saltarla y esconderse dentro de una zarza que adentro veía. Le pareció que los perros no podrían saltar tanto como él... En efecto, saltó y se escondió dentro de la zarza; entretanto, los perros, no sabiendo dónde se había metido, dejaron de perseguirlo. Pero la zarza, que es planta muy espinosa, arañó todo el cuerpo del zorro, y él, mientras se lamía las heridas, se puso a quejarse:

—"¿Es justo que a un pobre perseguido se le reciba así? Realmente, eso es no tener idea de la hospitalidad; no, ni de la caridad."

—"Bueno está eso —dijo la zarza— vienes a meterte dentro de mis ramas con tanta furia que me destrozas dos o tres; no te fijas en cómo me tratas, y pretendes que yo te trate mejor. Pero por lo menos te doy este consejo: nunca pretendas agarrarte de quien tiene por costumbre agarrarse de los demás."

En aquel momento pasaba volando un águila sobre el bosque, y los niños, que la vieron, le dijeron al duende que la llamara. El águila vino al llamado, y preguntó de qué se trataba en aquel grupo.

—Pues de mí; ¿de qué quieres que se hable? —dijo el zorro.

— ¡Vaya con la vanidad! —exclamó el ave.

—No es vanidad; ojalá fuera, porque la verdad es que hablan de mí, pero no para bien.

—¿No te reconocen inteligencia?

—Es lo único, pero honradez me niegan. Y yo creo que si se viera bien la conducta de todos, no dirían que soy yo menos honrado que los demás animales.

—Quizás tengas razón... Yo, por lo menos, puedo contar que he visto a los zorros defender enérgicamente a sus hijos. Una vez pude comprobarlo con la hermana del señor aquí presente...

—¿Pues cómo fue eso? —preguntó Mariquita.

—Una vez que estaba yo muy preocupada, porque tenía aguiluchos nuevos y no había mucho de qué comer, vi en la llanura a la zorra que sacaba a pasaear a sus cachorritos. Olvidándome de que entre nosotros existía entonces, y existe todavía, una tregua, la tregua que conciertan entre sí, con mucha frecuencia, los animales que comen carne, me lancé sobre ellos, y me llevé uno de los cachorritos. Llegué rápidamente al árbol donde tenía el nido de mis aguiluchos, pero hasta allí me llegaban los gritos de la zorra. Pensé bien en el asunto y ya me decidía a devolver el cachorro cuando vi que la zorra se había robado un tronco ardiendo de una hoguera encendida por unos hombres y venía con él a pegarle fuego al árbol donde estaba mi nido. Tanta inteligencia y tanta audacia me dejaron sorprendida. Afortunadamente, tuve tiempo de devolver el cachorro antes de que el árbol comenzara a arder, y quedamos en paz.

Los monos tienen muchas quejas de los zorros, como habían visto Nachito y Mariquita, por lo que se les había contado, así es que el mono que llegó a aquel lugar del bosque mientras hablaba el águila, dijo cuando ella acabó:

—Pues a mí no me falta qué contar.

—Hable, amigo —dijo el zorro azul— que tengo mucha paciencia para oír lo que se dice de mí.

—Uno de estos amigos fue cogido una vez en una trampa, pero lo que la trampa le alcanzó fue la cola. Viendo que podía escapar si se arrancaba la cola, decidió cortársela con los dientes.

—¡Ay, ay, ay! —exclamó Mariquita—. Lo que le habrá dolido.

—Dirá este mono que no somos valientes. A fe que si era el mono el que caía en una trampa, los berridos se oirían por todo el bosque.

—No presumimos los monos de tener mucha sangre fría. Concedo que los zorros la tengan, y es verdad que cuando se ven en peligro y se pueden salvar cortándose una parte del cuerpo lo hacen...

—Bueno: concedido que tenemos siquiera esa cualidad, sigue adelante.

—Pues el zorro aquél quedó sin cola y se puso a pensar que sus compañeros se iban a burlar de él, porque los zorros son muy burlones. ¿Dirá el amigo que ésa es una de sus buenas cualidades?

—No digo nada —respondió el zorro azul.

—Bueno: aquel zorro sabía que iba a sufrir la burla de todos los demás, y discurrió lo que podía hacer para evitarla. Pensó entonces que engañaría a los demás zorros hablándoles de una nueva moda.

—¿Y cuál había de ser aquella nueva moda?

—Nada menos que la de no usar cola. Aquel día se celebraba una gran asamblea de zorros, y éste se presentó dándose mucha importancia y echó un largo discurso sobre los viajes que había hecho y las cosas que había visto. Aseguró que en Francia había animales que no usaban cola, y que en los Estados Unidos iban muchos a seguir la moda; habló de los perros a quienes les cortan la cola sus amos, considerando que así se ven mejor, de los caballos a quienes también se les recorta; de que hasta a los gatos se les cercerna... Los zorros oían aquello con muy poco interés, y uno dijo: —"Hay que ver que esos animales no están sin cola por su gusto. Se la cortan a la fuerza. No veo por qué hemos de adoptar nosotros esa moda." Otro habló después: —"Esas modas que hacen padecer debemos dejárselas a los hombres. Dicen que las hembras del género humano sí se martirizan por la moda, pero nosotros no tenemos que imitarle nada al odioso enemigo de todos." El zorro sin cola contestaba a todos los discursos, y la opinión parecía estar dividida. Al fin uno de los zorros viejos dijo: —"Yo aceptaría la proposición del compañero si la creyera desinteresada; quiero decir si él tuviera cola. Pero como la ha perdido, me parece muy sospechosa. Quizá si yo la hubiera perdido pensaría como él. Pero, no siendo así, prefiero quedarme con mi cola y creo que mis compañeros pensarán como yo." Naturalmente, después de este discurso nadie pensó en cortarse la cola.

—Déjenme hablar en contra de los hombres, dijo al fin el zorro azul—, creo que contra ellos todos podemos hablar.

—¿No creen que hay que guardarle consideraciones a los presentes? —dijo el duende Don Yo, refiriéndose a Nachito y Mariquita.

—Son muy niños —dijo el zorro.

—¿No se les respeta por chicos? —insistió el duende— "Gran reverencia se le debe al niño..."

—No es eso; quiero decir —contestó el zorro, que era gran diplomático—, que como ellos son muy jóvenes no tienen todavía el orgullo de sus mayores, y no les molesta oír hablar contra su especie; creo, además, que les convendrá oír las hazañas de los hombres contra nosotros, a ver si así se corrigen y aprenden a tratarnos mejor.

—No crean —dijo Mariquita—, en casa oímos hablar bastante mal de las gentes, pero siempre es gracioso saber cómo nos ven los animales.

—Pues les contaré —dijo el zorro—. Allá por el Norte había unas viñas muy buenas, y uno de mis compañeros acostumbraba ir a comer uvas. Estas no estaban verdes... como las del cuento que se cuenta contra nosotros; al contrario, muy maduras y fáciles de alcanzar, así es que cada noche se daban de banquetes dos o tres compañeros que vivían allí cerca. Pero un día el dueño de las viñas encontró al del cuento, y le echó mano, pero no lo mató inmediatamente, sino que quiso hacerlo sufrir antes de morir.

—¡Qué malo! —exclamó Mariquita. ¿Y qué le hizo?

—Le empapó la cola en aguardiente y le prendió fuego.

—¡Qué horror!

—El zorro salió huyendo asustado, y viendo un campo de maíz, se lanzó a él, pensando que, si azotaba la cola entre las plantas, podría apagar el fuego de la cola y salvarse de que se le comunicara a todo el cuerpo. Así fue: a fuerza de correr entre el maíz, la cola fue dejando atrás los pedazos encendidos y el zorro pudo salvarse, pero el maíz estaba reseco, y cogió fuego. ¿Y de quién creen ustedes que era el campo de maíz?

—¡Del mismo dueño de las viñas! —dijo Nachito.

—Del mismo, que al ver lo que le sucedía se arrancaba los cabellos pensando que mejor hubiera sido no querer castigar con tanta crueldad al zorro.

El duende terció entonces y dijo:

—Amiguitos, esta vez hemos conversado ya mucho. Don Pelón y Doña Chachalaca deben regresar a su casa.

—¿Yo? —dijo la chachalaca verdadera a quien nadie había visto, pero que estaba por allí cerca—. Bien me estoy aquí.

—Vaya —dijo el duende— Doña Chachalaca no eres tú, ni nadie estaba pensando en ti, sino en la señorita María.

—Ahora entiendo. Pero me parece ridícula la costumbre de robarnos nuestros nombres para ponérselos de motes a las gentes.

Al día siguiente Mariquita dijo que ya le cansaba conversar siempre con el zorro, y que quería ver animales distintos, sobre todo aves con grandes plumas. Así pues, por la tarde, cuando volvieron al bosque del duende Don Yo de Córdoba, pidió que invitaran a muchas aves y el duende hizo que vinieran unas cinco o seis que sorprendieron mucho a la niña; la mayor parte eran aves del paraíso con colas fantásticas; había también un quetzal de Guatemala, con su larga pluma de colores que baja, y una ave lira, con las plumas de la cola levantadas en forma de lira.

Pero allí estaban también el zorro azul, invitado desde la tarde anterior a volver a reunirse en aquel punto, y diez o doce animales distintos, de los que acostumbraban acudir en las tardes.

El zorro venía acompañado de un jabalí, grande y lustroso, que produjo impresión a Nachito y Mariquita; si no hubieran estado bien acompañados, le habrían tenido miedo a sus formidables colmillos.

—¿Le son muy útiles esos colmillos? —preguntó Nachito.

—Mucho, pero sobre todo para asustar: pocas veces tengo

que usarlos realmente. Pero ¿qué te figuras que me decía el zorro poco antes de venir para acá?

—No me lo figuro.

—Pues me encontró afilando los colmillos en el tronco de un árbol y me dijo: —"¿por qué te afilas los colmillos, cuando no hay enemigo que te amenace? Creo que, como dicen los hombres, ves moros con tranchetes." —"Te equivocas —le contesté— cuando no hay enemigo al frente es cuando debe uno prepararse. Cuando ya el enemigo está a la vista, otra cosa me toca hacer, y no afilar los colmillos."

En eso llegaba un gran lobo, y habló:

—No creo que fuera de buena fe la pregunta del zorro. Nunca habla de buena fe...

—Primo...

—No hay primo que valga. Acabo de saber lo que hiciste, contra mi hermano.

—¿Yo? Hace mucho que no veo a nadie de tu familia.

—Entonces fue otro como tú, hermano tuyo...

—¿Pues qué ha sucedido? —preguntó Nachito.

—Imagínense que hace poco rato me encontré a un león cubierto con la piel de mi pobre hermano. Me figuré que estaba loco, porque yo comprendo que haya quien se ponga la piel del león, como hizo el burro, pero no entiendo cómo el león puede querer disfrazarse de otro animal, y sobre todo animal carnicero como él. Todavía si se disfrazara de cordero...

—¿Le hablaste? —preguntó el zorro.

—No, no me pareció prudente. Pero me fui a ver al chacal que sirve al león, y me dijo que su rey (el chacal cree siempre que el león es rey) había estado enfermo y había echado de menos la visita de los zorros. El lobo, mi hermano, al irlo a visitar le dijo que los zorros no querían visitarlo y que hablaban mal de él.

—¿Muy buenas muestras de amistad?

—Yo no decía más que la verdad. Ello es que el chacal se echó a buscar a los zorros y se encontró con uno, al que convenció de que fuera a ver al rey, pero procurando disipar la mala impresión que tenía por lo que le había contado el

lobo. El zorro llegó con muchas zalamerías, diciendo que sólo sus muchas ocupaciones y su poca salud le habían impedido hacer aquella visita, pero que le traía una buena receta. —"¿Y cuál es?" —preguntó el león.— "Pues cubrirte con una piel de lobo." Naturalmente, apenas el lobo, que había estado muy atento con el león, llegó de visita, la gran fiera lo deshizo de un zarpazo, y por eso anda ahora con la piel de mi hermano. No cabe duda de que está trastornado.

—Por lo que oigo contar —dijo Mariquita—, los chacales no son muy estimados entre los animales.

—No —dijo el oso, que había llegado poco antes. Son aduladores, ladrones. Y sobre todo, comen carne muerta. Yo respeto mucho los cadáveres; nunca los toco... Especialmente los de los hombres, a quienes respeto mucho.

Nachito y Mariquita comenzaban a ver con simpatía al oso pensando que una fiera grande y poderosa como él respetaba a la especie humana; pero en eso dijo el zorro azul:

—Me convencerías de respetar a los hombres si les tuvieras igual consideración cuando los ves vivos que cuando los ves muertos.

—¿Pues cómo es eso? —preguntó Nachito.

—El oso, es verdad, no se comería nunca un cadáver. Pero si está hambriento y ve a un hombre vivo, sí se lo come.

—Siempre gracioso este zorro —dijo un puerco-espín—. ¿No saben lo que me dijo el otro día?

—No sabemos.

—Pues ya supondrán ustedes que el zorro y yo somos buenos amigos. Yo no me como a nadie, como él, pero a mí nadie me puede comer, porque las púas de mi cuerpo lo impiden.

—¿Y no te pueden matar? —preguntó Nachito.

—Matar sí pueden. ¿Pero quién me ha de matar si no me ha de comer? Eso de matar a quien no nos hemos de comer, no lo hacemos los animales: ésas son cosas de los hombres.

—Veo que no tenemos buena reputación entre ustedes —dijo Nachito.

—No; ya lo has podido advertir muchas veces. Pues como

les decía: somos amigos el zorro y yo. El otro día, este zorro se cayó al río y en la parte honda, y empezó a nadar como desesperado contra la corriente que se lo llevaba. Después de mucho luchar, pudo salir a tierra, entre unos pantanos llenos de moscas y mosquitos. Andaba yo por allí cerca, y cuando lo vi salir del río me acerqué a ver si necesitaba algo. Lo encontré tirado en el suelo, sin poderse mover del cansancio. Y lo peor era que las moscas y mosquitos se entretenían en molestarlo y chuparle toda la sangre que podían. Entonces me ofrecí a espantarle los insectos que tanto lo hacían sufrir, pero él me dijo con mucho tino: "Déjalos. Estos que tengo encima ya se van cansando; si me los espantas, vendrán otros que no me han picado, y ésos si acabarían conmigo."

—Nada, nada —intervino el lobo— aquí se habla demasiado bien del zorro...

—¿Conque se habla demasiado bien? —dijo el zorro azul. —Les he de contar cómo es el lobo.

—¿Pues qué te ha hecho?

—Ya verás. Un día me caí en un pozo y no sucedió como en la historia de la cabra, que me fue posible salir de allí, aunque dejando a la compañera; allí estaba yo quejándome, cuando llegó este primo mío, y viéndome allí se puso a preguntarme: —"¿Cómo es posible que te hayas caído? ¿Cómo sucedió eso? ¿Hace mucho rato? ¿No tienes frío dentro del agua? ' Así estuvo haciéndome preguntas que yo le contestaba como podía, pero de mala gana, hasta que le dije: —"Mejor es que me busques una soga y me la eches. Déjate de hacerme preguntas y dame ayuda." Entonces parece que tuvo vergüenza y se fue.

—Tal vez me burlaba yo de ti —dijo el lobo—. Bastante mal nos has hecho. Recuerda lo del león.

—Ya lo he sabido —dijo Nachito.

—Recuerda lo que le hiciste a mi hermano cuando le pedías de comer.

—¿Cómo fue eso? —preguntó Nachito.

—Mi hermano vivía en una buena madriguera, y una vez hizo una gran cacería, y tenía tanto que comer, que durante

varios días no salió a cazar, y se mantenía de sus provisiones. Este zorro azul se dio cuenta de su ausencia, y se puso a averiguar lo que sucedía. Llegó a la madriguera, y preguntó por el lobo. Mi hermano le dijo que no estaba bien de salud y que no podía salir. El zorro insistió en visitarle, metió la cabeza en la madriguera, y vio las provisiones que el lobo tenía. —"¿No me invitas? —le dijo—. Hace días que como mal. La situación está difícil." —"No puedo darte nada —contestó mi hermano disgustado—. Como estoy enfermo, si se me acaba esto no tendré qué comer, y no puedo salir a buscar más."

—Pero no era verdad. El lobo estaba bueno y sano —dijo el zorro azul.

—Bueno, pero no quería regalar lo que le había costado trabajo conseguir.

—Pues eso debía castigársele —insistió el zorro.

—En todo caso, no como tú lo hiciste. ¿Qué crees que hizo este animal perverso? Se fue a ver a unos pastores, y les contó dónde estaba mi hermano, y los llevó a la madriguera armados de palos y ellos sacaron al lobo y lo mataron. Todavía tuvo este zorro el valor de comerse las provisiones de mi hermano.

—¿Y tú no te has vengado? —preguntó Nachito.

—No —respondió el lobo—. Los animales nos vengamos muy pocas veces. La venganza es fea, y sólo los hombres la practican sistemáticamente.

CON EL BURRO

—Si quieren ustedes conocer otra historia de nuestros astutos amigos —dijo el mono, disgustado con los zorros, como ya se sabe, —aquí está el burro que la cuente.

—¿Pues qué fue eso? —preguntó Nachito.

—Pues que un día me escapé de los establos de mi amo —dijo el burro— para salir a pasear. Cada vez que puedo lo hago, como ahora... Pero mi amo no se asusta, porque sabe que yo regreso. Es más seguro comer en el establo que en el campo: a veces hay sequía. Bueno: me encontré con un zorro amarillo, que iba muy contento porque acababa de tener un gran banquete de gallinas, y se había puesto muy amistoso, como siempre que comen bien ellos. El zorro me contaba cosas de los animales a quienes persigue y yo le contaba cómo son las yerbas que me como, y discutíamos como sería aquel año, si bueno o malo, si llovería mucho o no, si se morirían muchos animales. Las cosas no iban muy bien en aquel momento, y muchos tenían hambre. Así conversando, vimos llegar a un gran león hambriento que apenas nos ve exclama: —"Al fin tendré qué comer y por partida doble." Yo

me eché a temblar, que por poco me caigo al suelo. Yo no creía que hubiera por allí fieras peligrosas: todavía no sabía yo escoger los lugares para pasear, que ahora sí sé por dónde no andan leones. El zorro me dice en voz baja: —"No te muevas, y te salvaré la vida. Déjame ir a decirle dos palabras al león." Yo le creía, y me quedé allí plantado, esperando mi salvación. El zorro amarillo se dirigió hacia el león, haciéndole muchas reverencias, y no acercándose mucho por temor a los zarpazos. Habló con tanta zalamería, haciéndole tantas promesas, que el león consintió en oír lo que quería decirle antes de comernos. Obtenida la promesa del león, el zorro se le acercó y la habló en voz baja. Yo no me figuré qué cosas le diría, pero después lo supe.

—¿Pues qué fue? —preguntó Mariquita.

—Le dijo al león —nada menos— que él, el zorro, me pondría en lugar seguro para que me devorara, con tal de que le perdonara a él la vida; que en cambio, si no consentía, podía escaparse uno de los dos.

— ¡Qué maldad! —dijo Mariquita.

—Después volvió a mi lado, y me dijo que lo acompañara, porque el león nos perdonaba la vida con tal de que le señaláramos un lugar donde encontraría mejor caza, y que teníamos que ir hasta un sitio muy bueno, y el león nos seguiría hasta que se lo indicáramos. Echamos a andar, y el perverso animal amarillo me hizo caer en una trampa que había descubierto, puesta contra él precisamente. Entonces le dijo al león: —"Aquí está el burro con una pata cogida en la trampa y bien asegurado. Yo me despido." Pero el león le echó un zarpazo y lo mató, y el león me dijo: —"A ti te tengo seguro en la trampa y te puedo devorar mañana. Al zorro me lo como ahora, y tengo dos comidas aseguradas. Los tiempos están muy malos." Así fue castigada la maldad del zorro.

—¿Y tú cómo escapaste? —preguntó Mariquita.

—De casualidad, la trampa aquella la había puesto mi amo, porque las fieras molestaban mucho a sus animales y pasó por allí aquel mismo día a ver si había caído alguno, me

vio y me llevó al establo. Suerte fue porque el zorro ya me había condenado a muerte.

El gallo terció y dijo:

—Seguramente nadie tiene con los zorros tantas relaciones como mi familia. Ellos nos tienen afecto especial. O por lo menos, eso nos dicen cuando nos encuentran. ¿Recuerdan ustedes lo del otro día? Nos quieren tanto, que si nos acercamos mucho a ellos acabamos por formar parte de su cuerpo: vamos a parar a su estómago. Pues no hace mucho me contó uno de mis parientes, a quien voy a visitar a un buen gallinero, lo que le había ocurrido con uno de ellos. Yo nunca me dejaría meter en un gallinero, pero mi pariente está contento allí: le dan muy bien de comer y muchas gallinas lo rodean... Pues un día el amo de mi pariente puso una buena trampa, porque los zorros le hacían demasiados estragos en el gallinero; ya no sabían cómo impedírselos; unas veces se colaban por la puerta, y había habido que ponerle candado; otras veces roían la cerca, que era de madera, y fue necesario rodearla de red de alambre; después acabaron por treparse por la red, metiendo las uñas en los huecos... Entonces el amo decidió poner una trampa en el gallinero y dentro de ella una gallina, pero no una gallina real, viva, sino una figura que habían fabricado, en forma de gallina, y a la que le pusieron plumas; estaba muy bien hecha, y hasta el gallo le pasaba cerca haciéndole la rueda. Sólo después que vio que se quedaba inmóvil comprendió que no era "de verdad". Por la noche vino un zorro, y viendo aquella gallina en el suelo, cuando las demás se habían trepado en árboles y palos para dormir, dijo: "Esta es la mía." Y fue a cogerla y la trampa le atrapó una pata. El galló vio lo que le sucedía, y no pudo menos que dejar escapar un grito de alegría, acordándose de las muchas veces que la llegada de los zorros lo obligaba a subirse a toda prisa a los árboles y dar gritos de alarma a todas sus gallinas para que se treparan lo más alto que pudieran, lo cual no impedía que siempre cayera una, la más torpe para volar, en manos del enemigo. El zorro oyó aquel grito del gallo, y

discurrió el modo de salvarse con ayuda de su propia víctima. —"¡Mi querido amigo! —le dijo—. ¡Cuánto me agrada oír tu voz! Hasta aquí vine nada más que por el gusto de saber cómo estabas. ¿Estás bien?" —"Muy bien —contestó el gallo—. ¿Pero desde cuándo te interesas tanto por mi salud? Generalmente, cuando vienes por aquí, te llevas a una de mis esposas." —"Pero a ti nunca te he hecho nada. No puedes decir que soy enemigo tuyo. A tus esposas sí, pero son tantas, y te molestan a veces de tal manera con sus exigencias, que yo creo que te hago favor llevándome a las más tontas ¿verdad?" —"Veo que eres muy inteligente, como siempre." —"Gracias, amigo mío. Y ya que tienes buena opinión de mí ¿por qué no me ayudas? Si me trajeras un palo, lo metería dentro de la trampa, y haciendo palanca la abriría y podría escaparme." —"Voy a ver si traigo el palo" —dijo el gallo—. "Pues vé pronto, porque esta trampa me aprieta mucho la pata, y está cogida de tal manera que difícilmente podría arrancármela." El gallo bajó de su árbol, y fue hasta la puerta de la casa del amo, y se puso a cacarear con tanta fuerza que el amo despertó y vino al gallinero; apenas vio al zorro, cogió un palo y con él mató al zorro, mientras el gallo le decía: "¿Ya ves? Ahí tienes el palo que querías."

—Francamente —dijo Nachito—, yo creo que se juzga al zorro con mucha injusticia. Ya ven ustedes que no es vengativo...

—Los animales no lo somos —dijo el mono—. Pero acuérdate de que iba a quemarle el nido al águila, y eso es venganza.

—No —dijo el zorro azul—, eso fue para salvarle la vida al cachorro; para que el águila lo devolviera.

—Eso dices ahora —insistió el mono— porque así resultó; pero quién sabe.

—Bueno —terció Mariquita—, dicen que a los hijos debe defendérseles de cualquier modo.

—Y, sobre todo —agregó Nachito—, me gusta el zorro porque no cree en los reyes.

—Buena te va —le dijo el zorro al mono—, a ti que sueñas

con ser rey. A propósito: mi padre me contó que cuando él era joven se le tenía a los reyes más respeto que ahora. El león, por lo tanto, era famoso. El zorro que fue mi padre, cuando era cachorro, oía hablar de él con gran asombro. Al fin un día lo vio, y, como él era chico, y el león grande y con gran melena, se asustó mucho y salió huyendo. Pero muchos días después volvió a verlo, y ya no le huyó, sino que se quedó mirándolo para conocerlo bien. Entre tanto, los chacales, que andan siempre haciéndole propaganda al león, le contaron que era muy bueno, y que sólo hacía daño cuando estaba disgustado o tenía hambre. A la tercera vez, el zorro se acercó al león y le habló de tú. No le sucedió nada. —Lo que pasa —continuó diciendo el zorro—, es que los animales más tontos que yo tienen envidia de mí, como lo he dicho siempre. Por eso no me quiere el lobo. Es más tonto que yo y es más malo.

—Insultos, no —dijo el duende Don Yo—. Recuerden que aquí estamos todos en paz, aunque se discutan los méritos de los diferentes animales. Al decir que el lobo es más malo, das a entender que tú no eres bueno.

—No quise decir eso, sino que él es malo y yo no.

—La primera palabra vale más. Me haces recordar a una familia de cuatro hermanos, todos con aspiraciones políticas, en un país muy turbulento. El hermano que se llamaba Apolinar quería ser personaje importante, pero no lo conseguía; sus otros hermanos sí. Y cuentan que decía:

"No sé por qué no llego yo a ser personaje en este país, cuando mis tres hermanos lo son, cada uno con diferentes elementos, y yo soy tan sabio como mi hermano Emilio, tan valiente como mi hermano Luis y tan malo como mi hermano Manuel."

Pues la diferencia entre el lobo y yo la verán ustedes en lo que nos sucedió con el caballo —dijo el zorro.

—¿Pues cómo fue eso? —preguntó Nachito.

Ya verán. Eramos muy jóvenes, apenas acabábamos de salir de cachorros el lobo y yo, cuando vimos por primera vez al caballo. El lobo lo vio antes que yo, y vino a contármelo:

"He visto una hermosa bestia en el campo; alta, gruesa, de pelaje rojizo con crines.

"¿Qué será? " —dije yo—. "¿Crees que podríamos comérnosla? "

"Tal vez sí, atacándola entre los dos. Pero tengo gran curiosidad de saber cómo se llama."

"¿Es peligrosa? "

"No, no lo parece; no le vi nada con que pudiera atacar, y es muy pacífica."

"Pues vamos allá a verla."

Fuimos a donde el lobo había visto al caballo, y nos acercamos a él muy humildes, para ver bien cómo era el animal y por dónde podría ser atacado, pero como también queríamos satisfacer nuestra curiosidad, que era muy grande, le preguntamos:

"Ilustre animal, a quien nunca habíamos visto, te admiramos mucho y quisiéramos saber tu nombre."

Entre tanto, yo me daba cuenta de que sería muy difícil que nosotros matáramos al caballo, que es demasiado grande y tiene la piel muy gruesa: me pareció que matarlo era tarea para el león, pero superior a nuestras fuerzas.

El caballo, que tenía buen humor, nos contestó:

"Mucho me honro en saber que me admiran ustedes. Yo sí conozco sus nombres, don Lobo y don Zorro, y sé todo lo que valen. Conozco a toda su familia. Mi nombre. . Bueno, les diré, me han prohibido que lo diga; pero puede leerse en la punta de mis patas de atrás."

El lobo encontró aquello muy interesante; pero yo sospeché algo malo, y dije:

"Siento mucho que sólo leyéndolo en tus patas se pueda conocer tu nombre. Mis padres son pobres y no me enseñaron a leer."

"Nadie lo diría" —contestó el caballo—. "Hablas bien."

"Ya ves. Parece que aun sin saber leer se puede tener inteligencia. Adiós."

Pero el tonto del lobo dijo:

"Yo sí sé leer y quiero saber tu nombre."

Se acercó al caballo, y la gran bestia levantó la pata y le dio al lobo una tremenda patada en la cabeza que lo dejó tendido buen rato.

CON EL BURRO Y EL RATON

—Aunque es costumbre hablar bien del león, tanto como mal de los zorros —dijo el zorro azul— yo les quiero contar hazañas del llamado rey de los animales, para que vean que no siempre es justo.

Una vez, estaba enfermo uno de los leones de tierras al norte, donde andaba yo de visita. A los leones les gusta que los vayan a visitar cuando están enfermos, y ya saben ustedes cómo se aprovechan de estas visitas muchas veces. Los zorros tenemos mucha prudencia en tales casos, y no nos acercamos a la cueva del león en estas ocasiones, no sea que entremos y no salgamos. Pero esta vez me aseguraron que el león no haría nada, porque los chacales le llevaban buena comida y no pasaba hambre. Fui, pues, acompañado de un oso negro y de un mono gris, porque yendo en compañía disminuía el peligro aún más.

Llegados allí, preguntamos cortésmente al león por su salud. El mono se deshacía en caravanas. Yo procuraba conducirme discretamente. Pero el oso, que a veces es muy tonto, se puso inquieto y se veía que no estaba a gusto.

—¿Qué te pasa? —preguntó el león irritado.

—Pues no está nada agradable esta cueva. Se ve que no la limpian tus chacales...

—¿Y a ti qué te importa?

—A mí me importa, porque los olores no son nada agradables.

El león se encendió en furia, entonces, y de un zarpazo lo tendió muerto en el suelo, diciéndole:

—Toma olores agradables.

El mono, al ver aquello, comenzó a dar de chillidos:

—¡Qué absurdo! ¡Qué ofensa para el rey! ¡Oso estúpido!

—No chilles, le gritó el león.

—Es que no puedo tolerar la conducta del oso. ¡Ponerse a censurar la mansión real, que sólo huele a perfumes de Arabia!

—No es verdad: el oso tenía razón en lo que decía, y mis chacales son muy sucios, no entienden cómo debe tenerse una casa distinguida, y me van a obligar a llamar a los gatos para que la limpien. Pero lo que me molesta fue el aire grosero con que habló el oso.

—Pues a mí, de todos modos, me huele aquí a perfumes de Arabia...

El león, a quien le subía de punto el enojo, acabó por darle otro zarpazo al mono y tenderlo también muerto, en el suelo, con esta frase:

—Toma perfumes de Arabia.

Yo lamentaba hacer accedido a aquella visita. Mis dos compañeros yacían muertos, y yo no veía el modo de salir de allí.

El león me dijo entonces:

—¿Y a ti cómo te huele?

—¿A mí? —le dije—. No me huele a nada. Tengo catarro.

—Ya me cansan los cuentos del zorro —dijo Mariquita—. No se habla aquí sino de zorros y zorros. Vámonos para casa.

—No —dijo Nachito—. Que nos cuenten todavía otra historia.

—Bueno, una más. Pero mañana ya no volvamos a ver a

los animales... El duende bien podría inventar otra cosa para nosotros.

—Muy bien, hijos míos, ya veremos qué otra cosa les gusta...

—Pues verás —dijo el ratoncito—. Tengo amigos en las poblaciones y a veces los invito a visitarme y a comer conmigo. Cuando vienen les obsequio granos de cereales, que es lo que comemos en el campo. Pero uno de ellos, gran ratón de ciudad, me dijo un día:

"Es pobre tu comida. ¡Sí vieras qué bien se come en la ciudad! "

"No ha de ser tanto —contesté yo—. Dicen que tienen ustedes que comer papel."

" ¡Oh no! Eso sólo les ocurre a los ratones que viven en las casas de los escritores honrados."

"¿Y por qué en las casas de los escritores honrados? ¿No hay papel en las casas de los escritores que no son honrados? '

"Sí hay papel, aunque no mucho que digamos. Pero como los escritores deshonestos tienen muchas cosas buenas de comer en la despensa, a nadie se le ocurre ir a roer el papel.'

"¿Entonces los escritores honrados no tienen buena despensa? "

"No. Se mantienen con muy poca cosa. Viven al día... Así es que a los ratones que viven en esas casas no les queda otro recurso que comerse el papel. Pero no son muchas esas cosas, no creas, así es que la historia de que los ratones de ciudad nos alimentamos de papel es falsa, es una de tantas consejas que corren en el campo. Vamos: te invito a que comas conmigo en la casa de uno de esos señores ricos..."

Y dicho y hecho. Aquel mismo día fuimos a la ciudad, cuando iba anocheciendo, y llegamos hasta la casa donde se alojaba mi amigo.

"Espera a que cenen los dueños" —me dijo.

Esperamos, y cuando se levantaron de la mesa los dueños, y las criadas se pusieron a lavar platos, nos metimos

en la despensa. Lo malo era que había que atravesar buen trecho de la habitación, desde el agujero abierto en el piso hasta el agujero abierto en la despensa. A mí me pareció peligroso aquello, pero llegamos a la despensa, y comenzamos a disfrutar de un gran banquete; excelentes bizcochos, quesos de varias clases, frutas secas, dulces... Cuando estábamos royendo un magnífico queso de Gruyere, oímos ruido: una criada venía a abrir la despensa para guardar un bote de dulce. Salimos huyendo a toda prisa, pero la criada nos vio, y agarró un palo para pegarnos, y un gato corrió detrás de nosotros, que yo no sé cómo no nos alcanzaron antes de llegar al agujero del piso. Pudimos escapar, sin embargo, pero yo le dije a mi amigo el de la ciudad.

"Será muy buena la despensa del escritor rico, pero yo prefiero comer maíz en el campo a comer queso y dulces con tanta intranquilidad..."

Entonces Mariquita quiso despedirse, y ella y Nachito se fueron, acompañados por el duende Don Yo de Córdoba, saludando a todos los animales: "Adiós, don Zorro; adiós todos."

EL SUPUESTO ANDALUCISMO DIALECTAL DE AMERICA*

LA tendencia a identificar a la América española con Andalucía en el orden lingüístico, con apoyo en el supuesto predominio de los andaluces en la conquista y colonización del Nuevo Mundo, es cosa antigua ya: data, por lo menos, desde Alcedo (siglo XVIII) (1); pero carece de fundamento sólido. Hasta ahora, es verdad, había sido costumbre exponer esta idea de paso, como una de esas verdades que, de puro sabidas, se callan o poco menos.

Aunque la alta autoridad de Cuervo ha puesto en la balanza todo su peso en contra de la idea, aduciendo para ello excelentes comprobaciones (2), y aunque yo mismo la combatí ya anteriormente ("Observaciones sobre el español en

---

*En *Cuadernos del Instituto de Filología* de la Universidad de Buenos Aires, 1925, Tomo I, Núm. 2, Págs. 117–122.

Con el título "Sobre el Problema del andalucismo dialectal de América" en el Anejo I del Instituto de Filología de Buenos Aires, 1932, Págs. 122–129.

En *Cursos y Conferencias*, Buenos Aires, Año V, Núm. 8, Vol. X, Nov. 1936, con el título "El supuesto andalucismo dialectal de América", Págs. 815–824, con ligeros retoques y agregando notas nuevas con indicación expresa de cuando lo son. Se reproduce aquí esta versión.

América", en la *Revista de Filología Española,* 1921, VIII, Págs. 359–360) (3), creo necesrio volver sobre el asunto, porque en el interesante trabajo del Dr. Max Leopold Wagner sobre "El Español de América y el latín vulgar" (4) es, si no me equivoco, donde más en extenso se trata de la vieja hipótesis, reduciéndola (innovación que debe despertar interés) a declarar surespañola sólo una parte de América: las Antillas, la costa atlántica de Méjico, Venezuela, Colombia y la Argentia, y finalmente Chile. Por fortuna el trabajo del Dr. Wagner no pierde su interés ni su valor sustancial con esta rectificación.

***

Es corriente crrer que en la fonética se parecen Andalucía y la vaga entidad, la enorme extensión de América; pero en verdad la América española ofrece demasiada variedad de fenómenos para encerrarse en fórmulas simples. Los dos fenómenos fonéticos que sirven de base a esta identificación popular, superficial, son el uso de "s" por z y el de "y" por ll. Pero el análisis, siquiera somero, revela dos evoluciones separadas de estos fenómenos:

I. De los cuatro sonidos sibilantes que existían en la época de la conquista, América hizo uno solo, "x" (salvo uno que otro resto, perceptible en el Perú y en las Antillas, que menciono en mis "Observaciones"); en cambio, Andalucía hizo dos, "s" y "z", y sus habitantes se inclinan (y se inclinaban desde el siglo XVI), ya al uno, ya al otro. El "zezeo" andaluz no tiene paralelo en el Nuevo Mundo. En su preferencia por la "s" sola, América se parece, no a Andalucía, sino a otras regiones españolas: Vasconia, Cataluña, Valencia, parte de Galicia (5).

II. En España el empleo de "y" por "ll" existe en gran parte de Andalucía, pero se extiende a gran parte de Castilla la Nueva, incluyendo a Madrid, y a lugares salteados de Castilla la Vieja y de León; en cambio, en América se

conserva la "ll" en todos los países del continente meridional a lo largo de los Andes: Colombia, el Ecuador, el Perú, Bolivia y gran parte de Chile. Se conserva además en el Paraguay, en la provincia argentina de Corrientes y esporádicamente en las provincias de Mendoza, San Juan, La Rioja, Catamarca, Salta, Jujuy, Tucumán y la gobernación de los Andes; y no será extraño que se descubran nuevos islotes de "ll", como el mejicano que encontró Manuel G. Revilla en el Estado de Morelos. En suma: ni en Andalucía ni en América hay uniformidad en el uso de la "y" por "ll".

Deshechos estos paralelismos, cabría buscar otros (articulación de la "s" y de la "j", debilitamiento de la "s" en final de sílaba, alteraciones de la "r" y de la "l") pero resultarían igualmente imperfectos. Y hablar del "acento andaluz" en la costa atlántica de Méjico, como lo hace el Dr. Wagner, es aventurar demasiado: ningún español diría tal cosa.

¿Hay andalucismo en el vocabulario de América? Nunca se ha intentado la comparación de nuestro vocabulario con el de regiones españolas, excepto Andalucía; las semejanzas resultan desordenadas y casuales (6).

En cuanto a las semejanzas de espíritu y de costumbres... "c'est de la litterature".

El Dr. Wagner basa su hipótesis del "surespañolismo" de una parte de América en tres supuestos:

1o. En la conquista predominó el Sur de España, o sea Andalucía y "Extremadura" (que no es meridional).

2o. Después de la primera época, toda España dio contingente a América.

3o. Las regiones pobladas "primero" adquieren el carácter surespañol; las pobladas "después" reciben su lengua de toda España, y su español no tiene aquel matiz regional.

Pero los supuestos son discutibles, en particular el primero.

Ante todo, el Sur de España no lo forman, ni geográfica ni lingüísticamente, Andalucía y Extremadura. Sólo Andalucía es propiamente meridional; Extremadura no lo es más que Valencia o Castilla la Nueva. Al contrario, todos los que

hemos visitado Extremadura podemos dar testimonio de que, lingüísticamente, aquella región se suma en general a Castilla, y el norte de Cáceres sufre la influencia de la región leonesa (7).

¿Hubo preponderancia numérica de los andaluces y los extremeños en la conquista y colonización? Dos causas lo han hecho creer: una, el extraordinario papel que desempeñaron Cortés y Pizarro, extremeños los dos; otra, la importancia de Andalucía como punto de partida para las Indias, especialmente desde que se funda la Casa de Contratación en Sevilla (1503), hasta el grado de que a veces se contaba a los viajeros como sevillanos porque procedían de aquella ciudad, aunque hubiesen nacido en otra. Pero no ha sido posible dar pruebas de la preponderancia andaluza. El Dr. Wagner menciona a "siete" personajes de la conquista, cuatro de Extremadura y tres de Andalucía: es fácil agregar otros nombres de andaluces bien conocidos (los Pinzón, Pedro de Mendoza, Díaz de Solís, Las Casas, Cabeza de Vaca, por ejemplo); pero igualmente fácil es oponer una lista "mayor" de conquistadores y colonizadores castellanos: Grijalva, Narváez, Diego Velázquez, González de Avila, Ayolas, Carabajal, Francisco de Barrio Nuevo, Rodrigo de Contreras, Pedrarias Dávila, Vasco de Quiroga, Juan de Villegas, procedentes de Castilla la Vieja; Ojeda, Pedro de Heredia, Almagro, Ercillla, Oviedo, Diego Méndez de Segura, Francisco de Aguirre, procedentes de Castilla la Nueva. Juzgando por el origen comprobado de los conquistadores y colonizadores mejor conocidos, habría que creer en el predominio de Castilla (7).

O analícese la prueba de "dos" nombres de lugar: Nueva Granada y Nueva Andalucía. Entonces ¿qué decir de Castilla del Oro, Nueva Toledo, Nueva Segovia, Nuevo Santander, Nuevo León, Nueva Vizcaya, Nueva Galicia, y de los Santiagos (innumerables), Compostelas, Leones, Zamoras, Salamancas, Palencias, Avilas, Santanderes, Valladolides, Cuencas, Guadalajaras, Barcelonas, Valencias, Cartagenas, junto a los cuales son poca cosa los Cádices, Granadas, Córdobas y

Sevillas, hasta cuando se les añadieron los Trujillos y Méridas de origen extremeño?

La "opinión" de D. Diego Barros Arana, citado por el Dr. Wagner, sobre el predominio andaluz en Chile, queda desvirtuada con el estudio de D. Luis Thayer Ojeda, "Elementos étnicos que han intervenido en la población de Chile", Santiago, 1919. El Sr. Thaer Ojeda logró avergiguar el origen de 1,671 españoles llegados a Chile entre la conquista y los comienzos del siglo XIX: el que recorra superficialmente su libro creerá, tal vez, que sus estadísticas atribuyen el predominio a los andaluces, pues éstos son más que los castellanos viejos o los castellanos nuevos considerados aisladamente; pero hecha la suma de las dos Castillas, su preponderancia resulta indudable: 29,1 por ciento de los colonizadores e inmigrantes eran castellanos (15,5 por ciento de Castilla la Vieja y 13,6 por ciento de la Nueva); 20.5 por ciento andaluces; 11,6 por ciento vascongados; 8,9 por ciento extremeños; 8,2 por ciento leoneses, y 4.6 por ciento navarros. Refiriéndose sólo al siglo de la conquista, el XVI, obtuvo estas proporciones: 27,3 por ciento castellanos (16,2 por ciento de Castilla la Nueva y 11,1 por ciento de Castilla la Vieja); 26,1 por ciento andaluces; 13,5 por ciento leoneses y 5,1 por ciento vascos (8).

El Dr. Wagner cree descubrir el matiz andaluz en la costa atlántica de Méjico y no en el resto del país; para mí, las semejanzas del litoral del golfo mejicano con el Sur de España se reducen a bien poco: a mucho menos que la semejanza de las Antillas, por ejemplo. En Chile (donde se pretende hallar andalucismo) resulta probado que no existió el supuesto predominio andaluz; en Méjico sí intervinieron más andaluces que castellanos en la conquista y colonización: pero no predominan, pues quedan en minoría si se les compara con los demás españoles en conjunto. El "Diccionario autobiográfico de conquistadores y pobladores de Nueva España, sacado de los textos originales," por Francisco A. de Icaza (dos vols., Madrid, 1923), contiene 1.385 cédulas. Restando 284 de personas cuya procedencia no consta o no puede identificarse

geográficamente, quedan 1.101: de ellos 346 (crca del 31,5 por ciento), eran andaluces; 262 (cerca del 24 por ciento eran castellanos; 184 (cerca del 17 por ciento) eran extremeños; 144 (o sea el 13 por ciento), de la región astur–leonesa (Asturias, León, Zamora, Palencia, Salamanca, Valladolid). El resto –menos del 15 por ciento –son portugueses y gallegos, 41; vascos,. 27; navarros, 4; aragoneses, 15; catalanes, 6; valencianos, 3; baleares, 3; murcianos, 11; de fuera de la Península Ibérica, hay 34 europeos (entre ellos 19 italianos y 6 franceses), 2 canarios, 3 portugueses de Azores y Madeira, 1 africano y 15 nativos de América (9).

Chile y Méjico demuestran, pues, que no eran mayoría los andaluces de la conquista y colonización, pues en ningún caso llegan a constituir siquiera la tercia parte del total.

Cuervo tenía razón: toda la Península dio su contingente a la población de América, y la base lingüística general, sin peculiaridades de región española, que Wagner atribuye a la mayor parte del Nuevo Mundo, debe atribuirse a todo él.

¿Cuáles fueron las regiones pobladas "primero"? Las Antillas, desde luego; pero al llegar a los continentes hay que atenerse a la fecha de fundación de los pueblos, villas y ciudades y a las noticias sobre su desarrollo. De ningún modo cabe afirmar que las costas fueron pobladas antes que el interior. Así, en el caso de Méjico, el litoral del Golfo fue "visitado" antes que la altiplanicie central, naturalmente; pero fue "poblado" después: el primer gran centro de población fue la ciudad de Méjico, desde 1521.

Creo, por mi parte, que en la América española hay cinco zonas lingüísticas, caracterizadas por tipos de vocabulario (1, Méjico, América Central; 2, Antillas, Venezuela, costa norte de Colombia; 3, Colombia, el Ecuador, el Perú, Bolivia; 4, Chile; 5, Río de la Plata), y que dentro de cada una de ellas tienden a definirse dos tipos de pronunciación: la de tierras altas y la de tierras bajas; las últimas ofrecen principalmente los fenómenos que el Dr. Wagner estima como "andalucismo". ¿A qué se debe la diferenciación? No la sabemos (10). Entretanto, no hay pruebas que permitan

atribuir a razones de población las manifestaciones lingüísticas de Andalucía.

NOTAS

(1) Antonio de Alcedo, "Diccionario geográfico–histórico de las Indias occidentales (América)", Madrid, 1786–1789; en el tomo V, donde inserta el primer "Vocabulario de las voces provinciales de América".

(2) "El castellano en América," en el *Bulletin Hispanique*, 1901, III, Págs. 41–42.

(3) Decía en aquella ocasión sobre este punto: Ante tanta diversidad (fonética, morfológica, léxica y sintáctica en las distintas regiones americanas), fracasa una de las generalizaciones más frecuentes: el "andalucismo' de América; tal andalucismo, donde existe –es sobre todo en las tierras bajas–, puede estimarse como desarrollo paralelo y no necesariamente como influencia del Sur de España. La idea del andalucismo se insinúa, de seguro por simple inadvertencia, aun donde menos se la espera; por ejemplo: "propia de Andalucía, y por lo tanto de América", en R. Menéndez Pidal, "Gramática histórica", quinta edición, Pág. 85 (bastaría suprimir el "por lo tanto"). R. J. Cuervo me parece representar la opinión justa, apoyada en buenos datos: "toda la Península dio su contingente a la población de América" ("El castellano en América", en el *Bulletin Hispanique*, 1901, III, 41–42; véanse además, "Apuntaciones críticas", párrafo 996 de la sexta edición, y prólogo a la quinta). Hanssen, en su "Gramática histórica de la lengua castellana, Halle, 1913, se limita (Pág. 3) a decir que "el lenguaje popular de América se parece en muchas particularidades al "sermo rusticus" de España, y especialmente al andaluz." Igualmente T. Navarro Tomás, "Manual de pronunciación española", Madrid, 1918: "En líneas generales, la pronunciación hispanoamericana se parece más a la andaluza que a la de las demás regiones españolas". Lenz, en sus "Beitrage zur Kenntnis des Amerikanospanischen" (Zeitschrift für romanische Philologie, 1893, XVII, 189), opina que los colonizadores procedían de todas las provincias de España, lo cual hubo de producir una especie de "nivelación lingüística" (eine sprachliche Ausgleichung); pero en el primero de los "Ensayos filológicos americanos" *Anales de la Universidad de Chile*, (1894, LXXXIX, 113 a 132) hace concesiones a la noción muy divulgada, pero no probada, de que en la colonización predominaron los extremeños y los andaluces.

(4) "Amerikanisch-Spanish una Vulgärlatein", en la Zeitschrift für Romanische Philologie, 1920. Véase la traducción española en Cuadernos del Instituto de Filología, I, núm. I Buenos Aires, 1924.

(5) Nota de 1937: Debo explicar que en las Provincias Vascongadas, en las gallegas, en las catalanas, en las valencianas y en las Islas Baleares falta el sonido Z en las lenguas locales, y por eso los habitantes muchas veces usan S en lugar de Z al hablar español; pero la enseñanza escolar combate la sustitución: por eso las personas cultas, de todas aquellas provincias, y aun buena parte de las personas incultas, usan normalmente la Z. El caso, pues, es distinto del andaluz.

(6) Nota de 1937: Resulta curioso examinar el "Vocabulario Andaluz", de D. Antonio Alcalá Venceslada, publicado en Andújar, 1934: sólo dos de cada cien palabras allí registradas he podido comprobar que se conozcan en América en la forma o en el significado que les da el Sr. Alcalá. Poco mayor es la proporción en las 'Voces andaluzas", de D. Miguel de Toro Gisbert, publicadas en la *Revue Hispanique,* de París, 1920, XLIX, págs. 313-647. Y debo advertir que pertenezco a la zona que ocupa el primer lugar en América en punto de semejanzas con la idea que generalmente existe del habla andaluza; la zona antillana. Allí, como en Andalucía, 1) es común "y" por "ll" (mientras media América del Sur pronuncia "ll"; a la vez, en Andalucía constituyen excepción gran parte de Huelva y unos pocos lugares de Sevilla y de Granada; 2) es universal "s" por "z", aunque restos de las sibilantes del siglo XVI parecen haber perdurado largo tiempo; 3) es general la aspiración de la "s" final de sílaba (en España no se da sólo en Andalucía, sino también en Extremadura, en Murcia, en Toledo, en Ciudad Real y esporádicamente en otros lugares de Castilla la Nueva y aun de Castilla la Vieja; en América se da, por ejemplo, en el Uruguay, y la Argentina (bosque — bohque), en Tabasco y Chiapas, de Méjico, pero falta en la mayor parte de la República Mejicana, de Colombia y del Perú); 4) es usual entre gente inculta un fonema vacilante entre "l" y "r" para sustituirlos en final de sílabas (de ahí la impresión de que cuando se ha de decir "alma" se dice "arma" y al revés); 5) es usual el debilitamiento no sólo de la 's", la "r" y la "l", sino de toda consonante en final de sílaba (excepto las nasales), y en las clases ínfimas se llega a la supresión total de la consonante, exceptuándose la "n": "comé", "yové", "papé", "revé", o "vedá"; 6) la "n" final se vuelve velar; 7) cae la "d" intervocálica (estado social inferior) ("lao", "deo", "quear", "to", "na"); 8) la articulación de la j se reduce a un soplo faríngeo; 9) la articulación de la "s" es variable incluyendo el tipo predorsal convexo semejante al de Sevilla y el coronal plano que domina en la mayor parte de Andalucía, con aproximación al tipo apical cóncavo de Castilla y del norte de Córdoba y el nordeste de Jaén, Granada y Almería; 10) las vocales tienden de preferencia al tipo abierto, mientras que en zonas de América que se tienen como andalucistas —así, el litoral argentino— se da de preferencia el tipo cerrado; 11) los grupos de vocales fuerte y débil en que el acento cae sobre la débil no tienden a contraerse en diptongos: se dice "baú" por "baúl" (no "bául"), "maí" y solo por excepción "máis", "pái", "reío" y no "réido", etc. (en cambio, la mayor parte del habla popular de España —fuera de Andalucía y Extremadura— y de América —fuera de las Antillas — tiene o ha tenido la tendencia a la diptongación: consúltese Amado Alonso, "Cambios acentuales", en su libro "Problemas de dialectología hispanoamericana," Buenos Aires, 1930, y apéndices a los "Estudios sobre el español de Nuevo Méjico," de A. M. Espinosa, Buenos Aires, 1930); 12) hasta el fenómeno de la vocalización de "r" y "l" en "i", existente en Andalucía, aunque poco extendido, se conoce en las Antillas, en zonas reducidas de Santo Domingo y Puerto Rico.

Las entonaciones, sí, me parecen desemejantes, y en las Antillas varían desde el tono agudo y el tempo vivaz de la Habana hasta el tono grave y el tempo andante de la ciudad de Santo Domingo, característica especialmente de las generaciones ya declinantes. Es verdad que en Andalucía hay variedades de entonación y que al tono agudo de Sevilla puede oponerse la gravedad de Córdoba. Pero las curvas melódicas no creo que coincidan. Hay divergencia, además, en el

trato de las sibilantes: ni hay en las Antillas "zezeo", como el de las clases populares en gran parte de las provincias de Huelva, Sevilla, Málaga, Granada y pequeña parte de Almería; ni se distingue entre "s" y "z", como en una tercia parte de Andalucía (la mayor parte de Jaén y Almería, alrededor de la mitad de Huelva, Córdoba y Granada, y una corta región de Sevilla). Los datos sobre las zonas andaluzas de las diversas pronunciaciones proceden, como es de suponer, del revolucionario estudio de Tomás Navarro Tomás, Aurelio M. Espinosa hijo y L. Rodríguez Castellano, "La Frontera del Andaluz", en la Revista de Filología Española, de Madrid, 1933, XX, 225 – 227.

(7) Nota de 1937: Apoyándome en las impresiones que recogí en rápida visita de 1920 a las dos provincias extremeñas, Cáceres y Badajoz, afirmaba yo en 1925 que Extremadura, lingüísticamente, se aproxima a Castilla más que a Andalucía. Después, el estudio de Navarro Tomás, Espinosa y Rodriguez – Castellano, "La frontera del andaluz", lo confirma. En Badaoz se pronuncia, distinguiéndolas, "s" y "z" en posición inicial de sílaba, como en Castilla (es verdad que igual cosa sucede en parte de Andalucía): sólo en la raya de Portugal hay seseo, de origen portugués, y en Fuente del Mestre, hacia el centro de la provincia, como islote. "La "s" ápicoalveolar de tipo castellano domina en la mayor parte de la provincia". En posición final de sílaba, tanto la "s" como la "z" se convierten en aspiración. Las diferencias en el tipo de "s" y la distinción o la confusión entre "s" y "z" son, dicen los autores de "La frontera del andaluz", "los hechos más importantes y calificados para servir de base a la delimitación geográfica entre el castellano y el andaluz. No pueden utilizarse a este propósito ni la aspiración de la "h", ni la relajación de la "s" en final de sílaba, ni el yeísmo (y por ll), ni otros fenómenos que, hallándose en Andalucía, existen también en otras regiones españolas sin relación alguna de dependencia respecto a la modalidad lingüística andaluza". En la provincia de Murcia también se distinguen "z" y "s"; sólo se habla con "s" en una pequeña zona, lejos de Andalucía, alrededor de Cartagena. La "s" general de Murcia "es la ápicoalveolar cóncava, de tipo castellano".

7) Nota de 1937: Posteriormente, mi estudio de 1931 que se reprodujo en esta revista, "Comienzos del español en América", demuestra que los castellanos, leoneses, aragoneses y navarros predominaban sobre los andaluces.

8) Nota de 1937: Revisados y rectificados los datos del Sr. Thayer Ojeda sobre el siglo XVI, en mi estudio sobre "Comienzos del español en América," dan 40,2 por ciento para los españoles del norte y centro (22,2 por ciento para las dos Castillas; 16,3 por ciento para León; 1,7 por ciento para Aragón y Navarra); 27,7 por ciento para los andaluces y canarios; 14 por ciento para los españoles de la zona intermedia (Extremadura y Murcia); 18 por ciento para los de zonas laterales (vascos, catalanes, valencianos, baleares, gallegos y portugueses).

9) Nota de 1937: Revisados de nuevo cuidadosamente los datos del "Diccionario" de Icaza, en mi estudio sobre "Comienzos del español en América", pude identificar las procedencias de 1.174 personas (en vez de sólo 1.101, como antes), resultando el 41 por ciento para los españoles del norte (castellanos, leoneses, navarros y aragoneses), cerca del 32,5 por ciento para los españoles del sur (andaluces y canarios), 19 por ciento para los de la zona intermedia (Extremadura, Murcia y Albacete), poco más del 7 por ciento para los de las zonas laterales.

10) Nota de 1937: En 1925 agregaba aquí que no era posible decidir si el clima influía en estas diferencias de pronunciación entre tierras altas y tierras bajas, porque no se sabe cuál sea "la influencia del clima sobre los fenómenos fonéticos". Como las tres líneas que entonces escribía dieron motivo a que el Dr. Max Leopold Wagner, cuando comentó este trabajo sobre "El supuesto andalucismo de América", discutiera "la teoría climatológica", a la cual no pensé atribuir gran importancia, creo que ahora no hay por qué insistir en este punto, enteramente ajeno al problema de que trato.

En su comentario, publicado en la *Revista de Filología Española*, 1927, XIV, 20–32, el Dr. Max Leopold Wagner coincide con mis puntos de vista esenciales y sólo disiente de pormenores. Vale la pena hacer el resumen de esos puntos del acuerdo:

1. El español de América, considerado en su conjunto, tiene caracteres propios: no procede ni depende especialmente de ninguna región de España, porque todas las regiones estuvieron representadas en la conquista y la colonización.

2. Hay, sin embargo, coincidencias especiales de la América española con Andalucía. Las semejanzas son ligeras, a veces ligerísimas, o no las hay, en las tierras altas del Nuevo Mundo; son más abundantes en las tierras bajas: esta observación la hicimos por primera vez, y separadamente, el Dr. Wagner y yo en nuestros respectivos trabajos "El español de América y el latín vulgar" y "Observacions sobre el español en América".

3. Tales semejanzas no permiten, sin embargo, afirmar el andalucismo de América, según la opinión vulgar, o sea la identificación lingüística entre Andalucía y la América española.

4. Se ha buscado el origen de esas semejanzas en el supuesto predominio de los andaluces en la conquista del Nuevo Mundo, o por lo menos (tesis nueva que compuso el Dr. Wagner) en la colonización de las tierras bajas; pero todos los datos estadísticos que se conocen hasta ahora impiden mantener la suposición. No hay ningún fenómeno en que invariablemente coincidan Andalucía y la América española en conjunto.

5. No hay explicación segura, todavía, del origen de esas semejanzas. La explicación climatológica no puede intentarse, porque no existen normas científicas para determinar la influencia del clima sobre la lengua.

AL DIRECTOR DE "ESTUDIANTINA"*

Amigo Villarreal:

IENEN sus palabras a recordarme, en momento de escepticismo, uno de mis actos de fe: aquella conferencia que di en octubre de 1922, ante estudiantes de la Universidad de La Plata, cuando visité la Argentina unido a los mexicanos. Las horas de la vida me bastan apenas, desde hace años, para la obligación premiosa de sustentarla; y la pobre conferencia utópica dormía, intacta, esperando retoques para los que nunca llegaba tiempo. Me llegó, sí, el olvido, y la duda de que valiera aquello la pena.

Estamos en peligro de caer en escépticos al advertir que el mundo no mejora con la rapidez que ansiábamos cuando teníamos veinte años. Yo sé que no será en mis días cuando nuestra América suba adonde quiero. Pero no viene de ahí mi escepticismo: es que rodando, rodando, ya no sé a quién hablo; no sé si nadie quiere oír, ni dónde habría que hablar.

*Pedro Henríquez Ureña, *La utopía de América*, Ediciones de "Estudiantina", La Plata, Argentina, 1925.

¿Su petición me dice que mis palabras no son inútiles? Allá va, pues, la conferencia sobre *La utopía de América,* y con ella su corolario, *Patria de la justicia,* que fue la tesis de mi discurso, meses atrás, en la demostración de simpatía al buen luchador Carlos Sánchez Viamonte.

Temo, sí, que todo se pierda en el desatado río de palabras que fluye sobre el ancho cauce de "nuestra América". Lo sentiría, porque miro en torno, y miro escaso empeño de dar sustancia y firmeza a los conceptos que corren de pluma en pluma. Aplaudo las voces entusiastas, "líricas", en su valor generoso de estímulo; pero quiero más: si estas palabras mías que ahora le entrego suenan vagas, será que padezco torpeza para dar en breve espacio la impresión de las cosas reales que me preocupan. A mí no me interesa la unión como fin en sí: creo en nuestra unión, y la deseo, contra todos los cortos de vista (¡la rencorosa y abigarrada Europa no se ruboriza al hablar de su federación futura, y nosotros, por miedo a parecer ingenuos, no sabemos romper la lugareña estrechez que se da aires de malicia desengañada!); pero nuestra unión, sea cualquiera la forma que asuma, será sólo medio y recurso para fines reales. Es fin, es propósito válido, la conservación de nuestro espíritu con sus propias virtudes, el "nacionalismo espiritual", contrario al político, que sólo se justifica temporalmente como defensa del otro, del esencial; y aun así me interesaría poco si hubiéramos de persistir en nuestros errores, en nuestra pereza intelectual y moral, bajo el pretexto de que "así somos". Aquí el peligro no es que a fuerza de imitar al extraño caigamos en el descastamiento: la ley de genio y figura se cumple en los pueblos como en los hombres, hasta bajo las desviaciones aparentes; el peligro es que no sepamos vencer la desidia para revelarnos en perfección. Y para mí el peor despeñadero está en el mal del sueño que aflige a nuestro sentido de justicia: el dolor humano golpea inútilmente a la puerta de nuestra imaginación, y nuestra indiferencia discurre sonámbula entre la "guerra de todos contra todos" que es la sociedad de nuestro tiempo.

Me despido, en la esperanza de que habrá de cesar nuestra ofuscación; de que despertará nuestra inteligencia y nos abrirá el camino de la justicia.

Suyo

PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

La Plata, septiembre de 1925.

LA UTOPIA DE AMERICA

NO vengo a hablaros en nombre de la Universidad de México, no sólo porque no me ha conferido ella su representación para actos públicos, sino porque no me atrevería a hacerla responsable de las ideas que expondré. (*) Y sin embargo, debo comenzar hablando largamente de México porque aquel país, que conozco tanto como mi Santo Domingo, me servirá como caso ejemplar para mi tesis. Está México ahora en uno de los momentos activos de su vida nacional, momento de crisis y de creación. Está haciendo la crítica de su vida pasada; está investigando qué corrientes de su formidable tradición lo arrastran hacia escollos al parecer insuperables y qué fuerzas serían capaces de empujarlo hasta puerto seguro. Y México está creando su vida nueva, afirmando su carácter propio, declarándose apto para fundar su tipo de civilización.

Advertiréis que no os hablo de México como país joven, según es costumbre al hablar de nuestra América, sino como

(*) Me dirigía al público de la Universidad de La Plata en 1922.

país de formidable tradición, porque bajo la organización española persistió la herencia indígena, aunque empobrecida. México es el único país del Nuevo Mundo donde hay tradición, larga, perdurable, nunca rota, para todas las cosas, para toda especie de actividades: para la industria minera como para los tejidos, para el cultivo de la astronomía como para el cultivo de las letras clásicas, para la pintura como para la música. Aquel de vosotros que haya visitado una de las exposiciones de arte popular que empiezan a convertirse, para México, en benéfica costumbre, aquel podrá decir qué variedad de tradiciones encontró allí representadas, por ejemplo, en cerámica: la de Puebla, donde toma carácter del Nuevo Mundo la loza de Talavera; la de Teotihuacán, donde figuras primitivas se dibujan en blanco sobre negro; la de Guanajuato, donde el rojo y el verde juegan sobre fondo amarillo, como en el paisaje de la región; la de Aguascalientes, de ornamentación vegetal en blanco o negro sobre rojo oscuro; la de Oaxaca, donde la mariposa azul y la flor amarilla surgen, como de entre las manchas del cacao, sobre la tierra blanca; la de Jalisco, donde el bosque tropical pone sobre el fértil barro nativo toda su riqueza de líneas y su pujanza de color. Y aquel de vosotros que haya visitado las ciudades antiguas de México, —Puebla, Querétaro, Oaxaca, Morelia, Mérida, León, —aquél podrá decir cómo parecen hermanas, no hijas, de las españolas: porque las ciudades españolas, salvo las extremadamente arcaicas, como Avila y Toledo, no tienen aspecto medioeval, sino el aspecto que les dieron los siglos XVI a XVIII, cuando precisamente se edificaban las viejas ciudades mexicanas. La capital, en fin, la Triple México, —azteca, colonial, independiente,— es el símbolo de la continua lucha y de los ocasionales equilibrios entre añejas tradiciones y nuevos impulsos, conflicto y armonía que dan carácter a cien años de vida mexicana.

Y de ahí que México, a pesar de cuanto tiende a descivilizarlo, a pesar de las espantosas conmociones que lo sacuden y revuelven hasta los cimientos, en largos trechos de su historia, posea en su pasado y en su presente con qué crear

o —tal vez más exactamente— con qué continuar y ensanchar una vida y una cultura que son peculiares, únicas, suyas.

Esta empresa de civilización no es, pues, absurda como lo parecería a los ojos de aquellos que no conocen a México sino a través de la interesada difamación del cinematógrafo y del telégrafo; no es caprichosa, no es mero deseo de "jouer a' l' autochtone", según la opinión escéptica. No: lo autóctono, en México, es una realidad; y lo autóctono no es solamente la raza indígena, con su formidable dominio sobre todas las actividades del país, la raza de Morelos y de Juárez, de Altamirano y de Ignacio Ramírez: autóctono es eso, pero lo es también el carácter peculiar que toda cosa española asume en México desde los comienzos de la era colonial, así la arquitectura barroca en manos de los artistas de Taxco o de Tepozotlán como la comedia de Lope y Tirso en manos de Don Juan Ruiz de Alarcón.

Con fundamentos tales, México sabe qué instrumentos ha de emplear para la obra en que está empeñado; y esos instrumentos son la cultura y el nacionalismo. Pero la cultura y el nacionalismo no los entiende, por dicha, a la manera del siglo XIX. No se piensa en la cultura reinante en la era del capital disfrazado de liberalismo, cultura de "dilettantes" exclusivistas, huerto cerrado donde se cultivaban flores artificiales, torre de marfil donde se guardaba la ciencia muerta, como en los museos. Se piensa en la cultura social, ofrecida y dada realmente a todos y fundada en el trabajo: aprender no es sólo aprender a conocer sino igualmente aprender a hacer. No debe haber alta cultura, porque será falsa y efímera, donde no haya cultura popular. Y no se piensa en el nacionalismo político, cuya única justificación moral es, todavía, la necesidad de defender el carácter genuino de cada pueblo contra la amenaza de reducirlo a la uniformidad dentro de tipos que sólo el espejismo del momento hace aparecer como superiores: se piensa en otro nacionalismo, el espiritual, el que nace de las cualidades de cada pueblo cuando se traduce en arte y pensamiento, el que humorísticamente fue llamado, en el Congreso Internacional

de Estudiantes celebrado allí, el nacionalismo de las jícaras y los poemas.

El ideal nacionalista invade ahora, en México, todos los campos. Citaré el ejemplo más claro: la enseñanza del dibujo se ha convertido en cosa puramente mexicana. En vez de la mecánica copia de modelos triviales, Adolfo Best, pintor e investigador.— "penetrante y sutil como una espada"—, ha creado y difundido su novísimo sistema, que consiste en dar al niño, cuando "comienza" a dibujar, solamente los siete elementos lineales de las artes mexicanas, indígenas y populares (la línea recta, la quebrada, el círculo, el semicírculo, la ondulosa, la "ese", la espiral) y decirle que los emplee a la manera mexicana, es decir, según reglas derivadas también de las artes de México: así, no cruzar nunca dos líneas sino cuando la cosa representada requiera de modo inevitable el cruce.

Pero al hablar de México como país de cultura autóctona no pretendo aislarlo en América: creo que, en mayor o menor grado, toda nuestra América tiene parecidos caracteres, aunque no toda ella alcance la riqueza de las tradiciones mexicanas. Cuatro siglos de vida hispánica han dado a nuestra América rasgos que la distinguen.

La unidad de su historia, la unidad de propósitos en la vida política y en la intelectual, hacen de nuestra América una entidad, una "magna patria", una agrupación de pueblos destinados a unirse cada día más y más. Si conserváramos aquella infantil audacia con que nuestros antepasados llamaban Atenas a cualquier ciudad de América, no vacilaría yo en compararnos con los pueblos, políticamente disgregados pero espiritualmente unidos, de la Grecia clásica y la Italia del Renacimiento. Pero sí me atreveré a compararnos con ellos para que aprendamos, de su ejemplo, que la desunión es el desastre.

Nuestra América debe afirmar la fe en su destino en el porvenir de la civilazación. Para mantenerlo no me fundo, desde luego, en el desarrollo presente o futuro de las riquezas materiales, ni siquiera en esos argumentos, contundentes para

los contagiados del delirio industrial, argumentos que se llaman Buenos Aires, Montevideo, Santiago, Valparaíso, Rosario. No: esas poblaciones demuestran que, obligados a competir dentro de la actividad contemporánea, nuestros pueblos saben, tanto como los Estados Unidos, crear en pocos días colmenas formidables, tipos nuevos de ciudad que difieren radicalmente del europeo, y hasta acometer, como Río de Janiero, hazañas no previstas por las urbes norteamericanas. Ni me fundaría, para no dar margen a censuras pueriles de los pesimistas, en la obra, exigua todavía, que representa nuestra contribucion espiritual al acervo de la civilización en el mundo, por más que la arquitectura colonial de México, y la poesía contemporánea de toda nuestra América, y nuestras maravillosas artes populares, sean altos valores.

Me fundo sólo en el hecho de que, en cada una de nuestras crisis de civilización, es el espíritu quien nos ha salvado, luchando contra elementos en apariencia más poderosos; el espíritu solo, y no la fuerza militar o el poder económico. En uno de sus momentos de mayor decepción, dijo Bolívar que si fuera posible para los pueblos volver al caos, los de la América Latina volverían a él. El temor no era vano: los investigadores de la historia nos dicen hoy que el Africa Central pasó, y en tiempos no muy remotos, de la vida social organizada, de la civilización creadora, a la disolución en que hoy la conocemos y en que ha sido presa fácil de la codicia ajena: el puente fue la guerra incesante. Y el "Facundo" de Sarmiento es la descripción del instante agudo de nuestra lucha entre la luz y el caos, entre la civilización y la barbarie. La barbarie tuvo consigo largo tiempo la fuerza de la espada; pero el espíritu la venció, en empeño como de milagro. Por eso hombres magistrales como Sarmiento, como Alberdi, como Bello, como Hostos, son verdaderos creadores o salvadores de pueblos, a veces más que los libertadores de la independencia. Hombres así, obligados a crear hasta sus instrumentos de trabajo, en lugares donde a veces la actividad económica estaba reducida al mínimum de la vida patriarcal,

son los verdaderos representativos de nuestro espíritu. Tenemos la costumbre de exigir, hasta al escritor de gabinete, la aptitud magistral: porque la tuvo, fue representativo José Enrique Rodó. Y así se explica que la juventud de hoy, exigente como toda juventud, se ensañe contra aquellos hombres de inteligencia poco amigos de terciar en los problemas que a ella le interesan y en cuya solución pide la ayuda de los maestros.

Si el espíritu ha triunfado, en nuestra América, sobre la barbarie interior, no cabe temer que lo rinda la barbarie de afuera. No nos deslumbre el poder ajeno: el poder es siempre efímero. Ensanchemos el campo espiritual: demos el alfabeto a todos los hombres; demos a cada uno los instrumentos mejores para trabajar en bien de todos; esforcémonos por acercarnos a la justicia social y a la libertad verdadera; avancemos, en fin, hacia nuestra utopía.

¿Hacia la utopía? Sí: hay que ennoblecer nuevamente la idea clásica. La utopía no es vano juego de imaginaciones pueriles: es una de las magnas creaciones espirituales del Mediterráneo, nuestro gran mar antecesor. El pueblo griego da al mundo occidental la inquietud del perfeccionamiento constante. Cuando descubre que el hombre puede individualmente ser mejor de lo que es y socialmente vivir mejor de como vive, no descansa para averiguar el secreto de toda mejora, de toda perfección. Juzga y compara; busca y experimenta sin descanso; no le arredra la necesidad de tocar a la religión y a la leyenda, a la fábrica social y a los sistemas políticos. Es el pueblo que inventa la discusión; que inventa la crítica. Mira al pasado, y crea la historia; mira al futuro, y crea las utopías.

El antiguo oriente se había conformado con la estabilidad de la organización social: la justicia se sacrificaba al orden, el progreso a la tranquilidad. Cuando alimentaron esperanzas de perfección —la victoria de Ahura Mazda entre los persas o la venida del Mesías para los hebreos— las situaron fuera del alcance del esfuerzo humano: su realización sería obra de leyes o de voluntades más altas. Grecia cree en

el perfeccionamiento de la vida humana por medio del esfuerzo humano. Atenas se dedicó a crear utopías: nadie las revela mejor que Aristófanes; el poeta que las satiriza no sólo es capaz de comprenderlas sino que hasta se diría simpatizador de ellas ¡tal es el esplendor con que llega a presentarlas! Poco después de los intentos que atrajeron la burla de Aristófanes, Platón crea, en "La República", no sólo una de las obras maestras de la filosoía y de la literatura, sino también la obra maestra en el arte singular de la utopía.

Cuando el espejismo del espíritu clásico se proyecta sobre Europa, con el Renacimiento , es natural que resurja la utopía. Y desde entonces, aunque se eclipse, no muere. Hoy, en medio del formidable desconcierto en que se agita la humanidad, sólo una luz unifica a muchos espíritus: la luz de una utopía, reducida, es verdad, a simples soluciones económicas por el momento, pero utopía al fin, donde se vislumbra la única esperanza de paz entre el infierno social que atravesamos todos.

¿Cuál sería, pues, nuestro papel en estas cosas? Devolverle a la utopía sus caracteres plenamente humanos y espirituales, esforzarnos por que el intento de reforma social y justicia económica no sea el límite de las aspiraciones; procurar que la desaparición de las tiranías económicas concuerde con la libertad perfecta del hombre individual y social, cuyas normas únicas, después del "neminem laedere", sean la razón y el sentido estético. Dentro de nuestra utopía, el hombre deberá llegar a ser plenamente humano, dejando atrás los estorbos de la absurda organización económica en que estamos prisioneros y el lastre de los prejuicios morales y sociales que ahogan la vida espontánea; a ser, a través del franco ejercicio de la inteligencia y de la sensibilidad, el hombre libre, abierto a los cuatro vientos del espíritu.

¿Y cómo se concilia esta utopía, destinada a favorecer la definitiva aparición del hombre universal, con el nacionalismo antes predicado, nacionalismo de jícaras y poemas, es verdad, pero nacionalismo al fin? No es difícil la conciliación: antes al contrario, es natural. El hombre universal con

que soñamos, a que aspira nuestra América, no será descastado: sabrá gustar de todo, apreciar todos los matices, pero será de su tierra; su tierra, y no la ajena, le dará el gusto intenso de los sabores nativos, y esa será su mejor preparación para gustar de todo lo que tenga sabor genuino, carácter propio. La universalidad no es el descastamiento: en el mundo de la utopía no deberán desaparecer las diferencias de carácter que nacen del clima, de la lengua, de las tradiciones, pero todas estas diferencias, en vez de significar división y discordancia, deberán combinarse como matices diversos de la unidad humana. Nunca la uniformidad, ideal de imperialismos estériles; sí la unidad, como armonía de las multánimes voces de los pueblos.

Y por eso, así como esperamos que nuestra América se aproxime a la creación del hombre universal, por cuyos labios hable libremente el espíritu, libre de estorbos, libre de prejuicios, esperamos que toda América, y cada región de América, conserve y perfeccione todas sus actividades de carácter original, sobre todo en las artes: las literarias, en que nuestra originalidad se afirma cada día; las plásticas, tanto las mayores como las menores, en que poseemos el doble tesoro, variable según las regiones, de la tradición española y de la tradición indígena, fundidas ya en corrientes nuevas; y las musicales, en que nuestra insuperable creación popular aguarda a los hombres de genio que sepan extraer de ella todo un sistema nuevo que será maravilla del futuro.

Y sobre todo, como símbolos de nuestra civilización para unir y sintetizar las dos tendencias, para conservarlas en equilibrio y armonía, esperemos que nuestra América siga produciendo lo que es acaso su más alta característica: los hombres magistrales, héroes verdaderos de nuestra vida moderna, verbo de nuestro espíritu y creadores de vida espiritual.

PATRIA DE LA JUSTICIA

NUESTRA AMERICA corre sin brújula en el turbio mar de la humanidad contemporánea. ¡Y no siempre ha sido así! Es verdad que nuestra independencia fue estallido súbito, cataclismo natural: no teníamos ninguna preparación para ella. Pero es inútil lamentarlo ahora: vale más la obra prematura que la inacción; y de todos modos, con el régimen colonial de que llevábamos tres siglos, nunca habríamos alcanzado preparación suficiente: Cuba y Puerto Rico son pruebas. Y con todo, Bolívar, después de dar cima a su ingente obra de independencia, tuvo tiempo de pensar, con el toque genial de siempre, los derroteros que debíamos seguir en nuestra vida de naciones hasta llegar a la unidad sagrada. Paralelamente, en la campaña de independencia, o en los primeros años de vida nacional, hubo hombres que se empeñaron en dar densa sustancia de ideas a nuestros pueblos: así, Moreno y Rivadavia en la Argentina.

Después... Después se desencadenó todo lo que bullía en el fondo de nuestras sociedades, que no eran sino vastas

desorganizaciones bajo la apariencia de organización rígida del sistema colonial. Civilización contra barbarie, tal fue el problema, como lo formuló Sarmiento. Civilización o muerte, eran las dos soluciones únicas, como las formulaba Hostos. Dos estupendos ensayos para poner orden en el caos contempló nuestra América, aturdida, poco después de mediar el siglo XIX: el de la Argentina, después de Caseros, bajo la inspiración de dos adversarios dentro de una sola fe, Sarmiento y Alberdi, como jefes virtuales de aquella falange singular de activos hombres de pensamiento; el de México, con la Reforma, con el grupo de estadistas, legisladores y maestros, a ratos convertidos en guerreros, que se reunió bajo la terca fe patriótica y humana de Juárez. Entre tanto, Chile, único en escapar a estas hondas convulsiones de crecimiento, se organizaba poco a poco, atento a la voz magistral de Bello. Los demás pueblos vegetaron en pueril inconsciencia o padecieron bajo afrentosas tiranías o agonizaron en el vértigo de las guerras fratricidas: males pavorosos para los cuales nunca se descubría el remedio. No faltaban intentos civilizadores, tales como en el Ecuador las campañas de Juan Montalvo en periódico y libro, en Santo Domingo la prédica y la fundación de escuelas, con Hostos y Salomé Ureña; en aquellas tierras invadidas por la cizaña, rendían frutos escasos; pero ellos nos dan la fe: ¡no hay que desesperar de ningún pueblo mientras haya en él diez hombres justos que busquen el bien!

Al llegar el siglo XX, la situación se define, pero no mejora: los pueblos débiles, que son los más en América, han ido cayendo poco a poco en las redes del imperialismo septentrional, unas veces sólo en la red económica, otras en doble red económica y política; los demás, aunque no escapan del todo al mefítico influjo del Norte, desarrollan su propia vida, —en ocasiones, como ocurre en la Argentina, con esplendor material no exento de las gracias de la cultura. Pero, en los unos como en los otros, la vida nacional se desenvuelve fuera de toda dirección inteligente: por falta de ella, no se atina a dar orientación superior a la existencia próspera. En la

Argentina, el desarrollo de la riqueza, que nació con la aplicación de las ideas de los hombres del 52, ha escapado a todo dominio; enorme tren, de avasallador impulso, pero sin maquinista... Una que otra excepción, parcial, podría mencionarse: el Uruguay pone su orgullo en enseñarnos unas cuantas leyes avanzadas; México, desde la revolución de 1910, se ha visto en la dura necesidad de pensar sus problemas: en parte, ha planteado los de distribución de la riqueza y de la cultura, y a medias y a tropezones ha comenzado a buscarles solución; pero no toca siquiera a uno de los mayores: convertir al país de minero en agrícola, para echar las bases de la existencia tranquila, del desarrollo normal, libre de los aleatorios caprichos del metal y del petróleo.

Si se quiere medir hasta dónde llega la cortedad de visión de nuestros hombres de estado, piénsese en la opinión que expresaría cualquiera de nuestros supuestos estadistas si se le dijese que la América española debe tender hacia la unidad política. La idea le parecería demasiado absurda para discutirla siquiera. La denominaría, creyendo haberla herido con flecha destructora, una utopía.

Pero la palabra utopía, en vez de flecha destructora, debe ser nuestra flecha de anhelo. Si en América no han de fructificar las utopías ¿dónde encontrarán asilo? Creación de nuestros abuelos espirituales del Mediterráneo, invención helénica contraria a los ideales asiáticos que sólo prometen al hombre una vida mejor fuera de esta vida terrena, la utopía nunca dejó de ejercer atracción sobre los espíritus superiores de Europa; pero siempre tropezó allí con la maraña profusa de seculares complicaciones: todo intento para deshacerlas, para sanear siquiera con gotas de justicia a las sociedades enfermas, ha significado —significa todavía— convulsiones de largos años, dolores incalculables.

La primera utopía que se realizó sobre la Tierra —así lo creyeron los hombres de buena voluntad— fue la creación de los Estados Unidos de América: reconozcámoslo lealmente. Pero a la vez meditemos en el caso ejemplar: después de haber nacido de la libertad, de haber sido escudo para las víctimas

de todas las tiranías y espejo para todos los apóstoles del ideal democrático, y cuando acababa de pelear su última cruzada, la abolición de la esclavitud, para librarse de aquel lamentable pecado, el gigantesco país se volvió opulento y perdió la cabeza; la materia devoró al espíritu; y la democracia que se había constituido para bien de todos se fue convirtiendo en la factoría para lucro de unos pocos. Hoy, el que fue arquetipo de libertad es uno de los países menos libres del mundo.

¿Permitiremos que nuestra América siga igual camino? A fines del siglo XIX lanzó el grito de alerta el último de nuestros apóstoles, el noble y puro José Enrique Rodó: nos advirtió que el empuje de las riquezas materiales amenazaba ahogar nuestra ingenua vida espiritual; nos señaló el ideal de la magna patria, la América española. La alta lección fue oída; con todo, ella no ha bastado para detenernos en la marcha ciega. Hemos salvado, en gran parte, la cultura, especialmente en los pueblos donde la riqueza alcanza a costearla; el sentimiento de solidaridad crece; pero descubrimos que los problemas tienen raíces profundas.

Debemos llegar a la unidad de la magna patria; pero si tal propósito fuera su límite en sí mismo, sin implicar mayor riqueza ideal, sería uno de tantos proyectos de acumular poder por el gusto del poder, y nada más. La nueva nación sería una potencia internacional, fuerte y temible, destinada a sembrar nuevos terrores en el seno de la humanidad atribulada. No: si la magna patria ha de unirse, deberá unirse para la justicia, para asentar la organizacióon de la sociedad sobre bases nuevas, que alejen del hombre la continua zozobra del hambre a que lo condena su supuesta libertad y la estéril impotencia de su nueva esclavitud, angustiosa como nunca lo fue la antigua, porque abarca a muchos más seres y a todos los envuelve en la sombra del porvenir irremediable.

El ideal de justicia está antes que el ideal de cultura: es superior el hombre apasionado de justicia al que sólo aspira a su propia perfección intelectual. Al dilettantismo egoísta, aunque se ampare bajo los nombres de Leonardo o de Goethe, opongamos el nombre de Platón, nuestro primer maestro de

utopía, el que entregó al fuego todas sus invenciones de poeta para predicar la verdad y la justicia en nombre de Sócrates, cuya muerte le reveló la terrible imperfección de la sociedad en que vivía. Si nuestra América no ha de ser sino una prolongación de Europa, si lo único que hacemos es ofrecer suelo nuevo a la explotación del hombre por el hombre (y por desgracia, esa es hasta ahora nuestra única realidad), si no nos decidimos a que esta sea la tierra de promisión para la humanidad cansada de buscarla en todos los climas, no tenemos justificación: sería preferible dejar desiertas nuestras altiplanicies y nuestras pampas si sólo hubieran de servir para que en ellas se multiplicaran los dolores humanos, no los dolores que nada alcanzará a evitar nunca, los que son hijos del amor y la muerte, sino los que la codicia y la soberbia infligen al débil y al hambriento. Nuestra América se justificará ante la humanidad del futuro cuando, constituida en magna patria, fuerte y próspera por los dones de su naturaleza y por el trabajo de sus hijos, dé el ejemplo de la sociedad donde se cumple "la emancipación del brazo y de la inteligencia".

En nuestro suelo nacerá entonces el hombre libre, el que, hallando fáciles y justos los deberes, florecerá en generosidad y en creación.

Ahora, no nos hagamos ilusiones: no es ilusión la utopía, sino el creer que los ideales se realizan sobre la tierra sin esfuerzo y sin sacrificio. Hay que trabajar. Nuestro ideal no será la obra de uno o dos o tres hombres de genio, sino de la cooperación sostenida, llena de fe, de muchos, innumerables hombres modestos; de entre ellos surgirán, cuando los tiempos estén maduros para la acción decisiva, los espíritus directores; si la fortuna nos es propicia, sabremos descubrir en ellos los capitanes y timoneles, y echaremos al mar las naves.

Entre tanto, hay que trabajar, con fe, con esperanza todos los días. Amigos míos: a trabajar.

LA INFLUENCIA DE LA REVOLUCION EN LA VIDA INTELECTUAL DE MEXICO*

AY en la historia de México, después de su independencia, dos grandes movimientos de transformación social: la Reforma, inspirada en la orientación liberal, que se extiende de 1855 a 1867; el reciente que todos llaman la Revolución, el cual empieza en 1910 y se consolida hacia 1920.

La Revolución ha ejercido extraordinario influjo sobre la vida intelectual, como sobre todos los órdenes de actividad en aquel país. Raras veces se ha ensayado determinar las múltiples vías que ha invadido aquella influencia; pero todos convienen, cuando menos, en la nueva fe, que es el carácter fundamental del movimiento: la fe en la educación popular, la creencia de que "toda" la población del país "debe" ir a la

---

* Con el título "La Revolución y la Cultura en México" en *Revista de Filosofía*, Buenos Aires, 1925, tomo I, págs. 125 y subsiguientes.

También en *Revista de Ciencias Jurídicas y Sociales*, Universidad de La Plata, 1925, Año II, No. 8, abril, Págs. 112–120.

En *Plenitud de América*, Buenos Aires, ed. Peña, Del Giudice, 1952, Págs. 77–87.

escuela, aun cuando este ideal no se realice en pocos años, ni siquiera en una generación.

Esta fe significa una actitud enteramente nueva ante el problema de la educación pública. No que la "teoría" de la educación popular fuese desconocida antes. Al contrario: tan pronto como México comenzó a salir, hace más de cien años, del medievalismo de la época colonial, entró en circulación la teoría de la educación popular como fundamento esencial de la democracia. Fernández de Lizardi, el célebre "Pensador Mexicano", que murió en 1827, fue ardoroso campeón de la idea, y hasta esperaba que la multitud de sus propias publicaciones, bajo la forma de novelas, dramas, folletos, revistas y calendarios, estimularan en el pueblo el deseo de leer. Desde que la lucha de independencia terminó (en 1821), fue creciendo paulatinamente el número de escuelas públicas y privadas: todo hombre que podía permitírselo asistía a la escuela, y hasta llegó a considerarse indispensable que las mujeres no fuesen iletradas (recuérdese que en la época colonial, hasta fines del siglo XVIII, muchos creían peligroso para las mujeres el aprender a leer y escribir). Pero la educación popular, durante cien años, existió en México principalmente como teoría: en la práctica, la asistencia escolar estaba limitada a las minorías cuyos recursos económicos les permitían no trabajar desde la infancia; entre los pobres verdaderos, muy pocos cruzaban el vado de las primeras letras. Los devotos de la educación popular (hombres como Justo Sierra, que fue Secretario de Instrucción Pública hacia el final del régimen de Porfirio Díaz) nunca lograron comunicar su fe al hombre de la calle: ¡ni siquiera al gobierno!

Hay que recordar que hasta el comienzo del siglo XIX, la

Con el título "La Influencia de la Revolución en la vida intelectual de México" en *Obra Crítica*, México, ed. Fondo de Cultura Económica, 1960, Págs. 610–617.

En *México en la Cultura*, México, 6 de junio 1960, No. 586.

En *La Gaceta* del Fondo de Cultura Económica, México, Noviembre 1960, Año VI, Núm. 75.

En *Selección de Ensayos de Pedro Henríquez Ureña*, La Habana, 1966, Págs. 315–326.

América Latina, a pesar de sus imprentas, vivía bajo una organización medieval de la sociedad y dentro de una idea medieval de la cultura. Nada recordaba la Edad Media tanto como sus grandes universidades (tales, las de Santo Domingo, la de México, la de Lima): allí, el latín era el idioma de las cátedras; la teología era la asignatura principal; el derecho era el romano o el eclesiástico, nunca el estatuto vivo del país; la medicina se enseñaba con textos árabes, y de cuando en cuando el regreso a Hipócrates significaba una renovación. Saber leer y escribir era, como en la Europa de la Edad Media, habilidad estrictamente profesional, comparable a la de tallar madera o fabricar loza. Según observa Charles Péguy, los pueblos protestantes comenzaron a leer después de la Reforma, los pueblos católicos desde la Revolución francesa. Así se comprende como hubieron de pasar cien años para que una nación se diera cuenta de que la educación popular no es un sueño utópico sino una necesidad real y urgente. Eso es lo que México ha descubierto durante los últimos quince años, como resultado de las insistentes demandas de la Revolución. El programa de trabajo emprendido por Vasconcelos de 1920 a 1924 es la cristalización de estas aspiraciones populares. De hoy en adelante, ningún gobierno podrá desatender la instrucción del pueblo.

El nuevo despertar intelectual de México, como de toda la América Latina en nuestros días, está creando en el país la confianza en su propia fuerza espiritual. México se ha decidido a adoptar la actitud de discusión, de crítica, de prudente discernimiento, y no ya de aceptación respetuosa, ante la producción intelectual y artística de los países extranjeros; espera, a la vez, encontrar en las creaciones de sus hijos las cualidades distintivas que deben ser la base de una cultura original.

El preludio de esta liberación está en los años de 1906 a 1911. En aquel período, bajo el gobierno de Díaz, la vida intelectual de México había vuelto a adquirir la rigidez medieval, si bien las ideas eran del siglo XIX, "muy siglo XIX". Toda Weltanschauung estaba predeterminada, no ya por

la teología de Santo Tomás o de Duns Escoto, sino por el sistema de las ciencias modernas interpretadas por Comte, Mill y Spencer; el positivismo había reemplazado al escolasticismo en las escuelas oficiales, y la verdad no existía fuera de él. En teoría política y económica, el liberalismo del siglo XVIII se consideraba definitivo. En la literatura, a la tiranía del "modelo clásico" había sucedido la del París moderno. En la pintura, en la escultura, en la arquitectura, las admirables tradiciones mexicanas, tanto indígenas como coloniales, se habían olvidado: el único camino era imitar a Europa. ¡Y qué Europa: la de los deplorables "salones" oficiales! En música, donde faltaba una tradición nacional fuera del canto popular, se creía que la salvación estaba en Leipzig.

Pero en el grupo a que yo pertenecía, el grupo en que me afilé a poco de llegar de mi patria (Santo Domingo) a México, pensábamos de otro modo. Eramos muy jóvenes (había quienes no alcanzaran todavía los veinte años) cuando comenzamos a sentir la necesidad del cambio. Entre muchos otros, nuestro grupo comprendía a Antonio Caso, Alfonso Reyes, José Vasconcelos, Acevedo el arquitecto, Rivera el pintor. Sentíamos la opresión intelectual, junto con la opresión política y económica de que ya se daba cuenta gran parte del país. Veíamos que la filosofía oficialal era demasiado sistemática, demasiado definitiva para no equivocarse. Entonces nos lanzamos a leer a todos los filósofos a quienes el positivismo condenaba como inútiles, desde Platón, que fue nuestro mayor maestro, hasta Kant y Schopenhauer. Tomamos en serio (¡oh blasfemia!) a Nietzsche. Descubrimos a Bergson, a Boutroux, a James, a Croce. Y en la literatura no nos confinamos dentro de la Francia moderna. Leímos a los griegos, que fueron nuestra pasión. Ensayamos la literatura inglesa. Volvimos, pero a nuestro modo, contrariando toda receta, a la literatura española, que había quedado relegada a las manos de los académicos de provincia. Atacamos y desacreditamos las tendencias de todo arte "pompier": nuestros compañeros que iban a Europa no fueron ya a inspirarse en la falsa tradición

de las academias, sino a contemplar directamente las grandes creaciones y a observar el libre juego de las tendencias novísimas; al volver, estaban en aptitud de descubrir todo lo que daban de sí la tierra nativa y su glorioso pasado artístico.

Bien pronto nos dirigimos al público en conferencias, artículos, libros (pocos) y exposiciones de arte. Nuestra juvenil revolución triunfó, superando todas nuestras esperanzas... Nuestros mayores, después de tantos años de reinar en paz, se habían olvidado de luchar. Toda la juventud pensaba como nosotros. En 1909, antes de que cayera el gobierno de Díaz, Antonio Caso fue llamado a una cátedra de la que hoy es Universidad Nacional, y su entrada allí significó el principio del fin. Cuando Madero llegó al poder, en 1911, los principales representantes del antiguo pensamiento oficial —que eran en su mayoría personajes políticos del "antiguo régimen"— se retiraron de la Universidad, y su influencia se desvaneció...

Desgraciadamente, eso no quería decir que al primer triunfo político de la Revolución (1911) se modificaran y adoptaran orientaciones modernas en el mundo universitario de México, ni menos en la vida intelectual y artística del país en su conjunto. El proceso hubo de ser más lento. Las actividades de nuestro grupo no estaban ligadas (salvo la participación de uno que otro de sus miembros) a las de los grupos políticos, y no había entrado en nuestros planes el asaltar las posiciones directivas en la educación pública, para las cuales creíamos no tener edad suficiente (¡después los criterios han cambiado!): sólo habíamos pensado hasta entonces en la renovación de las ideas. Habíamos roto una larga opresión, pero éramos pocos, y no podíamos sustituir a los viejos maestros en todos los campos... La Universidad se reorganizó como pudo, y de esta imperfección inicial no ha podido curarse todavía. Nuestra única conquista fundamental, en la vida universitaria de entnces, fue el estímulo que dio Antonio Caso a la libertad filosófica.

Poco después, afortunadamente, tuvimos ocasión de dar nuevo impulso a la actividad universitaria. La Universidad no

gozaba del favor político, y carecía de medios para organizar los estudios de ciencias puras y de humanidades. En 1913, el doctor Chávez, hombre del "antiguo régimen" que ha vivido en esfuerzo continuo de adaptación a tendencias nuevas, se echó a buscar el concurso de hombres avanzados, dispuestos a trabajar gratuitamente en la organización de la Escuela de Altos Estudios: la mayoría de los profesores la dio entonces nuestro grupo, y así nacieron con éxito resonante, los cursos de humanidades y de ciencias.

Nuestro grupo, además, constituido en Ateneo desde 1909, había fundado en 1911 la Universidad Popular Mexicana, en cuyos estatutos figuraba la norma de no aceptar nunca ayuda de los gobiernos: esta institución duró diez años, atravesando ilesa las peores crisis del país, gracias al tesón infatigable de su rector, Alfonso Pruneda, y contó con auditorios muy variados: entre los obreros difundió, en particular, conocimientos de higiene; y de sus conferencias para el público culto nacieron libros importantes, de Caso y de Matiscal, entre otros.

Entre tanto, la agitación política que había comenzado en 1910 no cesaba, sino que se acrecentaba de día en día, hasta culminar en los "años terribles" de 1913 a 1916, años que hubieran dado fin a toda vida intelectual a no ser por la persistencia en el amor de la cultura que es inherente a la tradición latina. Mientras la guerra asolaba el país, y hasta los hombres de los grupos intelectuales se convertían en soldados, los esfuerzos de renovación espiritual, aunque desorganizados, seguían adelante. Los frutos de nuestra revolución filosófica, literaria y artística iban cuajando gradualmente. Faltaba sólo renovar, en el mundo universitario, la ideología jurídica y económica, en consonancia con la renovación que en estos órdenes precisamente traía la Revolución. Hacia 1920 se hace franco el cambio de orientación en la enseñanza de la sociología, la economía política y el derecho. Esta transformación se debe a hombres todavía más jóvenes que nosotros, hombres que apenas alcanzan ahora los treinta años: Manuel Gómez Morín, a quien se debe en su mayor parte la

nueva coordinación del plan de estudios jurídicos en la Universidad; Vicente Lombardo Toledano, cuyas "Definiciones de derecho público" se inspiran en la escuela de Duguit: Daniel Cosío Villegas, cuyo intento de hacer sociología aplicada al país ("Apuntes de sociología mexicana") encuentra franca acogida; Alfonso Caso, Daniel Quirós, y otros.

Durante años, México estuvo solo, entregado a sus propios recursos espirituales. Sus guerras civiles que parecían inaplacables, la hostilidad frecuente de los capitalistas y los gobernantes de los Estados Unidos, finalmente el conflicto europeo, dejaron al país aislado. Sus únicos amigos, los países de la América Latina, estaban demasiado lejos o demasiado pobres para darle ayuda práctica. Con este aislamiento, que hubiera enseñado confianza en sí misma a cualquier nación de mucho menos fibra, México se dio cuenta de que podía sostenerse sin ayuda ajena, en caso necesario. Ejemplo curioso: gusta mucho en México la ópera, pero las revoluciones del país y la Guerra Europea eran causas más que suficientes para que ningún grupo de cantantes se aventurara a ir allí; entonces, en la capital mexicana se organizaron compañías de ópera, con artistas del país, y a veces dos de ellas daban representaciones simultáneas en la capital.

¿Cuál ha sido el resultado? Ante todo, comprender que las cuestiones sociales de México, sus problemas políticos, económicos y jurídicos, son únicos en su carácter y no han de resolverse con la simple imitación de métodos extranjeros, así sean los ultraconservadores de los Estados Unidos contemporáneos o los ultramodernos del Soviet ruso.

Después, la convicción de que el espíritu mexicano es creador, como cualquier otro. Es dudoso que, sin el cambio de la atmósfera espiritual, se hubieran producido libros de pensamiento original como *El suicida* de Alfonso Reyes, *El monismo estético* de José Vasconcelos, o *La existencia como economía, como desinterés y como caridad,* de Antonio Caso; investigaciones como la obra monumental dirigida por Manuel Gamio sobre la población del Valle de Teotihuacán o el

estudio de Adolfo Best Maugard sobre los elementos lineales y los cánones del dibujo en el arte mexicano, tanto en el antiguo como en el popular de nuestros días; interpretaciones artísticas del espíritu mexicano con los frescos de Diego Rivera y sus secuaces.

Existe hoy el deseo de preferir los materiales nativos y los temas nacionales en las artes y en las ciencias, junto con la decisión de crear métodos nuevos cuando los métodos europeos resulten insuficientes ante los nuevos problemas. En el arte pictórico, la justicia de esta decisión está comprobada: por una parte, la obra formidable de Rivera, con su vasta representación de la vida mexicana en su pintura mural de la Secretaría de Educación Pública y de la Escuela de Agricultura, ha arrastrado consigo a la mayoría de los pintores jóvenes enseñándolos a ver su tierra; y es justo reconocer que el intento mexicanista comienza, con menos vigor, pero no sin aciertos de estilo, en la Sala de las Discusiones Libres decorada bajo la dirección de Roberto Montenegro: tienen las vidrieras de los ventanales, especialmente, el mérito de ser en todo mexicanas, desde los cartones que les sirvieron de modelos hasta los procedimientos de ejecución material; por otra parte, la reforma de la enseñanaza del dibujo iniciada por Adolfo Best Maugard (continuada luego bajo la dirección de Manuel Rodríguez Lozano) representa el más certero hallazgo sobre las características esenciales del arte de una raza de América: el dibujo mexicano, que desde las altas creaciones del genio indígena en su civilización antigua ha seguido viviendo hasta nuestros días a través de las preciosas artes del pueblo está constituido por siete elementos (línea recta, línea quebrada, círculo, semicírculo, ondulosa, "ese" y espiral), que se combinan en series estáticas o dinámicas (petatillos y grecas), con la norma peculiar de que nunca deben cruzarse dos líneas, y pueden servir, en combinación libre, para toda especie de representaciones y decoraciones.

La arquitectura no se queda atrás. Con Jesús T. Acevedo y Federico Mariscal se abre, en 1913, el movimiento en favor del estudio de la tradición colonial mexicana; lo continúan

artistas e historiadores como Manuel Romero de Terreros; diez años después, los barrios nuevos de la capital, entregados antes al culto del "hotel" afrancesado y del "chalet" suizo, están llenos de edificios en que la antigua arquitectura del país reaparece adaptándose a fines nuevos; edificios fáciles de reconocer, no sólo por el interesante barroquismo de sus líneas, sino por sus materiales mexicanos, el "tezontle" rojo oscuro y la "chiluca" gris, o a veces, además, el azulejo: ellos devuelven a la ciudad su carácter propio, sumándose a los suntuosos palacios de los barrios viejos.

En la música no se ha hecho tanto: mucho menos que en la América del Sur. Es general el interés que inspiran los cantos populares; todo el mundo los canta, así como se deleita con la alfarería y los tejidos populares; y se cantan en las escuelas oficiales, con el fin de fundar la enseñanza musical en el arte nativo, como se hace en el dibujo. Pero no hay todavía gusto o discernimiento para la música popular, ni oficial ni particularmente, como los hay para las artes plásticas. Ni siquiera se establece la distinción esencial entre la legítima canción del pueblo y el simple aire populachero fabricado por músicos bien conocidos de las ciudades. A partir de la obra de Manuel M. Ponce, compositor prolífico, precursor tímido, que comenzó a estudiar los aires populares hacia 1910, nace el interés, y va creciendo gradualmente. Ahora existen intentos de llegar al fondo de la cuestión, especialmente en la obra de Carlos Chávez Ramírez, compositor joven que ha sabido plantear el problema de la música mexicana desde su base, es decir, desde la investigación de la tonalidad. Hay, además, singulares posibilidades de la "orquesta típica", conjunto nada europeo de instrumentos de orígenes diversos: cabe pensar cómo interesaría a Stravinski o a Falla.

En la literatura, los cambios recientes son mucho menores que en la arquitectura o la pintura. No es que falten orientaciones nuevas, como en música: es que la literatura ha alcanzado siempre en México carácter original, aun en los períodos de mayor influencia europea, y el espíritu mexicano

ha impreso su sello peculiar a la obra literaria desde los tiempos de don Juan Ruiz de Alarcón y sor Juana Inés de la Cruz. En el período actual, el de la Revolución, después que nuestro grupo predicara la libre incursión en todas las literaturas, fuera de la sujeción a la "derniére mode française," se advierte, eso sí, nueva audacia en los escritores, especialmente en el orden filosófico (como antes dije). Según era de esperar, los temas nacionales están nuevamente en boga. En poesía, Ramón López Velarde, muerto antes de la madurez en 1921, puso matices originales en la interpretación de asuntos provincianos y se levantó a la visión de conjunto en "Suave patria"; tras él ha ido buena parte de la legión juvenil. En otros campos, la novela y el cuento —que llevan cien años de tratar temas mexicanos— empiezan a multiplicarse: como ejemplo característico cabe señalar las novelas cortas que compone Xavier Icaza bajo el título de "Gente mexicana." Los temas coloniales aparecen continuamente: citaré, entre las obras mejores de su especie, el *Visionario de la Nueva España,* de Genaro Estrada. Abundan los intentos de teatro nacional, que hasta ahora sólo gozan del favor público en las formas breves de sainete, zarzuela y revista, pero que no carecen de interés en el tipo de "obras serias": tales, entre otros, los "dramas sintéticos" cor. asunto rural, de Eduardo Villaseñor y de Rafael Saavedra, que escribe para campesinos indios, estimulándolos a convertirse en actores. Ahora, y en ellos ejerce buen influjo el ejemplo argentino, el deseo de constituir el teatro nacional ha llevado a los jóvenes a organizarse en una asociación activa y fervorosa.

Para el pueblo, en fin, la Revolución ha sido una transformación espiritual. No es sólo que se le brinden mayores oportunidades de educarse; es que el pueblo ha descubierto que posee derechos, y entre ellos el derecho de educarse. Sobre la tristeza antigua tradicional, sobre la "vieja lágrima" de las gentes del pueblo mexicano, ha comenzado a brillar una luz de esperanza. Ahora juegan y ríen como nunca lo hicieron antes. Llevan alta la cabeza. Tal vez el mejor símbolo del México actual es el vigoroso fresco de Diego

Rivera en donde, mientras el revolucionario armado detiene su cabalgadura para descansar, la maestra rural aparece rodeada de niños y de adultos, pobremente vestidos como ella, pero animados con la visión del futuro.

CAMINOS DE NUESTRA HISTORIA LITERARIA*

A literatura de la América española tiene cuatro siglos de existencia, y hasta ahora los dos únicos intentos de escribir su historia completa se han realizado en idiomas extranjeros: uno, hace cerca de diez años, en inglés (Coester); otro, muy reciente, en alemán (Wagner). Está repitiéndose, para la América española, el caso de España: fueron los extraños quienes primero se aventuraron a poner orden en aquel casos o —mejor— en aquella vorágine de mundos caóticos. Cada grupo de obras literarias —o, como decían los retóricos, "cada Género"— se ofrecía como "mar nunca antes navegado", como sirenas y dragones, sirtes y escollos. Buenos trabajadores van trazando cartas parciales: ya nos movemos con soltura entre los poetas

(*) Se publicó en *Valoraciones*, La Plata, Núm. 6, junio de 1925, Págs. 246 – 252, Núm. 7, agosto de 1925, Págs. 27 – 32.

Reproducido en *Seis Ensayos en Busca de Nuestra Expresión*, Buenos Aires, 1928, Págs. 37 – 51.

También en *Ensayos en Busca de Nuestra Expresión*, Buenos Aires, 1952, Págs. 51 – 60.

En *Obra Crítica*, México, 1960, Págs. 254 – 260.

de la Edad Media; sabemos cómo se desarrollaron las novelas caballerescas, pastoriles y picarescas; conocemos la filiación de la familia de Celestina. . Pero para la literatura religiosa debemos contentarnos con esquemas superficiales, y no es de esperar que se perfeccionen, porque el asunto no crece en interés; aplaudiremos siquiera que se dediquen buenos estudios aislados a Santa Teresa o a Fray Luis de León, y nos resignaremos a no poseer sino vagas noticias, o lecturas sueltas, del Beato Alonso Rodríguez o del padre Luis de la Puente. De místicos luminosos, como Sor Cecilia del Nacimiento, ni el nombre llega a los tratados históricos. (1) De la poesía lírica de los "siglos de oro", sólo sabemos que nos gusta, o cuánto nos gusta; no estamos ciertos de quién sea el autor de poesías que repetimos de memoria; los libros hablan de escuelas que nunca existieron, como la salmantina; ante los comienzos del gongorismo, cuantos carecen del sentido del estilo se desconciertan, y repiten discutibles leyendas. Los más osados exploradores se confiesan a merced de vientos desconocidos cuando se internan en el teatro, y dentro de él, Lope es caos él solo, monstruo de su laberinto.

¿Por qué los extranjeros se arriesgaron, antes que los nativos, a la síntesis? Demasiado se ha dicho que poseían mayor aptitud, mayor tenacidad; y no se echa de ver que sentían menos las dificultades del caso. Con los nativos se cumplía el refrán: los árboles no dejan ver el bosque. Hasta este día, a ningún gran crítico o investigador español le debemos una visión completa del paisaje. D. Marcelino Menéndez y Pelayo, por ejemplo, se consagró a describir uno por uno los árboles que tuvo ante los ojos; hacia la mitad de la tarea le traicionó la muerte. (2)

En América vamos procediendo de igual modo. Emprendemos estudios parciales: la literatura colonial de Chile, la poesía en México, la historia en el Perú... Llegamos a abarcar países enteros, y el Uruguay cuenta con siete volúmenes de Roxlo, la Argentina con cuatro de Rojas (iocho en la nueva edición!). El ensayo de conjunto se lo dejamos a Coester y Wagner. Ni siquiera lo hemos realizado como simple

suma de historias parciales, según el propósito de la *"Revue Hispanique"*: después de tres o cuatro años de actividad la serie quedó en cinco o seis países.

Todos los que en América sentimos el interés de la historia literaria hemos pensado en escribir la nuestra. Y no es pereza lo que nos detiene: es, en unos casos, la falta de ocio, de vagar suficiente (la vida nos exige, ¡con imperio! , otras labores); en otros casos, la falta del dato y del documento: conocemos la dificultad, poco menos que insuperable, de reunir todos los materiales. Pero como el proyecto no nos abandona, y no faltará quien se decida a darle reaalidad, conviene apuntar observaciones que aclaren el camino.

Las Tablas de Valores

Noble deseo, pero grave error cuando se quiere hacer historia es el que pretende recordar a todos los héroes. En la historia literaria el error lleva a la confusión. En el manual de Coester, respetable por el largo esfuerzo que representa, nadie discernirá si merece más atención el egregio historiador Justo Sierra que el fabulista Rosas Moreno, o si es mucho mayor la significación de Rodó que la de su amigo Samuel Blixen. Hace falta poner en circulación tablas de valores: nombres centrales y libros de lectura indispensable. (3)

Dejar en la sombra populosa a los mediocres; dejar en la penumbra a aquellos cuya obra pudo haber sido magna, pero quedó a medio hacer: tragedia común en nuestra América. Con sacrificios y hasta injusticias sumas es como se constituyen las constelaciones de clásicos en todas las literaturas. Epicarmo fue sacrificado a la gloria de Aristófanes; Georgias y Protágoras a las iras de Platón. La historia literaria de la América española debe escribirse alrededor de unos cuantos nombres centrales: Bello, Sarmiento, Montalvo, Martí, Darío, Rodó.

Hay dos nacionalismos en la literatura: el espontáneo, el natural acento y elemental sabor de la tierra nativa, al cual nadie escapa, ni las excepciones aparentes; y el perfecto, la expresión superior del espíritu de cada pueblo, con poder de imperio, de perduración y expansión. Al nacionalismo perfecto, creador de grandes literaturas, aspiramos desde la independencia: nuestra historia literaria de los últimos cien años podría escribirrse como la historia del flujo y reflujo de aspiraciones y teorías en busca de nuestra expresión perfecta; deberá escribirse como la historia de los renovados intentos de expresión y, sobre todo, de las expresiones realizadas.

Del otro nacionalismo, del espontáneo y natural, poco habría que decir si no se le hubiera convertido, innecesariamente, en problema de complicaciones y enredos. Las confusiones empiezan en el idioma. Cada idioma tiene su color, resumen de larga vida histórica. Pero cada idioma varía de ciudad en ciudad, de región a región y a las variaciones dialectales, siquiera mínimas, acompañan multitud de matices espirituales diversos. ¿Sería de creer que mientras cada región de España se define con rasgos suyos, la América española se quedará en nebulosa informe, y no se hallará medio de distinguirla de España? ¿Y a qué España se parecería? ¿A la andaluza? El andalucismo de América es una fábrica de poco fundamento, de tiempo atrás derribada por Cuervo. (4)

En la práctica, todo el mundo distingue al español del hispanoamericano: hasta los extranjeros que ignoran el idioma. Apenas existió población organizada de origen europeo en el Nuevo Mundo, apenas nacieron los primeros criollos, se declaró que diferían de los españoles; desde el siglo XVI se anota, con insistencia, la diversidad. En la literatura, todos la sienten. Hasta en D. Juan Ruiz de Alarcón: la primera impresión de todo lector suyo es que "no se parece" a los otros dramaturgos de su tiempo, aunque de ellos recibió

—rígido ya— el molde de sus comedias: temas, construcción, lenguaje, métrica.

Constituímos los hispanoamericanos grupos regionales diversos: lingüísticamente, por ejemplo, son cinco los grupos, las zonas. ¿Es de creer que tales matices no trascienden a la literatura? No; el que ponga atención los descubrirá pronto, y le será fácil distinguir cuando el escritor es rioplatense, o es chileno, o es mexicano.

Si estas realidades paladinas se obscurecen es porque se tiñen de pasión y prejuicio, y así oscilamos entre dos turbias tendencias: una que tiende a declararnos "llenos de carácter", para bien o para mal, y otra que tiende a declararnos "pájaros sin matiz, peces sin escamas", meros españoles que alteramos el idioma en sus sonidos y en su vocabulario y en su sintaxis, pero que conservamos inalterables, sin adiciones, la "Weltanschaung" de los castellanos o de los andaluces. Unas veces, con infantil pesimismo, lamentamos nuestra falta de fisonomía propia; otras veces inventamos credos nacionalistas, cuyos complejos dogmas se contradicen entre sí. Y los españoles, para censurarnos, declaran que a ellos no nos parecemos en nada: para elogiarnos, declaran que nos confundimos con ellos.

No; el asunto es sencillo. Simplifiquémoslo: nuestra literatura se distingue de la literatura de España, porque no puede menos de distinguirse, y eso lo sabe todo observador. Hay más: en América, cada país, o cada grupo de países ofrece rasgos peculiares suyos en la literatura, a pesar de la lengua recibida de España, a pesar de las constantes influencias europeas. Pero ¿estas diferencias son como las que separan a Inglaterra de Francia, a Italia de Alemania? No; son como las que median entre Inglaterra y los Estados Unidos. ¿Llegarán a ser mayores? Es probable.

América y la Exuberancia

Fuera de las dos corrientes están muchos que no han tomado partido; en general, con una especie de realismo

ingenuo aceptan la natural e inofensiva suposición de que tenemos fisonomía propia, siquiera no sea muy expresiva. Pero ¿cómo juzgan? Con lecturas casuales: "Amalia" o "María", "Facundo" o "Martín Fierro", Nervo o Rubén. En esas lecturas de azar se apoyan muchas ideas peregrinas; por ejemplo, el de nuestra exuberancia.

Veamos: José Ortega y Gasset, en artículo reciente, recomienda a los jóvenes argentinos "estrangular el énfasis", que él ve como una falta nacional. Meses atrás, Eugenio d'Ors, al despedirse de Madrid el ágil escritor y acrisolado poeta mexicano Alfonso Reyes, lo llamaba "el que le tuerce el cuello a la exuberancia". Después ha vuelto al tema, a propósito de escritores de Chile. América es, a los ojos de Europa –recuerda d'Ors– la tierra exuberante, y razonando de acuerdo con la usual teoría de que cada clima da a sus nativos rasgos espirituales característicos ("el clima influye los ingenios", decía Tirso), se nos atribuyen caracteres de exuberancia en la literatura. Tales opiniones (las escojo por muy recientes) nada tienen de insólitas; en boca de americanos se oyen también.

Y, sin embargo, yo no creo en la teoría de nuestra exuberancia. Extremando, hasta podría el ingenioso aventurar la tesis contraria; sobrarían escritores, desde el siglo XVI hasta el XX, para demostrarla. Mi negación no esconde ningún propósito defensivo. Al contrario, me atrevo a preguntar: ¿se nos atribuye y nos atribuimos exuberancia y énfasis, o ignorancia y torpeza? La ignorancia, y todos los males que de ella se derivan no son caracteres: son situaciones. Para juzgar de nuestra fisonomía espiritual conviene dejar aparte a los escritores que no saben revelarla en su esencia porque se lo impiden sus imperfecciones en cultura y en dominio de formas expresivas. ¿Que son muchos? Poco importa; no llegaremos nunca a trazar el plano de nuestras letras si no hacemos previo desmonte.

Si exuberancia es fecundidad, no somos exuberantes; no somos, los de América española, escritores fecundos. Nos falta "la vena", probablemente; y nos falta la urgencia profesional:

la literatura no es profesión, sino afición, entre nosotros; apenas en la Argentina nace ahora la profesión literaria. Nuestros escritores fecundos son excepciones; y ésos sólo alcanzan a producir tanto como los que en España representen el término medio de actividad; pero nunca tanto como Pérez Galdós o Emilia Pardo Bazán. Y no se hable del siglo XVII; Tirso y Calderón bastan para desconcertarnos; Lope produjo él solo tanto como todos juntos los poetas dramáticos ingleses de la época isabelina. Si Alarcón escribió poco, no fue mera casualidad.

¿Exuberancia es verbosidad? El exceso de palabras no brota en todas partes de fuentes iguales; el inglés lo hallará en Ruskin, o en Landor, o en Thomas de Quincey, o en cualquier otro de sus estilistas ornamentales del siglo XIX; el ruso, en Andreiev: excesos distintos entre sí y distintos del que para nosotros representan Castelar y Zorrilla. Y además, en cualquier literatura, el autor mediocre, de ideas pobres, de cultura escasa, tiende a verboso; en la española, tal vez más que en ninguna. En América volvemos a tropezar con la ignorancia; si abunda la palabrería es porque escasea la cultura, la disciplina, y no por exuberancia nuestra. "Le climat" —parodiando a Alceste— "ne fait rien a l'affaire." Y en ocasiones nuestra verbosidad llama la atención, porque va acompañada de una preocupación estilista, buena en sí, que procura exaltar el poder de los vocablos, aunque le falte la densidad de pensamiento o la chispa de imaginación capaz de trocar en oro el oropel.

En fin, es exuberancia el énfasis. En las literaturas occidentales, al declinar el romanticismo, perdieron prestigio la "inspiración", la elocuencia, el énfasis, "primor de la scriptura", como le llamaba nuestra primera monja poetisa, doña Leonor de Ovando. Se puso de moda la sordina, y hasta el silencio. "Seul le silence est grand", se proclamaba ¡enfáticamente todavía! En América conservamos el respeto al énfasis mientras Europa nos lo prescribió; aun hoy nos quedan tres o cuatro poetas "vibrantes", como decían los románticos. ¿No representarán simple retraso en la moda

literaria? ¿No se atribuirá a influencia del trópico lo que es influencia de Víctor Hugo? ¿O de Byron, o de Espronceda, o de Quintana? Cierto: la elección de maestros ya es indicio de inclinación nativa. Pero —dejando aparte cuanto reveló carácter original— los modelos enfáticos no eran los únicos; junto a Hugo estaba Lamartine; junto a Quintana estuvo Meléndez Valdés. Ni todos hemos sido enfáticos ni es éste nuestro mayor pecado actual. Hay países de América, como México y el Perú, donde la exaltación es excepcional. Hasta tenemos corrientes y escuelas de serenidad, de refinamiento, de sobriedad; del "modernismo" a nuestros días, tienden a predominar esas orientaciones sobre las contrarias.

América Buena y América Mala

Cada país o cada grupo de países —está dicho—, da en América matiz especial a su producción literaria: el lector asíduo lo reconoce. Pero existe la tendencia, particularmente en la Argentina, a dividirlos en dos grupos únicos: la América mala y la buena, la tropical y la "otra", los "petits pays chauds" y las naciones "bien organizadas". La distinción, real en el orden político y económico —salvo uno que otro punto crucial, difícil en extremo—, no resulta clara ni plausible en el orden artístico. Hay, para el observador, literatura de México, de la América Central, de las Antillas, de Venezuela, de Colombia, de la región peruana, de Chile, del Plata; pero no hay una literatura de la América Tropical, frondosa y enfática y otra literatura de la América templada, toda serenidad y discreción. Y se explicaría —según la teoría climatológica en que se apoya parcialmente la escisión intentada —porque, contra la creencia vulgar, la mayor parte de la América española situada entre los trópicos no cabe dentro de la descripción usual de la zona tórrida. Cualquier manual de geografía nos lo recordará: la América intertropical se divide en tierras bajas y en tierras altas; sólo las tierras bajas son legítimamente tórridas, mientras las altas son de temperatura fresca, muchas veces fría. ¡Y el Brasil ocupa la mayor parte

de las tierras bajas entre los trópicos! Hay opulencia en el espontáneo y delicioso barroquismo de la arquitectura y las letras brasileñas. Pero el Brasil no es América española... En la que sí lo es, en México y a lo largo de los Andes, encontrará el viajero vastas altiplanicies que no le darán impresión de exuberancia, porque aquellas alturas son poco favorables a la fecundidad del suelo y abundan en las regiones áridas. No se conoce allí "el calor del trópico". Lejos de ser ciudades de perpetuo verano, Bogotá y México, Quito y Puebla, La Paz y Guatemala merecerían llamarse ciudades de otoño perpetuo. Ni siquiera Lima o Caracas son tipo de ciudad tropical: hay que llegar, para encontrarlos, hasta La Habana (¡ejemplar admirable!), Santo Domingo, San Salvador. No es de esperar que la serenidad y las suaves temperaturas de las altiplanicies y de las vertientes favorezcan "temperamentos ardorosos" o "imaginaciones volcánicas". Así se ve que el carácter dominante de la literatura mexicana es de discreción, de melancolía, de tonalidad gris (recórrase la serie de los poetas desde el fraile Navarrete hasta González Martínez), y en ella nunca prosperó la tendencia a la exaltación, ni aun en las épocas de influencia de Hugo, sino en personajes aislados, como Díaz Mirón, hijo de la costa cálida, de la tierra baja. Así se ve que el carácter de las letras peruanas es también de discreción y mesura; pero en vez de la melancolía pone allí sello particular la nota humorística, herencia de la Lima virreinal, desde las comedias de Pardo y Segura hasta la actual descendencia de Ricardo Palma. Chocano resulta la excepción.

La divergencia de las dos Américas, "la buena y la mala", en la vida literaria, sí comienza a señalarse, y todo observador atento lo habrá advertido en los años últimos; pero en nada depende de la división en zona templada y zona tórrida. La fuente está en la diversidad de cultura. Durante el siglo XIX, la rápida nivelación, la semejanza de situaciones que la independencia trajo a nuestra América, permitió la aparición de fuertes personalidades en cualquier país: si la Argentina producía a Sarmiento, el Ecuador a Montalvo; si México daba a Gutiérrez Nájera, Nicaragua a Rubén Darío. Pero las

situaciones cambian: las "naciones serias" van dando forma y estabilidad a su cultura, y en ellas las letras se vuelven actividad normal; mientras tanto, en "las otras naciones", donde las instituciones de cultura, tanto elemental como superior, son víctimas de los vaivenes políticos y del desorden económico, la literatura ha comenzado a flaquear. Ejemplos: Chile, en el siglo XIX, no fue uno de los países hacia donde se volvían con placer los ojos de los amantes de las letras; hoy sí lo es. Venezuela tuvo durante cien años, arrancando nada menos que de Bello, literatura valiosa, especialmente en la forma: abundaba el tipo del poeta y del escritor dueño del idioma, dotado de "facundia". La serie de tiranías ignorantes que vienen afligiendo a Venezuela desde fines del siglo XIX —al contrario de aquellos curiosos "despotismos ilustrados" de antes, como el de Guzmán Blanco— han deshecho la tradición intelectual: ningún escritor de Venezuela menor de cincuenta años disfruta de reputación en América.

Todo hace prever que, a lo largo del siglo XX, la actividad literaria se concentrará, crecerá y fructificará en "la América buena"; en la otra —sean cuales fueren los países que al fin la constituyen—, las letras se adormecerán gradualmente hasta quedar aletargadas.

NOTAS

(1) Debo su conocimiento, no a ningún hispanista, sino al doctor Alejandro Korn, el sagaz filósofo argentino. Es significativo.

(2) A pesar de que el colosal panorama quedó trunco, podría organizarse una historia de la literatura española con texto de Menéndez y Pelayo. Sobre muchos autores sólo se encontrarían observaciones incidentales, pero sintéticas y rotundas.

(3) A dos escritores nuestros, Rufino Blanco Fombona y Ventura García Calderón, debemos conatos de bibliotecas clásicas de la América española. De ellas prefiero las de García Calderón, por las selecciones cuidadosas y la pureza de los textos.

(4) A las pruebas y razones que adujo Cuervo en su artículo "El castellano en América", del *Bulletin Hispanique*, de Burdeos, en 1901, he agregado otras en dos trabajos míos: "Observaciones sobre el español en América" en la *Revista de Filología Española* , de Madrid, 1921, y "El supuesto andalucismo de América", en las publicaciones del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires, 1925.

GARCIA GODOY*

N la ciudad de La Vega, donde ejerció sus actividades durante largos años, se quiere perpetuar en escultura la imagen de D. Federico García Godoy. Bien lo merece el escritor, bien lo merece el patriota.

Su muerte, ocurrida no hace mucho, suscitó escasos comentarios fuera de Santo Domingo. ¿Nació de pereza la injusticia? García Godoy había colaborado en las principales revistas de nuestra América, desde Cuba Contemporánea hasta Nosotros; había dado juicios exactos sobre no pocos de nuestros mejores libros; raro era el escritor hispanoamericano, desde Darío y Rodó hasta los principiantes innúmeros, que no le enviase sus obras... Pero su época de plenitud, como hombre de letras, había pasado: comentaba siempre los libros que recibía, pero en breves, volanderas notas de periódicos, no en los sustantivos estudios de *La hora que pasa* (1909) y de *Páginas efímeras* (1911). El literato, declinante en la

* "Patria", de Santo Domingo, edición del 21 de noviembre de 1925.

proximidad de la vejez, había cedido su puesto al patriota activo y ejemplar.

Durante su juventud García Godoy tuvo poco nombre. Cumplidos los cuarenta años, comenzó a dedicarse con ahínco a la crítica literaria y filosófica y a los estudios sociales e históricos. Claridad fue su virtud, en el estilo, en el criterio, en las fuentes de su saber. Como su cultura tenía tradiciones, raíces clásicas, no se desconcertaba ante ninguna audacia de ahora: veía con interés todo empeño juvenil, y fue el primero que proclamó, en serios trabajos críticos, la alta calidad de autores nuevos como Alfonso Reyes.

En la historia de nuestras orientaciones filosóficas, García Godoy merecerá siempre recuerdo agradecido: fue desde 1907 uno de los que mejor ayudaron a cavar la fosa de nuestro reseco positivismo y comenzaron a difundir las ideas del siglo XX. Sus artículos sobre Comte (1908) son magistrales: tal vez sus mejores páginas de crítico.

Pero su mayor preocupación fue la patriótica: Ella se sobrepuso a todas, y acabó por apoderarse de sus energías de escritor. Ella le inspiró su trilogía: *Rufinito, Guanuma, Alma dominicana,* narraciones históricas, con pasajes de invención novelesca, con extensos estudios de vida social. Con el tiempo, García Godoy llegó a ser uno de los directores morales del país, necesitado de fe en sus crisis tremendas; fue el centro que irradiaba fervor, confianza, ánimo de perseverar en una lucha donde las únicas armas de Santo Domingo, frente al invasor ganoso de absorberlo todo, son el espíritu y la palabra. No creyó que, si el pueblo se equivocaba, si acogía de buen grado la mengua de su liberrtad a cambio de ofertas engañosas de riqueza, hubiera que someterse: creía que en tales casos hay que librarlo de su error. Y por fortuna el pueblo dominicano, a pesar de sus muchos yerros parciales, no ha caído en el error supremo: ha persistido en su voluntad de existir, en su espíritu hispánico, con la esperanza de que la luz le llegue al fin de las tierras hermanas. La última obra importante de García Godoy fue su libro sobre la situación de Santo Domingo ante la inexplicable, injustificable invasión

norteamericana. Los jefes militares de los Estados Unidos, responsables de crímenes inhumanos en Santo Domingo, recogieron la edición y quemaron el libro. ¿Pudo salvarse algún ejemplar siquiera? ¿O se consagró el perseverante escritor a reconstruir su obra?

LA ANTIGUA SOCIEDAD PATRIARCAL DE LAS ANTILLAS*

MODALIDADES ARCAICAS DE LA VIDA EN SANTO DOMINGO DURANTE EL SIGLO XIX

(Conferencia en la Facultad de Ciencias Económicas de Buenos Aires en el Ciclo sobre Tipos Americanos de Organización Social).

DIGO siempre a mis amigos que nací en el siglo XVIII. En efecto, la ciudad antillana en que nací (Santo Domingo) a fines del siglo XIX era todavía una ciudad de tipo colonial, y los únicos progresos modernos que conocía eran en su mayor parte aquellos que ya habían nacido o se habían incubado en el siglo XVIII: el tranvía de rieles, pero de tracción animal, el alumbrado de petróleo, el pararrayos, el telégrafo eléctrico; el vapor mismo, cuyo principio se descubre y cuyas primeras aplicaciones se ensayan desde fines del siglo XVIII, si bien en la navegación hay que esperar a los primeros años del XIX. Sólo había, en la ciudad, una que otra industria pequeña. En el país, la única industria de gran desarrollo era la azucarera; el resto de la producción provenía de una lánguida y atrasada agricultura tropical.

---

* *Patria*, Santo Domingo, 20 y 25 de diciembre de 1925.
Revista de Educación, Santo Domingo, Año 4, Número 16, 31 de diciembre de 1932, Págs. 80-85.

Se vivía, pues, como en Europa en el momento de comenzar la era industrial. Ya en mi infancia alcancé la primera invención típica y exclusivamente "siglo XIX" que llegaba al país: la luz eléctrica (1896). Para entonces llegaba también, pero como cosa de exhibición excepcional, el primer fonógrafo. Pocos años después, el primer cinematógrafo. Salí en 1901; cuando regresé, diez años después, había llegado el automóvil, reorganizador de la vida contemporánea, y hasta el aeroplano. El siglo XX llegó, pues, tan a prisa como había llegado despacio el XIX. La ciudad, por fortuna, conserva mucho de su vieja edificación, que en buena parte se remonta hasta el siglo XVI; pero las actividades, las modas, las costumbres se han renovado rápidamente, y el antiguo carácter desaparece con las nuevas inquietudes.

A la antigua ciudad de tipo colonial que conocí correspondía una vida arcaica de tipo patriarcal. Ese fue el tipo de vida que existió en todas las Antillas españolas en el siglo XVIII y que en Santo Domingo se prolongó, según se ve, hasta fines del XIX: la independencia, proclamada por primera vez en 1821, no había traído otros cambios que los ocasionales levantamientos armados para adueñarse del poder, antes inmóvil en manos de los representantes de la metrópoli. En Puerto Rico, colonia española hasta 1898, la existencia arcaica duró también hasta bien entrado el siglo XIX. En Cuba, aunque el gobierno español duró tanto como en Puerto Rico, el régimen colonial se había modificado profundamente desde el siglo XVIII; a mediados de la centuria La Habana cayó en manos de los ingleses, y cuando fue devuelta a los españoles, al poco tiempo, había recibido un impulso económico que ya nunca ha vuelto a perder. Antes que ningún otro país de la América española, Cuba se abrió desde entonces a muchas actividades, y en el siglo XIX iba a convertirse en emporio agricultórico–industrial en nuestra América, y, si bien conservó rasgos arcaicos en su organización social, como la espantosa esclavitud, y una que otra ciudad arcaica como en cualquier otra parte, en general fue un país "muy siglo XIX" antes que la mayoría de los

nuestros. Con aquellas vastas industrias, que ya tendían hacia grandes concentraciones, y con una esclavitud adherida al sistema industrial, Cuba no podía conservar el tipo de sociedad patriarcal que se formó en las Antilallas durante el siglo XVI y que en Puerto Rico duró hasta entrado el XIX y en Santo Domingo hasta su final.

En Santo Domingo, pues, me fue dado observarla en relativa pureza. Era aquella una sociedad muy original, producto especial de América: organizada sobre tipo español, conservaba caracteres heredados de las costumbres indígenas; el medio físico le daba también caracteres especiales, y la falta de actividad le había dado aspectos regresivos hacia la era patriarcal.

En su aspecto económico, aquellas colonias patriarcales se caracterizaron desde el siglo XVI por la falta de actividad y por la falta de grandes riquezas individuales pero a la vez por la falta de miseria. Aunque las Antillas fueron la cuna del descubrimiento, y por lo tanto los primeros países poblados por los europeos, pronto quedaron relegados a segundo término por el descubrimiento de los dos grandes imperios, México y el Perú, sobre cuyas vastas poblaciones indígenas se iban a establecer los dos primeros y grandes virreinatos. Desde 1550, pues, las Antillas vegetan. Sólo Cuba sale del marasmo al choque dinámico del inglés en 1762. Entre tanto, España se había dejado destrozar su imperio del archipiélago: Francia, Inglaterra, Holanda, hasta Dinamarca le habían arrancado posesiones, y a fines del siglo XVII los españoles sólo conservaban, junto con Cuba, la isla de Puerto Rico y la mitad de Santo Domingo.

En Santo Domingo, la actividad agrícola y ganadera se redujo, durante cerca de cuatro siglos, a solamente lo necesario para las necesidades elementales del país. Ya en el siglo XIX, una limitada exportación de materias primas servía para pagar las igualmente limitadas importaciones del exterior. En general, el trabajo productivo era muy escaso, porque el suelo tropical regala frutos y raíces todo el año sin necesidad de cultivo, o con muy poco, y alimenta por sí solo al ganado.

Tres factores influían en esta inactividad: Uno, el medio físico, demasiado pródigo, a la vez que fatigoso para el hombre que trabaja, porque el calor le estorba, no porque sea excesivo (las temperaturas no son en realidad tan altas como creen los extranjeros), sino porque es persistente; otro, las costumbres indígenas: el indio antillano, no espoleado por la dificultad en la satisfacción de sus necesidades, era inactivo, al contrario del indio diligente y hábil de las altiplanicies de clima templado, en México y el Perú; otro factor, en fin, las costumbres españolas, que relegaban el trabajo productivo a las manos de los "inferiores". Estos "inferiores" eran, ante todo, los esclavos, de raza africana; pero la esclavitud sufrió allí una lenta transformación: desde el siglo XVI, la colonia no tuvo riqueza suficiente para continuar la importación de africanos, y la esclavitud fue disolviéndose hasta que, cuando se proclamó la abolición, no suscitó ningún problema, pues los esclavos no representaban bienes de importancia; con el poco desarrollo de la agricultura, eran, más que nada, sirvientes domésticos. Encima de los esclavos, existían los jornaleros que trabajaban para los propietarios de tierras (el número de estos jornaleros era escaso en la época colonial, pero aumentó después de la independencia); los pequeños cultivadores, o, más bien que cultivadores, explotadores de lo que el suelo les regalaba, sin preocuparse por aumentarlo y contentándose con muy poco para vivir; los obreros de las ciudades, los sirvientes, y, como en toda sociedad arcaica y sin grandes riquezas, las mujeres, sobre las cuales pesaba el abrumador trabajo doméstico de antaño: arreglo de casas amplias, cocina, costura, tejido (hasta el siglo XVIII, la tela se tejía en la casa); a veces tenían que contribuir a los ingresos de la casa mediante la costura para extraños, la fabricación de dulces o la enseñanza de primeras letras, o todo junto. En las clases humildes, las mujeres agregaban a sus trabajos el lavado, el pequeño comercio de ventorrillos y hasta pequeñas industrias como las velas de sebo, el tejido de asientos y respaldos de sillas, de esteras, de sombreros, en las cuales perduran a veces tradiciones indígenas.

El "elemento superior" de la sociedad estaba constituido por los propietarios urbanos que alquilaban casas (una minoría, porque lo común era poseer casa propia); los propietarios rurales de cierta cultura, que personalmente dirigían el trabajo de sus campos y constituían la clase más seria (abundaban en el norte del país, en la región llamada el Cibao); los comerciantes; los profesionales; los militares; los políticos. Los dos últimos elementos, con la colaboración de los profesionales muchas veces, constituyeron a partir de la independencia una clase que vivía a expensas de las demás a través del gobierno, y, cuando los gajes del presupuesto no alcanzaban, organizaban revoluciones. Pero no todas las revoluciones tuvieron este carácter; se exceptúan, por ejemplo, las de 1873 y 1899.

"El dominicano, –dice el doctor Francisco Henríquez y Carvajal, describiendo la vida de fines del siglo XIX, –se abandona a la dulce vida soñolienta, por desgracia no soñadora, de los que no sienten el poderoso estímulo de las necesidades... ¿Qué le importa a él el estado rudimentario de organización social y económica en que vive? Tiende la vista sobre sus campos, contempla la llanura o las montañas, respira el fresco ambiente de su región paradisíaca, sabe que allí hay un arroyo cristalino en donde bebe y se baña deliciosamente, que la tierra pródiga sin esfuerzos le rinde el alimento sabroso, que sus animales de crianza viven y se reproducen sin costarle pena; pues ¿qué más? Y así pasan las horas y los días en delicioso giro, sin quebrantos y sin tormento".

Aquella sociedad tenía caracteres patriarcales, no sólo por su tranquilidad, sino porque las familias se agrupaban numerosas en torno de un jefe. Bajo el "pater familias" vivían, no sólo sus descendientes inmediatos, sino toda especie de parientes en grados diversos, toda una "clientela', como se decía en Roma, de agregados, o, como les llama el pueblo, "arrimados", a la cual se sumaba la servidumbre numerosa. Abundaban las casas donde los habitantes normales eran entre veinte y treinta personas.

La vida en aquellas condiciones puede aparecer poco

interesante para un hombre del siglo XX, acostumbrado a movimiento y tráfago. Pero en aquella tranquilidad, en aquella somnolencia, se gozaba de larga felicidad. Había, además, extraordinaria honradez: el país nunca ha conocido bandidos y hasta hoy es costumbre viajar sin tomar precauciones. El novelista Francisco Gregorio Billini ha descrito esta felicidad idílica en su "Engracia y Antoñita", donde pinta su Arcadia natal, el pueblo de Baní.

Había pocas pretensiones sociales. Aunque entre los hombres que fundaron familias en los orígenes de la colonia hubo buen número que provenían de solares ilustres o por lo menos hidalgos (Heredia, Mendoza, Guzmán, Del Monte, Oviedo y tantos otros), la gradual nivelación de la riqueza, unida al fondo democrático del espíritu español, fue borrando las grandes diferencias. En cuestión de raza, no hay los fuertes prejuicios que reforzó en Cuba la persistente importación de esclavos en el siglo XIX: el prejuicio es, pudiéramos decir, estético. La era colonial, que tuvo dos Universidades y otras instituciones de cultura, dejó una gran reverencia por la actividad intelectual. Todavía recuerdo cómo en mi infancia veía huellas del antiguo "criterio de autoridad" en materias intelectuales, y recuerdo hacia qué años empiezo a notar la aparición del espíritu irreverente, general hoy en el mundo, que nos ha entregado a la abierta "lucha de competidores" en el orden de la cultura como en el orden económico.

La única nube que turbaba la felicidad patriarcal eran, en el siglo XIX, las revoluciones. Como en toda la América Latina, una parte del elemento político y militar estuvo a punto de hacer naufragar allí la civilización. Como en toda la América Latina, tiranos y revolucionarios estuvieron a punto de "descivilizar" el país, cuya vida normal sólo persistía a través de los esfuerzos del núcleo de productores sufridos y persistentes, de las mujeres, heroicas sostenedoras del hogar desatendido por el "hombre superior" (a quien tenían que mantener ellas, con trabajos modestos, cuando faltaba el puesto político), y del grupo de los iluminados, de los desinteresados que a veces lograban intervenir en el gobierno y

que siempre difundían luz a través de la enseñanza.

Ahora, aquella sociedad está transformándose, después de una compleja crisis que se extiende de 1899 a 1916; hoy, la ley que impera es la ley del siglo XX, la que pide a todo habitante de la tierra su porción de trabajo, su parcela de actividad.

EPISTOLARIO

EN DEFENSA DE LA REVISTA DE FILOLOGIA ESPAÑOLA*

Universidad de Minnesota, Minneapolis, 15 de enero de 1921.

Sr. don Joaquín García Monge,
San José de Costa Rica.
Mi querido amigo:

Con interés he leído, en el *Repertorio,* el artículo del señor Sanín Cano sobre la crítica que de su traducción del *Cervantes,* de Fitzmaurice Kelly, hizo A. G. S. en la *Revista de Filología Española,* de Madrid. Debo declarar desde luego que no estoy de acuerdo con la crítica de A. G. S. La traducción del señor Sanín Cano no me parece mala, sino, al contrario, buena; pero, acaso porque sigue con fidelidad estricta el original, y trata de reproducirlo palabra por palabra, tiene sabor extraño, que no siempre sabemos o queremos

* Publicado en *Repertorio Americano* de Costa Rica, Vol. II, Núm. 14, 1o. de marzo de 1921. Véase en el Vol. 11, Núm. 9, del 15 de diciembre de 1920, "Herrumbre y Quaricalla", de B. Sanín Cano.

evitar los que traducimos del inglés: por lo que a mí toca, me confieso capaz de pecar o haber pecado de "extrañeza" mucho más que el señor Sanín Cano.

A la impresión que tal "extrañeza" produce atribuyo el juicio desfavorable de A. G. S. El cual prueba que aún en las publicaciones eruditas se puede pecar de ligereza. Pero no creo que pruebe, como piensa el señor Sanín Cano, que la *Revista de Filología Española* se proponga "desconceptuar a los escritores americanos y... cerrarles el paso a las obras que ellos producen", ni "hacer creer que los españoles de América están echando a perder el castellano", ni mucho menos que los redactores de la publicación acepten como autoridad el Diccionario de la Real Academia, "cet étonnant Dictionnarie de l'Académie —como dice Paul Groussac, si no me equivoco— dont chaque nouvelle édition fait regretter l' anterieure".

En Madrid es un secreto a voces que don Ramón Menéndez Pidal, con ser académico, no tiene ni asume responsabilidad alguna en los diccionarios hasta hoy publicados por la Academia. Es posible que en lo adelante intervenga en ellos: si así fuere, los efectos de su colaboración se advertirían en seguida; se echará de ver la mano del hombre de ciencia, entre otras cosas, en el intento de hacer sistemática la admisión de los americanismos, ahora totalmente anárquica en manos de la Academia, por simple ignorancia de cómo se deben hacer los diccionarios. (1)

Si se examinan las colecciones de la *Revista de Filología Española,* se verá que en sus páginas no se cita a la Academia como autoridad, sí, en cambio, a Bello y a Cuervo. Y la *Revista,* lejos de cerrar la puerta a los escritores de América, cuenta a uno de ellos entre sus redactores de número, el mexicano Alfonso Reyes, y a otros tres, por lo menos, en la breve lista de sus colaboradores.

Como tengo la fortuna de conocer por dentro la vida de la "Revista", sé que no hay allí prejuicios contra la América española, ni puede haberlos. De que no los hay, precisamente puede juzgar usted, mi estimado García Monge, porque conoce el modo de pensar y proceder de nuestro común

amigo Federico de Onís, miembro importante del grupo. Y yo podría recordar, entre muchos ejemplos, la opinión de otro de los redacotres, Justo Gómez Océrin, para quien hay probablemente más escritores castizos en América que en España.

Y sostengo, además, que no puede haber tales prejuicios si la *Revista de Filología* ha de ser digna de su nombre. Porque la filología estudia los fenómenos del lenguaje y se interesa en todas sus variaciones, mientras que la gramática aspira a someterlo a reglas, necesariamente estrechas y hasta un tanto artificiales, porque representan la codificación de los hábitos lingüísticos de las clases cultas en la región o ciudad dominante: la Ile de France, o París, para el francés; Castilla la Nueva, o ayer Toledo, o Madrid después, para el español. La gramática puede condenar el regionalismo de Santander o de Murcia, de Tucumán o de Veracruz, y hasta el vulgarismo de Madrid o de Alcalá; pero a la filología le interesan todos, tanto como las formas sancionadas por los escritores de Castilla.

Sé, pues, que a la Revista de Filología Española le interesan todas las variaciones del castellano en América. Y me permito sugerir a nuestros escritores que hagan llegar siempre a manos de Menéndez Pidal tanto las obras que sean estudios de lengua o de literatura como las que recojan, en forma poética, novelesca o dramática, la lengua popular.

Suyo

Pedro Henríquez Ureña.

---

(1) Hay ciertamente dos caminos: el diccionario puede ser selectivo (como lo es, rigurosamente, el de la Academia Francesa) o puede ser general (como el Littré o el Webster). El de la Academia Española, aunque pretende seguir el método selectivo, no atina a aplicarlo: omite multitud de palabras de valor clásico o de uso general entre personas cultas, y en cambio admite, sin más regla que el capricho, unos cuantos provincialismos, americanismos, voces de germanía, tecnicismos, etc.

CARTAS

DE

PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

A

ALFONSO REYES

1921 – 1925

Minneapolis, 12 de abril 1921

Alfonso:

Ahí te envío una carta de Acevedo: no tengo más. Luego te irán los artículos.

Espero razón sobre las versiones de Dunsany hechas por Francisco José Castellanos. Aquí las tengo esperando tu respuesta. De Cuba me escriben que hay que apresurarse porque otro cubano está traduciendo a Dunsany. Avísame si quieres corregirlas o si no. Pero pronto.

Otra cosa urgentísima es que averigües qué ha pasado con el libro de Poesías de mi madre. Yo creo que tú no te das cuenta de que algo grave ha de haber pasado y que esto resulta una tragedia para mí. Hay dos posibilidades: 1, que los libros estén todavía en Madrid, quién sabe por qué razón; 2, que los libros hayan llegado a su destino, pero, por falta de facturas consulares y otros documentos, estén detenidos en las aduanas. Ni Máximo Coiscou en Santo Domingo, ni Miss

Wishnieff en Nueva York, ni Max en Cuba, ni yo aquí hemos recibido nuestros lotes. Es indispensable averiguar con toda certeza dónde están los libros: el único modo de hacerlo es ocuparte tú *personalmente;* dada la psicología española, sólo una indagación personal puede tener éxito, hasta que llegues a poner mano sobre los ejemplares mismos o sobre los documentos que comprueben su salida. Si no lo hces personalmente, tendré que dar los libros por perdidos, y con ellos mi esfuerzo, mi tiempo, el dinero de Max y mío, y la ilusión de pagar, con el producto de la venta, una hipoteca sobre la casa en que vivió mi madre y en que hay una lápida conmemorativa.

Si los libros están aún en Madrid, averigua cuál es el modo más seguro de enviarlos. Importa, sobre todo, que vaya bien el lote de Santo Domingo, si es posible en vapor directo. Icaza sabe de alguna casa que se encarga de estos envíos y los hace bien. El lote de Santo Domingo (1200 ejemplares) debe ir dirigido a:

Sr. D. Máximo Coiscou
Calle Hostos 15
Santo Domingo,
República Dominicana
Antillas

Los 100 ejemplares para Max conviene dirigirlos así:

Sr. Francisco Henríquez Ureña
Apartado 1100
La Habana
Cuba

Los 100 para Miss Wishnieff, así:

Miss Harriet V. Wishnieff
c/o Doubleday, Page & Co.,
120 W. 32d Street,
New York City

Será indispensable hacer documentos de embarque o lo que sea, y facturas consulares, para los envíos que no vayan por correo. Digo, si es necesario como pudiera ser: Graíño te podría informar. Si los libros salieron de Madrid, y lo que faltan son documentos, éstos se deben hacer fundándose en los comprobantes que en Madrid se conserven: deberá indicarse además cuándo salieron y por qué vapores. Los documentos deberán remitirse a cada persona a quien se le haya hecho envío.

Perdona tantas molestias, pero comprenderás que estoy desesperado. Dudo que en España se pueda hacer nada nunca.

Pedro.

The University of Minnesota
College of Science, Litterature, and the Arts
Minneapolis

19 de junio 1921.

DEPARTAMENT OF ROMANCE LANGUAGES

De Pedro a Alfonso.

"Otra vez, incansable peregrino"... (cita que tú no recordarás, porque —si bien la diferencia entre nuestras edades no es tan grande como parecía hace quince años— tu educación y la mía están separadas por el espacio de una generación: la tuya 1900, la mía 1880). Aquí voy ahora atravesando los campos de Texas llenos de sol y de calor. Anteayer salí de Minnesota, con mi tía, cuatro baúles, cuatro maletas y una cesta hecha de armadillo, que vuelve a su tierra nativa. Durante el invierno pasado decidí salir de Minnesota; el invierno no me conviene. Me habría ido a climas de inviernos más benignos e hice averiguaciones sobre puestos en Philadelphia, New Haven y Baltimore; pero nada encontré. No

quise hacer gestiones sobre Chicago –aunque parece que allí me deseaban–, porque la diferencia de clima no lo justifica. Al fin (yo me habría ido a cualquier parte lejos del Polo Norte) tuve que escoger entre la revista de Salomón de la Selva en Nueva York y la oferta inesperada de Pepe Vasconcelos en México. Cancelé la primera en vista de la segunda (sigo con lápiz porque se acabó la tinta de mi pluma estilográfica y en el tren no hay tinta); cada día que pasa veo que hice bien, pues la revista de Sal no acaba de cuajar –por lo menos nada me *dio* de ella–. Pero no por eso creas que sé lo que voy a hacer en México: Pepe me propuso primero una cosa –dirigir publicaciones de clásicos; luego otra –jefatura de intercambios universitarios. Dos cosas igualmente fantásticas. Al llegar lo convenceré de que lo segundo no merece el sueldo que se me asigna y de que a cambio de él debo dar, además, una clase para profesores y alumnos que quieran viajar, en inglés, y tal vez otra, que deseo dar, de investigación en lengua y literatura castellana.

¿Qué cómo me convencí de que debía ir a México? Es extraño: no me costó ningún trabajo. Hace un año no lo habría podido aceptar. Pero un año de paz, y la impresión de que todo irá bien en el futuro, y la creencia de que no sufriré molestias porque voy cambiado y sabré tratar a los mexicanos sin molestarlos y al mismo tiempo, como dirían los viejos, "darme mi lugar", todo contribuyó a que la decisión fuera instantánea cuando recibí la tentadora oferta primera de Pepe. Ya imaginarás, también, a qué paroxismo había llegado mi deseo de no vivir en los Estados Unidos. Creo que toleraría Nueva York, y, por extensión, ciudades cercanas como Filadelfia, Boston, New Haven, Baltimore. Pero el Oeste, aun Chicago, es demasiado para mí, por el clima y por la gente. Como sabes, no pasa día que yo no piense en el problema de por qué los pueblos son como son.

Pedro.

México, 27 Dbre. 1921.

Alfonso:

He estado recibiendo —al fin— cartas tuyas. ¿Es posible que nunca salgamos de ocupaciones excesivas? Creo que tú, al menos, deberías libertarte de ellas y hacer cosas de tu gusto, por ejemplo, tragedias y cuentos. ¿Qué necesidad hay de que lleves tú todo el peso de la Legación? No se te agradecerá: Pani es un hombre de caprichos (¡si vieras cómo está desacreditado, y qué trabajo me cuesta convencer, a los que no lo conocen, de que es, y sobre todo fue, hombre muy inteligente!), y el gobierno tiene que atender a la política. La opinión de la gente enterada, aquí, es que tú debías ser el Ministro en España; pero no será. Vasoncelos le sugiere a Antonio Villarreal que tome el puesto: el pobre ha caído muy torpemente, con muy poca habilidad, del Ministerio de Agricultura, y la Legación de España sería su salvación económica; pero creo que no la aceptaría sino cuando se convenciera de que su candidatura a la presidencia es un sueño.

4 de enero de 1922

Me es enteramente imposible escribir cartas. Ya ves cuántos días han pasado desde que comencé, y aun no puedo. Soy una especie de agencia de colocaciones: con los nuevos presupuestos, no puedo ocuparme sino en la gente que quiere que les ayude a conseguir empleos.

Indice: No tengo tiempo ni de poner algo en limpio. ¿On Dante? Imposible.

La edición de versos de mi madre: los ejemplares llegaron tan mal empaquetados que se han echado a perder 300 ó 400.

Esto es pavoroso. Espero poder encontrar una carta de Máximo Coiscou que describe lo ocurrido. ¿Crees que podría reclamársele algo a Bello? Es realmente horrible lo que han

hecho con esa edición. Pero quizás el pobre de Bello tenga bastante con fracasos propios, me figuro.

Ruíz Castillo no me ha escrito nada sobre Dunsany, ni yo he tenido tiempo de revisar las traducciones de Francisco José Castellanos. Cuya viuda se pasó aquí cinco meses, y acaba de regresar a la Habana: ella y su hermana, la esposa de Crespo de la Serna (el hijo de Crespo y Martínez, aquel ministro en Austria), se hicieron muy amigos de nuestro grupo, —pero últimamente cayeron bajo la influencia de Diego Rivera. ¡Si vieras qué loco está!

¿Cuándo escribes sobre mi *Versificación irregular?* ¿Tendrás tiempo? Vi lo del *Times:* mal hecho, pero con buen deseo.

Libros para la Universidad: He hablado con el actual jefe del Departamento de Bibliotecas de la Secretaría de Educación Pública, Vicente Lombardo Toledano, muchacho de carácter, inteligente y activo, ex discípulo mío (ha sustituido a Carlos Pellicer, joven poeta a ratos brillante, pero perezoso y sin orden): ya te escriben explicándotelo todo. Entre tanto:

1) Falta que se dé cuenta de cómo se gastaron las últimas pesetas que aún no había gastado Canedo (¿o habará venido todo confundido con los nuevos cuentos?);

2) Se te enviará una lista de los libros de literatura española que *ya tiene* el Departamento de bibliotecas, destinados a la biblioteca fija del Ministerio: pásala a Victoriano Suárez y díles que envíen *todos* los libros que estén indicados en la última bibliografía del Manual de Fitzmaurice—Kelly y que falten en la lista que recibirán; esto quiere decir, desde luego, que lo que quede del último dinero que se te envió debe destinarse *todo* a estos libros de literatura española, que hacen falta para que aquí se pueda enseñar la materia en Altos Estudios.

3) Si eres delegado de la Secretaría y con tal carácter compras los libros; con ese carácter deben dirigirse al Ministro (Vasconcelos)

4) explica los papeles respectivos tuyo y de León Sánchez Cuesta en estas compras;

5) hay que enviar facturas, relación de cantidades recibidas, etc.

Ya te escribirán de todo. Si aún me interesan 1) y 2).

No sé qué decirte del libro de José María. Hablé a Julio, pero no recuerdo qué me dijo.

Tu última carta: me preguntas algo raro. "Qué significan las exaltaciones jacobinas de nuestros amigos. Iturbide me es personalmente antipático. Lo encuentro *cursi*. Pero Madrid ostenta los nombres de los héroes republicanos en muchas calles, sin que el monarca se incomode. Tú dices que los nuevos mitos han venido a aumentar el sentido religioso del mundo."

A— No veo la comparación: Iturbide no es héroe; es un militar que hizo un negocio que le convenía, sin convencerse de que le hacía bien a nadie. Para mí es incomprensible que se declare héroe a quien nunca tuvo propósitos heroicos. Una peculiaridad de México, que yo no acierto a explicarme sino como aberración de una parte del espíritu nacional —poca claridad mental—, es que las reputaciones de los falsos héroes les sobrevivan. En cualquier país tropical —pongo a Venezuela como ejemplo de desastre— se endiosa como héroes a los hombres que están en el poder; pero una vez que caen a nadie se le ocurre sostener la ficción. En México se sigue sosteniendo la ficción cien años después —en el caso de Iturbide—. Y no es extraño que se sostenga diez años después en el caso de Don Porfirio. Y eso que yo admito heroísmo, o por lo menos patriotismo, que no es la misma cosa, en Don Porfirio; pero yo estoy acostumbrado a pensar desde la infancia, —y te aseguro que es la creencia general en los países latinoamericanos de tierra caliente (por lo menos en esos, que son los que yo conozco) — que héroe manchado deja de ser héroe. La mayor parte de los tiranos de nuestra América han comenzado con actos de patriotismo; han peleado en la Independencia, han defendido al país contra ataques extranjeros, y así por el estilo; sin embargo, al convertirse en

tiranos, la opinión popular, y la famosa posteridad, los han borrado de la lista de héroes. Yo creo que era tiempo de que en México se hiciera eso con Iturbide.

Quizás otra explicación de por qué en México sobrevive la reputación de los falsos héroes es que aquí hay verdaderos enconos de partidos; ser de un partido implica pensar de cierto modo en religión, en política, en economía, en literatura (ahora pienso que en España hay hechos paralelos); y por eso cada partido tiene sus propios dioses lares, que le duran siglos aunque sean falsos. En el resto de América esa división profunda entre conservadores y jacobinos no se ha hecho visible en política, porque en unos países ha habido demasiada indiferencia en religión, demasiada tendencia natural a la forma republicana, demasiado poco claros problemas económicos para que surgiera una situación como la de México: tal es el caso de la Argentina y de los pueblos de tierra caliente, o bien los conservadores en religión y demás han dominado de modo tan absoluto que el problema apenas si ahora se esboza: el caso del Perú, donde la simple tolerancia de cultos ha provocado escándalos hace cinco años.

B— Las exaltaciones jacobinas de nuestros amigos. ¿En plural? Supongo que en singular y que aludes a Pepe. He aquí la historia: nuestro viejo amigo Antonio Ramos Pedrueza, especialmente apto para decir tonterías, dijo un discurso en elogio de Iturbide delante de Obregón. Obregón, que es buen jacobino, se disgustó, y le dijo a Vasconcelos que estas cosas necesitaban remedio. Se decidió, pues, destituirlo públicamente, dando al público las razones. Estas razones eran: que el gobierno era liberal, avanzado, y que no debía tolerar que se enseñaran en las escuelas oficiales doctrinas contrarias a las que él representa. Mi opinión dada a Pepe fue que esto no podía sostenerse: dentro del criterio liberal, el cándido criterio liberal que los reaccionarios han sabido aprovechar para sus fines, a nadie se puede perseguir por la expresión de sus ideas (y esto creo que debe subsistir en cualquier criterio), y el gobierno ni siquiera tiene derecho de exigir que no se enseñen ciertas cosas; por eso yo opiné que

debía invocarse otro criterio, el socialista, dentro del cual sí hay derecho a que el gobierno imponga determinadas ideas en la enseñanza. Pero no es posible invocar oficialmente, aquí, la doctrina socialista. Afortunadamente, la tradición liberal de México es mucho más enérgica de lo que sería si fuese liberalismo puro, y aquí sí han existido, desde el 57, prohibiciones en la enseñanza.

¿Que cómo está esto? Difícil es decírtelo. Políticamente, creo que esto va bien: no sería difícil que Obregón terminara en paz sus cuatro años, si es que esto realmente puede darse en México sin reelección. Pero no estoy seguro de que valga la pena, para tí, venir a México. Tú, como yo, representamos la enseñanza superior junto a Vasconcelos: no porque no nos interese la enseñanza elemental, sino porque él ha cogido ya esa parte del problema con tanto calor, que ni tú ni yo tenemos nada que sugerirle en ese orden. Quedamos, pues, reducidos a defensores de la alta cultura; y la lucha es muy molesta, porque Pepe está decepcionado de lo que se puede hacer con ella, dado que los hombres que la representaban antes de mi llegada, Caso y Chavez, no hacen nada práctico. Este año, pues, lo considero medio perdido para los fines de la alta cultura: Caso y Chávez siguen dominando la situación, con la mejor intención del mundo, pero con la mayor falta posible de sentido práctico. La Escuela de Altos Estudios, blanco de mis tiros, seguirá siendo la cosa híbrida en que le han convertido las sucesivas administraciones. Sin embargo, voy a dar allí, por primera vez en México, un seminario, y espero probar que, sin aumentar en un centavo los gastos, en esa Escuela se pueden obtener resultados serios. Quizás, pues, para el año siguiente toda la Escuela entre en período de seriedad. Quizás para entonces pudieras venir tú como director: despejada ya la labor de instrucción elemental que ha emprendido Pepe (¡50 millones de presupuesto!), podrá comenzar a hacerse algo por la otra.

Pedro.

México, 6 de febrero 1922.

Alfonso:

En vez de carta, van ahí esas aclaraciones y ensayos en forma de notas. Afortunadaente, los ensayos apenas si lo son: conversar con Canedo y Valle Inclán.

Del Dir. Björkman no puedo arreglar nada. Yo no tengo el menor poder para arreglar nada en favor de nadie que tenga que venir del extranjero: así, por ejemplo, el asunto de Amado Alonso. La objeción es siempre que no hay dinero. Les escribo que lo único que pueden hacer es venir: ya aquí, consiguen trabajo. Pero ¡con qué han de venir!

Recuerdos a Manuela.

Pedro.

México, 14 de febrero de 1922

Alfonso:

Después de unas cuantas cartas y tarjetas seguidas, tuyas, no he sabido más de tí. No sé que dirás de mis explicaciones sobre la situación actual en México, y, en particular, en la instrucción pública. Después he hablado con Pepe, y él opina que tú sí deberías venir, que hay cosas que hacer y que, haciéndolas bien, se es candidato a Ministro de Instrucción, o Educación, como dicen ahora. (¡Lástima que Rodolfo esté escribiendo tonterías,— según la gente! Ya no las he leído, porque no leo "ese periódico"; he decidido no leer ni *El Universal* de Palavicini ni el *Excelsior* de Alducin, porque siempre insultan a alguien o se insultan entre sí; no leo *El Demócrata,* porque no habla sino de crímenes; sólo recibo el *Heraldo de México,* que tiene poca circulación, pero tanta información como los demás, y no se mete con nadie.)

Iba a escribirte que no recibía el *Indice* cuando recibo tres números; digo, cuatro ejemplares del número 3. El

número 2 *nunca me llegó,* y me interesa mucho. Te mando tres suscripciones; cóbralas de mis pesetas.

¿Cuándo me mandas el Góngora Foulché–Reyes?

¿Cuándo publicas, en la Revue Hispanique, lo de la *Versificación irregular?*

Divertidísimo el diálogo entre Don Vino y Doña Cerveza. Muy bueno lo de Chesterton, y, en general, muy bueno *Indice. México Modermo* renace, bajo la dirección de Vicente Lombardo Toledano, uno de los hombres de más valer de México.

Te mando, para *Indice,* unos *En la orilla* míos, y unos *Viajes azorinescos* de Daniel Cosío: a ver si te gustan para la revista. Más adelante te hablaré de Daniel Cosío. Te mandaré cosas de Salomón de la Selva: está publicando su libro de poesías *El soldado desconocido* y escribiendo el *Cancionero de Diego Rivera,* del cual te enviaré el precioso diálogo sobre la muerte de "Rosita la del Trueno".

Volviendo a México: cree Pepe, y creo yo, que en cuanto haya ministro en España debes pedir una licencia y venir para acá de visita. Aquí decidirías si te quedas.

Pedro.

México, 25 de febrero de 1922.

Alfonso:

Ayer recibí tu telegrama sobre asunto Américo Castro (¡creía que fuera algo de que me hubieras escrito antes y se me había olvidado!) y hoy la carta confidencial. Aún no hablo con Pepe; pero creo no se podrá. Situación económica apurada; presupuesto excesivo.

Para recoger palabras técnicas *(favor* de mandar más explicaciones) creo que seremos Chávez, Erasmo y yo; Erasmo, porque es de los pocos que pueden trabajar sin sueldo; los otros dos aconsejaremos nada más.

Creo imposible publicar el libro de José María: la gente

es lentísima; y ahora *Cultura* está en manos de Rafael Loera y Chávez, que es hábil comerciante y no va a publicar a José María, que no es vendible. Pregúntale a Agustín Loera. En *Cultura* ha salido el primer libro de Salomón de la Selva, con deliberadas exageraciones de fealdad; puede que haga ruido. Digo, su primer libro en verso español.

Los *Indices* que he estado recibiendo los he distribuido y no me queda ninguno. Si ustedes pudieran enviarme los tres ya publicados, a fin de que pueda yo tener colección, me harían un gran favor. Si no, avísame para buscarlos como pueda. Te envié, y te sigo enviando, suscripciones. Págalas de MIS PESETAS, pues ya las he cobrado yo aquí: Roberto Montenegro, Eduardo Villaseñor, Honorato Bolaños y otro que no recuerdo, tal vez Carlos Pellicer.

A propósito de Pellicer: ¿has recibido su libro de versos *Colores en el mar,* con ilustraciones de Roberto? Tiene dos o tres cosas muy nuevas: el puerto de Curazao; Ibiza, aldea en los Andes; y una o dos sobre el mar ("Debajo del alba marina..."). Hay mucho malo, pero eso poco es probablemente lo mejor, con José Gorostiza, de lo que hacen aquí los muchachos,— entre los cuales, como observa Pepe, no hay ningún poeta de primer orden, a pesar de que nos censuran no ser poetas. Pero tus versos del segundo número de *Indice* han convencido a muchos: sobre todo, Pellicer, que es de los pueriles que creen que un sabio no puede ser poeta. A varios les ha dicho, y lo aceptan, que eres el mejor poeta mexicano en 1922.

Te envío una nueva serie de cuadritos de viaje de Daniel Cosío. Te ruego que influyas en que se publiquen en *Indice:* si no caben todos, o si alguno parece menos bueno, hágase una selección, y entrega lo demás en *España,* que me dice el simpático Marcelino Domingo (comimos ayer con él Pepe, Diego Rivera y yo) ha vuelto a salir. De todos modos, hazme publicar allá lo de Daniel Cosío. No te puedes quejar de mí, por lo demás: ya te envié colaboración. También yo escribo miniaturas de viaje, pero esas las mando a la Argentina. Ya que quieres que mi contribución al sostenimiento de *Indice* se

justifique con colaboración, cuenta la de Cosío entre las justificaciones. También pienso enviarte de Salomón: si te parece, podremos hacerlo contribuyente; avísame, eso sí, antes de decidir cobrar lo que a él le toque.

Te prometía hablarte de Cosío, pero tengo ya poco tiempo. Estoy tan ocupado como tú. Pero ahí va: Cosío es un muchacho de veintidós años, alto, muy alto, delgado; de cara un poco extraña, con irregularidad a lo Greco; viste muy bien; es muy enérgico, y es Presidente de la Federación de Estudiantes. Aunque todavía estudia quinto año de leyes, ya es profesor de Sociología, por influencia de Caso, en la Escuela de Jurisprudencia. Parece un ser hosco, pero es muy afectuoso: por ejemplo, con Vasconcelos y conmigo. De ti habla siempre como un amigo que ya conociera.

A propósito: ¿tienes idea de la enorme reputación de que ya gozas aquí?

Pedro.

México, 28 de febrero de 1922

Alfonso:

Al recibir tu carta sobre el proyecto de Américo Castro, consulté, y la resolución fue como ya suponía: que no se puede este año, porque no hay dinero. Este año vienen Onís y Pijoán, y no alcanza para más. El mundo entero está mal económicamente, y es milagro lo que se hace aquí con poco dinero. Es verdad que no se paga la deuda.

Creo que debes venir a México. con licencia, en cuanto llegue nuevo ministro a España. *Debes venir* siquiera a ver esto: ya aquí, en dos o tres meses, sabrás si te conviene quedarte. Te esperamos.

Anoche tuvimos (Salón de Actos del Museo) velada por el aniversario de la independencia de Santo Domingo. La organizó Manuel Morillo. Hubo: música de Grieg, Cuarteto del Conservatorio; bailes y cantos de alumnas de la Escuela

"Miguel Lerdo" – serie de aires mexicanos *(Mañanitas, Jarabe, Adelita,* etc.); palabras de Morillo; conferencia, buena, breve de Fabela; reseña de Horacio Blanco Fombona; versos de Salomón de la Selva (estilo de Isaías, pero no muy bien); yo leí versos de poetas dominicanos. En la presidencia: Vasconcelos, Isidro, Horacio, Martín, Manuel Cestero (que acaba de llegar), Morillo y yo. Tuvimos muy buena concurrencia: por ejemplo, vino mucha gente de la Secretaría de Relaciones, entre ellos Manuel Sierra y Margarita Casasús. Mucha gente de letras.

México Moderno renace bajo la dirección de Vicente Lombardo Toledano. Le escribo un artículo sobre literatura mexicana.

Ya soy otra vez profesor de literatura en la Escuela Preparatoria y voy a dar un seminario en Altos Estudios: este primer seminario será sui generis; cada estudiante escogerá su tema sin coordinación con los otros. Pero daré nociones generales sobre cosas que aquí hacen falta.

Pedro

México, 3 de abril 1922

Alfonso:

Vasconcelos ha aceptado la misión en el Brasil.* Julio Torri y yo iremos con él. Va también Roberto Montenegro con la exposición de arte popular. Van 150 cadetes. Va una orquesta típica. ¡Si tú pudieras ir!

¿Pudieras enviarme copiadas dos o tres de las mejores poesías de Augusto de Armas? Tendrá que ser *en seguida* porque nuestra antología hispano-americana está ya en prensa.

*Fiestas del Centenario, en Septiembre.

Pídele también a Canedo que, si conoce versiones españolas de sus poesías francesas, o poesías españolas, me las envíe.

9 de abril

Comencé esta carta en México y no la he podido seguir hasta Chapala. Estoy aquí desde hace tres días, con Salomón de la Selva y Vicente Lombardo Toledano, que trajo a su mujer —es recién casado, y tiene ya una niña—, a una amiga de su mujer que les acompaña siempre, y a una hermanita suya. Pero no estamos en la Chapala que tú conoces, no en el pueblo de Chapala, sino en otro pueblo que queda a varias leguas del otro y que está también a orillas del lago. Se llama El Fuerte y tiene unas seis casas, una de ellas un hotel, donde estamos. Hemos salido a hacer paseos y compras de arte popular a Ocotlán. Hay sillas pintadas, escobillas y ollas. Es posible que vengan Julio Torri y Manuel Gómez Marín.

Lombardo es, como ya sabrás, director de la Escuela Preparatoria. Tiene veintiocho años. Fue discípulo mío en Preparatoria, y luego de Caso en Jurisprudencia y Altos Estudios, donde recibió uno de los títulos intermedios (profesor académico) en filosofía. Es de una energía extraordinaria, y es ya uno de los hombres necesarios en México. Fue oficial mayor del Gobierno del Distrito; de ahí lo llamó Vasconcelos a Dirigir el Departamento de Bibliotecas, y de ahí fue necesario llevárselo a Preparatoria para resolver la discusión entre Caso y Vasconcelos. Su acto más notorio, hasta ahora, en Preparatoria, ha sido imponer multas por faltas, y ya ningún profesor falta a clase.

10 de abril

Hoy cruzamos el lago y fuimos a Jocumatlán, de Michoacán. Tiene una iglesia hecha hace treinta años, que parece hecha en la Edad Media, por la construcción y las ventanas ojivales del segundo cuerpo (gótico tapatío), pero en la cúpula y las fachadas es barroca de Roma.

Veo que publicas un tercer tomo de *Simpatías y*

diferencias. No me parece bien, si ha de ser como el segundo. Todavía el primero casi aceptable. De tus libros recientes, los que realmente valen la pena son *El plano oblicuo* y *El cazador.* ¿Y los versos? Si Botas no los quiere, publícalos tú en casa Calleja, o Ruiz Castillo, o tú solo. Pero haz selección, en tal caso, prefiriendo los últimos y los mejores. ¡Y la *Ifigenia?*

14 de abril

Estuvimos ayer en Atolonilco el alto. Para ello hicimos un largo viaje en ómnibus–automóvil (los que aquí llaman camiones) a través de campos sin árboles, pero cultivados; Atolonilco sí está en medio de huertas y agua. Hay unos baños que eran propiedad de Esther Tapia de Castellanos (la cual era millonaria: ¿escribirás el perfil?) y que se llaman: Netzahualcóyote, –Isabel Prieto de Candázuir,– la señora Letechipía. Se venden zarapes, pero no encontramos ningunos particularmente buenos. Hay una iglesia barroca de las más curiosas de todo el país.

¿Qué es de León Sánchez Cuesta? ¿Y de Moreno Villa? A éste le escribí, con el primero, sugiriéndole que imitase su ejemplo, viniera a México, y se librara de ser bibliotecario en Feruel o Cáceres. No he sabido nada de él. En Yucatán vi un libro suyo, pero en México no. Creo que es edición de Calleja. Y a propósito de Calleja: aquí está un representante de ellos, Bernaben de Yeste, hombre simpático y ha arreglado que se haga una edición de los *Estudios indostánicos* de Vasconcelos. Cuida tú de las pruebas: que alguna vez salga bien el texto de un libro de Pepe.

Dice Max que tú pierdes demasiado tiempo; yo también lo creo. Ahora deberías aprovechar el tiempo para escribir cosas tuyas. Y además venir a México en cuanto manden nuevo Ministro a España.

Saludos a Manuela

Pedro

27 de abril de 1922

Alfonso:

Ante todo, tu última carta relativa a las reliquias de papeles de Nervo: las pasaré al Archivo General de la Nación. Ya te imaginarás mi odio a los papeles: tú también lo tienes, pero conservas muchos; yo, en cambio he logrado ir reduciendo mi papelería –y mi biblioteca– a un grado que te sorprenderá cuando lo veas. De la biblioteca que he ido juntando durante los últimos años, aun contra mi voluntad, he dispuesto así: la mayor parte, a Cuba, al cuidado de Max; ahora voy regalando a la Universidad de Santo Domingo los libros que me están dedicados y que no me hacen falta, y sólo conservo para mí los libros estrictamente útiles. ¿Sabes cuánto me costó el trasporte de los baúles desde Minnesota hasta México? Ochenta pesos mexicanos; y eran sólo tres, pero pesados, porque contenían libros. Supongo que sabrás que mi biblioteca grande, la que se le quedó a Julio en México, la vendí a la Universidad cuando estaba yo en los Estados Unidos; se perdieron unos 600 volúmenes, principalmente, según parece, por culpa de Antonio Castro.

Voy al fin a publicar libros, de crítica y de pedacería. La gente insiste demasiado en que yo "no he hecho nada". Ya que tú haces simpatías y diferencias, y ganas reputación (aunque ya te he dicho que esos tomos no me gustan), yo creo no desacreditarme enteramente con tomos de retazos. Quizás el primero que publique se titule *Mi España:* artículos sueltos sobre España, unidos por un prólogo sentimental.

Todavía no sale *México Moderno.* Ni Vicente ni yo hemos tenido un minuto para la revista: somos los hombres más ocupados de la instrucción pública, no sé si antes o después de Pepe. Ahora parece que se podrá hacer con un grupo que ayude a Vicente: Cosío, José Gorostiza, Salomón, Manuel Toussaint. Mándanos colaboración.

Asunto profesores para México. Cuando me telegrafiaste pidiendo contrato para Alonso (¿Amado o Dámaso?) en

fonética, pensé que Pepe iba a decir que no, y pensé escribirte que no trataras estas cosas por telégrafo, porque así se echan a perder. Con sorpresa mía, Pepe dijo que sí: que viniera Alonso, que trajera laboratorio, y que viniera además otro profesor, de ciencia. Luego vino el telegrama sobre Sáinz de la Maza, y ya Pepe dijo que no: hacia el fin de cada bimestre falta dinero, y él se pone pesimista. Por fin, el telegrama sobre Adolfo Salazar, y temo que la cosa fracase si no la pilotea bien Manuel Toussaint. Pero hay peor: el otro día le recordé a Pepe la cuestión de la fonética, y dijo que él no había autorizado tal cosa; le demostré que había firmado un telegrama, y entonces mandó deshacer todo lo hecho. Esos eran los temores que yo tuve desde la primera vez, y que no te comuniqué porque el éxito de la fonética me cegó. Ahora tú verás cómo arreglas el pastel, y de ahora en adelante no trates estas cosas por telégrafo: fíjate en que todas mis consultas son hipotéticas, que son para saber en qué condiciones aceptarían salir de España un fonetista, un guitarrista, etc., y tú me vuelves la cosa del revés, preguntándome qué condiciones damos nosotros y urgiendo para que se resuelva. Mi plan era hacer todas estas cosas despacio: demostrarle a Pepe que un fonetista podía venir sin mucho gasto, etc.. y así convencerlo. Ya ves que la convicción que hubo fue aparente. No te culpo de todo: creo que la pregunta sobre el fonetista se la hice a Navarro, y por lo visto el Centro ha adquirido los hábitos telegráficos. La cosa está ahora tan complicada que no tengo cabeza para sugerirte soluciones del caso.

León Sánchez Cuesta, con Julio Torri, Manuel Toussaint y yo, decidimos aceptar en México un café para las noches y hacerlo el café literario. Escogimos el de Tacuba, que no es caro como El Globo y Sanborn's ni demasiado popular o agachupinado como otros (La Granja, etc.). Allí se sirven cosas mexicanas finas, como chongos zamoranos, huevos reales, tamales delicados, etc. y la concurrencia es buena. Naturalmente: ni Julio, ni León, ni Manuel han ido de modo regular; Manuel, ni una vez sola; pero se ha ido formando el

café, a base de muchachos jóvenes, con la ocasional presencia de Vasconcelos, y más frecuentemente de Genaro Estrada y de Roberto Montenegro, que cultivan el chiste. La chiquillería que frecuenta el círculo la forman Salomón, José Gorostiza (el poeta más pulido de los jóvenes; el jovencito escéptico de La Columna de Salomón: ¿No sabes que Salomón ha iniciado en *El Mundo,* el diario de Martín, una Columna humorística, los sábados, a estilo de las de F.P.A. en La New York Tribune, de Don Marquis, el creador de Hermione la pedante—elegante en el New York Sun, de B.L.T. en la Chicago Tribune? Allí ha creado una mexicana típica, Lupita, un joven poeta escéptico, etc.); Daniel Cosío; Eduardo Villaseñor, muchacho bueno, que escribía cosas muy cursis en verso y prosa, y que parece está aprendiendo a hacerlo mejor: acaba de escribir un diálogo entre la alta cultura y la cultura popular —especie de versión ideal del incidente Caso—Vasconcelos, ahora felizmente solucionado —que está ingenioso; Octavio Barreda, nieto de Don Gabino pero humorista, traductor del *Renacimiento* de Pater aunque dice que lo hizo por ejercicio y que no le gustan ni el estilo de Pater ni su poco dominio de las cosas italianas; Ciro Méndez, muchacho rico, bondadoso, medio loco, y otros más. Los dominicanos, Morillo, el ex encargado de negocios en Cuba que tanto se peleó con los yanquis, Manuel Cestero, Manolo Galván, que está ahora de paso aquí, pasan por allí a veces. Allí se hacen sesiones de chiste, como una en que se pusieron nombres de obras literarias a la gente: te diré algunos. Julio, por su tendencia a escabullirse: *Quo vadis.* Ciro, que es muy desordenado: *La casa en orden.* Salomón, que es muy fantaseador, *La verdad sospechosa.*

En Altos Estudios he abierto un proseminario de investigación de lengua y literatura. No es seminario en toda forma: no se estudia un asunto solo en varios aspectos, sino cada quien estudia lo que quiere. Tiene cada uno un tema grande y un tema pequeño, uno de literatura y otro de filología. Los trabajadores son unos diez y seis. Los oyentes varían.

Saludos a Manuela, y envíame cosas tuyas. Versos, de preferencia. A Enrique Diez Canedo que su libro, aunque de retazos, me resulta sólido, mucho más de lo que parecería pensando en que son artículos tan diversos.

Pedro.

México, 19 de junio de 1922

Alfonso:

No fundes una revista para reproducir los artículos que se publiquen en España: no vale la pena. Mándalos aquí, y en *México Moderno* los extractaremos en la sección de *repertorio.* Así hacemos con los que ya enviaste. Creo que al fin sale el día 1 de julio la revista. No ha podido salir antes porque todos los interesados en ella estamos abrumados de trabajo o son gente poco útil: Vicente Lombardo (director de la Escuela Preparatoria y Profesor de varias clases y elemento director de cuestiones obreras), Daniel Cosío (jefe novísimo del activo Departamento de Extensión Universitaria, profesor de tres asignaturas, y otras cosas más), y yo, tenemos poco tiempo; Salomón es fantástico. Toussaint está en eclipse creciente (¡qué extraño caso! Europa lo ha puesto más sordo, más insociable, más aislado, más inútil), Gorostiza –el poeta correcto de los jóvenes– es poco activo: pero ahora que dejó *El Maestro* trabaja con Rafael Loera y Chávez, y sacarán el periódico. Tu artículo se recibió. ¿Alusión a Beethoven? No soy *ahora* devoto suyo, sino de dos o tres cosas: la 7a. y la 8a. sinfonías. *Cultura* acaba de publicar mis *Los favores del mundo* de Alarcón: prólogos tuyo, mío y de Canedo.

Me llegó el Góngora. Y el Augusto de Armas.

Falta cerca de un mes para nuestros anunciados cursos de verano, y ya hay aquí sesenta yanquis. Ha habido necesidad de abrirles hoy unas cuantas clases.

¿Qué es la Cucaña?

El café de Tacuba no ha prosperado. Esta ciudad no

tiene remedio: la insociabilidad es su ley. Sólo cuando la novelería yanquista los compele van las gentes a un lugar: a Samborn's.

No creo tan grave la serie de contradicciones de Pepe. La única seria, la de Fonética, creo que se debió a que no se dio cuenta de que el telegrama decía *fonética;* debió de creer que leía *física,* por influencia de la palabra "laboratorio". Mi error fue convencerme de que había aceptado tan sin discusión un profesor de fonética. Pero ya te he dado plan para que se le traiga. Aquí hay aparatos: Mr. Russell, el profesor de fonética de los cursos de verano, tiene bastante con los que hay. En realidad, cuando te escribo sobre estas cosas, te pregunto "en qué condiciones podría venir una persona de allá para esto o lo otro"; telegrafiar es un error, cuando aquí todavía no hemos hecho el hueco para la persona. cuando ese hueco hay que hacerlo poco a poco, y a veces sin consultar a Pepe, y cuando el hacer el hueco implica conocer las exigencias de la persona. Telegrafiar es siempre un error: error de diplomático. Unica regla en adelante: escribir *por correo.*

Yo no digo que tú —ni Max dice— pierdas el tiempo en paseos. No; lo pierdes en el estúpido trabajo de la Legación, a la cual, si fueras cuerdo, no dedicarías más de dos horas diarias, —como lo pierdo yo en esta estúpida oficina (culpa mía: debí renunciarla). Es un error tuyo, gravísimo, echarte a cuestas el trabajo de todos, cuando a nadie aprovecha que te ocupes de que cada nota vaya bien redactada: que vaya mal, y nada sucederá. ¡Y todavía, si fueran siempre las notas! Todo el mundo en Relaciones opina que tú no deberías trabajar tanto: basta con que trabajes bien en lo importante. Miguel Alessio dice que eres papel secante: que absorbes todo el trabajo. Eso no debe ser.

Nunca me dijiste que me ocupara de tu libro de poesías en casa de Botas. Sé que Manuel Toussaint se ocupa de ellos.

Salió Urbina para allá. Se le despidió con banquetes: asistí a uno que organizó Rangel. No debes ser injusto con Urbina: recuerda que siempre quiso ayudarnos, y que lo realizó. El va dispuesto a hacer imposible toda ruptura con

Icaza: "yo no lo dejaré pelearse conmigo", dice, y lo creo. Yo nunca he visto *pruebas* de las "maldades" de Urbina: todo se queda en chismes (aprensividades de Nervo, por ejemplo.) Aquí, sabemos *bien* que él no tuvo parte en los ataques a Icaza en el *Excelsior.*

Pedro.

A bordo del *Coahuila.* 7 de agosto de 1922
(lunes)

Alfonso:

Poco antes de salir de México me informé con la casa de Botas sobre tu libro *Huellas,* y me dijeron que no había salido todavía porque esperaban papel; que estaría listo dentro de tres o cuatro meses. Tienes, pues, tiempo para disponer lo que quieras sobre el libro: encomiéndale a Genaro Estrada que haga las gestiones del caso, y sugiérele que, como a él le faltará tiempo para ir en persona, mande a otro a tratar el asunto.

Creo que el libro debes publicarlo: si quieres hacer modificaciones, suprime algo de lo viejo —y nada más. Me parece que has publicado ya bastantes libros de artículos más o menos críticos: el tercer tomo de *Simpatías y diferencias* puede marcar el fin de la etapa. Dices que yo te aconsejé publicar libros de artículos: sí, pero todo tiene un límite. Yo mismo estoy publicando otra vez libros de artículos, pero no serán más que tres; me prometo no pasar de ahí. El primero lo dejé ya corregido en pruebas, y se titula *Mi España;* la serie lleva el título *En la orilla.* El segundo será de temas literarios hispano-americanos y quizás se titule *De Alarcón a Darío.* El tercero será de cosas sobre actos diversos.— De todos modos, una vez salidos de esos temas misceláneos hay que publicar sólo obras sustantivas, de preferencia obras de creación: versos, —dos temas,— *Ifigenia:* extensión o simplemente nueva edición de *Visión de Anáhuac;* nuevos cuentos, y así por el

estilo. Ya tienes toda la fama que necesitas como ensayista, crítico, y erudito: si no quieres perseverar en eso, tu labor debe ser de otra cosa.

Salimos de México el 21 de julio en la noche, creyendo que el barco *Coahuila* (que va al Brasil junto con el *Bravo*) saldrá el 22. Con la acostumbrada desorganización mexicana, todo estaba por hacer, y los barcos no salieron hasta el viernes 28 en la noche. En el *Bravo* van alumnos del Colegio Militar (unos 150); en el *Coahuila* va una banda militar, una orquesta típica,* representantes distinguidos de la misión militar (aviadores con sus máquinas, por ejemplo), y la misión civil, compuesta solamente (fuera de Vasconcelos y Julio y de la gente que llevó la exposición de arte popular —obra de la Secretaría de Industria y Comercio—, entre ellos Roberto Montenegro, todos los cuales se fueron por Nueva York), además de mí, de Ricardo Gómez Robelo, Carlos Pellicer (el poeta) y Alfredo B. Cuéllar, delegado deportivo y persona excelente. Pasamos en Veracruz seis días obligatorios, pero agradables por la liberación del trabajo agobiador de México: los baños de mar constituían el centro de la vida. La despedida de Veracruz fue estrepitosa, con gritos, himno y Golondrina a bordo.

Después de otros seis días llegamos al Canal de Panamá, no para atravesarlo, sino para aprovisionarnos, —lo cual no hacía falta: Kingston, en Jamaica, hubiera sido mejor, porque quedaba en línea recta hacia la salida del Mar Caribe, que haremos por la isla de Trinidad. Nos detuvimos cuatro días en Colón: pueblo feo creado por el comercio; pero en dos horas se va por ferrocarril hasta el Pacífico, hasta la ciudad de Panamá, viendo casi siempre el Canal. El Canal, parece ya obra de la naturaleza: como está en medio del trópico, el bosque lo invade todo. Sólo hay partes que tuvieron bosque y que fueron invadidas por el agua salada, uno o dos metros, porque eran tierras a bajo nivel: los árboles se han secado, y cuando no se mira el agua que los rodea, o se la supone nieve,

*Con la *típica* van dos muchachas cantantes, la una con una mamá y la otra con una hermana menor; muy simpáticas las jóvenes.

parece que forman un paisaje del Norte junto al paisaje del trópico. Nos tocaron días nublados en parte: parecía también que se había traído el clima del Norte. —Pasé tres días en la ciudad de Panamá. No ví las ruinas de la del siglo XVI, que quedan lejos. Pero en la Panamá actual hay dos o tres ruinas: se ve que la ciudad, antes del Canal, se fue empobreciendo y arruinando. Le quedan cuatro iglesias coloniales interesantes de buena arquitectura, plateresca o barrocas. La nueva es abigarrada de arquitectura y población: ¿te acuerdas de *Los civilizados* de Claude Farrere? Indios, chinos, negros, europeos,... Pero no se ven, a primera vista, vicios extraños: no hay más que prostitución sencilla, con *cabarets* pobres.

12 de agosto 1922, sábado.

Martes, nada: mar agitado, cielo gris. Miércoles, a ratos, costas de Colombia. Jueves, Curazao; se veía muy cerca la ciudad, se podía distinguir la arquitectura de la Catedral y del Palacio de Gobierno, que es enorme ("la casa de gobierno es demasiado pequeña para una familia holandesa", dice el poema de Carlos Pellicer sobre Curazao: ¿lo recuerdas? Díme qué te parece, y qué de su libro, y si crees que le aceptarían colaboración en *Indice).* Viernes, isla de la Tortuga, isla Margarita. Hoy, costa de Venezuela, y entrada al golfo de Trinidad: ya vamos acercándonos a Puerto España, donde bajaremos y el gobernador inglés nos dará una recepción.

Esta mañana ví salir el sol: lo precedió durante una hora un cielo blanco, en que salía Orión. Después el cielo y el mar a occidente se tiñeron de rosa: el mar se parecía al mar rosado del crepúsculo en las Azores, aunque aquel me parece más hermoso.

¿En qué estado están mis cuentas? Si me queda una suma que pase de 200 pesos mexicanos, mándaselo en seguida, indicándole que es dinero mío, al Ingeniero Carlos Petricioli, Puente del Alvarado 45, México. Este y su hermano Augusto y con Gustavo Durán (ingenieros los tres) están asociados con Pepe y conmigo en la construcción de unas casas que después

venderemos: ahora, con lo del viaje al Brasil, nos hace falta aplicar allí bastante dinero, y he reconcentrado en aquello todo lo que he tenido disponible. Más adelante yo te iré reponiendo lo que pagues por mí a *Indice.* Claro que si la suma no llega a 200 pesos mexicanos, no vale la pena de que hagas el envío.

Es probable que ya sí me case, al regreso del Brasil. La cosa tiene algo de locura, porque la chica es diez y nueve años menor que yo; pero me gusta demasiado para dejar que eso sea una objeción. Se llama Isabel Lombardo, y es hermana de Vicente Lombardo Toledano, a quien supongo que identificas (ex discípulo mío, uno de los *siete sabios,* autor de una *Etica,* director actual de la Escuela Preparatoria, veinte y nueve años de edad). Otra hermana, María, debe haberse casado ayer, día 11, con Alfonso Caso.

Estaremos en el Brasil hasta el 30 de septiembre; en la Argentina hasta el 31 de octubre: te lo digo para que cuando me escribas calcules el tiempo de acuerdo con esas fechas. Escríbeme: al cuidado del Ministro Vasconcelos, Legación de México.

Recuerdos a Manuela.

Pedro.

P.S. Martín, que estuvo en Nueva York, con Adolfo de la Huerta con ocasión del arreglo de la Deuda, dice que en las Ziegfeld Follies salen ya mujeres totalmente desnudas. Hay esperanzas de que se salve aquel país.

En México dejé funcionando los cursos de Verano que organicé, con mi facultad de unos cincuenta profesores. De fuera de México estaban Onis, (que enseña Cervantes e Historia) geografía del español, Walter Pach, el crítico y pintor norteamericano (que además da otro curso en Bellas Artes, con 150 de público), y Arturo Torres Rioseco, el poeta chileno. Hay unos 400 estudiantes norteamericanos.

Gabriela Mistral llegó a México el día que yo salí. Tuve tiempo de visitarla: me pareció muy sencilla y muy bien. Lo que está escribiendo está muy bien.

11 de abril 1923

Alfonso:

¿Por qué no me escribes? Genaro Estrada, en cambio, recibe constantes cartas tuyas. Temo que mis torpezas, cuando estuve en España, te hayan enfriado hacia mí, pero "culpas fueron del tiempo y no de España": te aseguro que soy mejor que eso.

Bailó Armen Ohanian, dos veces. Gusta. En la última fiesta, los *perros* preparatorianos (mera infantilidad, no que no les gustara el espectáculo, por lo menos la parte de ella) armaron escándalo, y se han provocado conflictos que todavía duran. Los periódicos te enterarán.

Anoche debutó la compañía francesa, en Arbeu, dirección Gavants y Coquelina, primer actor Pierre Magnier. Toda la aristocracia asistió; teatro lleno. Compañía estimable; repertorio atrasado.

¿Te visitó Miss Meta Marion Golda Imitta? Es muy inteligente.

Saludos a Manuela.

Pedro.

P.S.– Me caso en Mayo o junio. Te contaría muchas cosas si no te alejaras tanto de mí.

La semana Santa la pasamos en Jalapa, Cosío, Villaseñor y yo, en casa de Javier Icaza, que gana allí mucho dinero como abogado y está casado con una joven inteligentísima. Te quiere mucho.

20 de abril de 1923.

Alfonso:

Ayer me encontré con Pani, y hablé con él de tí. Me

dice que no podrás venir en mucho tiempo, porque la Legación no puede quedarse sola, y menos con Miguel Alessio sin tí. Después de todo, quizás no sea ahora el mejor tiempo para venir: aunque tampoco sé si lo será el año próximo, con la baraúnda electoral. Confidencialmente: ¿sabes que estoy sospechando que Pepe comienza a aspirar? Antes se decía, y yo tenía la impresión de que no; ahora no se dice, y tengo la impresión de que sí. Hay, por supuesto, trabajos secretos: eso creo. El vulgo de la calle cree en Calles; la gente más avisada dice que De la Huerta. Obregón no se inclina públicamente a nadie, aunque todo el mundo le atribuiría imposición, en caso de que saliera cualquiera de los tres.

Alejandro, tu hermano, a quien me encuentro en el Arbeu (compañía francesa, con Pierre Magnier: repertorio arcaico, Rostand, Capus, Bernstein, Bataille, même Sardou). Me pregunta sobre tu venida. A una hermana de Manuela, que está en Preparatoria, la veo a veces, y a otra que trabaja con Julio; hay otra más, que trabaja en *El Universal,* a quien tengo que ver desde hace tiempo, y no he podido.

Ahora sobre ti mismo: ya estás en ocasión de escribir lo que quieras. Primero porque tienes posibilidad de hacer tiempo en tus ocupaciones; si tú fueras lento para escribir como yo, se comprendería que te faltara; pero siendo escritor rápido, no necesitas tal cantidad de tiempo. De todos modos, tú siempre que quieres escribes, y siempre escribes. Pero hay algo más importante, y es que TU AUTORIDAD COMO ESCRITOR, aquí en México (donde es ABSOLUTA), y aun en la América española (donde, a pesar de haberla descuidado, se te conoce ya mucho), ES TAN GRANDE, que YA PUEDES HACER LO QUE QUIERAS, ESCRIBIR LO QUE QUIERAS, Y TODO EL MUNDO DIRA QUE ESTA BIEN. Todo el mundo no es necesariamente los rivales literarios celosos y envidiosos, sino todos los lectores inteligentes, y también los rivales que no tienen envidias. Ya se te cita hasta a propósito de una kermesse, como viste en un recorte que te envié. El haber trabajado tanto fuera de México, y haber "triunfado en toda la línea", como se dice en los periódicos,

te mantiene libre de ataques y te convierte en ser extraordinario. PUEDES, pues, ESCRIBIR LO QUE SE TE ANTOJE, NO TEMER AL PUBLICO, que estará dispuesto a encontrárselo todo bueno. Esto creo que es muy necesario para que un escritor se sienta en posibilidad de expresarse libremente. Gabriela Mistral es mucho mejor de lo que era desde que comprendió que su voz tenía autoridad.

¿Cuándo mandas la lista de erratas de *Huellas?* Yo la necesito para hacerle la propaganda, enviando copias buenas de las poesías a periódicos que nos interesen.

En este momento llega Andrés Segovia con una carta tuya. Lo presentaré a Pepe.

Recuerdos a Manuela.

Pedro.

México, 17 de mayo de 1923.

Alfonso:

Hoy sale en "EL MUNDO" de Martín tu artículo sobre Einstein. Se lo dí a Martín, del *Repertorio Americano.* Todo lo que quieras que se conozca en México puedes mandarlo a *El Universal* o a *El Mundo;* cuando lo hayas enviado a su destino principal *(Social* de La Habana o *Nosotros* de Buenos Aires), envía —unos quince días después—copia a uno de esos dos periódicos de México. Así mantendrás la conexión con el país, donde se te admira extraordinariamente. Todo lo que publicas en otra parte debes darlo a conocer aquí.

Tus libros, dicho sea de paso, circulan poco. ¿Por qué no los envías —los que tú personalmente has publicado— a la Argentina? La Librería "El Ateneo", Calle de Florida, te los vendería bien.

Te envío una nota sobre mi edición de *Los favores del mundo,* hecha por Cosío, para que se la pases a la Revista de Filología Española. No la envío directamente a ellos por ser sobre cosa mía, y Cosío no la envía directamente tampoco

porque no se trata con ellos. Creo que tiene el interés de dar a conocer un poco lo que se hace aquí sobre literatura clásica española.

Me caso la semana entrante. Con poco dinero; sin ceremonia. Nuestros testigos civiles son: Pepe Vasconcelos, Antonio Caso (Alfonso Caso está casado con María Lombardo, hermana de mi novia), Xavier Icaza y Daniel Cosío. Los padrinos en la iglesia son Vicente Lombardo, mi cuñado, y su esposa; mi padre, representado por Antonio, y mi tía Ramona, que vive aquí.

Aquí está Andrés Segovia; ha tenido mucho éxito; ha dado aquí seis conciertos y dos en Puebla. Le hemos dado reuniones: dos pequeñas en el estudio de Roberto Montenegro y una grande en casa de Vicente Lombardo, en que se le tocó marimba y se le cantaron y tocaron músicas populares.

No sé qué decirte de libro para la serie de *Indice.* Mi *Dionisos* está pendiente de volverse a publicar, en la Argentina: todo es que alguna de las colecciones pequeñas esté en buen estado (todas flaquean y se tambalean, desde la de García Monge). ¿Qué te parecería publicar una serie de mis aforismos —o lo que sean— que he venido titulando *En la orilla?* Tengo bastntes.

Y otra cosa: ya—ido Palavicini— escribo en *El Universal.* ¿Viste mi artículo *Orientaciones?* A Santo Domingo los envío bajo el título de *Cartas a mi tierra.*

Recuerdos a Manuela.

Pedro

México, D.F. 1923

Alfonso:

Hace días te escribí contándote las cosas recientes. Estaba pesimista respecto de las gentes, o de unas cuantas de ellas —cosa rara en mí *por carta,* según creo—, pero más superficial que esencialmente. Tal vez lo que no entenderás es

lo que dije de Martín. No es que él no quiera, como amigo, pagarte; es que el hombre de negocios, con sus negocios todavía angustiosos, se resiste a dar dinero. Sin embargo, por mí —que no le hago ninguna falta en su periódico, que sí le soy útil, pero no esencialmente— ha hecho el sacrificio de pagarme doce pesos diarios, —ocho menos de los que ganaba en la Universidad, —con los cuales voy tirando.

Así pues, mándame la nota de los artículos *pagaderos* que se hayan publicado *ya* en *El Mundo,* y yo haré que Martín te los pague. Creo que prometía 15 pesos mexicanos. A Canedo también se los pagaría, pero no ha recibido nada de él. Y a propósito: ¿Enrique se ha hecho definitivamente escritor en máquina? ¿Le ha servido la gigantesca Underwood?

De tus artículos, publiqué últimamente *La improvisacióin,* que ha gustado. Lo demás es poco adecuado para *El Mundo,* y las revistas viven con intermitencias. Veré si, a través de Julio, hago llegar uno o dos a *La Falange:* no cultivo amistad con ella; como aquí todo se vuelve bandos en guerra, ellos me consideran de bando enemigo y yo no haré nada por acercarme.

Para que sepas lo que escribo en *El Mundo,* si tienes tiempo de verlo (quizás Manuela tenga más tiempo que tú):

1) sección literaria los sábados;
2) artículos firmados P.H.U.;
3) crónicas firmadas Gogol;
4) artículos firmados L.R. o Viajero;
5) secciones "Vida extranjera" y cosas para niños: "Cuentos de la Nana Lupe" y demás.

Otro negocio: mi situación económica está llena de urgencias y estoy juntando todos los picos posibles. Ya mandé a París por mis francos, que nunca han querido subir. No sé cuántas pesetas me quedarán contigo, pero quiero saber dos cosas: 1) ¿con ellos se puede publicar un tomito de cincuenta páginas en *Indice?* (¡apenas tenga tiempo junto mis aforismos!); si no ¿qué hago para publicar en *Indice?;* 2) de no publicarse nada ¿valdría la pena que yo recibiera la suma?

Mi situación es tal que cualquier cosa que pase de cien pesos mexicanos me sirve. ¿O todas las pesetas se las llevó *Indice,* la revista? En todo esto me atengo a tu opinión. De las diversas opiniones, prefiero —creo— el libro pequeño e inmortal.

El lunes fui con Isabel hasta Charcas, en el Estado de San Luis, a ver el eclipse total de sol. Tres minutos y medio de oscuridad; sombra azul y horizontes de plata; golondrinas asustadas.

Isabel ha estado mala, pero ya va bien. Mi tía Ramona Ureña, la única hermana de mi madre, que vivía con nosotros, y tiene setenta y cinco años, se ha puesto tan disgustada de que yo me casara (¡absurdo deseo de monopolio de las tías viejas!) que se ha ido a vivir a otra parte, con una familia de Toluca con quien viven también los terribles Selvas, turbulentos y simpáticos, Salomón y sus hermanos. Sabrás que últimamente uno de ellos le pegó a Heliodoro Valle: éste los acusó ante juez y hace publicar en la prensa que le pegaron dos y que fue a mansalva.

Aquí estamos ya en plena agitación de candidaturas. ¡Y esto va a durar un año!

Me contarás de lo que pase en España.

Salud.

Pedro.

México, 29 de mayo, 1923

Alfonso:

Hoy he regresado del lago de Chapala, del viaje de bodas —cinco días—; no de la Chapala que tú conoces, sino de otra parte —El Fuerte, cerca de Ocotlán —donde estuvimos hace poco más de un año: allí conocí a Isabel y allí tiene propiedades —inexplotadas— su padre. El lago es triste, pero todo lago *tranquiliza* el paisaje y el espíritu.

Isabel tiene veintún años; es una de las muchachas más lindas de México; no tiene la cortedad de la altiplanicie, sino

la vivacidad de quien nació camino de la tierra caliente, en las suaves nieblas de Teziutlán.

Hicimos el matrimonio más escandalosamente sencillo que se ha visto en México. El día de la ceremonia civil, sólo estaban los parientes y los testigos: Pepe, Antonio, Daniel y Xavier, que vino especialmente de Jalapa (donde, hace dos meses, pasamos días deliciosos en su casa, junto a su inteligentísima esposa Ana Guido). Sólo invité, para casos de suplencia, —y tenía razón, porque Antonio llegó tarde, del entierro de D. Pepe López Portillo—, a otros dos amigos: Eduardo Villaseñor y el pintor Manuel Rodríguez Lozano, uno de nuestros últimos descubrimientos, el segundo "hombre de las teorías" (vid. *Miniaturas Mexicanas).*

Al día siguiente (no fue fácil combinar para un solo día los dos matrimonios) fuimos a la iglesia (San Cosme ; sin adornos, ni música). Allí hubo más gente, pero en conjunto muy poca. Parientes: a veces se tienen más de los que se espera, y fue lo que más hubo — ¡hasta parientes míos! Fuera de mi tía, que sirvió de madrina, estuvo uno de los Galván, hijo del autor de Enriquillo, que son parientes nuestros: no aquel Galván que conociste en 1910, sino un hermano. Estuvieron las mujeres de Caso, de Vasconcelos, de Martín; las Marquesas de San Francisco (el Marqués trabaja conmigo, y no podía dejársele de invitar); y Julio, Salomón, Manuel Toussaint, Andrés Segovia, y dos o tres amigos más. De la iglesia nos fuimos a la casa de la familia Lombardo, donde hubo gran animación, dada la intimidad de la concurrencia. A las cinco de la tarde tomamos el tren, para El Fuerte, de donde volvimos hoy. Mañana vuelvo al trabajo.

Recuerdos a Manuela, míos y de Isabel.

Pedro.

4 de junio 1923.

Alfonso:

En mis manos tu carta —poema secreto— que, como tal,

cayó en manos de Salomón de la Selva: no la quiere soltar.

El Pen Club se hará: mañana

Dos graves problemas:

1.– Me urge que me envíes las correcciones de las erratas que salieron en tu libro *Huellas*. Sólo así podré hacer copiar –en forma definitiva– las mejores poesías, y hacerlas publicar en nuestros órganos (Repertorio, el Sic).

2.– Américo Castro –me dicen de Buenos Aires– va a la Universidad de la capital, invitado por Ricardo Rojas, a organizar el Instituto de Filología. Yo hablé con Rojas sobre el asunto, y le dije que el jefe no podía ser sino un hombre del Centro de Estudios. Vagamente hablamos de la posibilidad de que yo fuera como segundo.

Si todavía tienes influencia sobre Américo (¡Africo!), díle que influya en que se me llame. Díle, además, que en las explicaciones que haga sobre mí no haga distingos, porque –en la mente argentina de Rojas y otros universitarios– podrían interpretarse mal. P. ej.: al indicar que yo puedo trabajar en filología, y no sólo en historia literaria, que lo hagan sin reparos que siembren duda.

Salud

Pedro.

Junio 12 – 1923

Alfonso:

Recibí tu carta sobre banquete con damas aristocrático–cachondas. Se leyó anoche en la primera cena del Pen Club, la cual se citó para el restaurant Giacomino (en el Hotel Iturbide) y resultó haciéndose en el Globo. Por la lluvia hubo poca gente (ya sabes que aquí la lluvia es buen pretexto). Se había citado a poco más de veinte (o menos) y asistimos ocho: Genaro, Julio, Salomón, Manuel Toussaint, Carlos Díaz Dufoo, Vicente Lombardo, Eduardo Villaseñor y yo. Se habló del libro sobre la vida mexicana, que escribiremos entre unos treinta.

Sí te escribí a propósito del malhechor desconocido. Te consolaba diciendo que no te preocuparas por la acusación ridícula, que ahora se echa sobre la mitad de la gente importante de México (epidemia fréudica), comenzando por Miguel Alessio, Adolfo de la Huerta y Pepe Vasconcelos. Yo creo que en el correo de aquí, o en la Legación allá, abrieron la carta, y encontraron demasiado interesante la lista para no conservarla.

De política, hay complicaciones extrañas. El gabinete se va a rehacer. No sé por qué, Pepe se irá hacia fines de año (no me lo ha dicho, pero lo sospecho): ya parece haber perdido las ilusiones presidenciales que alimentó sin confiarlas a nadie. La *cosa* está entre Calles y De la Huerta, según la mayoría de las voces. Se pretende —fuente *líderes* obreros— que el arreglo es: 1925, Calles; 1929, De la Huerta; 1933, Obregón otra vez. Sonora News Co., como dicen ahora. ¿Y conoces la nueva ley de los tres estados —parodia popular de la de Pepe—? Son Oaxaca —Coahuila— Sonora.

Tu artículo sobre Einstein se reprodujo aquí en *dos* periódicos, *El Heraldo* y *El Mundo.*

Recuerdos a Manuela.

Pedro.

16 de agosto 1923

Alfonso:

Hace mucho que no te escribo yo, pero sí recibo cartas, notas y recortes: de todo dispongo, para México y fuera. *México Moderno,* no: ha dejado de salir. Razones económicas, pero no las que supones: no es que no haya dinero, ni que la revista no pueda venderse, sino que, como Rafael Loera y Chávez es entidad distinta de la casa editorial *México Moderno,* hay interés en probar esto o aquello, y suspender la revista es prueba. Altiplanicie todo.

Américo Castro llegó ya a la Argentina, me dice el simpático poeta Rifa Alberdi, el que estuvo aquí. Me dice que habla de mí "con cariño". Tal vez no es necesario que tú le escribas ya sobre mí: parecería forzado. Yo veré qué hago. Sigo con deseos de irme, pero hay cosas que me hacen quedarme, algún tiempo cuando menos. En México se hace labor, pero sólo la hacen unos cuantos, los que dirigen: en Educación, sólo Vasconcelos, en quien se han despertado celos curiosos contra los demás que hacen también. Por eso te aconsejé siempre que no vinieras sino de paseo. Ahora debes esperar a 1925.

¿Ahorras dinero? Espero que Manuela salve algo de la baraúnda. Yo gasto enormemente. Me casé en la intimidad, sin invitados ni lujo; tenía media casa puesta; y sin embargo gasté mil quinientos pesos, de los que aún debo mil doscientos. He comprado tierras —que debo en parte— ya comencé a construir: todo está atascado.

Isabel está enferma: estuvo a punto de accidente serio, pero se ha conjurado.

Los cursos de la Escuela de Verano tienen mucho éxito. El Decano del College de la Universidad de Texas me asegura que vuelven a los Estados Unidos, muchos estudiantes, con otro espíritu: mejores modales y menos miedo a la belleza; no temen ya poner cosas bellas en sus casas.

Gran discusión en torno de la pintura. Diego escribe y habla: habla muy bien, como nadie aquí; sencillamente, macizamente. ¿Sabes que se casó aquí con una tapatía, amiga de Valle Inclán, Lupe Marín? Fue medio novia mía; es originalísima.

Pedro.

México, 5 de diciembre 1923.

Alfonso:

No te tenemos en olvido: es que tienes no sé qué impaciencia, y no te explicas que nuestras ocupaciones nos

impidan escribirte más. Si no se te envía el libro de Best, es por desorganización. Si no te envío recortes, es porque creo que te crearían un peso insoportable: además, recibes toda la prensa. Fíjate en *El Mundo* y verás la encuesta, en que todos se acuerdan de ti. Dice Genaro que tus propios libros no se incluyen en los lotes que la Secretaría de Relaciones envía a España, porque tú estás allá, y que las omisions que tú creas notar se deben a que los datos son de fechas no correspondientes a las que se publican. Del Marqués de los Arcos, ni sé nada, ni me importa, ni creo que a nadie: se casó con una hija de D. Pepe Aspe, y tiene un cuñado en Relaciones como jefe del Departamento Diplomático.

¿Quieres noticias y cosas nuestras? Todo es aquí tan desagradable que prefiero no contarte nada. He tenido que pelearme con Vasconcelos y con Martín: apenas tengo mi clase de Altos Estudios, y esa me la quitarán probablemente en Enero, y un trabajo mal remunerado que me ha dado Genaro en Relaciones. En *El Mundo* trabajaba brutalmente, y sólo me llegaron a pagar $15.00 diarios. Tus crónicas no las paga Martín, y hasta perdió tus artículos posteriores, los que no publicó. Uno de sus articulistas atacó a Vicente mi cuñado, y yo le dije a Martín que no podía quedarme en su periódico si él no me prometía suprimir esos ataques: no quiso prometerlo. Habrás visto que Martín está metido en toda clase de líos sucios: es hoy el hombre de peor reputación en México después de Palavicini. Cuando nos veamos te contaré cosas suyas que no pueden escribirse. Con Vasconcelos he acabado de romper sin proponérmelo: hubo una velada, de la Secretaría de Educación Pública, en memoria de Héctor Ripa Alberdi, y hablé yo, aludiendo a la revolución universitaria argentina en 1918, porque en ella colaboró Héctor. Vasconcelos dicen que se consideró aludido y ofendido por las cosas que dije: las verás en el *Repertorio.*

Como ahora no tengo oficinas, me paso el día con Isabel: rara vez salgo solo, y estoy como tú en la época de tu retraimiento, pero más feliz. No creí poder ser tan feliz entre tantas molestias.

Quizás nos vayamos a la Argentina. ¿Irás tú? Sería lo mejor. No te deseo que vengas a México, por lo menos antes de un año. Manuela no se encontraría a gusto, entre otras cosas.

Ahora, tus obras: no vuelvas ya a escribir articulitos sobre libros. Continúa sólo con aquellos que te produzcan dinero, como los de *Revista de Revistas;* pero imprime todos los demás y concéntrate. Tus artículos ocasionales, sobre obras ajenas, te hacen daño y no bien. En España no debes publicar sino cosas sustanciales; verso, drama, cuento, novela, ensayo a fondo. La necesidad de hacer erudición y de escribir artículos breves sobre libros y cosas fugaces te ha hecho aparecer como escritor *marginal.* Tus libros originales —*Huellas, El plano oblicuo, Cartones de Madrid*— son los que menos se conocen, sobre todo en España. De ahora en adelante no debes ceder a la tentación de hacer notas y comentarios: escribe sólo cosas *tuyas* y publícalas, aunque las reciban mal. Acabarán por recibirlas bien.

Y economiza dinero: nunca sabes lo que va a suceder.

El pobre de Mr. Hills perdió su biblioteca en el incendio de su casa. Envíale lo que te sobre, y haz que le envíen los del Centro. Su dirección es: Profesor E. C. Hills, University of California, Berkeley, Califo.

Saludos.

Pedro

A Canedo le envié carta para ti y retrato de Isabel.

7 de enero de 1924

Alfonso:

Aquí estoy desde hace tres días, con Vicente Lombardo Toledano, mi cuñado, que es gobernador, —lo cual te parecerá buena noticia, pero lo es muy relativamente. No se puede

hacer nada sino economías; Puebla, como México todo, está en bancarrota. La labor principal de Vicente ha sido hacer economías: reducir el presupuesto, *nivelarlo* (¡el viejo problema de la era porfiriana!), porque el año pasado el Presupuesto de Egresos del Estado era de 4 millones y los ingresos sólo de 2 y medio: como ves, se ha vuelto a la era prehistórica en que se hacen presupuestos de egresos sin saber si los ingresos cubrirán los gastos. Y eso ocurre hasta en el Congreso Federal. Además, con revolución, y baja del petróleo (de la producción), y demás, se gasta lo imposible y las entradas disminuyen.

De todos modos, aquí procuraremos hacer algo en la educación pública. He proyectado abrir escuelas nocturnas con ayuda de los estudiantes *avanzados:* será lo único que se pueda inventar por ahora. Se procurará además, aumentar las escuelas primarias del Estado: así y todo, apenas llegan a 400 para una población de cerca de un millón de habitantes (descontando la ciudad de Puebla). En el pobre Colegio del Estado —la Universidad de Puebla —no se paga a los profesores desde Abril. Juzga cómo está México...

Pepe Vasconcelos deshace su obra: cierra escuelas, unas por falta de dinero, otras por rabia. ¡Pero construye el Estadio! Aquí en Puebla ha mandado destituir a toda su gente: los profesores del Centro Cultural Obrero (institución excelente, donde se enseña a hacer muchas cosas) y los maestros misioneros. Es posible, sin embargo, que nombre otros: no se sabe.

Lo más grave es la inmoralidad: desde Huerta, desde Carranza, todos roban. Bajo Obregón se comenzó a moralizar, pero después aflojó, y el Partido cooperatista volvió a organizar el robo en gran escala: el Ayuntamiento de México no fue sino una muestra.

Martín es un ejemplo: la Secretaría de Hacienda, con De la Huerta, le regalaba $18,000 para *El Mundo;* Panise le suprimió. Patrocinaba negocios de la familia de Victoriano Huerta; cobraba dinero por cartas de recomendación; por fin, vendió *El Mundo* a los Callistas, la víspera de su huida, y

ahora resulta que vendió máquinas y linotipos que no eran suyos. Ahora, viendo perdida la causa de De la Huerta, deja los Estados Unidos y se va a Europa. Tén mucho cuidado con él: no lo trates sino, en todo caso, en tu casa; pero no tengas escrúpulos, si te parece, en decirle que no lo puedes recibir; él no tiene escrúpulos y no hay que tenerlos con él, sobre todo cuando irá con intenciones de comprometerte. No se falta a la amistad con hombres deshonestos a tal grado.

Recuerdos a Manuela.

Pedro.

La Plata, 6 de enero 1925.

Alfonso:

Hoy recibí tu envío del catálogo de la Exposición Rosenberg, con notas. Hace tiempo te escribí, a Madrid. Dices que piensas en mí (Isabel se queja, y dice que por qué no *en nosotros);* yo también he pensado mucho en vosotros y en qué haréis, con estas malas jugadas que hace México a las gentes.

Aquí me tienes en la incertidumbre mayor de mi vida. Mi viaje a la Argentina fue obra de la razón, y el sentimiento ha sido la víctima. A pesar de que aquí tengo amigos, empiezo a sentir que no se deben rehacer continuamente los ambientes afectivos; es verdad que en México mis amigos de antes (ausente tú) iban gradualmente separándoseme (Vasconcelos, Caso, Julio, Martín) y los sustituían otros (Xavier, Díaz Dufos, Daniel Cosío, Eduardo Villaseñor, Genaro), pero el *shift* era gradual y el ambiente parecía igual; además, a mí me agrada el afecto familiar de las mujeres, y junto a Isabel había encontrado a su familia. Aquí me faltan las ganas de crear amistades íntimas; las que tengo (los esposos Arrieta en Buenos Aires, tres o cuatro muchachos en La Plata —Orfila el que estuvo en México, Korn hijo del

filósofo, Carabelli el director del Bosque, Rodríguez Pintos poeta uruguayo) no me empeño en hacerlas progresar mucho. Y si eso ocurre conmigo ¡qué no ocurrirá con Isabel! Lo que la pobre ha sufrido no tiene descripción. Hemos pasado —y pasamos —alternativas de intensa felicidad, por lo mucho que nos queremos, y de gran tristeza, por lo mucho que nos falta. Todavía si no tuviéramos a Natacha que absorbe completamente la actividad y el pensamiento de Isabel, habríamos podido —y yo me habría empeñado en eso— hacer vida de sociedad y de diversiones; pero como Natacha se roba todo el tiempo, cuando queremos divertirnos falta la ocasión y hasta el dinero. Luego, por acompañar a Isabel y mitigar su soledad, he dejado de ir a Buenos Aires, y el resultado es que no ejercito las actividades necesarias para aumentar mis entradas: hasta ahora no son sino las que tuve desde que llegué. Es verdad que bastan, pero no sobran.

Y mi problema es: ¿debo quedarme? ¿Se acostumbrará Isabel algún día? ¿Seremos felices aquí? ¿O debo regresar — a México, pues otra cosa no se presenta? ¿Seré yo feliz en México, o siquiera viviré tranquilo? ¿habrá de qué vivir? Lo más serio no es eso: lo más serio es Natacha. ¿Le conviene ser mexicana o argentina? Aquí la gente parece feliz; allá no. Ahora mismo Natacha parece feliz; desde que llegó a la Argentina mejoró, se ha puesto fuerte y gruesa, y la oigo dar voces de alegría. Decidirán los dioses...

Ahora, por ser vacaciones, puedo preparar libros. Con Arrieta, el poeta, preparo una antología hispano-americana, del tipo que tanto discutimos en Madrid: será el primero de una serie de libros pedagógicos. Estoy escribiendo un pequeño manual sobre filología, pero ese quiero mandarlo a España: estuve enseñando —privadamente, a pedido de muchachos estudiosos —filología, y me entró al fin la comenzón de escribir. Pero quisiera mandar cuanto antes, a España, un libro de aforismos, *En la orilla:* desearía que saliera en los *Cuadernos.* ¿Qué hago? ¿A dónde lo mando? Díme pronto, pero asegúrame que no se me perderá. Después mandaré otro libro, *Dudas.*

Carlos Trejo es hispanoamericanista feroz. Le ayudaré a *mexicanizar* la Argentina, hasta donde es posible. Aquí no se cuenta sino en pequeñísima escala con la clase rica para las cosas de América: los ricos son europeístas.* Pero hay, desde hace cinco o seis años, un latinoamericanismo intenso, en muchos intelectuales, y a la juventud le preocupa la cosa.

Escribe más, y saluda a Manuela por los dos.

Pedro

La Plata, 8 de febrero 1925

Alfonso:

Estoy siempre en espera de cartas tuyas, y sólo me llegan (¡algo es algo!) programas, catálogos con notas... Pero ahora me urge saber varias cosas, así es que *al recibir* estas líneas ponme tres o cuatro apresuradas y concretas.

Ante todo: ¿qué cargo tienes? Americo Castro, que está singularmente amable, y me ha escrito dos veces sin carta mía, me dice que eres Ministro en París y que ha estado contigo allí. De México no me dicen eso: se habla de que vayas a Bruselas, y unas veces veo que Pani va a París, otras que a Washington (es lo que creo).

Importante: yo necesito publicar; yo necesito tener editor en España —o aunque sea en Francia. Publicar en América es difícil; en Buenos Aires no tanto, pero es relativamente inútil. Bueno, sin divagaciones, y en concreto: si yo junto un libro mío de los aforismos, ¿puedo mandárselo a alguien con la seguridad de que me lo publican? Hace meses estoy en espera de saber *eso:* contéstame, pues, *a eso,* desde luego. ¡Si yo no hallo dónde publicar, acabaré por no escribir! Yo no tengo dinero para publicar por mi cuenta. Y mientras no salga de un libro, y sepa que puedo dar otro, no podré escribir.

---

*Y hablo de los ricos porque todos *se melent* de arte y de literatura.

He puesto casa, muy presentable, aquí. Todo es fácil económicamente: se gana mucho dinero (aunque yo no gano todo el que quisiera) y se obtiene todo a pagar en plazos.

Estamos muy bien los tres. Natacha comienza a hablar. Está feísima: pelada al rape, quemada del sol, picada de mosquitos, pero sana, contenta y con muy buenas facciones.

Isabel y yo enviamos saludos a Manuela.

Pedro

La Plata, 20 de julio 1925.

Alfonso:

No sé cómo, he dejado de escribirte mucho tiempo, semanas. Tú tampoco me has escrito. ¿Qué puede impedírtelo? Ahora es verano, allá; —aquí invierno, frío, con calefacción escasa (¡este país habla español), y debes tener tiempo. ¿Por qué no me cuentas cosas que veas, que ocurran? ¿Cómo es el mundo en que *te mueves?* Tu *Ifigenia,* nunca me llegó. ¿Y cuándo sale tu *Plano oblicuo* en francés? ¿y es verdad que también en inglés, según me anuncia Octavio Barreda? ¿Por qué te quejas de mis confesiones de limitación retórica? Creo que, a pesar de ellas, gustaré de la *Ifigenia.* ¿Y me dices que he elogiado a Gutiérrez Cruz? No es verdad: le he puesto prólogo, que es otra *cosa.* Me gusta que sea socialista.

De aquí nada puedo contarte, porque nada real sucede. Está el país en todo sentido, en la época del abono para la siembra. Al parecer se hacen muchas cosas; pero nada es definitivo. Buenos Aires me recuerda a la Nueva York de 1905: si para 1945 fuera lo que es la Nueva York de hoy, podría uno consolarse. Pero ¡qiuen sabe! Te diré: en 1905, Nueva York tenía un museo de bellas artes apenas superior al

actual de Buenos Aires; había buenos cuadros en las galerías particulares, mejores que el museo, —como aquí; las galerías de las *marchands* comenzaban a multiplicarse y a traer con regularidad cuadros de "buenas firmas" y hasta cuadros buenos; los artistas del país exponían con regularidad y se vendían medianamente, excepto Whistler y Sargent, de reputación europea (los equivalentes faltan aquí); faltaban años para que se hicieran exposiciones escandalosas (aquí ya se hizo la de Pettoruti, el año pasado: ¿sabías que yo lo presenté, pero no en la ruidosa de Buenos Aires, sino en la de La Plata?) No hay grandes pintores: aun en yanquilandia, es difícil afirmar que se hayan producido; pero los de aquí son, claro está, muy inferiores. Lo mejor de por acá es Don Pedro Figari, el uruguayo: creo que conoces sus obras. Díme la verdad: ¿se enteró París de su exposición? ¿O es mera propaganda de Supervielle? El viejito es simpático e inteligente; sus hijas también; escribe mal, pero a veces tiene buenas ideas; su pintura es incompleta en técnica, deliberadamente esquemática, pero la encuentro muy interesante de vitalidad y de colorido, -sin contar la anécdota histórica, que los señores pintores se han empeñado en desterrar reduciendo los temas pictóricos a una pobreza ridícula. ¡Irle a contar a los italianos de todos los buenos tiempos que no contaron anécdotas en sus cuadros! Sólo hay anécdota, en el mal sentido, cuando no hay pintura. —Escultores, hay aquí mejores que pintores; pero la escultura hoy, no tiene sentido.

En música, se oye mucho; en los programas de concierto se oye siempre música argentina: la poca que he oído no me impresiona. Pero la popular es muy buena, y la vulgar (el tango) vale rítmicamente, y me agrada su dibujo melódico. Hay además lo *"inca":* como en el norte argentino hay territorio que fue del Imperio Inca aquí se invoca lo "inca" para la tradición nacional en artes plásticas y en música.

La literatura, ya la conoces. Desde que estoy aquí, ninguno de los muchos libros que salen ha hecho ruido: algo, *El inglés de los güesos* de Benito Lynch. El y Payró me

parecen los mejores novelistas; Gálvez es deplorable, excepto en su mediana Sombra del Convento; Hugo Wast es el novelista comercial (¡100,000 ejemplares de una sola novela!); Cancela es divertidísimo –y exacto– en sus *Tres relatos porteños* (hay edición de Calpe): te recomiendo que leas su *Cocobauto de Herrlin,* el primero de los *Tres,* si quieres darte idea de cómo despilfarra dinero el gobierno argentino (es curioso –no sé si se lo han dicho– notar que Cancela sigue muy de cerca los procedimientos de Voltaire); hay otros muchos, entre ellos toda una especie populachera de *Novela mensual* y publicaciones por el estilo. De Lynch, pues, me gustan *Los caranchos de la Florida;* pero su *Inglés de los güesos* es un cuento diluido. De otros libros que han salido, me interesa el de crítica de Jorge Luis Borges. Entre tanto, se van formando especialistas: hay historiadores técnicos, eso que en México todavía se ignora (muy pedantes, pero saben lo que hacen); hay especialistas en filosofía, con sólidas lecturas en latín y en alemán, con cultura científica, a quienes les da risa la muchachada cuyo abrevadero filosófico son los artículos de Ortega y los libros que hace traducir; hay críticos de arte (dos por ahora); no parece que haya críticos musicales; hay algún exégeta bíblico. . Pero todo esto dará fruto dentro de veinte años. ¿Habrá entonces cosa propia, de fuerza y carácter? Hay muchas revistas, y muy costosas; pero sólo dos que se propongan cosa concreta: *Proa* y *Martín Fierro,* los ultraístas. En *Proa,* vale Borges; son muy simpáticos Güiraldes y su mujer, Adelina del Carril, y su cuñada Delia del Carril, que no escribe; Oliverio Girondo también; y Evar Méndez, el director de *Martín Fierro:* como Cansinos, es *antiguo,* pero amigo de los modernos. Son la gente con quien me entiendo mejor mejor en Buenos Aires. Los otros literatos están apergaminados la mayoría; y andan sueltos; no en grupo. Lugones está insoportable con sus teorías políticas y, según dicen, su mala educación: todos se le han alejado, salvo gentes *hechas* (lo conozco, pero no lo trato). Capdevila ha sufrido una caída rápida. Banchs escribe poquísimo. Fernández Moreno mucho, ni muy bueno ni malo. Entre la muchachada,

hay muchos poetas buenos; los más colaboran en *Proa* y *Martín Fierro.*

Veo que colaboras en Proa. No olvides mandarme *cuanto antes* algo —lo que se te antoje— para *Valoraciones* de La Plata. Esta revista la fundó Héctor Ripa Alberdi, uno de los chicos que fueron a México; ahora la dirige el viejo Korn, el autor de la interesante *Libertad creadora.* Se fundó para defender "la reforma universitaria": ahora se han convencido de que la tesis ha perdido su importancia, y la revista no tiene mucho propósito, pero se presenta bien, y llega a buenas manos.

Otra cosa: aquí llegaron dos pintores mexicanos hace tres meses, Manuel Rodríguez Lozano (muy amigo mío, maestro del malogrado Abraham Angel) y su discípulo Julio Castellanos; trajeron cuadros suyos, y dibujos de niños escolares ("método Best"), hicieron exposición en la Asociación Amigos del Arte (de gente rica) y gustaron *mucho* los trabajos infantiles y las conversaciones de Manuel, dialéctico formidable; los cuadros, no sé si gustaron mucho. Representan una tendencia interesante; yo hallo que técnicamente les falta aquel dominio que haría llevar la tendencia a su realización perfecta. Ahora vuelven a México, vía Europa. Desean, al pasar por París, que algún *marchand* se *interese* en ver sus cosas, pero sin írselas a ofrecer. ¿Crees que hay medios, en París, de dejar caer en los oídos de Rosemberg o de alguno así, amigo de lo nuevo, la noticia de que tal vez valdrá la pena ver estas cosas que despertaron interés en Buenos Aires y que tratan de ser mexicanas puras, con uno que otro dejo popular en la técnica? Tú sabrás. Ya te irán a ver.

Isabel saluda a Manuela.

Pedro.

La Plata, 5 de septiembre de 1925.

Alfonso:

¿Por qué no me escribes? Hace meses que no me pones

ni una línea. De cuando en cuando recibo libros o periódicos; pero nada me dices de cómo vives, de qué haces... Te quejabas de mí, porque yo decía haberme sentido desconcertado ante algún pasaje de tu *Ifigenia,* y hasta hacías exageraciones sentimentales, y de paso censuras inmotivadas, como la de que le haya puesto palabras preliminares a los versos socialistas de Gutiérrez Cruz (creo que te he explicado en carta anterior que prólogo no es juicio, pero que en las cosas de Gutiérrez Cruz celebro sobre todo la intención: ¿no me has dado tú el ejemplo de interesarte en todo, gustando —como yo te decía— de muchas cosas que sólo son materia prima y no obra?).

Quisiera saber cómo es realmente la vida que haces; qué gentes ves, y cuáles te revelan cosas. Mucho me temo complicaciones. You know what I mean! Y quizás por eso escribes poco, digo, cartas: literatura siempre la escribirás, en gran cantidad. ¿No crees que es tiempo ya de calma? Me dirás que a pesar del tiempo terco...

Yo no logro paz. Pero ante todo, y por si acaso hubiere algo: Vicente, mi cuñado, al llegar a México dijo que tú pensabas encontrarme el modo de que yo me trasladara a París. Eso dice mi suegra. Pero creo que ha de ser error: Vicente debe de haber dicho que tú decías que te agradaría tenerme en París, y mi suegra lo tradujo en términos de acción. De todos modos, si realmente tuvieras algo en perspectiva (supongo que serían planes editoriales) no dejes de escribírmelo antes de que emprendamos viaje. Yo no tendría muchas ganas de vivir en París; pero Isabel sí. Te aseguro que no es prejuicio romántico: es realidad de mi naturaleza. Yo no soy contemplativo; quizá no soy ni escritor en el sentido puro de la palabra; siento necesidad de que mi actividad influya sobre las gentes, aun en pequeña escala. Y en París yo podría hacer cosas mías, pero estaría lejos del campo de acción que me atrae, que es América, aunque hasta ahora haya podido hacer muy poco, y ese poco efímero, como tú bien sabes. ¡Pobre México, donde hasta los buenos hacen el mal, donde hasta las acciones puras y sencillas se interpretan mal! Allí no se conoce el acto natural, sin implicaciones.

Mi falta de paz está en mi vida. Huí de México, pero me traje a México conmigo. La pobre Isabel es víctima de aquel país, y en consecuencia yo. Sentimentalmente, porque la enorme lejanía de la Argentina respecto de México la mantiene en tal desconsuelo que le quita las ganas de todo. Como la veo triste, procuro acompañarla, y así me aíslo. Y este es un país donde el aislado no se abre paso. A más, que como vivimos en La Plata, y sólo Buenos Aires contiene perspectivas de actividades bien remuneradas, el trato útil de las gentes me llevaría muchas horas. Es verdad que Isabel podría acompañarme, pero eso lo logro raras veces: aun a diversiones, pocas veces se decide a ir. Cuando se trata de "relaciones sociales", la decisión toca en lo imposible. Aquí está el otro fondo del problema, que yo nunca había comprendido antes: el retraimiento en que se educa todavía —la mayoría de las mujeres mexicanas se acostumbran a no tener aspiraciones. La argentina, cuando muy tonta, tiene una aspiración siquiera: la de vestirse bien y figurar en sociedad. A la mexicana no le interesa ni eso. Y lo curioso es que Isabel no tiene nada de tonta ni de fea: le basta hacer pequeños esfuerzos para producir buena impresión. Ha leído mucho, y cuando se decide a hablar lo hace como cualquier argentina culta. No hace mucho me contó un joven intelectual, que no la conoce, haber oído referencias sobre su cultura y discreción.

Me atrevo a decirte todas estas cosas porque precisamente no tienen nada de quejas contra el matrimonio, ni siquiera contra MI matrimonio. No: cosa extraña quizá si se coteja con lo que acabo de decir: sentimentalmente, no concibo que ninguna mujer hubiera sustituido a Isabel. Hay en ella el matiz espiritual justo que es para mí: no sé si me explico. Ella, y sólo ella. Así como sólo una mujer pudo haber sido mi mdre, así sólo una mujer pudo haber sido mi mujer.

Ya, en realidad, he llegado a encontrar mi ideal de vida: una vida como la de Don Ramón Menéndez Pidal, como la de Rodó. Pero por ahora me desespero porque si bien quiero

llegar a la "vida retirada", para llegar necesito moverme, y no lo hago. No sé cuándo me darán los dioses la tranquilidad.

Debía hacerte escrito antes de que llegaran a París los pintores mexicanos Rodríguez Lozano y Castellanos y el pintor uruguayo Figari. A todos les di cartas para ti. Figari va a terreno que ya conoce: no me figuro que vaya a hacer la conquista de París (aunque me gustaría que realmente la hiciera: pues no creo a los artículos de Supervielle), pero tendrá cierto público asegurado. Te he pedido, por cierto, que me informes sobre su éxito anterior en París: me figuro que fue limitado. Los pobres muchachos mexicanos llevan ilusiones: de ellos, Rodríguez Lozano, el mayor, ha formado escuela; pero como fácilmente verás, le falta dominio técnico. Castellanos, que comienza, tiene mano. Aquí, donde todo es fácil, se les hizo mucho ambiente; pero como es de suponer, no lograron vender: gracias a las amistades, se obligó a la Comisión Nacional de Bellas Artes a comprar un cuadro de Castellanos, y no para el Museo, sino para el Teatro Colón. Te lo cuento en reserva, porque me figuro que Rodríguez Lozano dirá que vendieron mucho. Ellos dicen que sólo pretenden (es decir, dice Rodríguez Lozano, que es el único que habla), en París, que dos o tres *marchands* "vean" sus cosas, de pasada, a ver si se interesan, y yo te escribía en ese sentido. Me parece cosa relativamente fácil de hacer, y poco comprometedora. Eso sí, a Rodríguez Lozano, como mexicanísimo que es, y excesivamente vanidoso, hay que tratarlo con pinzas: díle que es un gran pintor (hay muchos modos de decirlo) y será devoto tuyo hasta la muerte. Como es, además, inteligente, no exigirá que le hagas artículo, y es un buen partidario. Somos realmente buenos amigos, pero me parece hombre echado a perder por México. Ya me contarás.

Recuerdos a Manuela.

Pedro.

La Plata, 13 de octubre 1925

Alfonso:

Al fin, pagaste tu deuda con una carta como las de los buenos tiempos: buenos para las cartas, malos para otras cosas. ¡Qué felicidad que ahora sean buenos para todo! Se me ocurre que debieras producir cosas que reflejaran tu felicidad, tu plenitud: reconcilia con la vida saber que una que otra vez se alcanza. Pero tal vez la plenitud desdeñe la literatura: ¿no es ella el sustituto de la vida plena? Tú dirás. Goza, goza el color, la luz, el oro...

Tu carta ha gustado: naturalmente, se le lee a todo el que pueda oírla. A Isabel le encanta. A Nieves Gonnet de Rinaldini le gustó tanto (en Buenos Aires) que llamó por teléfono a su hermana Perla para que la oyera: Nieves y Julio Rinaldini son nuestros íntimos de Buenos Aires. El, inteligente, disciplinado, suave; ella, honda, turbulenta, afectuosa; la hermana es penetrante, también, pero más cerebral. Conocen a todo el México interesante que ha pasado por Buenos Aires: a Rodríguez Lozano no le gustaron porque no lo declararon genio.*

México sigue aquí de actualidad: después de la pintura, las revistas de Lupe Rivas Cacho. El ministro, Trejo Lerdo, es terrible: hasta ha escrito una *revista* para ellos . Al principio creí que se le podía tomar en serio y quise ayudarlo a mexicanizar la Argentina; pero es caso imposible.

Manda inmediatamente cualquier cosa en prosa para la revista *Valoraciones.* ¿No la ves? Los dos últimos números representan el mejor esfuerzo hecho hasta hoy en la Argentina hacia la *buena revista,* de cultura y arte: claro es que todavía – ¡América! – le falta para igualar dos o tres cosas europeas. Es *urgente* que tú ayudes con tu firma: tal vez acabe yo por

*Cuando se comenzó a dudar de que tú vinieras a Buenos Aires de embajador, Nieves quería dirigir una carta al gobierno de México, pidiéndote, con firma de damas argentinas.

ser el director, cuando el viejo Korn se canse –que no lo creo ni deseo.

Pedro

La Plata, 16 de noviembre 1925

Alfonso:

Recibí, después de la carta optimista, otra nueva que no lo es tanto. ¿Cómo tanto cambio de humor? Confío en que haya sido pasajero.

Mañana me voy a Montevideo, para tres o cuatro conferencias. Se pagan. Y a propósito de conferencias: cuéntales a Figari y a los pintores mexicanos que Victoria Ocampo dio una sobre Tagore ante un enorme público (hubo que impedir que continuara entrando gente al reducido salón de los "Amigos del Arte", a pesar de que se pagaba: creo que ella y el ex presidente Irigoyen son los dos personajes más populares de Buenos Aires); pero la conferencia resultó endeble. Después recitó admirablemente poemas de Tagore en el francés de Gide.

Creo que sí vamos a París. De ser así, saldremos el día 10 para llegar a Marsella el 29 de diciembre. Vamos con el dinero justo, pero tanto cuesta irse como quedarse. Si hay tiempo, gestiono con Genaro que durante mi visita se me encomiende algún trabajito como los que concibes. Quedarme no sería posible por ahora: tengo compromiso de volver.

Saludos.

Pedro.

La Plata, 21 de diciembre 1925

Alfonso:

A estas horas me estarás esperando con impaciencia (¿no con temor?). ¡Y hace quince días que sé que no vamos a

Europa, pero no me llegaba el momento de coger la pluma para escribirte! Hace días que no tengo exámenes, pero durante todos ellos he estado descansando, literalmente descansando. Mi modo de vivir –de trabajar y de sentir– me produce ya unos cansancios hondos, de que no me recobro sino en muchos días. Nunca siento cansancio muscular, aunque ande o me ejercite; pero sí cansancio nervioso, ya de años y años.

Bueno: a principios de mes nos dijeron que no podríamos viajar. Y aquí nos tienes, atados, pero no descontentos, esperando....

En *Valoraciones* recibieron, envío de los pintores, tu artículo sobre Manuel, que es maravilla. Isabel se emocionó. Es sobre el pintor, no sobre la pintura. ¿Y ellos, cuándo se van, y adónde? ¿Volverán a la Argentina? Díles que a sus amigos –especialmente Güiraldes y las del Carril –no los he vuelto a ver: traté muchas veces de ponerme al habla con ellos por teléfono, y nunca pude. Son, como sabrás, los amigos de Valéry Larband. –Y otra cosa: yo (sub E. P. Garduño) escribí una crónica sobre el éxito mexicano en Buenos Aires; pero, sabiendo lo que son allá, y temiendo que no la llegaran a publicar (en México, quiero decir), no les dije nada: pues, como lo supuse, mi crónica no salió en *Antorcha* y creo que se ha perdido.– Tampoco veo al Ministro Trejo y Lerdo: los pintores te contarán de él.

Estuve, en noviembre, en Montevideo, y conocí la gloria durante ocho días. Estoy a punto de caer en el *vargasvilismo* de afirmar que Montevideo tiene más aficiones intelectuales que Buenos Aires; pero mi caso no sería la prueba. Yo nunca había obtenido aplausos como los que gané en Buenos Aires con mi conferencia, que oyó Manuel, sobre el teatro; pero en Montevideo alcancé más aún. Pero no se trata de éxitos: lo que hay es una diferencia de *temperatura* en el entusiasmo intelectual entre Montevideo y Buenos Aires. Y entusiasmo intelectual no quiere decir entusiasmo que despierten personas sino ideas. Las *personas* tienen tanto *éxito* en Buenos Aires como en Montevideo; pero el Montevideo culto toma en serio

las ideas, mientras que el Buenos Aires *realmente* culto se cree obligado a asumir ante las ideas una actitud de "ya lo sabíamos todo", y aquella parte de Buenos Aires que todavía *se interesa* queda relegada a la revista *Nosotros* (¡tan decaída!) y a la Unión Latinoamericana o como se llame. Dicen que es diferencia de tamaño; no: hay ciudades menores que Montevideo con actitud semejante a la de Buenos Aires. Y además eso varía: probablemente lo que ocurrió en Buenos Aires es la influencia de *La Nación* y de París, Anatole France.*

Ya que no voy, mándame cosas y reexpídeme las cartas que allá me envíen.

Pedro.

---

* Al día siguiente: ¿y si todo esto fuera fantasía? ¿O si pareciera obra de influjos de la situación personal? Yo creo que no: te juro que creo gozar de buena opinión en Buenos Aires, aunque no hago nada por que se me conozca. Pero siento así el espíritu de la ciudad, que es, por supuesto, la única de cultura moderna en toda nuestra América.

INDICE

INDICE

PROLOGO 9

I. OBSERVACIONES SOBRE EL ESPAÑOL EN AMERICA 9

II. VARIA

Conferencia en Minnesota 43
Arte mexicano 49
Libertad de los pueblos pequeños y el Senado norteamericano 55
Orientaciones 61
En la orilla: fragmentos 69

III. LOS CUENTOS DE LA NANA LUPE 89

IV. 1925

El supuesto andalucismo dialectal de América 219
Al Director de "Estudiantina" 229
La Utopía de América 233
Patria de la justicia 241
La influencia de la Revolución en la vida intelectual de México 247
Caminos de nuestra historia literaria 259
García Godoy 269
La antigua sociedad patriarcal de Las Antillas 273

V. EPISTOLARIO 281

En defensa de la *Revista de Filología Española.* (Cartas a Joaquín García Monge) 283

Cartas a Alfonso Reyes (De 1921 a 1925) 287

COLOFON

Este libro se terminó de imprimir en los Talleres Offset de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, en fecha 16 de marzo de 1979. Composición tipográfica: Rafael F. Mañón, Diagramación: Radhamés Martínez y Nelson Núñez; Fotomecánica: Francisco Tavárez, Impresión: Bartolomé González y Vicente Cordero; Compaginación y Encuadernación: José Paniagua, y Ramón de los Santos; Guillotinista: Félix Aquino, Supervisión técnica: Fabio E. Ortiz. Se imprimieron 1,200 ejemplares.

UNIVERSIDAD NACIONAL PEDRO HENRIQUEZ UREÑA
REPUBLICA DOMINICANA